FRANCO

la historia y sus documentos

Del 18 de Julio a la batalla de Guadalajara

FRANCO
la historia y sus documentos

Luis Suárez Fernández

FRANCO

la historia y sus documentos

Del 18 de Julio a la batalla de Guadalajara

Tomo 2

EDICIONES URBION

FRANCO
La historia y sus documentos

Autor:
LUIS SUAREZ FERNANDEZ

EQUIPO EDITORIAL

Director editorial
Javier de Juan y Peñalosa

Director de producción
Isidoro Carvajal Baños

Coordinador de producción
Arturo Rodríguez Paredes

Documentación gráfica
M.ª Victoria Esteban
Angeles García del Olmo

Diagramación
Fernando Bejarano Edo

Corrección literaria
Alberto Marín

COLABORADORES

Ramón Salas Larrazábal
Amelia Alas
Rafael Pérez Mántaras (Cartografía)
José Pernil (Fotografía)

Administración/Suscripciones
Ediciones Urbión, S.A.
Avenida del Llano Castellano, 13. 28034 Madrid (España). Teléf.: 729 31 11
Fotocomposición
Andueza. San Romualdo, 26 (Edificio Astigy). 28017 Madrid
Fotomecánica
Promograf, S.A. San Romualdo, 26 (Edificio Astigy). 28017 Madrid
Impresión
Mateu-Cromo
Distribución
MIDESA, S.A. Carretera de Irún, km. 13,300 (variante de Fuencarral). 28034 Madrid

© de la presente edición, Ediciones Urbión, S.A., 1986
Printed in Spain - Impreso en España en 1986
ISBN: 84-7523-281-7 (Obra completa)
ISBN: 84-7253-284-1 (Tomo II)
ISBN: 84-7523-283-3 (Apéndice documental)
Depósito Legal: M. 2.582-1986

NOTA: Queda prohibida la reproducción total o parcial de textos, ilustraciones o documentos de esta edición sin permiso escrito del editor.

SUMARIO

DEL 18 DE JULIO A LA BATALLA DE GUADALAJARA

Capítulo I: INTERNACIONALIZACION DEL CONFLICTO

I. **Los mercados de armas** 7
Primeros contactos con Alemania.

II. **El «pecado original» de Franco** 10
Misión en Berlín.

III. **La posición ideológica inicial de Franco** 15
El Movimiento Nacional.

IV. **El paso del Estrecho** 19
El primer puente aéreo de la historia. El «Convoy de la Victoria».

Capítulo II: JEFE DEL GOBIERNO DEL ESTADO

I. **La actitud inicial de la Iglesia española** 23

II. **De Sevilla a Talavera** 26
Tres ejércitos y tres generales.

III. **La elección** 30
La acumulación de poderes. El Alcázar de Toledo.

IV. **El decreto** 33
¿Un golpe de estado? «Por la gracia de Dios».

V. **La investidura. Caudillo de España** 38
El Programa. Caudillo.

Capítulo III: FRENTE DE MADRID: NOVIEMBRE DE 1936

I. **La Junta Técnica** 43
La situación económica.

II. **El crecimiento de Falange Española** 47
Hedilla. Liberar a José Antonio.

III. **El caso Unamuno** 49
El rector de Salamanca. Las últimas semanas de Unamuno. Los sacerdotes vascos.

IV. **Freno en Madrid** 54
Los consejos de Canaris. Hacia una guerra diferente.

Capítulo IV: FASCISTAS, NAZIS, CATOLICOS Y TRADICIONALISTAS

I. **El reconocimiento oficial de Alemania e Italia** 57
La muerte de José Antonio. El protocolo secreto con Italia.

II. **El cardenal Gomá, representante de la Santa Sede** 62
El cardenal Gomá en Roma. La causa de la Iglesia.

III. **Las presiones monárquicas** 69
Los problemas con Fal Conde.

Capítulo V: LOS VOLUNTARIOS ITALIANOS: DE MALAGA A GUADALAJARA

I. **El cuerpo de tropas voluntarias** 79
Un regalo incómodo. Málaga.

II. **El proyecto de no intervención** 87

III. **Aparece Serrano Súñer** 92
Las corrientes unitarias. La llegada de un político.

IV. **Guadalajara** 100
La misión de Farinacci. Los italianos atacan.

PROCEDENCIA DE LAS ILUSTRACIONES

ABC. Aisa. Alfonso. J. M. Armero. Associated Press. Azaola. Biblioteca Municipal de Madrid. Biblioteca Nacional. Eric Baschet. Cambio 16. Camera Press. Robert Capa. Pascual Cebollada. CEHC. Centelles. Colección Merino. Díaz Casariego. EFE. Familia Franco. Familia Hedilla. Familia Martínez Bordiú. Familia Ortega. Familia Quintanilla. FIEHS-CEHI. Flash Press. Fundación Nacional Francisco Franco. Gamma. Gyenes. Illustrated London News. Instituto Municipal de Historia de Barcelona. Hemeroteca Municipal de Madrid. Hemeroteca Nacional de Madrid. Keystone Madrid. Keystone París. Magnum. B. Martín Patino. Ministerio de Cultura. Ministerio de Cultura de Salamanca. Ministerio de la Presidencia. Museo del Ejército. Museo Municipal de Madrid. Novosti. Nueva Andadura. Popperfoto. Pyresa. Rafols. Sáenz de Tejada. Salmer. Sygma. Servicio Histórico Militar. United Press International. Urbión. Ya. Zardoya.

Capítulo I

INTERNACIONALIZACION DEL CONFLICTO

I. Los mercados de armas

La revuelta general de la marinería creó un problema gravísimo a los dirigentes del Alzamiento, que necesitaban trasladar a la península las unidades militares estacionadas en Marruecos, su fuerza principal. El gobierno ordenó a los buques de guerra que se dirigiesen al Estrecho a fin de interrumpir las comunicaciones con Ceuta y Melilla. Por otra parte, la escasez de pertrechos y de municiones que pronto padecieron los militares alzados hacía urgente el contacto con el exterior para comprar allí lo que en España faltaba. La misma necesidad sintieron pronto los frentepopulistas. Desde el 20 de julio, los mandos más conspicuos del Alzamiento comprendieron que el golpe de estado, primera fase de la operación, no había alcanzado todos sus objetivos. Dueños de una tercera parte del territorio nacional, la menos rica, tenían que pasar a la segunda fase de conquista del resto del país. Los contactos establecidos por Mola en Inglaterra e Italia, aprovisionadores habituales del Ejército español, no estaban dando los resultados apetecidos y los almacenes se vaciaban rápidamente.

En principio, descartada Francia, que estaba gobernada desde marzo por el Frente Popular, tanto Mola como Franco pensaron únicamente en los mercados británico e italiano y, subsidiariamente, en el portugués, como vía indirecta. Mola encomendó a Juan Ignacio Luca de Tena las primeras gestiones de compra en el exterior, siempre con el respaldo financiero de Juan March. La misma vía pareció escoger Franco el 19 de julio cuando entregó a Luis Bolín una nota en que se titulaba «ge-

▲ ***Las organizaciones obreras reclamaron insistentemente armas al gobierno, que se resistió a tomar esa medida. El teniente coronel Gil, miembro de la UMRA, se las facilitó en la tarde del 18 de julio.***

neral jefe del Ejército español no marxista» y le envió a Lisboa con objeto de obtener el refrendo de Sanjurjo. En una nota escrita con lápiz, el general especificaba la lista de necesidades: 12 bombarderos, 3 cazas y la munición necesaria para unos y otros. La respuesta de Mussolini a las primeras demandas fue rotundamente negativa.

¿En qué momento surgió en Francisco Franco la idea de que necesitaba acudir al mercado alemán para la adquisición de un material de guerra que había llegado a hacerse imprescindible? Conocemos un antecedente que ha sido puesto de relieve recientemente por Angel Viñas: durante su etapa de jefe del Estado Mayor parece haber llegado a la conclusión de que sólo Alemania poseía las condiciones industriales y financieras necesarias para proporcionar el armamento moderno y eficiente que figuraba en el proyecto de Gil Robles para la reordenación del Ejército español [1]. El recuerdo actuó, seguramente, de una manera automática.

Estas gestiones nada tienen que ver con la leyenda de una participación fascista o nazi en el Alzamiento, ni con ciertas fantásticas maniobras relacionadas con Canaris. Sobre este asunto, Franco dejó las siguientes notas manuscritas:

«(Tengo) necesidad de aclarar cuáles fueron nuestras relaciones con Alemania e Italia (pues existe la) falsedad de que antes del Movimiento, y en su preparación, hubiese habido ninguna clase de relaciones entre los directores del Movimiento Nacional y esas dos naciones. La única relación *la establecí yo* desde Marruecos, al dar noticia del cambio de situación ocurrida al residente general francés, esperando establecer las buenas relaciones de vecindad (y) al gobernador de Gibraltar con motivo de la presencia de destructores rojos que habían asesinado a sus oficiales y que se refugiaban en sus aguas, y a Mussolini e Hitler dándoles cuenta del cambio operado, de nuestros propósitos anticomunistas y (de) la petición de facilitarnos la venta de dieciséis aviones de combate, para evitar (que) cayese el Occidente en el comunismo. Hemos de recordar que el avión que me trajo de Canarias a Marruecos fue un avión inglés alquilado, Dragón, en Inglaterra, y los dos, piloto y mecánico, ingleses. Ya entonces preveíamos lo que iba a pasar en Europa con el comunismo» [2].

▲ *La muerte del general Sanjurjo, fotografiado con las múltiples condecoraciones que ganó en su vida militar, dejó a Mola como cabeza visible del Alzamiento. De acuerdo con Cabanellas, de superior jerarquía militar, Mola constituyó la Junta Nacional de Defensa, que asumió el gobierno del territorio que controlaban y reclamó la representación de España ante las potencias extranjeras como único gobierno legítimo. Franco se incorporó a la Junta el 30 de julio; el 25, este organismo le había nombrado jefe del Ejército de Marruecos y del sur de España.*

[1] Franco, como otros altos cargos del ministerio, tuvo contactos en septiembre de 1935 con el barón Friedrich von Lupin, venido a España para negociar contratos. A. Viñas, *op. cit.*, pág. 106. Pero no existe ningún indicio de que haya tenido la menor relación con Canaris y la Abwehr. Un contacto indirecto entre Gil Robles y Canaris pudo existir por medio del financiero bilbaíno Pedro Gandarias; se trata, en todo caso, de negocios con la Deutsche Zeppelin de Frankfurt *(Ibidem*, págs. 100-101). Hay datos importantes sobre esta cuestión en Gerhard L. Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany*. Chicago, 1970, págs. 285 y ss.

La barcelonesa plaza de Cataluña, donde se libraron los combates decisivos entre los sublevados y las fuerzas afectas al gobierno, aparece cubierta de cadáveres. Fotógrafos como el catalán Centelles —autor de esta imagen— o el madrileño Alfonso reflejaron muy bien el ambiente de estos días. Más tarde llegaron los corresponsales extranjeros. ▼

Primeros contactos con Alemania

El protagonismo de Franco se vería inesperadamente aumentado al producirse, el 20 de julio, la muerte de Sanjurjo en un accidente aéreo cuando salía de un pequeño aeropuerto cercano a Lisboa. Desde Tetuán, el futuro Generalísimo ordenó a Orgaz que se incautara del bimotor de la Lufthansa que acababa de llegar a Canarias y se viniese con él a Marruecos: cabe suponer que estuviese pensando en la necesidad de una comunicación directa con Alemania. El 21 recibió a un financiero alemán establecido desde antiguo en el Protectorado, Johannes Bernhardt, que no era persona grata en la Wilhelmstrasse [3], pero cuyas relaciones con Adolf Langenheim, *ortsgruppenführer* nazi en Marruecos, podían ser muy eficaces para abrir puertas de comunicación con el partido [4]. Bernhardt se ofreció ya en este momento para realizar una gestión personal en Alemania: obraba, sin duda, como hombre de negocios, con la esperanza de obtener ventajas económicas y seguramente también políticas.

Franco no se decidió a aceptar los ofrecimientos en la primera entrevista y prefirió que el coronel Juan Beigbeder, antiguo agregado militar en Berlín, restableciese los contactos con el general Enrich Küllental, ofreciendo la reanudación de las negociaciones para la compra de armas. El 22 de julio se envió un telegrama, pero, consultada la Wilhelmstrasse, ésta opuso una rotunda negativa. Franco informó a Mola que no se sorprendió en absoluto: a través de sus contactos con el agente Veltjens conocía la oposición alemana al movimiento español. Al mismo tiempo, el jefe del Ejército de Africa decidía aceptar las ofertas de Bernhardt.

Por su parte, el gobierno de la República había hecho inmediatas gestiones para conseguir la venta de armas, en especial para su aviación. Dejando por ahora aparte la decisión soviética, a través de la Komintern, hay que señalar las peticiones en Francia, el Reino Unido y Alemania. Contaba con la ventaja de disponer de las reservas de oro y plata, que eran muy cuantiosas. El gobierno de París anunció al de Madrid en una fecha muy temprana, en todo caso antes del 23 de julio, que daría apoyo y armas a la República. Por su parte, el gobierno británico, cuyo interés económico fundamental se centraba en Bilbao y su entorno, conocida la actitud de los nacionalistas vascos, decidió encerrarse en estricta neutralidad.

El 3 de agosto de 1936, el gobierno de la República pasó un pedido de aviones de bombardeo a la Federación Alemana de Industria Aeronáutica; tres días más tarde una misión presidida por el teniente coronel Luis Riaño, a quien acompañaba el representante de la firma en España, Hans Sturm, llegó a Berlín. Permaneció en la capital alemana hasta el 18 de agosto sin lograr el contrato, porque, no habiéndose interferido en este caso el partido, las instrucciones negativas de Konstantin von Neurath, ministro de Asuntos Exteriores, se cumplieron.

---

[2] A.F.F., leg. 30, núm. 49.

[3] Fue Sáez de Buruaga quien puso a Bernhardt en relación con Franco. La dificultad mayor era que éste tan sólo podía disponer de 12 millones de pesetas (unos cuatro millones de marcos) depositados en el Banco de Tetuán. Era muy poco. Wilfred von Oven, *Hitler und der Spanische Bürgerkrieg. Mission und Schicksal der Legion Condor.* Tubingen, 1968, págs. 138-143.

[4] Bernhardt contaba entonces 39 años de edad y estaba casado con la hija de un antiguo cónsul alemán en Argentina. Hablaba correctamente el español. Tras una breve etapa de prosperidad en Hamburgo se arruinó a causa de la crisis de 1929. En Marruecos se hallaba en calidad da empleado de la casa H. Tönies. Tenía experiencia en los negocios. Pertenecía al Partido Nacional-Socialista, como muchos de los alemanes residentes en el extranjero. El jefe de quien dependía era precisamente Langenheim, que se dedicaba a prospecciones mineras y, según la prensa francesa, al espionaje. Importantes datos en A. Viñas, *La Alemania nazi...*, págs. 276-294.

Las fuerzas del gobierno —en la fotografía, el paso por la Puerta del Sol de un grupo de milicianos, entre el entusiasmo de las gentes— organizaron una serie de columnas que, al mando de los generales Riquelme y Bernal y de los coroneles Puigdéndolas y Castillo, partieron hacia Toledo, Somosierra, Alcalá de Henares y Guadarrama, para liquidar los focos rebeldes en Toledo, Alcalá y Guadalajara y frenar las columnas de Navarra, Burgos y Valladolid, a las que requetés y falangistas daban un aire peculiar. En el otro bando eran los milicianos los que acompañaban a las columnas, con espíritu excursionista que a muchos costó la vida; para ellos «ir a la sierra y pegar unos tiros» tenía un cierto aire festivo que irritaba a los jefes de la tropa, incapaces muchas veces de saber el número de hombres a sus órdenes, tal era el ir y venir de los voluntarios. Esta situación no duró mucho, sin embargo: muy pronto la guerra se encargó de convertirlos en auténticos soldados, sometiéndolos a campañas tan duras como la del Norte.

II. El «pecado original» de Franco

Los primeros emisarios que llegaron a Roma, Luis Bolín y Juan Ignacio Luca de Tena, se encontraron con una rotunda negativa: el 21 de julio, Mussolini ordenó que se dijera a los españoles que Italia podía venderles algunos aviones, pero en las condiciones ordinarias de pago al contado, embalaje de piezas desmontadas y transporte marítimo. Esto no resolvía las angustiosas necesidades de Franco, que estaba proyectando ya un puente aéreo para el traslado de sus hombres a la península. Siguiendo el consejo que le diera el conde Ciano, Luca de Tena decidió viajar a Metternich, el castillo bohemio en donde residía, desde hacía algunos meses, el rey Alfonso XIII, pues el monarca era quien podía garantizar que los compromisos de 1934 seguían vigentes [5].

Esto mismo pensaban Mola y sus consejeros. El 22 de julio se tuvo en Pamplona una reunión de urgencia y se habló francamente de la gravedad de la situación. Con un gobierno en Francia dispuesto a apoyar al de Madrid, las unidades alzadas podían encontrarse en condiciones de inferioridad material insuperables. Antonio Goicoechea, acompañado por Luis Zunzunegui y Pedro Sainz Rodríguez, se trasladaron a Roma. Dificultades propias de aquel momento hicieron que no llegaran a la capital italiana hasta el 24 de julio. Simultáneamente Mola enviaba al marqués de Valdeiglesias a Berlín. La iniciativa diplomática parecía hallarse enteramente en manos de monárquicos alfonsinos.

La noticia de que el gobierno francés había decidido abrir sus mercados de armas al de la República española acabó con la reticencia del Duce, a quien de ningún modo convenía la instalación en la península de una influencia francesa: dio su permiso para que los doce aviones comprados por los nacionales, y que Juan March pagó el 27 ó 28 de julio, fuesen conducidos por tripulantes italianos sin uniforme hasta los aeropuertos de Marruecos. Salieron el 30 de julio de la base de Elmas, en Cerdeña. La expedición estuvo tan mal preparada que sólo nueve aparatos consiguieron llegar a su destino; uno cayó al mar y otros dos tomaron tierra por error en la zona francesa del protectorado y fueron internados. La noticia fue aireada con escándalo por ciertos sectores de la prensa internacional.

En las negociaciones con Italia se manifestó abiertamente el compromiso de los monárquicos alfonsinos, y del propio rey, con el Movimiento. Más adelante algunos de ellos se sentirían defraudados porque éste no hubiese operado de inmediato la Restauración [6].

En las negociaciones para la reconciliación con los carlistas se había manejado una propuesta: la de reconocer al tercer

▲ ***En Barcelona, y en general en toda Cataluña, el esfuerzo de guerra se aglutinó en torno al Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, organismo paritario, aunque dominado por la CNT-FAI, que organizó varias columnas que se dirigieron al frente de Aragón al mando de Durruti, Ortiz, García Oliver y el teniente coronel Pérez Salas; en estas cuatro columnas principales se integraron otras, menores, que gozaron de gran autonomía. En la fotografía, un momento del desfile por la plaza de Cataluña de fuerzas de la columna Durruti, que salió para Aragón el día 23 de julio. Las tres capitales aragonesas habían quedado en manos de los rebeldes. Como en todas las fotos similares, el número de los que asisten como espectadores es muy superior al de los que se suben a los camiones.***

▲ ***Un local barcelonés requisado por Esquerra Republicana de Cataluña, el partido de Lluís Companys, para establecer un centro de reclutamiento. La idea inicial del Comité era la de que las milicias no tuvieran signo partidista, sino fundamentalmente «antifascista», pero el sectarismo se impuso y pronto aparecieron las de partido o sindicato. A la Esquerra le resultó difícil conseguir autorización para formar sus propias unidades.***

hijo de don Alfonso, el infante don Juan, como heredero de los derechos de ambas ramas. El 31 de julio del año 1936, este infante cruzó la frontera de Navarra, acompañado por un grupo de amigos, con la intención de incorporarse a las tropas que combatían en el frente contra las fuerzas de la República.

Don Juan no pudo pasar de Aranda de Duero: un capitán de la Guardia Civil le transmitió la orden de Mola para que regresara a Francia porque «debe ser otra la forma en que vuestra alteza entre en España» [7]. Es indudable que Mola no quería que se produjese en sus filas ninguna manifestación de monarquismo; la presencia de don Juan podía ser fuente de conflictos, y eso era algo que no quería permitir en plena guerra.

Misión en Berlín

Sucedió que las gestiones realizadas por Franco en Alemania dieron resultado, mientras fracasaban las del marqués de Valdeiglesias: aquéllas se produjeron a través de los canales del partido y éstas tan sólo por medios oficiales. El 22 de julio, en Tetuán, el general Franco celebró una segunda entrevista con Bernhardt en la cual se tomaron dos decisiones: enviar

---

[5] J. I. Luca de Tena, *Mis amigos muertos*. Barcelona. 1971, pág. 25.

[6] Mussolini era hostil a la República española por la ayuda prestada a los antifascistas. Sospechaba además o conocía la existencia de un pacto secreto entre España y Francia. Esta era precisamente la doble condición que esperaba obtener de su ayuda, y así se le había prometido en 1934: de ahí su insistencia en la renovación de este pacto. John F. Coverdale, *La intervención fascista en la guerra civil española*. Madrid, 1979, págs. 52-63.

[7] Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía*. Barcelona, 1976, págs. 12-13.

JOSE CALVO SOTELO

(Tuy, 1893-Madrid, 1936)

Cuando la noche del 13 de julio de 1936 fue sacado de su domicilio en Madrid y asesinado de dos balazos en la cabeza, por un grupo de guardias de asalto que estaban de servicio, Calvo Sotelo tenía cuarenta y tres años, una gran vitalidad y plena dedicación a la tarea política de enfrentarse por todos los medios, no ya a la coalición frentepopulista mayoritaria en el parlamento, sino incluso al régimen republicano mismo.

Para Calvo Sotelo, así como para muchos otros españoles partidarios de organizaciones políticas de derecha, la situación vivida durante la primavera de 1936 conducía inexorablemente, y a plazo no muy largo, a una revolución social semejante a la realizada en Rusia veinte años antes.

Acuciado por este temor, Calvo Sotelo dedicó su enorme energía y brillante inteligencia a la actividad contrarrevolucionaria, batallando en el parlamento y en la prensa.

Calvo Sotelo permaneció en el exilio entre 1931 y 1934. Llegó a formar parte del equipo dirigente del partido monárquico alfonsino Renovación Española y ayudó a ganar la voluntad de Mussolini para apoyar un hipotético golpe de estado antirrepublicano en España.

Frente a la ambigüedad política del más destacado dirigente de la derecha española antes de las elecciones de 1936 —José María Gil Robles—, Calvo Sotelo consiguió atraer hacia su perso-

na la enemiga de toda la izquierda, a causa de sus ataques al sistema republicano.

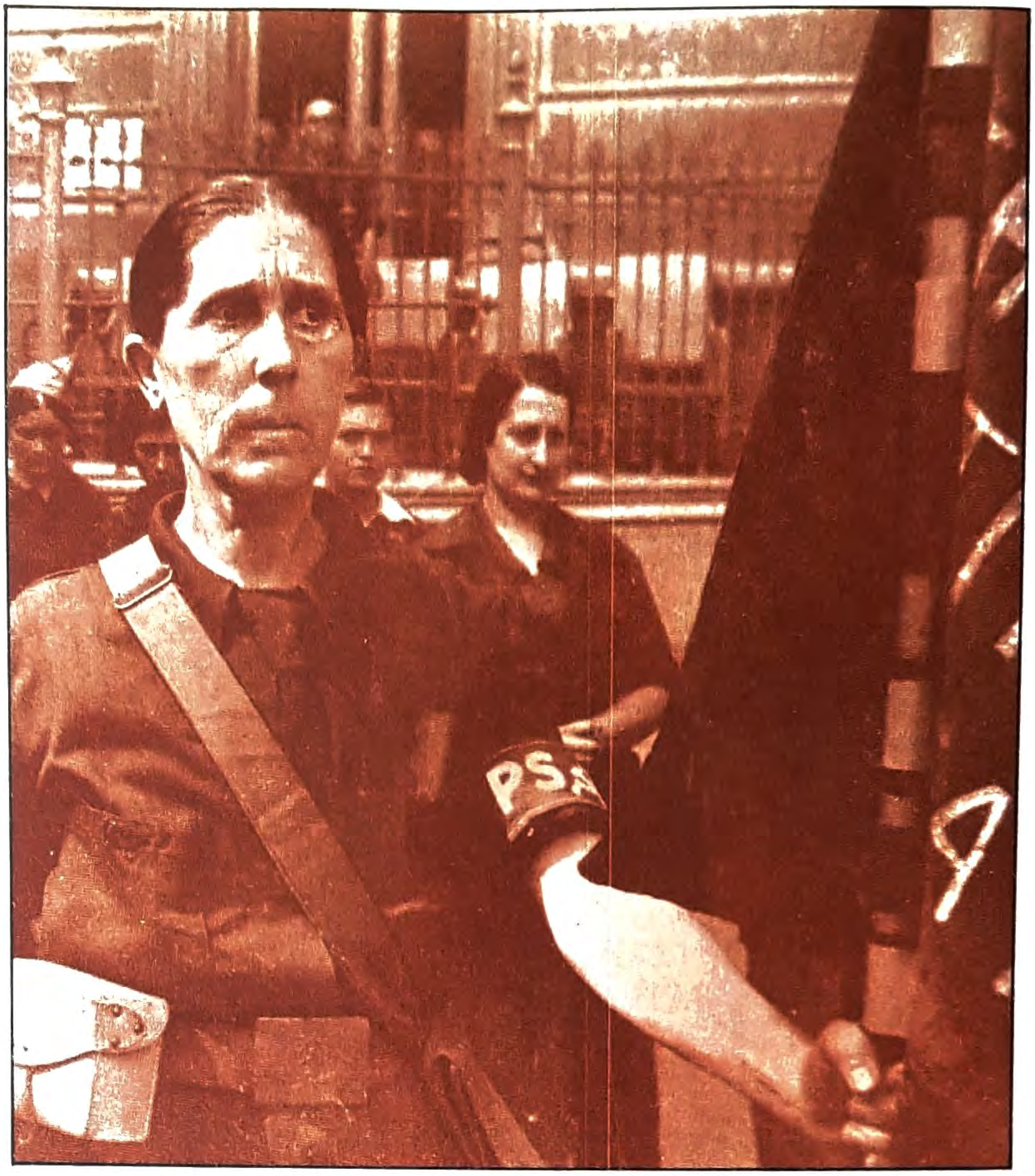
Poco antes de su muerte violenta, en la dura sesión de las Cortes del 17 de junio, Calvo Sotelo había declarado públicamente su opción por el fascismo como forma de organizar la sociedad española.

José Calvo Sotelo, hijo de un magistrado que cambiaba con frecuencia de destino, había estudiado Derecho en Zaragoza y Madrid, y ganado, poco después, con el número uno, la difícil oposición de abogado del Estado. Miguel Primo de Rivera le nombró ministro antes de cumplir treinta y tres años; su actividad de gobierno produjo innovaciones tan importantes como el Estatuto municipal, todavía vigente, la creación del Banco Exterior de España y, sobre todo, la monopolización del negocio del petróleo —origen de la CAMPSA—. Sin embargo, ninguna de sus medidas de política económica pudo evitar que se dejasen sentir en España los efectos de la crisis económica mundial a finales de los años veinte y que fue uno de los grandes problemas heredados del régimen anterior por la República.

Calvo Sotelo vivió la República como un exiliado excepcional desde el día antes de proclamarse.

A pesar de haber sido elegido diputado en las Constituyentes de 1931 y reelegido en 1933, no volvió a España hasta que la mayoría derechista otorgó la amnistía.

Aun exiliado, fue desposeído de la inmunidad parlamentaria en junio de 1932 para responder de su gestión como ministro de Hacienda de la Dictadura.



Al principio de la guerra, algunas mujeres se incorporaron activamente a la lucha. En el bando republicano, y sobre todo en Madrid, milicianas como la de la fotografía marchan junto a los hombres a los frentes de combate, pero su presencia en ellos no será duradera y pronto regresarán a sus puestos tradicionales de esposas, madres o enfermeras de los combatientes, a los que también sustituyen en los lugares de trabajo. Esta incorporación al mundo laboral fue uno de los mayores impactos en la sociedad española.

una delegación especial a Alemania para intentar el contacto con el Führer y constituir una empresa que pudiera canalizar las compras, los créditos y los pagos. Fue, al parecer, el mismo Franco quien propuso el título de Hispano-Marroquí (HISMA).

No esperaba ni pretendía el mando nacional una ayuda gratuita del III Reich, pues no se trataba, como en el caso de la Komintern, de ayudar a un partido afín, sino de sostener la lucha contra el marxismo, enemigo común. En el momento de decidirse el envío de la misión aún se desconocía la negativa final de la Wilhelmstrasse, que no se produjo hasta el 23 de julio.

La misión estaba compuesta por cuatro personas: Francisco Arranz, oficial de aviación; Bernhardt; Langenheim, y Alfred Henke, piloto del avión de Lufthansa *Max von Müller,* que iba a ser empleado para el transporte [8].

Costó mucho trabajo convencer a Langenheim —cuya presencia en la misión era juzgada indispensable, pues se trataba de conectar con el Partido— y mucho más todavía al piloto Henke que, en su cólera, llegó a calificar a Franco de «Räubergeneral», pero finalmente el *Max von Müller* despegó del aeropuerto de Tetuán a las cinco y media de la tarde del 23 de julio. Tras efectuar escalas en Sevilla, Marsella y Stuttgart, llegó a Berlín casi en la noche del 24. La actitud negativa del Ministerio de Asuntos Exteriores no cambió [9]: Sin embargo, Canaris, jefe de la Abwehr, se mostraba inclinado a sostener la causa de Franco por razones de estrategia internacional. No quedaba otro recurso que acudir al Führer.

Ninguno de los altos dignatarios del partido se encontraba en estos momentos en Berlín: acompañaban a Adolfo Hitler en los festivales de Wagner en Bayreuth, que habían llegado a convertirse en una especie de rito. Los cuatro enviados de Franco lograron entrevistarse con Rudolf Hess; éste se encargó de gestionar una audiencia del Führer, en un descanso de las maratonianas representaciones (26 de julio de

1936). En definitiva ha sido Adolfo Hitler quien, personalmente, tomó la decisión de que debían proporcionarse a Franco las armas que necesitaba abriéndosele un crédito. Aquel mismo día, que era domingo, se constituyó en Berlín un organismo, «Sonderstab W», bajo directo control de Goering. Tal fue el primer éxito de Franco: había conseguido que se le abriese el más importante mercado europeo de material de guerra en condiciones de pago diferido que, si se usaban con prudencia, le permitirían el equipamiento del Ejército.

[8] W. von Oven, *op. cit.*, págs. 152-154, ha recogido del propio Bernhardt la noticia de que éste era portador de una carta de Franco a Hitler, en español. En ella solicitaba 10 aviones de transporte de la mayor capacidad posible, para el envío de tropas a la península, 20 cañones antiaéreos de 20 mm, 6 aviones de caza Heinkel, ametralladoras, fusiles y bombas de aviación.

[9] Véase el informe de Dieckhoff del 25 de julio de 1936, que zanjaba definitivamente la cuestión desde el punto de vista del Ministerio de Asuntos Exteriores. *Wilhelmstrasse,* III, pág. 7.

[10] *Wilhelmstrasse,* III, pág. 11.

Goering ordenó a Langenheim que regresara inmediatamente a Tetuán para obtener de Franco garantías de pago, según éste ofreciera en su carta: se iba a abrir un crédito, pero debía quedar bien entendido que se trataba de una inversión y no de un regalo. Desde este momento, las autoridades alemanas consideraron al general del Ejército de Africa —así es como Franco se presentaba— único interlocutor válido. Langenheim había dicho en Berlín que el próximo gobierno de España sería un directorio militar de tres personas, Queipo, Mola y Franco, pero bajo la presidencia de este último, y que esto lo sabía por boca del mismo. El modesto *ortsgruppenleiter* de Marruecos, proyectado por inesperadas circunstancias al protagonismo internacional, completaba su informe diciendo que, en tal caso, las relaciones comerciales, culturales y militares entre España y el Reich se desarrollarían sobre un plano de absoluta coincidencia [10].

Este fue el «pecado original» de Franco, como lo califica, no sin cierto sentido del humor, Brian Crozier: haber podido obtener en Alemania las armas que en otro lugar se le negaban mientras eran ofrecidas a sus enemigos. Hemos visto cómo el gobierno del Frente Popular tampoco hubiera rechazado los aviones alemanes si hubiera podido obtenerlos. Franco consideró siempre como una gran injusticia las acusaciones que contra él se formularon por esta causa.

El dirigente anarquista Buenaventura Durruti marcha —en coche descapotable— al mando de una columna de camiones hacia el frente de Aragón. En cada pueblo conquistado los cenetistas proclaman el «comunismo libertario», tras juzgar a los terratenientes locales y establecer colectividades agrícolas entre los campesinos. Esta táctica de «aprovechar la guerra para hacer la revolución» fue luego duramente combatida por republicanos, comunistas y socialistas, que pensaban que lo correcto era ganar primero la guerra y hacer después la revolución.

Bandera de combate de la columna Lenin, del POUM, que formaba parte de la 3.ª Catalana y que, al mando de José Rovira y Jordi Arquer, se dirigió al frente de Huesca. Allí permaneció hasta que, transformada en 29 división del Ejército Popular de la República, fue disuelta en junio de 1937, víctima de la furia persecutoria que en la Unión Soviética se había desatado contra los disidentes y en especial contra los sospechosos de simpatizar con el trotskismo. Las purgas moscovitas tuvieron un violento reflejo en España, donde el POUM fue acusado de estar en connivencia con Franco tras las violentas jornadas de mayo en Barcelona. José Rovira fue llamado a Barcelona y detenido; Andrés Nin, máximo dirigente del partido, fue asesinado por la policía secreta. El escritor George Orwell reflejó el ambiente de aquellos días en su obra Homenaje a Cataluña.

III. La posición ideológica inicial de Franco

Las relaciones especiales de amistad que, como consecuencia de esta ayuda, se establecieron entre el nuevo Régimen español y los gobiernos de Alemania e Italia, han servido después como base argumental en la definición del Alzamiento militar de 1936 como un movimiento fascista o nacionalsocialista. Y no sólo de ese modo genérico, como los marxistas denominan fascista a todo aquel que no se acomoda a su propia política, sino del específico que supone una filiación respecto a Alemania e Italia. Dos hechos me parece que se encuentran suficientemente probados por historiadores que no pueden ser tachados de complacientes con el Régimen: ni en la preparación ni en el desencadenamiento de la sublevación militar hubo intervención alguna de dichos países; la decisión alemana de prestar ayuda fue, en todo caso, posterior a las decisiones en idéntico sentido de Francia y de la Unión Soviética. Salas Larrazábal añade, como tercer dato, que las aportaciones en hombres y material fueron mucho mayores en la zona republicana que en la nacional [11].

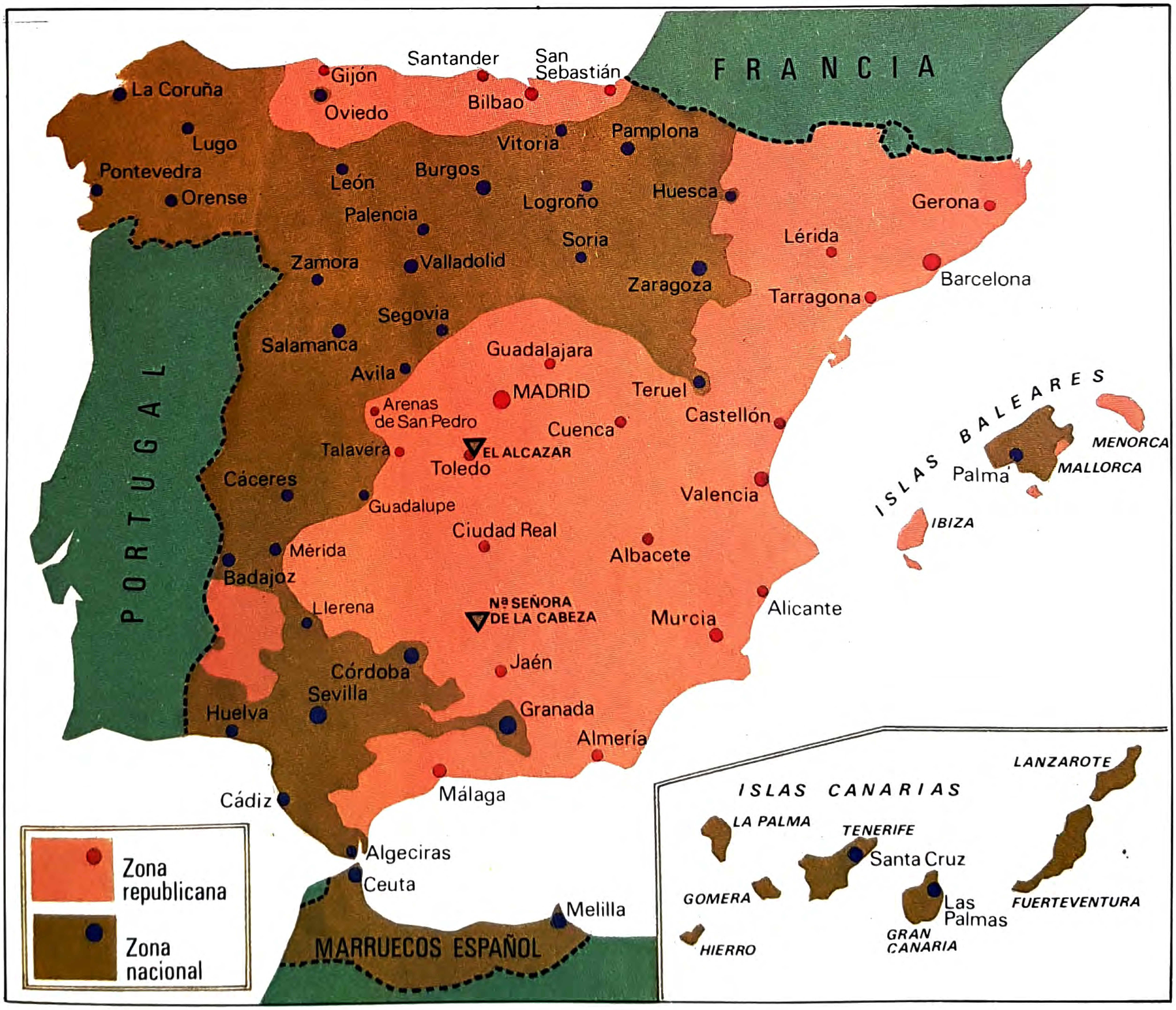
El primer pedido a Alemania estaba formado por 20 aviones comerciales y 6 aviones de caza Heinkel 51. Con anterioridad Francia había aceptado servir 20 bombarderos al gobierno de Madrid.

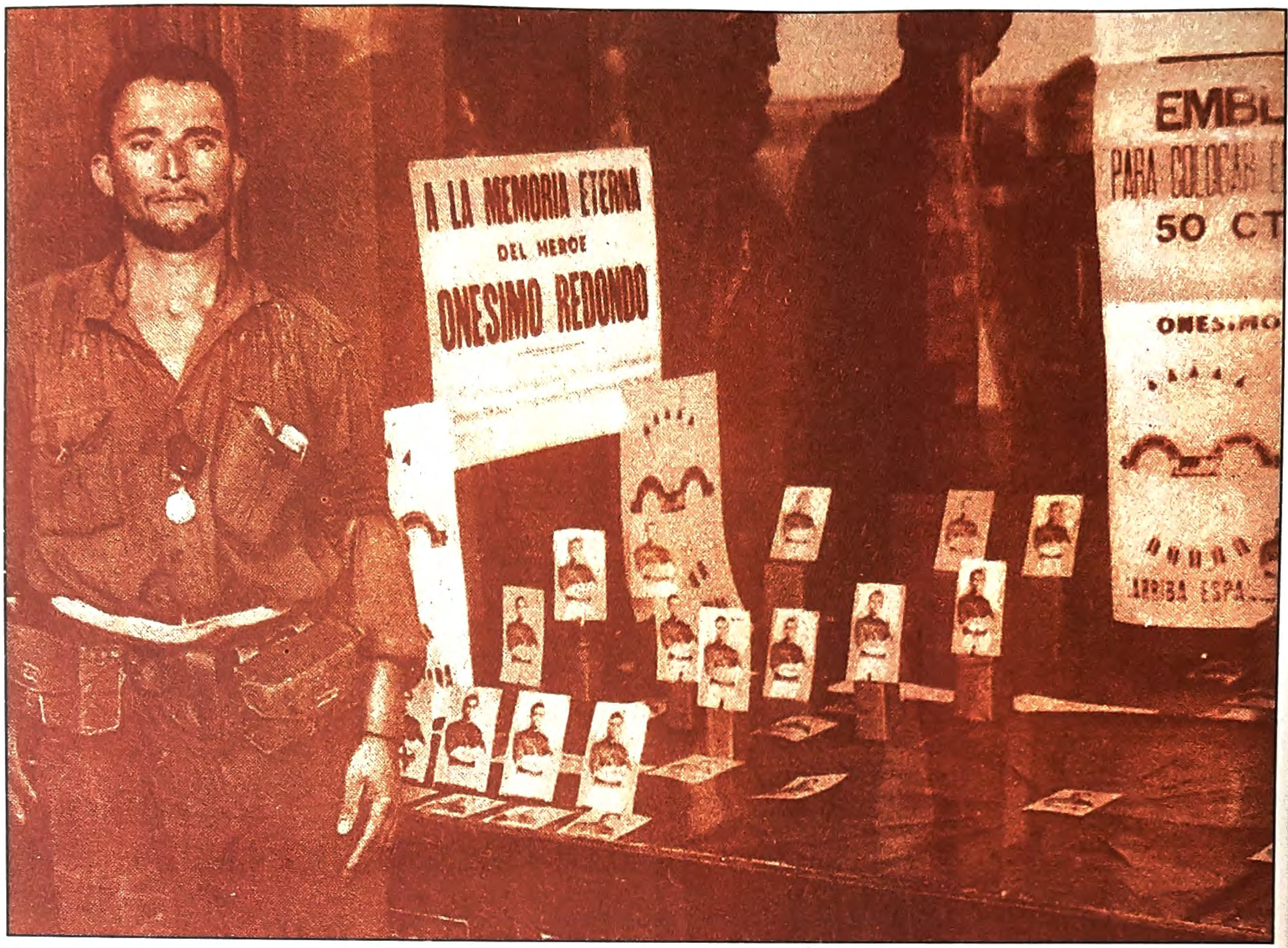
El Movimiento Nacional

El 21 de julio de 1936, apenas tres días después del Alzamiento, el Presidium del Soviet Supremo de la URSS tomó el acuerdo de prestar toda la ayuda posible al gobierno de Madrid, constituyendo de inmediato un depósito de 1.000 millones de francos y una fuerza operativa de 5.000 hombres.

[11] Esta es la tesis que desarrolla, como veremos, R. Salas Larrazábal, *Las cifras exactas de la guerra civil.* Madrid, 1980.

Este mapa, que recoge las posiciones de ambos bandos de la guerra civil a finales de agosto de 1936, muestra la dramática división del país. La práctica desaparición del ejército regular, diluido en las milicias, impidió a la República consolidar su ventaja inicial y contraatacar ante los rapidísimos avances del ejército expedicionario de Franco, cuyas columnas llegaron en noviembre a Madrid, tras liberar del asedio al Alcázar de Toledo.





Un falangista posa ante el escaparate de una tienda de Valladolid donde se venden recuerdos conmemorativos del líder de las JONS, Onésimo Redondo, muerto por una patrulla de milicianos de la columna Mangada en Labajos (Segovia), el 24 de julio de 1936. Al parecer, los ocupantes del automóvil del dirigente falangista, que se dirigía al frente del Guadarrama, confundieron la bandera roja y negra de los anarquistas con la también roja y negra (aunque de formato distinto) de Falange, y no dieron marcha atrás a tiempo. Fueron alcanzados por el fuego republicano.

Los escritores franceses André Malraux (izquierda) y Jean Cassou (centro) fueron partidarios de la República. Malraux, que mucho después llegó a ser ministro del general De Gaulle, estaba en esta época muy próximo a las tesis comunistas. Una de sus novelas, La esperanza, centra su argumento en la guerra civil.

Por eso resulta de absoluta necesidad acudir a las palabras de que se vale Franco en estos postrimeros días de julio de 1936 para explicar su obra. En una alocución radiada el 21 por la emisora de Tetuán, utilizó exclusivamente el término «movimiento nacional», una expresión que tomaría luego carta de naturaleza en la prensa y los discursos. Los rasgos esenciales que atribuía a dicho Movimiento Nacional fueron explicados en una proclama que

publicó *ABC* de Sevilla dos fechas más tarde [12]. Completando este documento con algunas otras intervenciones inmediatamente posteriores, podemos establecer una especie de programa inicial, en cuatro partes.

a. En primer término quería Franco dejar muy claramente establecida cuál era la naturaleza del movimiento militar comenzando el 18 de julio, al cual calificó de «una cruzada en defensa de España». No se utilizan todavía mayúsculas, como se hará más tarde, ni se invoca un especial sentimiento religioso. «No se trata de un movimiento militar, o de clase —insiste—: se trata de la vida de España». La amenaza que ha surgido contra España es el marxismo, que destruye inexorablemente los valores morales de la persona, la dignidad del hombre, el sentido de la patria y la fe en Dios, que constituyen el más preciado patrimonio de los españoles. En estas horas iniciales no se percibe ni el más ligero vislumbre del monarquismo que manifestará luego: «éste es un movimiento nacional, español y republicano, que salvará a España del caos en que pretendían hundirla». Hay, pues, perfecto sincronismo entre lo que sostienen Franco, Queipo y Mola, como se había acordado.

Franco apuntaba, desde la raíz misma del Movimiento Nacional, a concebir la guerra como una defensa frente al comunismo. Se trata de una tesis que ha sido posteriormente incorporada a su obra de gobierno, pero que, como hemos tenido ocasión de explicar, se remonta en sus convicciones por lo menos a 1934: el mundo occidental, edificado sobre una amplia plataforma de civilización cristiana, se encuentra amenazado por la revolución marxista, de la que la URSS constituye el vehículo principal. «Todos tenéis el deber de cooperar en la lucha definitiva entre Rusia y España.»

b. Después de las elecciones de febrero, no quedaba otro medio para lograr la salvación de España que su reconquista en una guerra de liberación. No se pronuncia ni una sola palabra de disculpa por el levantamiento, de invitación al pacto o de reclamo histórico al consenso. José María Pemán, el gran poeta, comenzó a escribir por estos días su *Poema de la bestia y el ángel:* es una alusión al *Apocalipsis* de San Juan; en la lucha ya no caben distingos: o se adora a la bestia o se la combate. El Ejército ha hecho aquello que definitivamente podía hacerse: tomar las armas; porque la otra alternativa no era sino morir. No con la muerte física que alcanza a algunos, sino con la moral que lo destruye todo.

«El general Franco —decía la proclama— sin descanso prepara y asegura el desembarco de sus banderas y tabores.» No hay en esto mentira ni exageración, sólo propósitos: en las primeras jornadas después del Alzamiento, dos tabores de regulares y un escuadrón de caballería llegaron hasta Cádiz y Algeciras por mar, asegurando así la cabeza de puente, al principio precaria, puesto que Huelva obedecía al Frente Popular, y el enlace con Sevilla. El destructor *Churruca,* que tomara parte en esta operación, fue llevado después por sus tripulantes a Málaga, en donde los oficiales perecieron asesinados. Sin tomarse un descanso, Franco imaginó un nuevo medio para seguir enviando tropas, los aviones de transporte, pero de ningún modo interrumpió el tránsito.

c. La tercera parte consiste en señalar los objetivos del Movimiento Nacional. «Os engañan quienes os inculcan que va a retrocederse en los avances sociales.» En seguida se instala en primera persona para decir: «salimos los oficiales y soldados» de las clases modestas y no de las filas de los poderosos. De modo que lo que se ha emprendido «no es un movimiento en defensa de determinadas personas: al contrario, mira especialmente al bienestar de las clases obreras y humildes, así como de nues-

[12] R. La Cierva, *Francisco Franco* (1), I, págs. 470-471.

Entre los fotógrafos extranjeros que vinieron a España para captar con sus cámaras el conflicto, destaca Robert Capa, muerto luego en Indochina en 1952. Su foto del miliciano abatido por una bala enemiga se ha convertido, sin duda, en la más famosa de toda la guerra. Algunos historiadores han mostrado sus dudas sobre la autenticidad del documento, pero esto parece ya un asunto irresoluble y secundario a la vista del valor simbólico que ha adquirido la fotografía del reportero húngaro de la revista Life.

tra sacrificada clase media». Es el hijo de doña Pilar Bahamonde, austera, firme, resignada, quien asoma detrás de estas palabras.

No a la lucha de clases: ésta sería luego una de las preocupaciones esenciales de su Régimen. No, en definitiva, a la victoria de una clase sobre la otra; estaba pidiendo un cambio radical en el sentido de la marcha. No se trata simplemente de superar las contradicciones internas del capitalismo, como preconizaba Keynes, ni tampoco de implantar el socialismo de Estado, como apuntaban los nazis. Cuando el 28 de agosto de 1936 —volveremos sobre este punto— se detiene la reforma agraria, como contrapartida de las ocupaciones masivas de tierra decretadas por el Frente Popular, que causaron la ruina económica de los campos y fueron una de las causas fundamentales del hambre en la otra zona, Franco no estaba discutiendo el principio de justicia social implícito en el asentamiento del trabajador, sino que quería introducir un cambio en la filosofía del sistema, preconizando la colonización como alternativa al despojo, reparto o comunidad. Colonizar significará, en los años siguientes, no sólo instalar como propietarios a cultivadores que no lo eran, sino producir más, en mejores condiciones y, en muchos lugares, concentrar parcelas. Porque la sociedad agrícola española no sólo padecía las taras del latifundio, sino también las del minifundio.

d. En Ceuta, durante una improvisada alocución, Franco encontró una frase que respondía al cuarto concepto fundamental, y que sin duda consideró muy feliz a juzgar por el número de veces que más tarde la utilizaría: «ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan». Lejana meta, que resultaba entonces prácticamente inalcanzable, pero que señalaba también un cambio en los objetivos fundamentales del Estado: frente a las libertades formales afirmaba que había que levantar un conjunto de libertades reales que empiezan con un trabajo estable y una casa honesta.

Pero esto implicaba que la tarea de distribuir tenía que realizarse después de la de producir y no antes: para poder repartir alguna cosa que no fuese la inveterada miseria, había que llegar a poseerla.

«Con nosotros —tal era su solemne promesa final— van el bienestar y la paz de España.» En las horas sombrías de 1941 o en las optimistas de la década de 1960, cuando el país ascendía por las rampas del desarrollo, estas palabras cobraron para adversarios o amigos el principal relieve, oscureciendo a otras que quedaban atrás y que eran seguramente más importantes en la conciencia de Franco. ¿Argumento de propaganda? Yo no lo creo así. Pienso más bien que se estaba buscando la contraposición ideológica a lo que, al otro lado de las trincheras, venían ofreciendo, pues allí familia, religión y patria eran conceptos prohibidos y perseguidos.

▲
El coronel Moscardó, director de la Escuela Central de Gimnasia y comandante militar accidental de Toledo, se negó a enviar a Madrid las municiones que le solicitó el ministerio. Se colocaba así frente al gobierno. Concentró luego sus fuerzas y, junto a los guardias civiles que mandaba el teniente coronel Romero Bassart, declaró el estado de guerra y ocupó la ciudad. Contra él se dirigió una columna al mando del general Riquelme, y Moscardó optó por hacerse fuerte en el Alcázar —sede de la Academia de Infantería— al frente de unas 1.350 personas, de las que aproximadamente mil eran combatientes, en una decisión propia de la vieja escuela militar.

La guerra civil española tuvo, desde el primer momento y por debajo de circunstancias coyunturales, un tono de disyuntiva ética a la que no podía ser ajeno el cristianismo. Así lo mostró muy pronto el cardenal Gomá en sus informes al cardenal secretario de Estado, Eugenio Pacelli: en un bando los católicos eran protegidos, alentados e incluso solicitados; en el otro destruidos. Es posible que los nacionales exageraran en un sentido su patriotismo, pero los frentepopulistas lo hacían también en el otro. Eran dos Españas tan diferentes, que una hizo del ¡Arriba España! su grito de guerra, mientras que la otra castigaba con dureza a quien se atreviese a gritar ¡Viva España!

Y mientras tanto Franco tenía ante sí una empresa difícil: ganar la guerra.

IV. El paso del Estrecho

Los nacionales necesitaban reunir cuanto antes sus tres zonas en una sola, asegurando las comunicaciones interiores; pero esto significaba la apertura del Estrecho, bloqueado por la flota republicana. No era suficiente el trasvase aéreo de las fuerzas de Africa. Aunque el famoso grito lanzado por la Pasionaria el 19 de julio, ¡no pasarán!, se refería al Alzamiento tomado en su conjunto y no al cruce del Estrecho, la propaganda en ambos bandos lo pondría en relación con este hecho. Navegar desde Ceuta a Algeciras sería demostración de la existencia de un camino.

El 21 de julio de 1936 el Diario Oficial de Madrid publicaba los decretos de destitución de todos los generales implicados en el Alzamiento. Es significativo que Franco ocupase el primer lugar en la lista. Como antiguo jefe del Estado Mayor, la distinción resulta lógica. Pero era un paso más que contribuía a que se perfilara su persona como la más importante del Movimiento. Mola respondió al gesto del gobierno constituyendo una Junta de Defensa que presidió Miguel Cabanellas, por ser el general de mayor antigüedad y superior mando, y en la que entraron también los generales Saliquet, Ponte y Dávila, y los coroneles Montaner y Moreno Calderón. Se sobreentendía seguramente que Queipo de Llano y Franco entrarían a formar parte de ella en el momento en que se uniesen las tres zonas y el desplazamiento interior se facilitase. Una de las primeras decisiones de la Junta consistió en nombrar a Franco jefe de las fuerzas en el frente sur.

Para confirmar el reconocimiento de sus cualidades, necesitaba Franco cumplir con éxito aquellas dos operaciones de las que en definitiva dependía la suerte del Movimiento militar: llevar al Ejército de Africa a la península y ensamblar luego las dos mitades, norte y sur, en que se dividía el territorio dominado por los nacionales. Sin descuidar los transportes aéreos, decidió atravesar en barcos el brazo de mar que separa los dos continentes. El paso del Estrecho llegó a convertirse en una obsesión: «tengo que pasar, y pasaré», repetía con frecuencia. Pero frente a la poderosa flota rival, que utilizaba el puerto de Tánger como una base, y había recibido refuerzos, él disponia tan sólo de un cañonero, *Dato*, el torpedero *T-19* y un guardacostas, *Uad Kert*, a los que en todo caso podría añadir algunos mercantes deficientemente armados. Franco comenzó protestando insistentemente ante la comisión internacional de control de Tánger por la presencia de barcos «piratas» que violaban la neutralidad, pero no consiguió hasta el 9 de agosto —cuatro días después del cruce del Estrecho— que se les ordenara abandonar el puerto y las aguas jurisdiccionales.

Antes, el 28 de julio, a bordo de un Fokker, Franco hizo el primer viaje a Sevilla, en donde la población le recibió con entusiasmo, como si fuera el jefe esperado. Con los primeros refuerzos enviados por aire, y las unidades de voluntarios y reclutas organizadas sobre la marcha [13], José Enrique Varela pudo derrotar a Miaja, abriendo las comunicaciones entre Córdoba y Granada. Franco envió a Mola un largo mensaje anunciando el primer éxito en la guerra, la consolidación del núcleo an-

[13] El puente aéreo crado por Franco transportó alrededor de 500 hombres diarios y entre julio y septiembre hizo pasar 13.000 hombres a la península. A. Kindelán, *Guerra de Liberación*. Madrid, 1961, pág. 365.

El socialista Francisco Largo Caballero observa, junto al general Asensio (de espaldas), el bombardeo del Alcázar de Toledo. Los sitiadores mantuvieron en la operación fuerzas que siempre superaron los dos mil hombres, emplearon artillería, aviación, minas y, en una ocasión, gases lacrimógenos, demostrando un evidente interés por acabar con el foco rebelde. Pero pagaron la constante interferencia entre el mando civil y el militar, la desorganización y el caos que reinó en sus filas.

daluz. Franco hizo en aquella ciudad solemne promesa de que los suyos cruzarían el Estrecho y regresó a Tetuán el 29 de julio, para dirigir la operación.

El primer puente aéreo de la historia

Por evidentes razones de prestigio militar, Franco estaba decidido a arriesgar el transporte por mar de una parte pequeña de su Ejército. El mismo día 29 de julio, apenas regresado de Sevilla, convocó a su despacho en Tetuán a los pocos oficiales de Marina con que contaba, para comunicarles este proyecto: sin duda alguna, todos estaban informados de que el puente aéreo había comenzado a funcionar de modo satisfactorio. Protestaron del riesgo: la superioridad numérica del enemigo era aplastante. Pero el general razonó de otro modo: esos barcos de guerra que tienen ahora los rojos están tripulados por asesinos, y los asesinos son siempre cobardes. Insistieron ellos en la protesta y les conminó: «no les he llamado para que me digan estas cosas, sino para comunicarles que el convoy de tropas y material debe pasar lo más pronto posible; y les aseguro que pasará» [14].

Sin embargo, conviene insistir una vez más que el envío del Ejército de Marruecos a la península se había dispuesto de otra manera, la misma que Hermann Goering adivinara al examinar el pedido de Franco. Por primera vez en la historia, utilizando al máximo dos docenas de aviones de pasajeros de capacidad muy limitada, se estableció una línea de comunicación que, sin accidentes —lo que resulta prodigioso—, trasladó, en dos meses y medio, en 868 vuelos, 13.952 hombres, 44 cañones, 92 ametralladoras y 500 toneladas de pertrechos. La guerra civil española presenció el uso abundante de aviones en ambos bandos. Cuando Mola, frenado en la sierra de Guadarrama y amenazado por una contraofensiva roja en Aragón, adonde llegaron fuerzas importantes después de la victoria del Frente Popular en Cataluña, se veía angustiado por la falta de municiones, el puente aéreo le proporcionó 600.000 cartuchos. Aunque nunca se diera noticia por razones explicables de seguridad, Franco empleó un avión durante toda la campaña como medio normal de transporte. Lo cual representó, en más de una ocasión, evidente riesgo.

Conforme pasaban los días, iba creciendo la importancia del general Franco. Todas sus decisiones resultaban certeras. No demostraba la menor vacilación en cuanto a los objetivos a alcanzar y, una vez señalados, nunca se le escapaba la victoria. Era como el reflejo de aquella buena fortuna de la que, muchos años antes, hablaran sus soldados marroquíes. Era, todavía más, el resultado de una preparación concienzuda durante largo tiempo. Pero en su conciencia —y este es un dato que no podemos desdeñar— se trataba de otra cosa, una «ayuda escandalosa de Dios. El ángel de la guarda está con nosotros» [15]. Hombre de fe, atribuyó una parte de sus éxitos a la Providencia; tal vez por esta razón, sabía conservar la serenidad.

El 1 de agosto, Franco comunicó a Mola que la marcha sobre Madrid iba a comenzar inmediatamente. En efecto, aquel mismo día, a las 2 de la tarde, firmó la orden para las tropas que iban a participar en ella. «Es imprescindible —les decía— una disciplina absoluta en el fuego. En cuanto

▲ La silueta del Alcázar se recorta contra el cielo de Toledo después de la explosión de una gran mina. El paso de los días aumenta la moral de los sitiados, que confían en la próxima llegada de los hombres de Yagüe. El rapidísimo avance del Ejército de Africa incrementa las esperanzas de Moscardó, al tiempo que hace crecer el nerviosismo entre los sitiadores. El día 20 de agosto, el ministro de la Guerra señala incluso un plazo de cuarenta y ocho horas para la toma del Alcázar.

◀ Sentados y ataviados con el mono de milicianos, los líderes socialistas Francisco Largo Caballero (izquierda) y Wenceslao Carrillo, padre de Santiago Carrillo, entonces secretario de las Juventudes Socialistas Unificadas, posan junto a correligionarios y guardias de asalto en unos leños en el frente serrano del Guadarrama, armados de carabinas inapropiadas para el combate. Aunque todavía Largo Caballero no ha sido nombrado jefe de gobierno, es ya el indiscutible líder del Frente Popular.

[14] Cl. Martin, *op. cit.*, págs. 191-192.

[15] A.F.F., leg. 30, núm. 49.

a la reducción de focos rebeldes se efectuará con energía, excluyendo la crueldad, respetando en absoluto a mujeres y niños y evitando toda clase de razzias» [16]. Es el lenguaje comedido de un jefe militar que sabe lo que es la guerra. Y no se trata de un manifiesto para publicar en la prensa, en donde serían explicables las concesiones, sino una orden militar que se comunica bajo el epígrafe de riguroso secreto. Su tono resulta diametralmente opuesto, por ejemplo, al de la famosa orden de las «alimañas», que comunicara en 1917 el general Burguete, que ahora, casi veinte años después, militaba en el bando opuesto.

La orden de Franco podría servir también para indicar el tránsito desde la primera a la segunda etapa del Movimiento, de la fase del alzamiento militar a la de guerra civil. Resulta muy significativo que, precisamente este mismo día, 1 de agosto de 1936, en declaraciones entregadas a la Agencia Havas, Indalecio Prieto coincidiese con la misma apreciación. De guerra, y guerra larga, se trataba.

«El Convoy de la Victoria»

Preparada para el día 2, y demorada luego para el 5, según revela la correspondencia entre Franco y Mola, la travesía marítima del Estrecho tuvo lugar en la tarde de este día. El convoy, con tres mil hombres y los pertrechos correspondientes, se había venido disponiendo en Ceuta. Hubo cierto aparato en torno a la operación, aumentando después con las informaciones de prensa. Franco subió primero al santuario de la Virgen de Africa para solicitar ante la imagen protección divina. Luego se trasladó al fuerte del Hacho, que iba a servirle de puesto de mando durante toda la operación: se hallaban con él dos ayudantes, un oficial de la Guardia Civil y el general Orgaz. Alfredo Kindelán, que, ostentando el curioso título de jefe del Aire —como Eolo, según bromearía luego—, tenía la responsabilidad de la cobertura aérea [17], llegó con la noticia de que el destructor *Lepanto* se hallaba anclado en Gibraltar. Franco encomendó al propio Kindelán que fuese a exigir del gobernador británico la expulsión del barco, que había entrado para reparar averías.

A las ocho de la tarde le pasaron la noticia: «el convoy de la victoria», nombre enfático que empleó la propaganda nacional se encontraba ya a salvo en los muelles de Algeciras. Franco se volvió hacia sus interlocutores y comentó: «se me ha pasado rápidamente el tiempo hablando con ustedes». Pero entonces, según cuenta un testigo presencial, alguien de los presentes no pudo contenerse y estalló: «a mí me han parecido las horas más largas de mi vida» [18].

A punto ya de abandonar definitivamente Africa, cerrando el capítulo más decisivo de su existencia, el general Franco, incorporado a la Junta de Defensa desde el día 3, tuvo una importante conversación con Kindelán, que le aseguraba que la guerra estaba ganada. «Conforme enteramente —me dijo el general—; no abrigo dudas sobre el triunfo, no las he abrigado un solo momento». Luego guardó silencio, durante unos minutos, y al fin añadió: «va a ser costoso y largo» [19]. Esta era la meditación profunda de quien, desde ese instante, se convertía en el primer general del Movimiento.

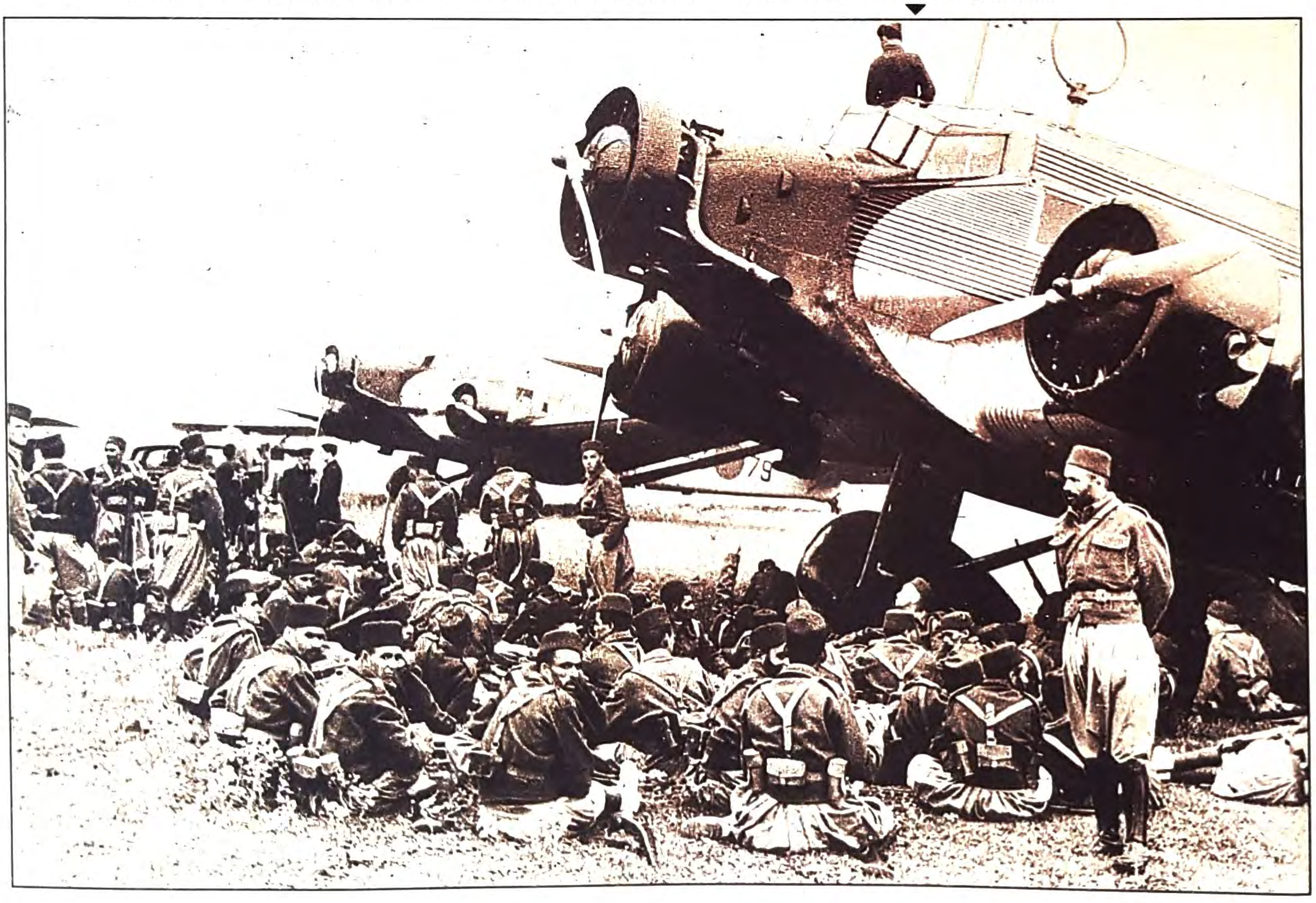
[16] R. La Cierva, *Francisco Franco* (1), I, págs. 475-476.

[17] Esta cobertura estaba formada por 5 Savoia, 3 trimotores Fokker, 2 hidroaviones, 2 cazas Nieuport y una escuadrilla de Breguet. R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, vol. I. Madrid, 1974, pág. 295.

[18] El relato de la operación ha sido tomado de L. Galinsoga y F. Franco Salgado, *Centinela de Occidente*, págs. 255-256.

[19] A. Kindelán, *Mis cuadernos...*, pág. 21.

La operación del paso a la península del aguerrido y experimentado ejército de Africa, con unos efectivos calculados de 30.247 hombres, fue la operación más decisiva de la guerra. Como la República domina el mar, más de la mitad de las tropas lo atraviesan por aire hasta que el 29 de septiembre los cruceros nacionales Canarias y Cervera controlan las aguas del estrecho. En la fotografía, moros de las tropas regulares junto a un JU-52 que les trasladará a la península.



Capítulo II

JEFE DEL GOBIERNO DEL ESTADO

I. La actitud inicial de la Iglesia española

EL 6 de agosto de 1936, dos obispos a los que se suele presentar como nada entusiastas del Movimiento: Marcelino Olaechea, que lo era de Pamplona, y Mateo Múgica, prelado de Vitoria, única diócesis entonces para las tres provincias Vascongadas, publicaron el primer documento eclesiástico en relación con la guerra. En la redacción de esta carta intervino, sin duda alguna, el cardenal Isidoro Gomá, arzobispo de Toledo, a quien el Alzamiento sorprendió cuando disfrutaba de unas cortas vacaciones en Tarazona, circunstancia que probablemente salvó su vida. En el documento, dirigido a los católicos de las diócesis vascas, y en especial a los nacionalistas, se les recordaba la imposibilidad de colaborar con un gobierno que se había declarado enemigo absoluto de la religión. En Bilbao se dijo que la carta era una falsificación; algunos sacerdotes tranquilizaron a los dirigentes nacionalistas diciéndoles que no tenía que ser obedecida. Pero Múgica se acercó a los micrófonos de Radio Vitoria para repetir, en términos muy contundentes, esta expresión: «Nos, con la autoridad de que nos hallamos investidos, en la forma categórica de un precepto que deriva de la doctrina clara e ineludible de la Iglesia, os decimos: Non licet.» No es ilícito, de ninguna manera, ayudar a los que se declaran enemigos de Dios. Esta doctrina no entrañaba ninguna novedad.

El 13 de agosto de 1936, Gomá envió a Roma su primer informe. La elección de campo por parte de la Iglesia en España no ofreció al cardenal ninguna duda, pues venía impuesta por circunstancias exteriores

▲ ***Un campesino resiste parapetado tras las ruinas de una casa, a pesar de que su compañero ha caído en el intento. En el ámbito rural la resistencia republicana estuvo organizada por los comités locales.***

que se hallaban más allá de su voluntad. De no haberse producido el Alzamiento nacional, se hubiera implantado una dictadura comunista: aún ahora la victoria del Frente Popular conduciría inevitablemente al mismo resultado. Los obispos no estaban en condiciones de elegir. La Iglesia ha sido aplastada, suprimida y martirizada en uno de los bandos y no se sostiene más que en el otro, en donde se le ofrecen garantías completas de respeto y libertad [1].

Esto no significa en modo alguno irenismo, porque el informe demuestra también no pocas preocupaciones. En el momento de redactarlo, el cardenal primado no había establecido aún ningún contacto oficial con la Junta de Defensa ni tampoco con el general Franco, un desconocido y famoso militar que dirigía las operaciones en un frente lejano; sus principales relaciones se refieren a los medios tradicionalistas de Pamplona, ciudad a la que había llegado en busca de refugio. Lejos de todo entusiasmo, el informe se hace eco de un triple pesimismo: en primer término por la actitud de los nacionalistas vascos que, llamándose católicos, ayudan a una causa que, si triunfase, impondría el abandono de su fe; después se ocupa de la ingente tarea que aguarda a la Iglesia para reconstruir el catolicismo español después de un quinquenio de destrucciones y persecución tan confusas; por último se detiene en la sutil amenaza que significa el contagio con cierto movimientos paganizantes europeos. Hay, dentro del bando nacional, un sector que preconiza y defiende el laicismo del Estado; «falta ver el alcance que se dará a esta proposición» [2].

Franco era católico sincero, practicante y devoto, sostenido en esta actitud por su esposa, aunque había eludido siempre las manifestaciones excesivas de su condi-

▲ *Juan Yagüe Blanco, teniente coronel al mando de la segunda legión del Tercio en Marruecos, fue elemento clave en la sublevación de julio. Al enterarse el delegado del gobierno que en las oficinas de la comisión de límites de Melilla se almacenaban armas para una sublevación y conseguir un permiso de registro firmado por el general Romerales, los conspiradores tuvieron que adelantar un día sus planes. Informado, Yagüe actuó con celeridad y ocupó Ceuta. En la foto, Yagüe cuando ya era general.*

▲ ***Primera visita de Franco a Burgos el 16 de agosto de 1936. Junto a él marcha el general Cavalcanti, y detrás, su primo y ayudante, Franco Salgado-Araújo. Mola aparece a la izquierda de Franco. Emilio Mola llegó al generalato a la edad de cuarenta años. Apolítico, en los últimos meses de la República se convirtió en el más activo de los conspiradores militares y, finalmente, en el principal responsable de la organización del levantamiento. El 24 de julio de 1936 fue nombrado general en jefe del Ejército del Norte; el 3 de junio de 1937 el avión en que viajaba se estrelló en el cerro de Alcocero, cerca de Briviesca (Burgos).***

ción. Años después de su muerte, los ministros y colaboradores suyos, de diversas tendencias, han coincidido en señalar, sin embargo, su preocupación fundamental por sopesar los aspectos morales de cada problema y la opinión de la Iglesia —refiriéndose normalmente a la jerarquía— sobre ellos. Sentía además un profundo amor por la imagen histórica de España, su dignidad, y esto le movía a identificar su obra con el restablecimiento de aquellos principios básicos que, durante siglos, la llenaran de contenido. Era la antítesis de Manuel Azaña en el sentido de pretender, precisamente, que nunca España «dejara de ser católica», acomodándose en sus leyes a los ejes morales de la religión cristiana. Si acaso, pecó en ocasiones de exceso.

◀ ***El 25 de agosto, en Barcelona, tiene lugar el segundo consejo de guerra contra militares sublevados. Los acusados son el comandante López Amor, dirigente de la UME, y los capitanes López Varela, López Belda y el laureado Lizcano de la Rosa. El primero de los capitanes ha de ser trasladado en camilla desde el hospital militar, ya que había sido herido en los combates del 19 de julio. Al día siguiente los cuatro fueron fusilados. Entre los guardias civiles con gorro y fusil están, ocupando el banquillo, en primer término, López Belda; en el centro, Lizcano de la Rosa, y al fondo, López Amor. Delante de ellos, postrado en camilla, el capitán López Varela.***

Esto no significa, en modo alguno, que Franco haya albergado el pensamiento de volver a cualquier situación pasada: es curioso que en ninguna de sus intervenciones, orales o escritas, haya utilizado la palabra «restauración». En sus primeras declaraciones a *O Seculo* de Lisboa y al *World Telegraph* —Franco puso exquisito cuidado en evitar los diarios alemanes— anunciaba ya en agosto de 1936 que, partiendo del hecho comprobado de la desaparición del Estado, no había otro medio de iniciar su reconstrucción que la dictadura militar, la cual debería ser de corta duración, asignándose como tarea fundamental la de agrupar personas relevantes, dotadas de la adecuada preparación política y técnica para ejercer tareas de gobierno. Pero aclaraba a este respecto que «la administración quedará a cargo de elementos técnicos y no políticos, ya que intentamos, y lo conseguiremos, transformar por completo la estructura de España», evitando la lucha de clases. Durante algunos años, concluía, no deberán celebrarse plebiscitos: hay que apagar la inquietud política de los españoles para evitar que los sufragios se produzcan por motivaciones puramente emocionales.

[1] El informe, publicado íntegramente por M. L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, págs. 371-378.

[2] M. L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, pág. 20.

II. De Sevilla a Talavera

DESDE Sevilla, todavía en la primera semana de agosto de 1936, Franco inició la marcha sobre Madrid que habría de convertirle, a los ojos de sus partidarios, en el caudillo indiscutible para la guerra. En la primera fase de esta marcha, cuyo objetivo es el cierre de la frontera de Portugal, imprescindible respaldo a la actitud amistosa que Oliveira Salazar acababa de imponer a sus ministros[3], la clave, en más de un aspecto, se hallaba en Badajoz, eslabón que soldaría la cadena de unión entre Algeciras y Pamplona. Esta hazaña se brindó a Yagüe, el falangista, primero en el alzamiento en Marruecos, y a la Legión que él mandaba. El día 6 de agosto, Franco comunicó a Mola que de Badajoz le llegaba una llamada de socorro: la guardia civil que, junto con algunos militares y civiles, se había sublevado, estaba siendo aplastada por fuerzas mucho más numerosas a las órdenes del coronel Ildefonso Puigdengolas, enviado desde Madrid; pero aún resistía. Los nacionales no consiguieron llegar a tiempo y los rebeldes sucumbieron y fueron asesinados. El 7 de agosto las vanguardias de Franco estaban en Almendralejo: comprobaban constantemente que el enemigo poseía superioridad numérica.

La situación, de pronto, se volvió difícil: Mola estaba agotando sus reservas de municiones, y sus soldados se sentían frenados en los puertos del Sistema Central; simultáneamente Franco le daba la noticia de que la flota republicana bombardeaba Larache, Arcila, Cádiz y Algeciras; en este último puerto sufrió averías el cañonero *Dato*. El puente aéreo resolverá en parte estas dificultades, llevando municiones, como dijimos, y también cien uniformes legionarios para una operación psicológica semejante a la que ejecutara Queipo de Llano en Sevilla. Pero era inevitable cierto nerviosismo, unido a temor.

Primera victoria, Mérida: fue tomada el 11 de agosto, adelantándose en veinticuatro horas a las previsiones de Franco [4]. En este momento recibió éste la noticia de que la Academia de Infantería, instalada en el Alcázar de Toledo, su primer hogar de soldado, seguía resistiendo. No adoptó ninguna medida especial para acudir en su socorro: o pensaba que la caída del reducto era inevitable o confiaba en que el empujón aguas arriba del Tajo permitiese aliviar indirectamente el asedio atrayendo al grueso de los enemigos. El 13 de agosto, Mola llegó a Sevilla para conferenciar con Franco y Queipo —fue entonces cuando se le asignó la conquista de Irún y San Sebastián como objetivo inmediato— y recibió la seguridad de que la soldadura entre zonas era inmediata y, con ella, la normalización de suministros. En la conferencia de los tres generales responsables del Alzamiento se examinaron también las noticias recibidas desde la zona roja: los generales Goded y Burriel habían sido condenados a muerte y ejecutados. Esto significaba que el gobierno de Madrid había decidido romper las últimas amarras aplicando la pena de muerte a los militares rebeldes en juicios militares sumarios. La guerra adquiere un tinte nuevo: saben ahora los jefes del Movimiento que la derrota no significa para ellos otra cosa que el pelotón de ejecución.

El 14 de agosto de 1936, Juan Yagüe, con fuerzas numéricamente muy inferiores a las del adversario, se apoderó de Badajoz en una batalla extraordinariamente sangrienta. Franco tendrá que enfrentarse, a partir de este momento, y durante toda su vida, con un enemigo inesperado: las cadenas internacionales de agencias y periódicos [5]. Para éstos, Badajoz se con-

En el mismo momento en que Rusia se adhirió al Acuerdo de No Intervención, se establecieron relaciones diplomáticas entre la URSS y el gobierno republicano. Marcel Rosemberg, ex subsecretario de la Sociedad de Naciones, presentó sus cartas credenciales en el Palacio de Oriente de Madrid el 29 de agosto de 1936. Trajo consigo un gran equipo de colaboradores que incluía un agregado naval, un agregado aéreo y un agregado militar.

virtió en el escenario de la crueldad. En el bando nacional, la conquista aparece como signo de victoria que aumenta considerablemente el prestigio del general que la obtuviera. Mola aparece cada vez más, ante Franco, en actitud subordinada. El 16 de agosto hizo el futuro Generalísimo una breve aparición en Burgos y fue aclamado en sus calles. El 20 Mola, frenado en casi todos los frentes, acudió a Franco en solicitud de consejo. Diez días más tarde Beorlegui tomaba San Marcial e iniciaba el asalto a Irún, ejecutando el segundo cierre fronterizo.

[3] La importancia de bloquear la frontera de Portugal, haciendo el enlace por Extremadura y no por la Mancha, quedó establecida ya por lo menos desde el 4 de agosto, víspera del paso del Estrecho. En una nota de Franco a Mola comunicaba a éste que, desde Lisboa, Gil Robles le había escrito para decirle que disponía de ocho millones de pesetas en divisas, amén de muchas facilidades crediticias («material que adquiera no me apuran pago», era la frase textual empleada). J. Martínez Bande, *loc. cit.*, página 22. De modo que Portugal podía convertirse en puerta de entrada de material alemán y también, por razones financieras, en la base idónea para compras de material procedente del área de la libra. Años más tarde Franco recordaría que Gil Robles «trabajó en Lisboa por el Movimiento», aunque sospechaba que le preocupaba sobre todo «su futuro político». A.F.F., leg. 30, núm. 49.

[4] La caída de Mérida estaba prevista para el 12 de agosto. El 11 de este mes, Franco, cada vez más en papel de cabeza, explicaba a Mola sus proyectos, no como quien propone, sino como quien ordena. Marchar sobre Madrid es sin duda lo importante, si bien, de modo paralelo, se deben reducir los focos de resistencia en Andalucía. La segunda gran etapa en las operaciones sería la conquista de Aragón y Levante. Lo último, Cataluña. Sin embargo, parece que abrigaba dudas acerca de la posibilidad de conquistar Madrid: «acción sobre Madrid estimo debe consistir en apretarle cerco y privarle agua y aeródromos, cortarle comunicaciones evitando ataques casco población que en caso contrario defensa destrozaría tropas». J. M. Martínez Bande, *loc. cit.*, pág. 23.

[5] La propaganda ha hecho de Badajoz y de Guernica, en formas distintas, símbolos de la crueldad de los nacionales, en el primer caso por la represión y en el segundo por el bombardeo. En su enfrentamiento privado con Yagüe, en junio de 1940, Franco reprocharía a éste el caso de Badajoz, si bien en público nunca hizo mención alguna de su descontento por la dureza de su subordinado. La propaganda de la izquierda tenía que cubrir entonces dos objetivos: cerrar los ojos del exterior a los crueles y numerosos asesinatos que se estaban cometiendo en zona roja, y desprestigiar a un Ejército que empezaba a demostrar el ímpetu necesario para conseguir la victoria en condiciones de inferioridad numérica.

En Badajoz, como antes indicamos, se produjo el alzamiento de unos cuantos guardias civiles y militares, el cual fue reprimido sin compasión alguna, siendo fusilados los que participaron en él. Soldados y guardias que no se sublevaron fueron incorporados a las milicias y a los refuerzos que trajo Puigdengolas, hasta sumar unos 8.000 hombres. Yagüe disponía sólo de 3.000 (H. Thomas, *op. cit.*, I, págs. 405-407). La lucha fue encarnizada, calle por calle, incluso en la catedral, y la Legión sufrió bajas muy considerables. Aunque no poseemos cifras concretas, debe tomarse como término de comparación que una conquista tan «fácil» como fue la de Talavera produjo mil bajas a los vencedores. Yagüe dijo que había causado al enemigo dos mil muertos, contando los caídos en lucha y los fusilados por él en el cementerio, porque no podía dejar atrás prisioneros que volvieran a sublevarse como habían hecho anteriormente. Este acto, sin duda reprobable, fue de su completa responsabilidad y se inserta en el tipo de guerra cruel que se estaba produciendo. Los frentepopulistas habían fusilado de igual modo a los defensores del Cuartel de la Montaña, en Madrid, incluyendo a reclutas que no eran voluntarios.

Hasta aquí los hechos, tal y como los conocemos. Desde Elvas (Portugal) un periodista, Jay Allen, que jamás estuvo en Badajoz, corresponsal del *Chicago Tribune*, envió a su periódico un telegrama afirmando que los nacionales habían organizado en la plaza de toros un espectáculo público de fusilamiento de prisioneros. La noticia, falsa, es disparatada, pero por eso precisamente fue creída: el público está siempre dispuesto a creer con facilidad lo inverosímil. La veracidad de dicho periodista puede conjeturarse por el texto del truculento telegrama que pocos días antes enviara a su periódico: «Almendralejo, derechista, fue crucificado, empapado en gasolina y quemado vivo.» Ni siquiera había llegado a enterarse de que Almendralejo era una población situada a corta distancia de donde él escribía. Han sido periodistas extranjeros de esta clase los que han contribuido a fabricar una imagen de la guerra civil más tenebrosa de lo que realmente fue. La historia de la plaza de toros, reproducida el 27 de octubre en el diario *La Voz* de Madrid, sirvió para que se asesinara, en represalia, a numerosos derechistas. Julián Zugazagoitia la repetiría. Ver también G. Hills, *Franco,* págs. 251-252.

A principios de agosto se materializa un nuevo peligro para Madrid: el avance del Ejército de África por tierras extremeñas. Al mando del teniente coronel Yagüe combaten las columnas de Asensio, Castejón y Tella; su objetivo es el de conquistar la provincia de Badajoz y unir la zona sur con la que Mola controla en el norte. Las fuerzas de Yagüe han pasado en su mayoría a la península por aire, y no disponen, por tanto, de gran material bélico, pero son, en cambio, las más aguerridas y experimentadas, como demostrarán con creces a lo largo de un mes de agosto en que su avance es imparable: el día 10 ocupan Mérida y el 14 Badajoz. La respuesta republicana es muy pobre: enfrentados a un enemigo tan fogueado, los milicianos optan muchas veces por la retirada precipitada cuando no por la huida. El 3 de septiembre los hombres de Yagüe entran en Talavera, punto clave en el avance hacia Madrid. A ese momento atribuye la agencia de prensa la fotografía inferior; sin embargo, podrían tratarse tanto de tropas nacionalistas como republicanas.

Tres ejércitos y tres generales

El 15 de agosto de 1936, en Sevilla, sin preocuparse de recabar la opinión de sus compañeros de la Junta de Defensa, Franco tomó la decisión de restaurar solemnemente la bandera bicolor. Para tradicionalistas y monárquicos alfonsinos, este gesto constituía el primer anuncio de que se preparaba una restauración. Pero el general, en el acto, no aludió a nada de esto. Sus palabras concretas, al presentar la insignia, fueron: «ya tenéis aquí la gloriosa bandera española». «Cuando se ha pasado toda la vida con una enseña, con una religión y con un ideal, eso no puede destruirse, eso no puede variarse. Porque sería lo mismo que si quisiéramos quitar a Dios de los altares.» Palabras semejantes no podían sin duda esperarse de Cabanellas ni tampoco de Mola. Para los sectores tradicionalistas, que eran muy fuertes, Franco estaba apareciendo ya como el jefe militar más adecuado.

De hecho, la Junta de Defensa estaba desbordada. Había tres ejércitos con tres generales en jefe, a ninguno de los cuales podía dar órdenes. Cuestión mucho más grave: se había iniciado un conflicto entre la Junta y el obispo de Vitoria, Mateo Múgica, poniendo en peligro las relaciones con la Iglesia cuando más imprescindibles resultaban. La pastoral conjunta del 6 de agosto no había producido los efectos que los militares esperaban y, ante el hecho comprobado de que algunos sacerdotes militaban en las unidades separatistas, la Junta de Defensa insistió cerca de Múgica y también de Gomá para que formulasen sentencias canónicas por desobediencia. Ambos se negaron rotundamente, pues acciones de este tipo serían contraproducentes. La Iglesia no debía mezclarse directamente en la guerra; había cumplido con su deber al recordar con claridad la doctrina, pero no iba a ir más lejos. La Junta se empecinó: ni siquiera tuvo el valor o la perspicacia de impedir que se produjesen fusilamientos de sacerdotes [6].

En su correspondencia, Gomá y Pacelli coincidían, sin la menor vacilación, en un principio: la causa nacional era la única compatible con los derechos de los católicos; esto no significaba confusión ni sometimiento. «En caso de triunfar el Movimiento nacional —decía el primado—, la Iglesia, a pesar de los diversos matices en la concepción de las relaciones entre Iglesia y Estado, gozaría de amplia libertad y aun de favor y protección.» Pacelli, por su parte, animaba a los católicos a resistir los embates del comunismo, se emocionaba al contemplar el «sacrificio cruento», de sacerdotes y fieles, «emulando gestos de los antiguos mártires» e invitaba a los obispos españoles a que, dejando aparte sus miras personales, se empeñasen en «concentrar todos sus esfuerzos en la defensa del poderosísimo patrimonio de la religión» [7].

▲ ***La muerte de Federico García Lorca en los primeros momentos de la guerra es una de las más inolvidables. Aunque nunca fue miembro de ningún partido político, era cuñado de Fernández Montesinos, alcalde socialista de Granada, y por otra parte estaba muy relacionado con la izquierda literaria española. Sus contemporáneos resaltan unánimemente su sencillez, su carácter risueño y el gran atractivo de su personalidad. García Lorca dejó bien claro sus inclinaciones políticas: «Yo siempre seré partidario de los que no tienen nada...», declaraba en el diario madrileño*** **La Voz** ***en 1934. El 17 de julio, García Lorca llegó a Granada para estar con sus padres el día de su santo, el 18 de julio, y allí le sorprendió la sublevación. El poeta permaneció en la finca de sus padres, la Huerta de San Vicente, hasta el 8 de agosto, en que se refugió en Granada, en la casa de una familia amiga, los Rosales, falangistas notorios. Allí fue detenido el día 16, en ausencia de los hermanos Rosales, por un ex diputado de la CEDA, Ramón Cruz Alonso, y trasladado al gobierno civil, de donde fue sacado la noche del 19 al 20 y trasladado a la Fuente Grande, cerca del pueblo de Víznar, donde fue asesinado.***

Franco abandonó Sevilla, demasiado lejos del frente, para instalarse en Cáceres, en donde el palacio de los Golfines de Arriba fue habilitado como cuartel general. Le acompañaban ya algunas personas, civiles y militares, que formaban como un embrión de consejo; entre ellas, su hermano Nicolás, que desempeñaría papel importante en los sucesos inmediatos.

Desde Cáceres, Franco no limitaba su atención a la punta de vanguardia que remontaba el Tajo. También atendía ahora a los avances de Alfonso Beorlegui por Guipúzcoa, que el 13 de septiembre le proporcionaría la noticia de la conquista de San Sebastián y la dolorosa del asesinato de Víctor Pradera. Pensaba en Oviedo, «su» ciudad de otro tiempo, que, tras la pérdida de los reductos de Gijón (20 de agosto), sufría un atenazador asedio. Y sobre todo en el Alcázar de Toledo, en donde Moscardó escribía una gesta que sería vital para el entusiasmo de los nacionales.

El 22 de agosto, Franco redactó un mensaje de aliento, que, envuelto en una bandera, fue arrojado tres días más tarde des-

de un avión, sobre lo que parecía ser un montón de ruinas humeantes.

El 3 de septiembre, a pesar de haberse acumulado 10.000 hombres para su defensa, cayó Talavera en manos de Yagüe. En Cáceres estalló, espontánea, una manifestación popular que fue a colocarse bajo el balcón del palacio de los Golfines. La gente repetía por tres veces el nombre de Franco, improvisando así la fórmula que, más tarde, llegará a convertirse en ritual durante su mandato.

▲
Dibujo realizado por Carlos Sáenz de Tejada, perteneciente al libro* El cara al sol, *sobre el himno de la Falange, en el que aparecen los símbolos de ésta: el haz, el yugo y la camisa azul. Tras los primeros momentos de la guerra, la Falange vio cómo sus filas se engrosaban con un gran número de afiliados provenientes de la CEDA y de otras organizaciones, incluso de izquierdas, que desbordaron a los camisas viejas.

▲
Hedilla (en el centro) junto a José Antonio Primo de Rivera y otro falangista. Cuando, en marzo de 1935, José Antonio visitó Santander nombró a Manuel Hedilla jefe provincial de la Falange y, posteriormente, consejero nacional. Con José Antonio en la cárcel, fue elegido jefe de la Junta provisional de Mando. El 19 de abril de 1937 le sorprendió el decreto de Unificación. La transmisión de un telegrama en contra de la unificación le llevó a un consejo de guerra del que salió condenado a dos penas de muerte, rebajada a veinte años la primera e indultada por Franco la segunda. Cumplió prisión hasta 1941.

---

[6] Tras la negativa de Gomá, la Junta arremetió contra Múgica, al que acusó de tolerar propaganda separatista en el seminario y de proteger a sacerdotes enemigos del Movimiento. Esto último era verdad, pero el obispo no podía dejar de sentirse prelado de unos y de otros, sin abandonar sus deberes pastorales. La Junta convocó a Múgica a Burgos para responder de acusaciones contra él y cuando el obispo se negó, pidió a Gomá que le invitara a abandonar España hasta que las circunstancias hubiesen cambiado. En su informe a Pacelli de 4 de septiembre en que daba cuenta de este enfrentamiento, Gomá se mostró partidario de que se mantuviese a Múgica como obispo de Vitoria sin acceder a su relevo; pero al día siguiente se entrevistó con él y le sugirió que emprendiese un viaje por una temporada para evitar conflictos. Múgica se negó, y Gomá explicó que le apoyaría en esta decisión. La Junta de Defensa, prescindiendo del primado, informó directamente al Vaticano, pintando con colores muy desfavorables la situación del clero vasco y del seminario. Roma cedió: el 14 de octubre, obedeciendo órdenes de la Santa Sede, Múgica salió de España y desde la Ciudad Eterna mantuvo correspondencia con Gomá. Este se opuso en redondo a cualquier sustitución en la diócesis y en su importante entrevista con Franco, ahora jefe del Estado, el 29 de diciembre obtuvo del Generalísimo la promesa de que sería respetada la situación y no solicitada la renuncia. En consecuencia, la Santa Sede procedió a nombrar en julio de 1937 un administrador apostólico, Javier Lauzurica. M. L. Rodríguez Aisa, *op. cit.* págs. 43-52.

[7] Textos de los informes y respuesta en M. L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, págs. 27-29.

III. La elección

EL cambio hacia la concentración de poderes que representaba el nombramiento de Largo Caballero como presidente del gobierno de la República, obligó a los nacionales a urgir la unidad de mando. Esta cuestión fue abiertamente planteada por Mola el 29 de agosto de 1936 en una entrevista que celebró con Franco en Cáceres. Siendo general de brigada, hay que prescindir de las lucubraciones al uso de que esperaba ser designado: en aquel momento, además, el prestigio de Franco estaba en la cumbre; hacia éste apuntaban los que pedían la creación de un supremo jefe militar [8]. Parece seguro que, por esta misma causa, la Junta de Defensa jamás planteó el tema estando presente Franco. Los informes de los diplomáticos y militares alemanes merecen ser tenidos en cuenta: excluyen las supuestas rivalidades entre el «director» y el estratega de la marcha sobre Madrid; tampoco dan pie a que se pueda creer en serias aspiraciones de Queipo de Llano.

De modo que lo que se estaba planteando no era sino esta disyuntiva: ¿es preferible seguir, como hasta ahora, con tres jefes militares autónomos, coordinados por medio de una Junta de Defensa, o se deben otorgar a Franco, de derecho, poderes y autoridad que, de hecho, ya se le están reconociendo? Mucho antes del 1 de octubre de 1936 —y a esto ya hemos aludido— se acudía a Franco, en el bando nacional, como a un *primus inter pares,* según informaba Warlimont el 12 de septiembre. Mola tenía además motivos personales de agradecimiento a Franco, que le había rescatado del olvido devolviéndole a la vida militar. Tampoco puede descartarse el importante papel que Nicolás Franco desempeñó en todos estos sucesos, aunque se refiere más a la forma jurídica de los decretos que a la decisión.

Otra pregunta es ésta: ¿quién tomó la iniciativa de proponer a Franco como generalísimo en la propia Junta de Defensa? Noticias posteriores aluden a tres miembros de ella, los generales Luis Orgaz, Alfredo Kindelán y Emilio Mola. No es cuestión importante. Tanto Orgaz como Kindelán tenían un motivo para apoyar la candidatura de Franco: veían en éste la garantía de que la Monarquía sería restaurada, y no se equivocaron, salvo en el tiempo. Kindelán, como hemos anotado, proporciona un dato significativo, y es que en las primeras conversaciones halló a Franco muy remiso. Puntualicemos esto para evitar errores de interpretación. En el momento de la decisión más importante, Franco no se conformaba con un mando para ganar la guerra: quería concentrar también la autoridad que le permitiese, después, ganar la paz [9].

La acumulación de poderes

El retraso en la designación contribuyó sin duda a fortalecer la fama de Franco, que se perfilaba ya ante los suyos como caudillo adecuado para la victoria; le ayudó sobre todo en sus propósitos de conseguir la acumulación de poderes. En aquellos días de agosto y septiembre de 1936

El 4 de septiembre de 1936, el presidente Azaña aceptó la dimisión de Giral como jefe de gobierno y pidió a Largo Caballero que formara uno. Este exigió a cambio la entrada del Partido Comunista en el mismo. De izquierda a derecha: Giner de los Ríos, Anastasio de Gracia, Tomás y Piera, Giral, Alvarez del Vayo, Largo Caballero, Ruiz Funes, Galarza, Prieto, Jesús Hernández y, cortado, Uribe. Falta el ministro de Hacienda, Juan Negrín.

parecía dotado de una fuerza incontenible, a quien nadie podía resistir, capaz de crear el espejismo de una próxima liquidación de la guerra, en la que seguramente no creía. El 8 de septiembre de 1936 los nacionales estaban en Arenas de San Pedro, preparando el empuje final. Fracasó una expedición catalana sobre Mallorca, dirigida por el capitán Bayo (12 de septiembre). Cayó, intacta, en poder de Mola, la segunda de las capitales vascas, San Sebastián (13 de septiembre), cerrándose así la puerta de acceso a Francia desde el litoral norte y abriéndose en cambio las reclutas vascas para las unidades tradicionalistas. Un espejismo debe ser roto: el número de vascos, y especialmente de guipuzcoanos, en las brigadas de Navarra, luchando a favor del Alzamiento, fue muy considerable.

Ahora, Largo Caballero necesitaba la conquista del Alcázar de Toledo y se empeñó en ella. Entre los días 9 y 20 de septiembre, acudiendo incluso en persona a la maltrecha ciudad, que fue evacuada por sus habitantes, el presidente del gobierno trató de obtener la capitulación o la destrucción. Pero el Alcázar, alentado por mensajes de fuera, seguía resistiendo. La represión sobre los sacerdotes castigó esta diócesis más cruelmente que otras. El 14 de septiembre, en una alocución pronunciada en presencia de refugiados españoles en Roma, Pío XI usó palabras que podían ser interpretadas como respaldo a los militares [10]. El 19 la Cámara de Diputados del Brasil cursaba una felicitación a Franco por sus victorias. Incidentalmente se comunicó a éste, el día 20, que su esposa y su hija habían llegado a Navarra, desde Francia, cruzando el paso de Roncesvalles.

La Junta de Defensa había sido convocada en Salamanca para el 21 de septiembre

---

[8] A. Kindelán, *Mis cuadernos...*, pág. 50, afirma que la idea de crear un mando único fue sugerida por él a Orgaz y Yagüe. Aunque esto sea cierto, no impide admitir que tal opinión no era exclusiva de una persona, sino que existía amplio consenso de las ventajas de disponer de un generalísimo. El Alzamiento había reconocido en principio como jefe a Sanjurjo; fallecido éste, alguien debía ocupar el puesto. Kindelán añade que para triunfar en su propósito, buscó la ayuda de Nicolás Franco, pues el Caudillo se mostraba reticente.

[9] Me parece exacta la apreciación de R. La Cierva, *Francisco Franco* (2), III, págs. 7-8: la lentitud de Franco obedecía al propósito de reclamar la Jefatura del Estado.

[10] La alocución ha sido publicada por Nicolás López Martínez, *El Vaticano y España*. Burgos, 1972, págs. 24 y 25. Era tan dura que, al darse referencia a la prensa, se hicieron correcciones. Pío XI, refiriéndose al gobierno de Madrid, hablaba de «odio y ferocísima persecución manifiestamente reservada a la Iglesia y a la religión católica». Envió su bendición «a cuantos han asumido la difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y de la religión».

▲ ***La única zona republicana donde la práctica del culto no se reprimió durante la guerra fue el País Vasco, pese a que durante los primeros días del Alzamiento también allí hubo persecución religiosa. En el resto, todos los actos externos de religiosidad fueron perseguidos, lo que obligó a los católicos a realizarlos en la más estricta clandestinidad, como demuestra esta fotografía de un bautizo celebrado en Madrid. Una vez que desaparecieron las muestras más violentas de antirreligiosidad y que los republicanos intentaron borrar en el exterior los rasgos revolucionarios que dominaron en su zona en los primeros meses, hubo intentos desde el mismo gobierno para volver a la normalidad. Los protagonizó Manuel de Irujo, nacionalista vasco y católico, que insistió ante Negrín para que permitiera de nuevo la libertad de cultos, a lo que éste se negó aduciendo el curioso y, desde luego, paradójico argumento de que ese derecho nunca había sido suprimido de la legislación republicana.***

JOSE SANJURJO Y SACANELL

(Pamplona, 1872-Estoril, 1936)

PROTOTIPO del héroe en las guerras africanas, dos veces laureado, monárquico, ayudó, sin embargo, a la llegada de la Segunda República. Su prestigio dentro del mundo militar lo señala como jefe indiscutido para encabezar el alzamiento. El 20 de julio de 1936, un accidente de aviación cerca de Lisboa le acarreó la muerte.

Se inicia en la guerra de Cuba como teniente. Con la independencia de la isla vuelve a España y participa en la guerra de Marruecos. Entre sus hechos de armas más destacados se encuentran la toma del monte Gurugú, frente a la ciudad de Melilla y, en la comandancia de Ceuta, las acciones en las cabilas del Yebala. Al frente de la Comandancia General de Larache, en 1922, organiza la investigación sobre los supuestos casos de corrupción de intendencia e intervención militares.

Es nombrado alto comisario de España en Marruecos. En 1925 participa en el desembarco de Alhucemas, en una operación combinada hispano-francesa para acabar con la resistencia independentista encabezada por Abd el-Krim. En 1927 da por terminada la guerra del Rif con un parte emitido en Bab Taza, por lo que Alfonso XIII le concede el título de marqués del Rif, aunque en el estamento militar es conocido como El león. El 28 de marzo de 1931, en el palacio de Oriente, es otra vez Alfonso XIII el que premia al general Sanjurjo, condecorándole con la Gran

Cruz de Carlos III. Sanjurjo era ya director general de la Guardia Civil, aunque simultaneaba este cargo con el de alto comisario en Marruecos, lo que demuestra el alto favor y confianza que la Corona depositaba en el general.

Tras las elecciones municipales del 12 de abril, con el triunfo republicano, existe un temor: la actitud de la Guardia Civil, y concretamente la del general Sanjurjo, incondicional de la Corona. El 14 de abril de 1931, Sanjurjo, inesperadamente, se pone a las órdenes del nuevo ministro de Gobernación de la República, Miguel Maura, aunque se ofrece para acompañar a los reyes a su exilio hasta el límite de la frontera española.

Enfrentado con Azaña, por su política de reducción del ejército, y molesto porque la República designa a un civil —López Ferrer— como alto comisario en Marruecos, y tras los sucesos de Casas Viejas y Arnedo, en los que resultan varios muertos, es sustituido en su cargo por el general Miguel Cabanellas, pasando Sanjurjo a dirigir los carabineros.

El 10 de agosto de 1932 protagoniza en Sevilla un intento de sublevación contra la República, que fracasa en toda España, y fundamentalmente en Madrid. Tras el fracaso, Sanjurjo decide huir a Portugal, pero es detenido en Huelva, junto con su hijo Justo. Condenado a muerte, es indultado por Azaña y trasladado al penal del Dueso, donde cumple condena. En 1934 es amnistiado, marchando a Lisboa, adonde va a buscarlo en 1936 Juan Antonio Ansaldo en su avioneta para trasladarlo a Burgos. Cuando despegan se produce el accidente, del que Ansaldo resulta ileso, pero en el que Sanjurjo encuentra la muerte.

▲
La diputada Margarita Nelken actúa como testigo en una boda civil celebrada el 8 de octubre de 1936; el novio es un miembro del batallón Pedro Rubio. La guerra impone una boda rápida en la que se abrevian los expedientes y fórmulas. Hay parejas, sin embargo, que se arriesgan a una ceremonia con sacerdote, pero es en la clandestinidad.

de 1936. A esta reunión, que se celebró en uno de los barracones del aeropuerto y que incluyó un almuerzo en casa del ganadero Antonio Pérez Tabernero —cuyas hijas sirvieron la mesa para prevenir indiscreciones—, asistió Franco. Se debatieron dos alternativas, la del mando único y la de un Directorio colegiado, último reducto al que se aferraba Cabanellas, que, desde luego, no quería entregar a Franco el poder: existían entre ambos profundas diferencias ideológicas y no sólo en torno a la oportunidad del retorno a la Monarquía. Al final, Cabanellas se quedó solo y acabó cediendo: se hizo figurar unanimidad en el acuerdo de proclamar a Franco generalísimo del Ejército nacional. Hubo el compromiso de mantener la decisión hasta un segundo encuentro de la Junta en fecha inmediata.

El aplazamiento en el anuncio parece demostrar que había quedado sin resolver la segunda cuestión: fijar los poderes políticos que debería desempeñar el Generalísimo.

El Alcázar de Toledo

Sin mostrar nunca prisa ni nerviosismo, Franco pasó a ocuparse de otra cosa: liberar a los defensores del Alcázar, que se encontraban en una situación extrema. Los esfuerzos de los atacantes, que llegaron a amenazar a Moscardó con la muerte de su hijo —efectivamente ejecutado— y recurrieron a los buenos oficios de Vicente Rojo, habían fracasado. Sobre el bastión toledano fueron entonces acumulados mayores medios. El 18 de septiembre una torre se hundió por la explosión de una mina. El 20 las paredes, rociadas con gasolina, comenzaron a arder. Arriesgándose a perder fechas vitales, Franco cursó a Asensio y a Yagüe la orden de marchar sobre Toledo. Desde Maqueda, por Santa Olalla, las vanguardias enfilaron el camino. El domingo 27 de septiembre de 1936 el consejero soviético, Miguel Koltsov, abandonó su papel de diplomático para asumir el de comandante para el asalto a las ruinas, tan infructuoso como los anteriores. Aquella misma tarde, mientras los milicianos se desbandaban, Asensio entró en Toledo: un puñado de héroes macilentos y sucios salió a su encuentro mientras Moscardó pronunciaba las palabras que sirvieran de santo y seña en los primeros días del Alzamiento: «sin novedad en el Alcázar».

La noticia llegó a Cáceres inmediatamente y fue anunciada en la pizarra de un periódico local. La población se movilizó de nuevo para concentrarse ante el palacio de los Golfines. Franco tuvo que asomarse al balcón, flanqueado por Yagüe, que acababa de regresar, Millán Astray y Kindelán. El Caudillo pronunció unas pocas palabras, de meras circunstancias. Yagüe, en cambio, se aventuró a una arenga indiscreta: «Mañana tendremos en él —refiriéndose a Franco— a nuestro Generalísimo, el jefe del Estado; que ya era tiempo que España tuviese un jefe de Estado con talento» [11]. De este modo fue revelada una parte del acuerdo secreto entre los altos jefes militares, que todavía se hallaba pendiente de los últimos detalles.

[11] R. La Cierva, *Francisco Franco* (2), III, págs. 7-8, con ayuda de los periódicos locales ha reconstruido los discursos que en este momento se presentaron.

IV. El decreto

La elección de Salamanca quedó refrendada por el apluso popular de Cáceres. Nadie pensaba en aquellos momentos en otro general, salvo Franco, que pudiera ostentar el mando supremo. Al día siguiente de la manifestación, 28 de septiembre, iba a reunirse de nuevo la Junta de Defensa en Salamanca para perfilar el decreto de nombramiento.

Mientras que el general volvía a su trabajo, algunos de sus colaboradores inmediatos se ocupaban de redactar un borrador que pudiera ser discutido por la Junta; entre ellos estaban Nicolás Franco, Kindelán, Yagüe y Millán Astray. El 27 de septiembre, Franco conferenció telefónicamente con Cabanellas y Mola, aunque ignoramos el contenido de la conversación. De acuerdo con sus deseos [12], en el borrador, dispuesto ya en la mañana del 28, se reunían en su persona todos los poderes, el militar de un generalísimo y el político de un jefe de Estado.

El lunes 28 de septiembre tuvo lugar la segunda sesión de la Junta de Defensa en el aeropuerto de Salamanca: rindieron honores tres compañías, una de falangistas, otra de requetés y la tercera de soldados de aviación. No sabemos si Franco estuvo presente, al menos en una parte de la misma. Se comprueba que se hallaba en Cáceres en la mañana de este día y en Toledo al día siguiente: empleando aviones, como normalmente hacía, resulta físicamente posible el desplazamiento. Kindelán recuerda que cuando leyó el decreto hubo vacilaciones porque Cabanellas y quienes le apoyaban no querían que nadie pudiera acumular en su persona tal plenitud de poder. Pero durante el almuerzo las noticias amplias del éxito logrado en Toledo, donde la resistencia enemiga había cesado, y de las aclamaciones populares en Cáceres, quebraron toda resistencia. El borrador se aprobó con sólo introducir en el texto dos incisos importantes: Franco sería «jefe del gobierno del Estado» y «mientras dure la guerra». Lo primero era mucho más de lo previsto; lo segundo, en cambio, tranquilizaba a los monárquicos. Cabanellas prometió firmar el decreto en el plazo de dos días; lo hizo en realidad el día 30 y fue inmediatamente publicado en el Boletín Oficial.

Derribo de la cárcel de mujeres de la calle Amalia de Barcelona, en agosto de 1936. Para los anarquistas las prisiones eran el símbolo del poder establecido por la burguesía, y en los primeros días de la convulsión se dedicaron a acabar con ellas, sin tener en cuenta que poco tiempo después las necesidades de la guerra obligarían en seguida a ambos bandos a habilitar cualquier tipo de edificio como cárceles para los prisioneros de guerra y políticos.

¿Un golpe de estado?

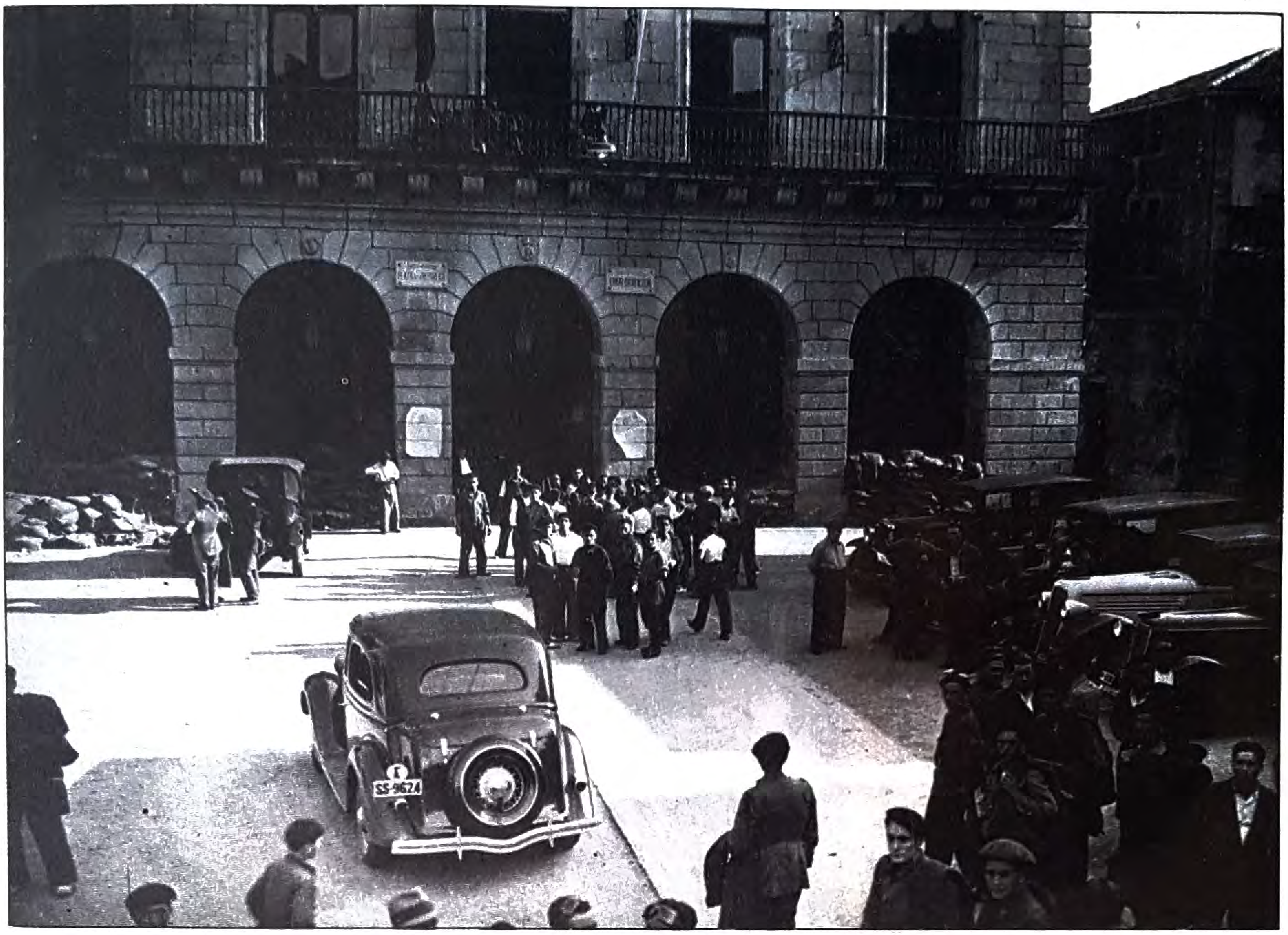
Esto es lo que algunos historiadores llaman «el golpe de estado» [13]. Puntualicemos. Las frases demasiado rotundas suelen ser pegadizas y entrañan por lo mismo un riesgo, el de explicar demasiado poco, desvirtuando la naturaleza de los hechos. Es cierto, y los testimonios se muestran unánimes, que el general Franco no presentó en ningún momento su candidatura al mando supremo ni solicitó de los otros miembros de la Junta de Defensa que le eligiesen; ninguno de sus colaboradores recibió, que sepamos, encargo en tal sentido. Tampoco rechazó el nombramiento, limitándose a no demostrar impaciencia.

La necesidad de establecer un mando único se planteó en la guerra española como en todas las que participan aliados diversos y en simultaneidad cronológica con el cambio en la zona republicana. Mola habló de ello. Orgaz, Kindelán y, sin duda, otros muchos jefes lo plantearon también. Se trataba de un requisito indispensable para remontar las dificultades y ganar la batalla.

Aceptado esto, la elección se restringía considerablemente, y así lo explicó Quei-

[12] R. La Cierva, *Francisco Franco* (2), III, pág. 9, presenta como prueba un discurso del Generalísimo del 7 de marzo de 1946: No estaba dispuesto a asumir la plena responsabilidad del mando militar sin el pleno poder político, necesario para la reconstrucción del Estado.

[13] Sostienen la teoría del «golpe de estado», entre otros, B. Crozier, I, pág. 307, que fue el primero en formularla; Sh. Ben-Ami, *op. cit.*, pág. 39, que se remite a Stanley G. Payne, *Politics and Military in Modern Spain*. Stanford, 1967, págs. 367-373; y Sergio Vilar, *Fascismo y Militarismo*. Barcelona, 1978, págs. 166-168. En general se pretende, con ella, dar una versión de los sucesos desfavorable a Franco. Un calificativo no modifica los hechos, establecidos con suficiente claridad.



▲ *La columna que dirige el coronel Beorlegui inició un impetuoso avance a lo largo del río Bidasoa con el fin de establecer contacto con los sublevados de los cuarteles de Loyola, pero quedó frenada en Oyarzun. Al rendirse los cuarteles de Loyola el 28 de julio, Beorlegui se marcó como objetivo Irún. Tras duros combates, los sublevados iniciaron el asalto al fuerte de San Marcial, que cae el 2 de septiembre, y dos días después entran en Irún. En la foto, milicianos y paisanos en la plaza de Irún, antes de que cayera la ciudad.*

po de Llano. Descartado Cabanellas, en cuya capacidad militar nadie confiaba, aunque todos respetasen su antigüedad y jerarquía —era o había sido masón y conspirador contra Primo de Rivera—, sólo Franco, general de división, héroe de Africa, jefe del Estado Mayor un año antes y alejado de las querellas políticas, se presentaba con títulos suficientes. Poseía la eficacia, rectitud de conducta y serenidad en el mando; y para demostrarlo ahí estaban el paso del estrecho, el éxito en las negociaciones con Alemania, el avance hasta Talavera y la liberación de Toledo. Me parece, a este respecto, acertada la reflexión de Jesús Fueyo Alvarez: Franco fue «reconocido» como Caudillo por sus colegas; lo era con anterioridad. La elección de Salamanca fue como la culminación lógica de una secuencia.

Franco aceptó la designación —y no descartamos en absoluto la ambición de mando, cosa imposible de probar— como una parte de la «responsabilidad ante Dios y ante la Historia» que había contraído en el momento de sumarse al Alzamiento. Varias veces, en ocasiones decisivas que tendremos que señalar, repetirá esta frase, a menudo muy mal interpretada, que revela una opresión en su conciencia. En las explicaciones que dio no aparece la apetencia de poder, ni la consideración de un derecho a ostentar el mando, sino la exigencia de un deber que había venido a imponérsele. Lo mismo que en Africa, cuando arriesgaba la vida al mismo tiempo que reclamaba ascensos. Si tomamos sus discursos de los días 17 y 18 de diciembre de 1936, lo entenderemos mejor: sostuvo que había tomado las armas no para defender este o aquel régimen político, sino para salvar a la nación de su naufragio. Unicamente la victoria podía revalidar su gesto, restaurando una España rota. Si fracasaba, no quedaría de él sino, pura y simplemente, el recuerdo de una rebelión militar. En cierta ocasión explicó a sus colaboradores que, en un caso tal, se enfrentaría al tribunal encargado de juzgarle sin reclamar siquiera la presencia de un abogado, diciéndole: cumplan, señores, su cometido. En julio de 1936 él había jugado la carta definitiva. Hasta ahí llegaba el sentido de la responsabilidad ante el deber.

El inciso introducido en el texto del decreto, «mientras dure la guerra», le molestó profundamente y su mención pronto desapareció. Tenía sentido en la mente de Kindelán, por ejemplo, para quien la guerra civil era el medio de destruir la República para restablecer la Monarquía. Aquí, el

Refugiados vascos contemplan desde la orilla francesa del Bidasoa la batalla y los incendios que tienen lugar en Irún, donde sólo queda un destacamento de anarquistas asturianos, junto con algunos comunistas locales, que se dedican a incendiar varias zonas de la ciudad; también fusilaron a algunos prisioneros nacionalistas y luego huyeron dejando solamente ruinas. Al día siguiente entraba Beorlegui en Irún; ese mismo día volvían 300 iruñeses a su ciudad, y en días sucesivos lo harían muchos más. En cuanto a los refugiados, los que desearon continuar en la lucha fueron enviados a Barcelona, de donde saldrían para el frente de Aragón. El resto se instaló en campos de concentración franceses a la espera de continuar su camino hacia algún lugar donde instalarse. La frontera quedaba cerrada para los republicanos. ▶

disentimiento entre Franco y los monárquicos alfonsinos era grave. Una guerra civil, en la mente del Generalísimo —y lo había dicho ya en 1931 ante las Cortes de la República—, no se justifica como un medio para devolver su trono al rey que lo ha abandonado espontáneamente. Es en el fondo la terrible operación quirúrgica, medio supremo, excepcional y temible, para recomponer una nación que acaba de saltar en mil pedazos. No tanto para la guerra como para la recomposición que debe comenzar inmediatamente, necesita y reclama la plenitud de poderes.

De ahí el origen remoto de la extraña frase, «jefe del Estado» para la que no existen precedentes. Hasta entonces España no había tenido magistrados supremos que se titulasen jefes de Estado: reyes o presidentes de la República y, en ocasiones, regentes, sí. Pero Franco, que partía de una tabla rasa institucional, de un vacío absoluto, no quería ser presidente porque no aceptaba la legitimidad de la República, ni regente, que le hubiera señalado como puente provisional hacia la Monarquía.

La designación como jefe de Estado asustó probablemente a algunos de los miembros de la Junta que, creyendo precisar mejor y disminuir el riesgo, modificaron la frase aumentando inconscientemente los poderes, pues el «gobierno del Estado» que se le atribuyó significaba —y así lo recoge el decreto firmado por Cabanellas el 29 de septiembre— la absorción de las funciones desempeñadas por la Junta de Defensa que «en el breve lapso que transcurra hasta la transmisión de poderes... seguirá asumiendo cuantos actualmente ejerce». La Junta, pues, se liquidaba. Sucedió, sin embargo, que Franco, que deseaba disponer de órganos de gobierno colegiados, regresó a la idea primitiva y se recortó a sí mismo el título a fin de que reflejase mejor su pensamiento [14]. Además, sustituyó a la Junta de Defensa por una Junta Técnica, que limitaba en principio sus poderes.

Cosa distinta es que Kindelán se sintiese más tarde defraudado —y algunos con él— porque no hubiera tenido lugar, al término de la guerra, la restauración monárquica que deseaba. De nada de esto se habló en septiembre de 1936. Franco era monárquico, sin duda alguna, y había demostrado su respeto a la institución en momentos muy difíciles; no existe ni el más pequeño dato que permita desvirtuar esta afirmación. Pero nunca creyó que la Monarquía pudiera servir, después de lo sucedido en abril de 1931, como punto de partida para la reconstrucción del Estado, sino, al contrario, como remate y sello de dicha reconstrucción. Cuando las nuevas estructuras económicas, jurídicas, administrativas y de orden social hubiesen sido establecidas sólidamente, entonces, y sólo entonces —esa fue la convicción reiteradamente expresada—, podría un rey situarse a la cabeza del Estado para actuar como un «moderador».

El mismo día 28 de septiembre en que la Junta de Defensa tomaba su importante decisión, fallecía en Viena, a causa de un accidente de automóvil, el último pretendiente carlista, Alfonso Carlos de Borbón. También había muerto, en el asalto a Eibar, el bisnieto del último rey de Nápoles, Carlos de Borbón. La rama tradicionalista de la Dinastía quedó desmantelada, y esto beneficiaba, sin duda, al infante don Juan.

Me parece indudable que, desde el 1 de octubre, con paso lentísimo, Franco preparó el retorno a la Monarquía, forma de Estado —y no simple régimen político, aunque el Generalísimo muchas veces los confundiera— que habría de constituir, sucediéndole, la etapa inmediata de reconstrucción nacional. Algunas veces traspare ntaba este pensamiento en sus discursos; nunca lo contradijo. Muchos monárquicos alfonsinos han llegado a creer que el Caudillo fue un obstáculo para la restauración del trono. Pero otros muchos inves-

▲
Un grupo de milicianos vascos es fotografiado tras unos sacos terreros en el frente Norte. Lo accidentado del terreno convirtió la guerra en el País Vasco en la más dura de todo el conflicto. El empecinamiento republicano en conquistar Oviedo, donde se había hecho fuerte Aranda, hizo que el gobierno no volcara todas sus fuerzas en Guipúzcoa y cometiera así un error estratégico de graves consecuencias. La pérdida de Irún y, por consiguiente, del control de la frontera francesa aisló a la zona norte republicana; los efectos fueron psicológicos, pues el abastecimiento se realizaba por mar, sobre todo a través de Bilbao y Gijón.

▲ *La resistencia de Moscardó en el Alcázar se había convertido en una obsesión tanto para Largo Caballero como para Franco. El mando nacionalista, cuyas tropas llegaron a Maqueda el 21 de septiembre, se planteó la decisión de acudir a liberar a los sitiados o continuar la marcha hacia Madrid. El 22 de septiembre Franco optó por liberar la ciudad; ésta se había convertido en un símbolo y el futuro Generalísimo sabía la importancia que en España se daba a los símbolos: era una decisión política, más que estratégica. El día 27 los defensores del Alcázar avistaron las tropas de Varela, que entraron en la ciudad el día siguiente. En la tarde del día 29, Franco anunció a Moscardó y a sus hombres que les sería otorgada la Cruz Laureada de San Fernando. Mientras, en Madrid se abría expediente al teniente coronel Burillo por la pérdida de Toledo. En la fotografía, el jefe del Ejército de Africa dirige la palabra a los defensores del Alcázar en el patio del edificio.*

tigadores creen, en cambio, que sin la paciente perseverancia de Franco, nunca el nieto de Alfonso XIII habría llegado a ceñir la corona. Se trata de opiniones, ciertamente, y no de hechos comprobados, excepto, desde luego, el que en estos momentos es rey de España el príncipe que el Generalísimo, en su día, propuso a las Cortes.

«Por la gracia de Dios»

El primer gesto del nuevo Generalísimo, antes de que se conociera el decreto, fue dedicado a Toledo, la guarnición por él salvada, la ciudad cubierta de ruinas en donde aún se combatía. Estuvo allí en la tarde del 29 de septiembre y anunció a Moscardó y a los supervivientes que les sería otorgada la Gran Cruz Laureada de San Fernando. Y, volviéndose a los jefes que le rodeaban, explicó: «ahora sí que hemos ganado la guerra». Frase que podía referirse tanto a la liberación de la sacrificada ciudad como al establecimiento del mando único. Toledo era un muñón sangriento sobre la piel de España.

Al publicarse el decreto de nombramiento de jefe de Estado, en el Boletín Oficial del 30 de septiembre, pudo comprobarse que había desaparecido la expresión restrictiva «mientras dure la guerra» y que aparecían en cambio otras de contenido jurídico que seguramente no constaban en el primer borrador [15]. Yanguas Messía, explicó, años más tarde, al romano pontífice, que él había intervenido de alguna manera en la revisión de las primeras disposiciones del nuevo Régimen. En el lenguaje de la prensa y en el corriente, los títulos se abreviaron, y unas veces se habló del Generalísimo y otras del jefe del Estado, expresiones que se consideraban equivalentes, pues, en octubre de 1936, habían confluido sobre él todos los poderes.

También reaparece, al principio tímidamente, la etiqueta tradicional «por la gracia de Dios». Así será, hasta el día de su muerte, el título largo que rodea su efigie en las monedas: «Francisco Franco, Caudillo de España por la gracia de Dios». No se trata, en este caso, de ningún mesianismo, sino de un retorno, como el de la bandera bicolor, a las tradiciones de la Monarquía. Franco nunca creyó que su nombramiento fuese resultado de una elección, sino de una proclamación, como la que exaltaba a los monarcas españoles —«sobre el palenque» dijo, con curiosa ignorancia del significado de esta palabra, refiriéndose al pavés sobre el que se alzaba a los antiguos reyes de Navarra— que casi nunca fueron coronados. Los generales y jefes reunidos en Salamanca y constituidos en Junta de Defensa eran, en aquel momento, la representación del Movimiento, y en tal condición le proclamaron.

En este contexto «la gracia de Dios» significa el sometimiento de toda autoridad a los principios morales que dimanan de la potestad divina: no otra cosa. Franco tiene derecho a ser explicado desde sus propias ideas. Lo cual constituye también un modo idóneo de conocer y entender sus actos.

---

[14] En sus notas, tantas veces mencionadas, Franco se refirió al episodio con estas palabras: «Proclamación Jefe de Estado». A.F.F., leg. 30, núm. 49.

[15] El preámbulo del decreto contiene este párrafo: «Razones de todo linaje señalan la alta conveniencia de concentrar en un solo poder todos aquellos que han de conducir a la victoria final y al establecimiento, consolidación y desarrollo del nuevo Estado, con la asistencia fervorosa de la nación» (B.O.E., núm. 32). Son los dos objetivos, militar y político.

V. La investidura. Caudillo de España

EN las mismas horas en que Franco se encaminaba a Burgos para la solemne investidura de su cargo, el 1 de octubre, el obispo de Salamanca, Enrique Plá y Deniel, catalán de origen, lo mismo que Gomá, ponía su firma a una carta pastoral que ordenó leer en todas las iglesias de su diócesis. Se encuentra en estrecha relación de pensamiento con la de Olaechea y Múgica del 6 de agosto. Ningún contacto se había establecido todavía entre el prelado y Franco ni con otros altos jefes militares. Tomando como tema fundamental para su reflexión la famosa doctrina de San Agustín acerca de las dos ciudades, la de Dios —que componen aquellos que se mueven en el amor de Dios— y la del Diablo —formada por quienes en el amor a sí mismos llegan hasta el desprecio de Dios—, el obispo invitaba a todos sus diocesanos, y en general a todos los católicos, a que hiciesen un examen interior de conciencia ante las graves circunstancias que se deparaban a las dos Españas [16]. La intención fundamental de Plá parece haber sido también recordar a los fieles que no era lícito prestar ayuda a quienes, a sí mismos, se estaban presentando como «los sin Dios». Pero iba mucho más lejos que sus antecesores: calificaba a la guerra civil de Cruzada, porque era una lucha de creyentes contra ateos, en defensa de la Iglesia. Franco, que ya el 21 de julio se sintiera atraído por el término «cruzada nacional», se apoderó de este concepto y lo incorporó a su pensamiento. Acaudillaría, pues, una Cruzada que no era sólo en defensa de España, sino también en defensa de la fe católica.

Miguel Cabanellas, en su calidad de presidente de la Junta de Defensa, hizo entrega del mando: en su discurso, también olvidó lo del gobierno del Estado y llamó a Franco sencillamente jefe del Estado. Este contestó con un discurso, acerado y firme, que apelaba al orgullo de la Junta de Defensa, nacida de un Alzamiento militar que recogiera a España rota en pedazos y le presentaba otra distinta, unida y en marcha hacia la victoria. Prometió que la Junta «seguirá a mi lado, para llegar a una España libre» lo que era anuncio de que invocaba el respaldo y apoyo de sus compañeros de armas. Pero en cuanto al poder que asumía, fue definido de forma absoluta, como si aquel día 1 de octubre de 1936 fuese apenas un punto cero: «me tengo que encargar de todos los poderes», tales son las palabras exactas. En este discurso, tan lleno de significado, por debajo de ciertas concesiones a una retórica que estaba de moda, es en donde incluyó la frase, «mi pulso no temblará», que repetiría años más tarde don Juan Carlos de Borbón, en presencia de Franco, al ser reconocido sucesor a título de rey y jurar ante las Cortes fidelidad a los Principios del Movimiento.

Una vez que las tropas de Varela han liberado al Alcázar del asedio, los fotógrafos retratan a los protagonistas del episodio. Los republicanos han intentado la conquista hasta los últimos momentos; el 19 de septiembre sitian la plaza casi 4.000 hombres, pero el asalto no progresa y el general Asensio hace constar en su parte que ve a la gente «no muy decidida», pese a que la aviación continúa con los bombardeos. Tampoco mejorará las cosas la llegada de Líster con el batallón Thaelman del Quinto Regimiento. El día 27 el teniente coronel Burillo lanza un último ataque, que también fracasa, y ordena a continuación evacuar la ciudad.

Ruinas del Alcázar de Toledo; sus sólidos muros aguantaron fuego, minas... y todo tipo de ataques. El 20 de septiembre Largo Caballero llegó a la ciudad para insistir en que el Alcázar debía caer antes de veinticuatro horas. Numerosos jefes del ejército republicano se sumaron al asedio, pero todo fue inútil, a pesar de ser colocada incluso una mina bajo la torre nordeste, que al explotar se desplomó sobre el Tajo, pero dejó intactos los sólidos cimientos de la fortaleza, que en seguida se convirtió en un símbolo para los sublevados.

El programa

Aquella noche del 1 de octubre, por las antenas de Radio Castilla, el Generalísimo leyó un discurso al país que, después de sufrir ligeros retoques, fue publicado al día siguiente. No intentaba justificar el Alzamiento militar porque «lo que es nacional no precisa de razonamientos». Acusaba de las desdichas españolas a «algunos intelectuales equivocados» que trajeron de fuera un «virus demoledor». Dos veces usó la palabra demoledor, aludiendo al marxismo «que destruía la economía fomentando el odio, y sustentaba la anarquía en todas las provincias de España». El movimiento «acomete su liberación con amplio espíritu de colaboración social para el restablecimiento en el porvenir, de la instauración de su propia libertad». «España —declaró Franco en su frase más conflictiva— se organiza dentro de un amplio concepto totalitario de unidad y continuidad». Entiéndase bien que es, en todo caso, a España, y no a un partido, a quien se adscribe el concepto de totalidad. Negó que el Movimiento tuviera «exclusivo carácter militar», pero se abstuvo cuidadosamente de mencionar los grupos políticos que le apoyaban.

El programa esbozado en aquel primer discurso contiene siete apartados básicos,

[16] El texto, que se publicó en el Boletín de la diócesis, ha sido recogido por A. Montero, *Historia de la persecución,* pág. 688.

EMILIO MOLA

(Placetas, Cuba, 1887-Castil de Peones, Burgos, 1937)

UNA brillante carrera en Marruecos, con rápidos ascensos por méritos de guerra, lleva a Emilio Mola al generalato a la edad de cuarenta años. Apolítico al principio, durante los últimos meses de la República se convirtió en el más activo de los conspiradores militares y, finalmente, en el principal responsable de la organización del levantamiento del 18 de julio. Nacido el 9 de julio de 1887 en Cuba, donde su padre era comandante de puesto de la Guardia Civil, ingresó a los diecisiete años en la Academia Militar de Toledo, donde sus compañeros le conocían por el apodo de El prusiano. *A partir de 1910 es destinado a Marruecos. Herido de gravedad dos veces, entre sus acciones de armas de esta época destaca la defensa de la posición de Dar-Akoba (1924). En 1930, tras la caída de la Dictadura de Primo de Rivera, el general Berenguer, con quien le unía una estrecha amistad, le nombró director general de Seguridad, cargo que ocupó hasta la proclamación de la República. De sus experiencias durante esta época nos ha dejado un interesante y pormenorizado relato,* Lo que yo supe. *Con la República fue detenido y procesado por sus servicios políticos a la Monarquía, siendo absuelto en el juicio, aunque separado del Ejército en 1932. Tras el triunfo de las derechas en las elecciones de 1933, se reintegró en el Ejército, criticando con dureza las reformas militares de Azaña. El 1 de agosto de 1935, Gil Robles, ministro de la Gue-*

rra, le nombra comandante militar de la zona oriental de Marruecos, y el primer gobierno del Frente Popular decide trasladarle a Pamplona. A finales de mayo, Mola llegó a un acuerdo con Sanjurjo, por el que se convertía en el director de la conspiración. Acto seguido entra en contacto con los requetés y con Falange, y la capital navarra se convierte así en el cuartel general de la futura sublevación.

El principal problema político con el que tuvo que enfrentarse fue el derivado de la férrea negativa del delegado regio carlista, Fal Conde, a apoyar cualquier sublevación que no abandenara los principios del tradicionalismo, a lo que Mola se oponía por preferir que el Alzamiento se realizara sin signo partidista alguno.

Desde el punto de vista estratégico, se impusieron desde el principio las sopesadas concepciones de Mola frente a la improvisación general. Sin embargo, sus planes no consiguieron decidir un rápido triunfo del golpe militar. El 24 de julio de 1936 fue nombrado por la Junta Nacional de Defensa general en jefe del Ejército del Norte, pero el 3 de junio de 1937, el avión en que viajaba Mola se estrelló en el cerro de Alcocero, cerca de Briviesca (Burgos), en un accidente fortuito.

respuesta para muchas de las interrogantes que desde su propio bando se formulaban y también para los argumentos de propaganda del Frente Popular. Es importante reproducirlos porque se insiste ahora especialmente en decir que los sublevados no eran sino un grupo de militares al servicio del capitalismo. Lo que el nuevo jefe de Estado iba diciendo —y de ahí la importancia de comprobar si luego se mantuvo fiel a estos propósitos— era algo muy distinto:

a. «Instauración de un régimen de autoridad y jerarquía de la patria. La personalidad de las regiones españolas será respetada en la peculiaridad que tuvieron en su momento álgido de esplendor, pero sin que ello suponga merma alguna para la unidad absoluta de la patria. Los municipios españoles también se revestirán de todo su vigor, como entidad pública».

b. «Fracasado el sufragio inorgánico... la voluntad nacional se expresará oportunamente a través de aquellos organismos técnicos y corporaciones que representen de manera auténtica sus intereses y la realidad española». «Los individuos gozarán de amplias libertades sin menoscabo de los supremos intereses del Estado».

c. «El capitalismo se encauzará y no se regirá como clase aparte, pero tampoco se le consentirá una inactividad absoluta». «El trabajo tendrá una garantía absoluta, evitando que sea servidumbre del capitalismo y que se organice como clase». «Se implantará la seguridad del salario, hasta que se llegue a la participación de los obreros, haciéndose beneficiarios del aumento de producción». «Serán respetadas todas las conquistas..., pero al lado de estos

Franco y Mola en Burgos el 1 de octubre de 1936, tras la investidura del primero como jefe del gobierno del Estado y Generalísimo de los ejércitos. El general Miguel Cabanellas, en su calidad de presidente de la Junta de Defensa, hizo la entrega del mando. En los días que precedieron al acto, Kindelán, jefe de las fuerzas aéreas de los sublevados y hombre de convicciones monárquicas, trabajó con ahínco para conseguir el triunfo de la candidatura de Franco. También Mola era partidario del nombramiento.

Cartel dedicado a los protagonistas del Alzamiento en el que figura como lema una de las consignas que ensalzaban al general Franco, junto al Alcázar de Toledo, símbolo de la resistencia y de la victoria de las tropas sublevadas. La eficacia en el campo de batalla del Ejército de Africa, el hecho de que las ayudas extranjeras se canalizaran a través de Franco, y el prestigio militar del que estaba rodeado, hicieron que su autoridad siguiera una línea ascendente, lo mismo en el interior que fuera de España, en un momento en que la necesidad de un mando único se imponía con urgencia.

derechos estarán sus deberes y obligaciones, especialmente en cuanto afecta al rendimiento de su trabajo y leal colaboración». «Todos los españoles están obligados a trabajar según sus facultades. No puede el Estado nuevo admitir parásitos».

d. «El Estado nuevo, sin ser confesional [17], respetará la religión de la mayoría del pueblo español, sin que esto suponga intromisión de ninguna potestad dentro del Estado».

e. «En su aspecto tributario evitará el aniquilamiento de la riqueza, estableciendo una equidad en los impuestos y contribuciones, haciendo un justo reparto de las cargas».

f. «En el aspecto agrario se llegará a la creación del verdadero patrimonio familiar. Merced a lo que el campesino produce se le dará una ocupación permanente para mejorar la vida campesina y, al mismo tiempo, la vida de la patria. Tal misión será llevada a cabo con preferencia».

g. «En el orden internacional viviremos en armonía con todos los demás pueblos, en especial con los de comunidad de raza, de lenguaje y de idearios comunes y, dentro de la más leal convivencia, siempre que no sean incompatibles con nuestro sentido ideológico. Exceptuamos de manera rotunda el contacto soviético».

Existen, en este programa, algunas afirmaciones rotundas, muy pocas, mezcladas con proyectos y deseos que sólo el tiempo diría si era posible que se alcanzasen. Franco estaba respondiendo, desde el recuerdo subconsciente de su viejo hogar ferrolano, sobre todo a los deseos y aspiraciones de una clase media que intenta descubrir, en los hombres de gobierno, aquellas virtudes que considera propias: mesura, prudencia, sentido del ahorro y exagerada dignidad personal. Se trataba de palabras y proyectos, pero también las constituciones de los estados se componen únicamente de palabras. Franco parecía dar siete vueltas a la cerradura de la demagogia —aunque otros, dentro del Régimen, intentarán practicarla— porque tenía que colocar a sus seguidores cara a cara con una dura realidad. El Generalísimo decla-

[17] Al parecer, la expresión utilizada en el momento de la lectura por la radio había sido: «España será un estado aconfesional». Esta expresión, que despertó el entusiasmo de Unamuno (R. La Cierva, *Francisco Franco* (2), III, pág. 22), asustó a Gomá. Antes del concilio Vaticano II, la Iglesia desconfiaba de las propuestas de separación. Franco no sólo accedió a modificar la frase para su publicación, sino que, verbalmente, explicó al primado que lo que había querido decir era que no deseaba privar a la Iglesia de libertad ni imponer obispos. M. L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, págs. 58-60.

▲ ***El general Alfredo Kindelán Douani, al que se nombra general del Aire, era amigo personal del rey Alfonso XIII. Apoyará activamente la candidatura de Franco como jefe del Estado, tanto por creerle el más apto y capacitado para dirigir la guerra como por suponer que, terminada la contienda, restauraría la monarquía.***

raba que el régimen liberal parlamentario estaba muerto y que el simple contacto con la Unión Soviética podía entrañar peligro.

Caudillo

En torno al 1 de octubre, fecha que será considerada oficialmente luego como de Exaltación de Franco a la Jefatura del Estado y, como tal, conmemorada cada año, no encontramos mención alguna de Monarquía ni de República: se habla de momento de un nuevo Estado, pero no se explica qué forma deberá asumir dicho Estado. Los periodistas, al hacer crónica de la jornada, se refirieron a Franco llamándole dictador, cosa que a él no gustaba por el sentido de provisionalidad que toda dictadura lleva consigo. Prefirió en cambio el calificativo de Caudillo por las razones que luego trataremos de explicar.

Hubo enseguida algunas adhesiones importantes, dentro y fuera de España, incluso procediendo de sectores como la Lliga o los reformistas que defendieron a la República. El 9 de octubre, desde Niza, Manuel Portela Valladares escribió a Franco felicitándole por el nombramiento que ponía en sus manos «la providencial misión de realizar la segunda reconquista de España» [18]. Los diez rectores de Universidad que se hallaban en zona nacional, encabezados por Miguel de Unamuno, dirigieron un telegrama a los representantes oficiosos de Argentina, Uruguay y Portugal, países que mostraban simpatía por los rebeldes para agradecer la ayuda que prestaban al Movimiento. Todos estos rectores habían sido nombrados por el gobierno de la República.

¿Por qué Francisco Franco aceptó que se le llamase Caudillo? Es, naturalmente, imposible dar una respuesta exacta a tal pregunta, sobre la que apenas si nos es dado formular conjeturas. La historiografía antifranquista responde con rotundidad, presentando una identidad de significado con los títulos de Duce y Führer que Mussolini y Hitler utilizaron. Franco nunca aludió, directa ni indirectamente, a tal semejanza, y sí, en cambio, al precedente significado por los reyes-caudillos de los orígenes de la Reconquista, a los que también el antiguo Fuero de Navarra hacía referencia. Algunos exaltados partidarios de la primera hora sí se dejaron arrastrar: el coronel Juan Beigbeder se dirigía a Franco, al que tuteaba, llamándole «mi» Caudillo, pero únicamente en correspondencia privada. Lo que resulta cierto es que el uso del calificativo fue estimulado desde el gobierno, cosa que no hubiera sucedido si a Franco no hubiera resultado agradable.

Para Juan Beneyto Pérez, que en 1939 publicó un libro que titulaba *El nuevo Estado español*, «el concepto de caudillo es una síntesis de la razón y de la necesidad ideal; no es sólo fuerza, sino también espíritu y constituye una nueva técnica, por ser la encarnación del alma nacional y hasta de la fisonomía nacional». Raimundo Fernández Cuesta dijo en cierta ocasión que un Caudillo no es «ni un jefe de gobierno ni un dictador vulgar, sino el jefe carismático, el hombre concedido por la Providencia para salvar a su pueblo». Parece evidente que la noción de un caudillo se relaciona más con el concepto de autoridad que con el de poder. En un libro que se hizo famoso, aunque sus enemigos lo tacharan de oportunista, *Contribución a la teoría del Caudillaje*, Francisco Javier Conde apuntaba precisamente una observación que Jesús Fueyo Alvarez ha recogido y matizado más recientemente: Franco era caudillo antes y no después de su elección; se le reclamaba al primer puesto por su autoridad —como Octavio, llamado «auctor», Augusto—, pues de ésa necesitaba para la construcción del nuevo Estado.

Descendiendo al terreno de los hechos, esto último resultaba muy cierto. Franco convirtió en tarea fundamental para el resto de su vida —treinta y nueve años— la edificación, paso a paso, con cautelas infinitas, de un nuevo Estado cuyo remate final se hallaba en el restablecimiento de la Monarquía, que hiciese innecesario en el futuro el retorno a situaciones excepcionales, como la suya propia. No deja de ser curioso que la Constitución española de 1978, desmanteladora del franquismo, haya contemplado la figura de un jefe de Estado —condición que atribuye al rey—, respondiendo a la necesidad que, en fechas lejanas, Franco vislumbrara. Sin embargo, él, amigo y admirador de Víctor Pradera [19], ahora asesinado, concebía esa suprema magistratura, arbitral, moderadora y rica de contenido, como algo muy diferente de un «augusto cero», según la conocida frase cáustica del pensador tradicionalista.

---

[18] La carta ha sido publicada por R. La Cierva, *Documentos de la primavera trágica. Análisis documental de los antecedentes inmediatos al 18 de julio de 1936*. Madrid, 1967, pág. 678. Franco no dio respuesta a dicha carta. Después de la batalla de Guadalajara, creyendo sin duda que los nacionales iban a ser derrotados, Portela regresó a la zona republicana y asistió a las Cortes de octubre de 1937. En ellas explicó que, durante la crisis de febrero de 1936, había tenido firmado el decreto de declaración del estado de guerra, que no quiso usar para no quebrantar la legalidad republicana. La versión de Franco respecto al suceso es esta otra. «Estas gestiones —el sondeo a los jefes de Cuerpo en el Ejército— sólo fueron hechas después de haber fracasado la declaración del estado de guerra por el Consejo de Ministros, que a petición del propio general Franco se había logrado, y que el presidente de la República ordenó anular al enterarse de la decisión del Consejo». A.F.F., leg. R.2, núm. 7.

[19] Franco sentía necesidad de que se explicase «mi amistad con Pradera» en las notas que tan frecuentemente consultamos. A.F.F., leg. 30, núm. 49.

Capítulo III

FRENTE DE MADRID: NOVIEMBRE DE 1936

I. La Junta Técnica

De cuando en cuando, años más tarde, Franco volvía la vista atrás, a los meses intensos del otoño de 1936 y escribía algunas notas, con letra casi indescifrable, al hilo de sus reflexiones, sin guardar ningún orden, como si lo hiciera para uso exclusivo. «El peso de la Jefatura del Estado. Responsabilidad total: las dos partes, la militar y la política, y de esta le condiciona...». «El contacto con hombres preparados me ayudó a afianzarme en mis observaciones y me sirvió de mucho para mi obra de gobierno. La política de partidos llevaba a los puestos no a hombres preparados, sino a aficionados que, por el hecho de ser ministros, sentaban ya plaza de sabios en la materia. De aquí la preocupación grandísima que me embargó al ser elevado a la Jefatura del Estado. ¿Qué importaba que ganásemos la guerra si era imposible la paz? Para mí la medicina de España era muy distinta de la que se venía aplicando.»

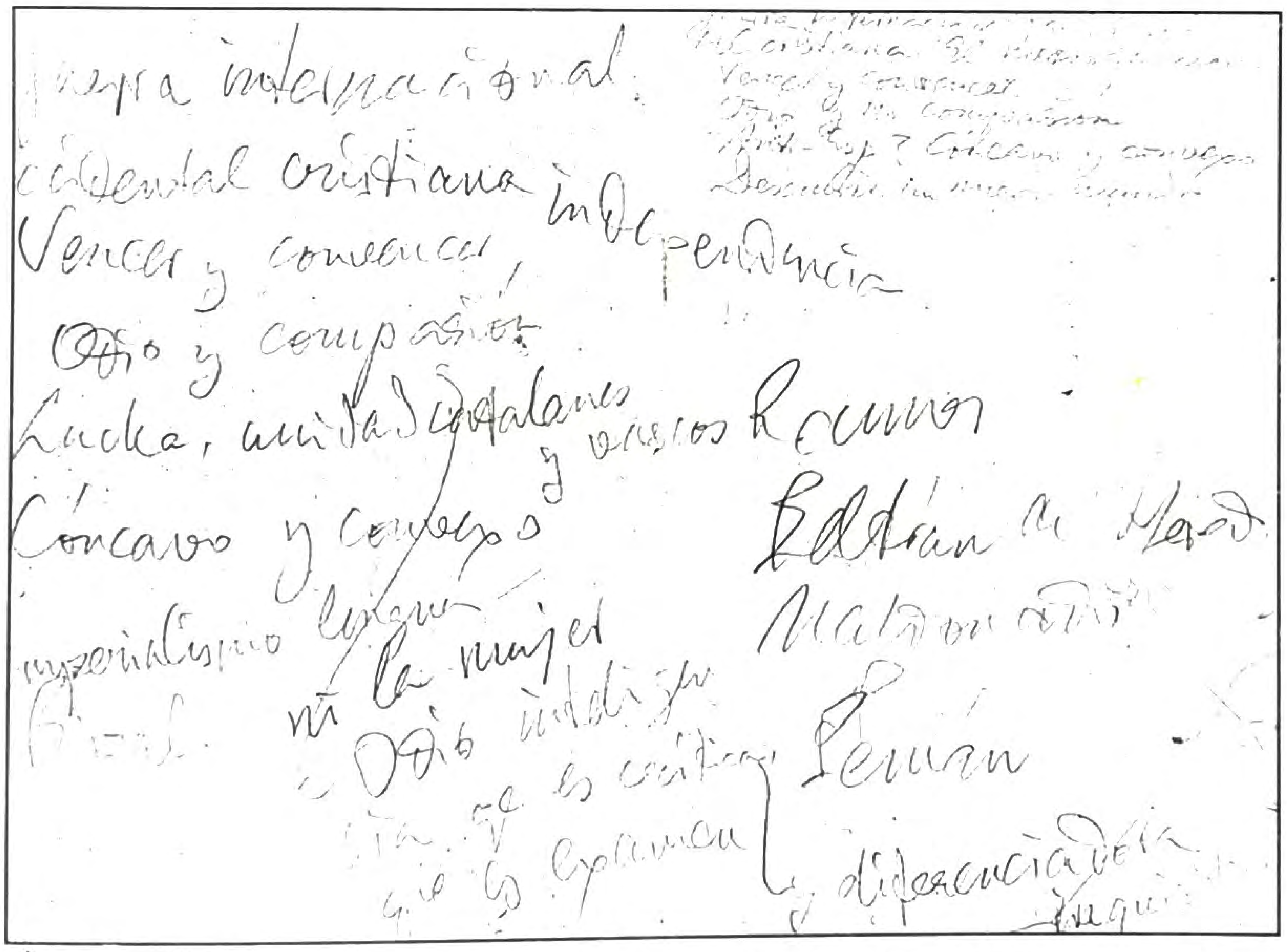
«El problema político: lo pensado antes y la realidad. La cruzada y las aportaciones políticas. Falange y requetés, el pueblo todo, republicanos, monárquicos e indiferentes, patriotas y católicos. No fue una clase social determinada, sino todas las clases, desde el aristócrata hasta el más humilde campesino u obrero. Desde el primer momento el concepto de que se combatía por Dios y por España se presentó claro, pero hacía falta más: concretar la orientación futura, definir las características del régimen futuro; recoger, de los sectores que se incorporaban al Movimiento, lo que ese factor común *(sic)* y anhelo de los más, un hondo sentido cató-

▲ ***Franco se dirige al pueblo desde el balcón de la Capitanía General de Burgos. Le acompañan (de derecha a izquierda) los generales Ponte, Cabanellas, Queipo de Llano, Gil Yuste y Dávila y el coronel Moreno Calderón.***

licos y social y abolir para siempre las causas de nuestra decadencia: partidos políticos en pugna, masonería y comunismo» [1].

Estas reflexiones permitían a Franco evocar los tiempos en que estaba poniendo los cimientos para la edificación de un nuevo Estado. Ello significa en realidad la creación de las bases institucionales primeras. Fueron dos: establecimiento de cuerpos de Ejército —el del norte a las órdenes de Mola y el del sur a las de Queipo de Llano— y creación de una Junta Técni-

José Antonio Aguirre y Lecube jura su cargo de presidente del gobierno vasco en la Sala de Juntas de Guernica el 7 de octubre de 1936. El PNV había supeditado su participación en el gobierno Largo Caballero a la aprobación del estatuto, lo que hicieron las Cortes el día 1 de octubre con el voto unánime de los diputados presentes. La ley que lo ponía en vigor fue promulgada el 6 de octubre, y al día siguiente se procedió a la elección del presidente del gobierno vasco, a su promesa en Guernica y a la constitución del gobierno autónomo, cuyos miembros le acompañan en el acto de juramento.



Fotocopia de las notas que nerviosamente tomó don Miguel de Unamuno en el acto académico celebrado en la Universidad de Salamanca el 12 de octubre de 1936 y que le sirvieron de base para responder a los que previamente habían hecho uso de la palabra, y muy especialmente al general Millán Astray, con quien sostuvo un resonante altercado.

ca de expertos civiles en las diversas ramas de la administración y que sería puente hacia un futuro gobierno. No se decretó la disolución de la Junta de Defensa, que quedó disminuida en sus funciones y que serviría también de antecedente a otro tipo de institución que aún perdura. Queipo de Llano tenía la misión de conservar el amplio frente desde Extremadura hasta las inmediaciones de Gibraltar, ahorrando fuerzas. A Mola correspondían las acciones ofensivas, incluyendo Madrid, si bien en estas últimas la intervención del Generalísimo era mucho más directa. En el fondo, al asignársele tareas de contención y defensa, se otorgaba a Queipo más libertad de acción.

La Junta Técnica no era un gobierno. Respondía con exactitud a los programas trazados cuando se preparaba el Alzamiento: una dictadura de breve duración, pero contando con colaboradores civiles que se encargasen de todos los aspectos

técnicos; desde ella se empezarían a construir las instituciones propias de un Estado. Sus miembros fueron siete: Andrés Amado, antiguo colaborador de Calvo Sotelo y experto en finanzas; Juan Cortés, que debía encargarse de revisar la legislación republicana, a fin de establecer la parte de ella que resultaba incompatible con el Movimiento, al tiempo que preparaba el tránsito de la justicia desde la jurisdicción militar, propia del estado de guerra, a la civil; Joaquín Bau Nolla; Mauro Serrey; Eufemio Olmedo; Alejandro Gallo, y Enrique Suñer. No había falangistas. Si tuviésemos que buscar alguna clase de antecedentes, deberíamos remontarnos a la época de la Dictadura. No es extraño. Franco se sintió siempre un poco renovador de la obra de Primo de Rivera.

La situación económica

Una de las tareas asignadas a la Junta Técnica consistía en arbitrar los medios necesarios para hacer frente a los gastos de guerra. No había reservas metálicas en la zona nacional. Durante la Dictadura, y hasta 1936, se había seguido una política de inmovilización de reservas de oro y plata, y aunque el gobierno del Frente Popular había comenzado a gastarlas, para sostener la balanza de pagos, aún poseía el Banco de España al comienzo de la guerra civil 635 toneladas de oro, más un control sobre 0,726 toneladas depositadas en el exterior. Esto significaba 715 millones de dólares, todo ello en manos del gobierno de Madrid. Antes de que concluyera el mes de julio, los rojos habían exportado sumas importantes para sostener el cambio de la peseta, cosa que no consiguieron. Franco impuso, al parecer, a la Junta de Defensa el criterio opuesto al de la República: durante toda la guerra mantendría un tipo de cambio de 1/38 en relación con la libra, y se negó rotundamente a modificarlo [2].

Probablemente al Caudillo, que carecía de reservas, no quedaba otra solución que aplicar este criterio, nada ortodoxo desde el punto de vista económico. Sin embargo, mientras la peseta frentepopulista se derrumbaba en los mercados exteriores y experimentaba un deterioro muy rápido en el interior, los nacionales gozaban de estabilidad en los precios en el mercado interior y firme crédito en el exterior. Por ejemplo,

---

[1] A.F.F., leg. 30, núm. 49.

[2] He aquí cómo explicaba el propio Franco su decisión años más tarde:

«Se exteriorizó con motivo de tener que establecer el cambio de nuestra moneda para las transacciones en el exterior y que yo venía metiendo a 38 pesetas la libra desde los primeros días del Movimiento, que era lo que se satisfacía a los exportadores. Intrigas de éstos y ambiciones de ganancia pretendían remover a través de bancos y banqueros. De los cuales haciéndose eco el vocal de Hacienda de la Junta Técnica, elevó una propuesta con la necesidad de cambiar la cotización por otra más en armonía con el momento. La negativa fue fulminante; si los costes eran los mismos que antes, no había por qué variar los precios de venta y que los exportadores, por el hecho de nuestra guerra, obtuviesen beneficios extraordinarios a costa de los demás, pues las divisas, resultado de su exportación, pagarían las importaciones que todos consumíamos o el material de guerra que empleábamos. La propuesta era inaceptable; mientras se sostuviesen costes y salarios y no se hiciese indispensable el retoque, había que negarse a ninguna clase de alteración. Así quedó con el secretario general (Nicolás Franco) y se le comunicó al presidente de la Junta Técnica (Jordana).

Pocos días transcurrieron cuando, al volver del frente, me esperaba el presidente de la Junta Técnica para insistir en la medida, desbordado por el criterio del vocal de la misma, y la opinión de los principales economistas y banqueros residentes en la zona. Rechacé la propuesta y traté de convencer al general Jordana del despropósito; éste decía que le convencían mis razones, pero que los defensores del señor Amado, encargado del despacho de Hacienda y los otros señores banqueros y comerciantes le envolvían. Cuanto más meditaba sobre la medida y consultaba con el secretario general, más nos convencíamos de las pérdidas que habrían entrañado el atender a su propuesta, y encargué al secretario general de convencer a aquellos señores de los daños de tal medida, pero sin resultado. Hubo que resolverlo en una negativa absoluta a considerarlo más y sostener la firmeza de la medida tomada contra los argumentos técnicos. Solamente uno, el señor Marfil, que no pudo asistir a la reunión y que participaba de la misma idea que los otros técnicos, al serle explicadas las razones vio claro el problema e hizo suya nuestra idea de mantener firme la cotización. La moneda siguió firme toda la guerra en contra de sus pronósticos. Hay que reconocer que, transcurridos varios meses, pidieron audiencia para felicitarme por la clara visión que había tenido del problema que tantos beneficios había causado a nuestra economía, que era milagroso; que era la primera vez que una nación en guerra había logrado sostener, sin oro ni divisas, el precio de la moneda.» A.F.F., leg. 30, núm. 49.

▲ ***José Millán Astray, fundador del Tercio, mutilado de guerra y atrabiliario personaje, que regresó de la Argentina, donde se encontraba, para sumarse a los sublevados. Su incidente con Unamuno en la Universidad de Salamanca ha sido explotado como indicativo de una postura negativa ante la vida y la cultura.***

▲ ***Don Miguel de Unamuno, frente al pórtico de la biblioteca de la Universidad salmantina. Al jubilarse, el 29 de septiembre de 1934, el gobierno de la República le nombró rector perpetuo de ella, pero al producirse el Alzamiento militar se adhirió a él, por lo que el gobierno de Madrid le destituyó. En compensación, la Junta de Defensa nacional de Burgos le confirmó el primero de septiembre en los cargos de rector vitalicio y titular de la cátedra de su nombre. Franco, al igual que Azaña, le privó también de esos honores.***

nunca hubo inquietudes en el suministro de petróleo. El éxito de la medida estuvo ligado al hecho de ser la zona nacional predominantemente agrícola en la primera fase de la guerra y dueña de reservas minerales desde 1937: la reconquista de las áreas industriales, con población famélica y aprovisionamientos fuertemente alterados por el mercado negro, haría imposible la continuación de esta política en 1939.

Otra novedad se produjo en estos días: en torno a dos centros neurálgicos, Burgos y Salamanca, comenzaba a producirse la agrupación de intelectuales jóvenes, nombres que después contribuirían poderosamente a la cultura y al pensamiento político de España. Pero el Cuartel General del Generalísimo, que llegó a erigirse en principal poder decisorio en los meses de 1936 y 1937, acudía con preferencia a nombres ya consagrados como José María Pemán, Jesús Pabón y Suárez de Urbina, Manuel Torres López, Juan Pujol, Manuel Sacristán o Melchor Fernández Almagro. Miguel de Unamuno fue consultado varias veces.

Desde el 3 de octubre de 1936, Franco se instaló en el Cuartel General en Salamanca, mientras que los servicios administrativos se repartían entre Valladolid y Burgos, ciudad esta última que fue considerada como capital de la zona nacional. Por primera vez las personas que giraban en torno al Generalísimo empezaron a comprobar que comenzaba su jornada, cada mañana, asistiendo a una misa que se celebraba en su residencia a las 9,30, y que lo mismo sucedía cuando visitaba el frente de guerra: era una manifestación personal y absolutamente privada de catolicismo. Por otra parte, comenzaban a imponerse normas de modestia, pulcritud y parquedad: ser invitado a la mesa del Generalísimo no constituía ningún anuncio de comida suculenta.

La jornada ordinaria —se guardaban en secreto las ausencias de Franco por razones de seguridad— era monótona. Tampoco en esto se acomoda al modelo de los dictadores: economía, silencio, amistades medidas, ninguna clase de vicios, protocolo reglamentado y tradicional en los actos oficiales. Comenzaba el trabajo cotidiano con la lectura de los informes acumulados durante la noche y con el dictado de cartas u órdenes. Hacia las 11 se reunía con el Estado Mayor. A las 12 y media llegaban los diferentes mandos especializados con los que despachaba hasta la hora del almuerzo, normalmente a las 3 de la tarde. Este horario, como puede suponerse, resulta más bien indicativo: es difícil observar normalidad en tiempo de guerra. Era frecuente que, si el trabajo se acumulaba, el almuerzo tuviese lugar a las cinco o a las seis de la tarde.

La jornada vespertina comenzaba siempre con un paseo por los jardines, hablando con sus colaboradores. Era de intenso trabajo, con frecuencia hasta las 2 de la madrugada, interrumpido a las 11 para tomar la cena. Es verdad que la prensa publicaba de cuando en cuando fotografías que le presentaban en compañía de su familia, pero se trataba, como puede suponerse, de meros recursos para la propaganda: un jefe de Estado tranquilo y sonriente ayuda a alejar angustias y preocupaciones.

La realidad era muy otra: monótono y difícil trabajo, un día y otro, excepto cuando se hallaba en al frente.

José María Pemán, orador, ensayista, poeta y dramaturgo, cuyas obras tuvieron gran resonancia en los sectores sociales de derechas durante la anteguerra. Monárquico militante y fundador de Acción Española, participó en la conspiración y fue el cálido verbo de los sublevados. Al constituirse la Junta Técnica del Estado, Franco le nombró presidente de la Comisión de Cultura y Enseñanza, y como tal asistió al famoso acto universitario que se celebró en la Universidad de Salamanca el día de la Raza. Posteriormente, al constituirse el Instituto de España y convocarse a las reales academias, se le nombró presidente accidental de la Academia de la Lengua, aunque no leyó el discurso de ingreso hasta el 20 de diciembre de 1939. En la foto aparece rodeado de los actores que interpretaron su obra El divino impaciente en el teatro Beatriz de Madrid en ocasión del homenaje que se le rindió al llegar a las cien representaciones.

II. El crecimiento de Falange Española

La designación de un Generalísimo que asumía además funciones de jefe de Estado y de presidente del gobierno —por ahora sin ministros— no bastaba a resolver los grandes y graves problemas de carácter político, judicial o económico que alentaban en la retaguardia. La plataforma de partidos sobre la que, en cierto modo, se apoyaba el Movimiento, era débil y confusa, aunque amplia. El 17 de agosto de 1936 el *Diario de Burgos* publicó el acta de autodisolución enviada por el Partido Radical. En París Santiago Alba se puso abiertamente a favor del Movimiento. También Portela Valladares quiso hacerlo, aunque no fue aceptado. Había muerto asesinado en Madrid, el 23 de agosto, Melquíades Alvarez. La CEDA, prácticamente, se había desintegrado: las declaraciones de José María Gil Robles no dejaban lugar a dudas en cuanto a su adhesión al Movimiento, corroborada, en la práctica, por la terrible persecución a que sus partidarios estaban siendo sometidos en la zona roja. Falangistas, tradicionalistas, alfonsinos, estaban todos oficialmente al lado de Franco [3].

Hedilla

Los consejeros nacionales de Falange que se encontraban en la zona dominada por el movimiento militar, se reunieron en Valladolid el 2 de septiembre de 1936 y decidieron crear una Junta Provisional compuesta por siete personas y cuya presidencia fue otorgada a Manuel Hedilla Larrey, mecánico de profesión, santanderino de nacimiento, que no estaba dotado de cultura y dotes de mando en la medida en que poseían otros de sus correligionarios, ni tenía las condiciones que en aquel momento se necesitaban para encuadrar e instruir a los muchos millares de nuevos afiliados o para frenar su afiliación. Las cualidades que más señalaban sus contemporáneos, aparte de la circunstancia de ser un obrero manual, que desmentía uno de los argumentos de la propaganda roja, parecen haber sido la honestidad y el espíritu de trabajo. Valladolid y Burgos pasaron a ser centros neurálgicos del falangismo, que cultivó los rasgos de un castellanismo reivindicativo hasta tal punto que, muchas veces, se pretendió identificarlo con los sentimientos de la población rural de la meseta. ¡Arriba el Campo! se convirtió en uno de los más curiosos gritos políticos de cualquier país.

Paralelamente, Rafael Garcerán, antiguo pasante de José Antonio, aunque no se trataba de un veterano en las lides falangistas, era designado jefe territorial de León, Zamora y Salamanca. Sancho Dávila, que consiguiera atravesar las líneas enemigas, era enviado como jefe territorial a Sevilla. Ni ellos ni Agustín Aznar —los tres se consideraban como verdaderos continuadores del espíritu de José Antonio, en cuyo rescate estaban empeñados— mostraron especial deferencia hacia Hedilla. Este último nunca logró ejercer verdadera autoridad sobre Falange.

A principios de octubre aún no se habían perdido las esperanzas de rescatar con vida al dirigente y fundador del partido.

En los primeros meses del Alzamiento, pese a la decisión del Führer de asegurar suministros de armas a Franco, Alemania se mostró sumamente cauta: no quería que un paso en falso comprometiera los resultados de su política. Cuando Franco comunicó a Berlín, telegráficamente, su nombramiento, Hitler dejó la comunicación sin respuesta y recomendó a Mussolini que hiciera lo propio: nada de testimonios escritos que pudieran ser considerados como reconocimiento oficial. El III Reich seguía manteniendo relaciones diplomáticas con el gobierno de la República y existían intereses económicos muy importantes que le convenía defender en la zona sometida al mismo. Tampoco estaba muy seguro, en estos momentos, de que Franco y los suyos pudiesen lograr la victoria.

Pero el 6 de octubre de 1936 el consejero de la embajada alemana en Lisboa, conde Du Moulin-Eckart, llegó en automóvil a Salamanca con el encargo de transmitir, de palabra, la felicitación y aliento del Führer. En el transcurso de la cena que se le ofreció, y a la que asistieron por lo menos Nicolás Franco y Alfredo Kindelán, el jefe del Estado pronunció unas palabras agradeciendo la ayuda técnica que se le estaba prestando y elogió calurosamente la obra de reconstrucción nacional que Hitler llevaba brillantemente a cabo en su propio país; por su parte, añadió, tenía que unir en una sola fuerza a falangistas, tradicionalistas y CEDA.

De momento, no hubo más.

---

[3] Ciertos sectores del Movimiento mostraron frialdad hacia la CEDA por sus concomitancias con la República, a pesar de que la adhesión de Gil Robles fue —aunque luego se haya pretendido lo contrario— insistente y rotunda (J. M. García Escudero, *op. cit.*, IV, págs. 1798-1799). Años más tarde Franco recordaría estos sentimientos contra la CEDA: «Ni nadie intentó sublevarse por el señor Gil Robles, ni el Ejército tampoco se sublevaría, pues no veía en el señor Gil Robles más que un político más, políticamente desprestigiado en su colaboración con el señor Lerroux y en la provocación de las crisis que les acompañaron». A.F.F., leg. R.2, núm. 10.

▲ ***Combatientes republicanos en una de las posiciones del sitio de Oviedo, ciudad en la que el coronel Aranda resistió heroicamente hasta que fue socorrido por las columnas gallegas que, al mando del coronel Martín Alonso, llegaron a la capital del Principado el día 17 de octubre, rompiendo el cerco a que estaba sometida. La situación de la ciudad mejoró, pero el asedio continuó hasta el final de la campaña del Norte.***

Liberar a José Antonio

Ese mismo día 6 de octubre, en Sevilla, Agustín Aznar, Rafael Garcerán y el cónsul alemán en Alicante, von Knobloch, expulsado por las autoridades republicanas, iniciaban la segunda etapa de gestiones para liberar a José Antonio. El proyecto consistía en establecer contacto con el gobernador de Alicante, Jesús Monzón, comunista, a quien se podía ofrecer una elevada cantidad de dinero y refugio seguro en zona nacional. Franco, en su calidad de jefe de Estado, aprobó la operación: el intermediario sería Gabriel Revello, consignatario de Ybarra en Alicante. Aunque el comandante de la flota alemana en aguas españolas, Rolf Carls, negó el permiso para utilizar un buque de guerra, desde Berlín se le ordenó que cambiara de actitud: se trataba de «cumplir una misión especial ordenada por el propio Franco». El 13 de octubre, a bordo del *Deutschland,* Carls fue informado por von Knobloch y por el consejero Karl Schwendemann de qué se trataba: el encargo de Franco era tratar de comprar al gobernador la libertad de Primo de Rivera; pero si esto fracasaba, los falangistas estaban dispuestos a intentar un golpe de mano [4].

Como en otros muchos aspectos de las relaciones hispano-germanas, se produjo en esta ocasión un enfrentamiento de opiniones entre el partido y la Wilhelmstrasse. Carls advirtió que la presencia de Knobloch en Alicante y el intento de golpe de mano, aparte de provocar eventualmente el asesinato de la persona misma que se quería salvar, podría colocar a Alemania en posición muy delicada. El Ministerio de Asuntos Exteriores apoyó su propuesta: la única gestión posible era un acuerdo con los anarquistas de la FAI [5]. Von Knobloch sostenía la opinión de que no importaban los medios porque «la liberación de Primo de Rivera es cuestión vital para el fascismo español que, todavía durante la guerra civil, debería inspirar un espíritu revolucionario nacional-socialista». El 19 de octubre, Warlimont telegrafió a Carls indicándole que tenía las instrucciones concretas de Franco. Primero se debería obtener el rescate sin ofrecer dinero. No se debería dar adelanto alguno. Fijado el precio, después de un conveniente regateo, habría que asegurarse bien de la identidad de la persona antes de entregarlo. En modo alguno debía intervenir en la operación el cónsul von Knobloch.

En este momento, un enlace hizo el ofrecimiento de liberación de José Antonio y sus parientes, pero pedía tres millones de pesetas en monedas de plata. Era una cantidad enorme y señalaba el límite de las posibilidades de los nacionales. El *Almiral Scheer,* a las órdenes de Otto Ciliax, llevó a Revello, Pedro Gamero del Castillo y von Knobloch a Alicante. Pero cuando el 21 de octubre a las seis de la tarde, respondiendo a una invitación de los oficiales del navío, Jesús Monzón subió a bordo del *Admiral Scheer,* Ciliax no admitió a ninguno de sus pasajeros en la conversación. Parece seguro que el comandante alemán se guiaba por instrucciones de Warlimont y del encargado de negocio Völckers, que insistían en que se guardase en todo el más estricto secreto y que, desde luego, se evitara la participación de Knobloch. Por su parte Ciliax obtuvo de su conversación con el gobernador civil dos impresiones: que José Antonio Primo de Rivera no corría, de momento, peligro, y que la liberación del jefe de Falange podría obtenerse mediante un canje, a través del Reino Unido, preferentemente, y no de Alemania, Portugal o Italia.

El cartel de CNT-FAI hace hincapié en la importancia de los transportes en el proceso de socialización. En Barcelona fueron colectivizados el metro, los tranvías y autobuses, los transportes marítimos y casi todas las empresas.

Franco aceptó también esta última vía: el 4 de noviembre Warlimont comunicó el ofrecimiento de canje por un diputado socialista asturiano, Graciano Antuña, más los tres millones de pesetas que tenía el vicealmirante Carls en su poder. Völckers contestó, el 11 de noviembre, que tenía esperanzas, pero habría en todo caso que aumentar la cifra. Esperanzas vanas como todo el mundo sabe: el 14 de noviembre comenzaría el rápido juicio contra José Antonio, que se cerraría, seis días más tarde, con su ejecución.

[4] A. Viñas, *Guerra...,* págs. 81-83.

[5] Según Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra.* Buenos Aires, 1940, pág. 21, opinión que recoge H. Thomas, *op. cit.,* II, pág. 544, nota 6, los anarquistas se habían opuesto constantemente a la sentencia contra José Antonio.

III. El caso Unamuno

Los nacionalsocialistas alemanes tenían otro motivo para mostrarse reticentes: desconfiaban del ambiente católico, cada vez más vigoroso, que rodeaba a Franco en Salamanca y que trataba de penetrar profundamente en las estructuras de Falange Española.

La jerarquía eclesiástica española tampoco estaba satisfecha con la actitud de algunos miembros prominentes de Falange Española, que se estaba convirtiendo en la primera fuerza política del bando nacional. El testimonio del cardenal Gomá reviste una importancia decisiva. En su informe al Secretario de Estado, Eugenio Pacelli (24 de octubre de 1936) —en donde se recoge el impresionante testimonio de su visita a Toledo el 3 de octubre— afirma que todos los miembros de la Junta Técnica son fervorosos católicos. De una manera especial lo es Franco, «católico práctico de toda la vida». En él se siente inclinado a depositar su confianza: «mi opinión personal es que será un gran colaborador de la obra de la Iglesia desde el alto sitio que ocupa». Pero en cambio desconfiaba de la evolución que estaba experimentando Falange Española, porque se estaban acogiendo en los últimos tiempos a ella «muchos aventureros o ventajistas o indiferentes» [6] que no ofrecían garantía en cuanto a su contenido religioso.

El rector de Salamanca

Uno de los más perniciosos incidentes que se produjeron en estas semanas de octubre en que Franco estaba comenzando a tomar las medidas de este oficio difícil de gobernar, fue el que protagonizaron, en la propia ciudad de Salamanca, el general Millán Astray y el rector de su universidad, Miguel de Unamuno —vasco también—, que ostentaba la representación del Caudillo en un acto académico de conmemoración del Descubrimiento de América. Por sus libros, en especial *El sentimiento trágico de la vida*, muchos eclesiásticos consideraban a Unamuno como un pensador peligroso, sembrador de errores. Los nacionalistas vascos no le perdonaban su actitud contraria al aislamiento del espíritu vascongado. El mismo, con su inclinación a la paradoja, no hacía nada para desarmar a sus enemigos. Figura máxima de la intelectualidad española, cualquiera de sus gestos generaba importantes consecuencias. Por fortuna para Franco, asistió al acto de la Universidad su esposa Carmen, que acreditó sin duda impensadas dosis de sangre fría y capacidad de improvisación.

---

[6] M. L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, págs. 33-35.

▲ *Cartel de CNT y UGT, editado seguramente después del pacto de alianza que las dos centrales sindicales firmaron el 18 de marzo de 1938.*

◀ *Autobús de la empresa municipal de transportes de Barcelona, que, como todas las de la región catalana, fue incautada y colectivizada. La colectivización tomó amplias proporciones y las empresas fueron regidas por personas designadas por los trabajadores. Consejos obreros y comités de control, fabricación, técnico-administrativos, de industria, de relaciones y de dirección administraron todas las ramas de la actividad económica.*

JOSE ANTONIO AGUIRRE Y LECUBE

(Bilbao, 1904-París, 1960)

PERSONA de habilidades diversas —fue jugador de fútbol, abogado, empresario, historiador...—, José Antonio Aguirre consagró siempre sus mayores esfuerzos a la causa del nacionalismo vasco. Orador de estilo «premioso y fogoso a un tiempo», buen organizador y con gran poder de convocatoria, a pesar de su juventud, supo prescindir de viejas querellas internas y aglutinó a su alrededor a un grupo de dirigentes que dieron al movimiento nacionalista vasco un dinamismo que hasta entonces no había conocido. Profundamente católico, su lema fue «Dios y la Ley Vieja» y definía su partido como una agrupación de «católicos viriles e íntegros».

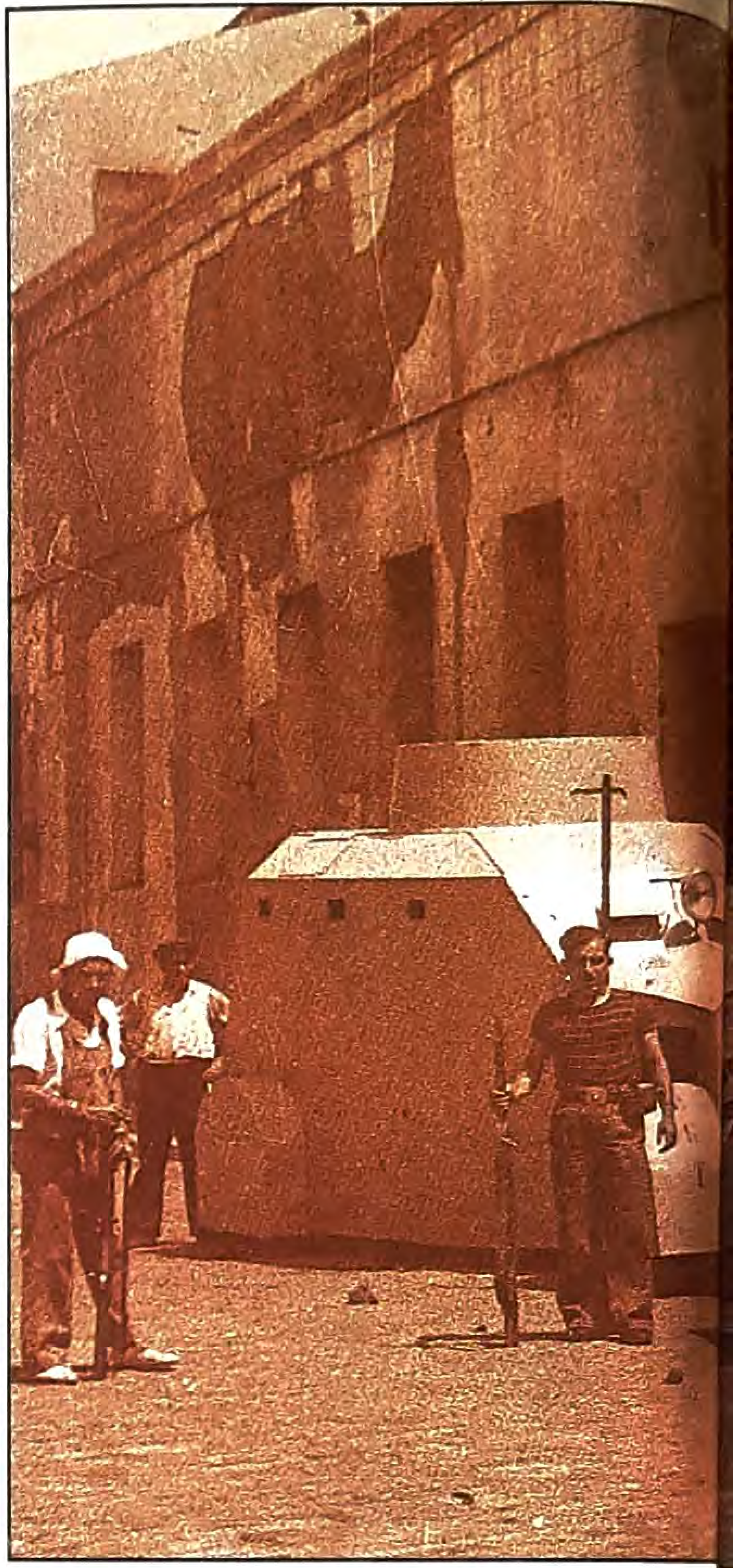
Licenciado en Derecho por la Universidad de Deusto, fue presidente de la Asociación de la Juventud Católica. En las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 fue elegido alcalde de Guecho. Tras la caída de la monarquía, Aguirre se mostró partidario de una república vasca dentro de una federación de repúblicas españolas. Fue uno de los promotores de la asamblea de Estella (14 de junio de 1931), en la que en un ambiente de febril nacionalismo se aprobó un proyecto de estatuto vasco que, según Indalecio Prieto, suponía un intento de convertir al País Vasco en un «Gibraltar vaticanista». En cualquier caso, la consecución del estatuto se convirtió en el objetivo pri-

Del incidente, que proporcionó abundante tema a la propaganda, no puede culparse a Franco: él no demostró otro sentimiento que el de asombro por una pelea tan intempestiva [7].

Desde el primer momento, Unamuno se adhirió al Movimiento Nacional. El 19 de julio, muy ostensiblemente, acudió a ocupar su mesa acostumbrada en el Café Novelty, de la Plaza Mayor. El 26 se incorporó al Ayuntamiento, del que era concejal desde el 12 de abril, sin haberse preocupado hasta entonces ni poco ni mucho del cargo, dando así apoyo a las nuevas autoridades. Varias veces, después de esta fecha, pronunció discursos en apoyo de la causa nacional, empleando esta frase en relación con sus objetivos: «hay que salvar la civilización occidental, la civilización cristiana» [8].

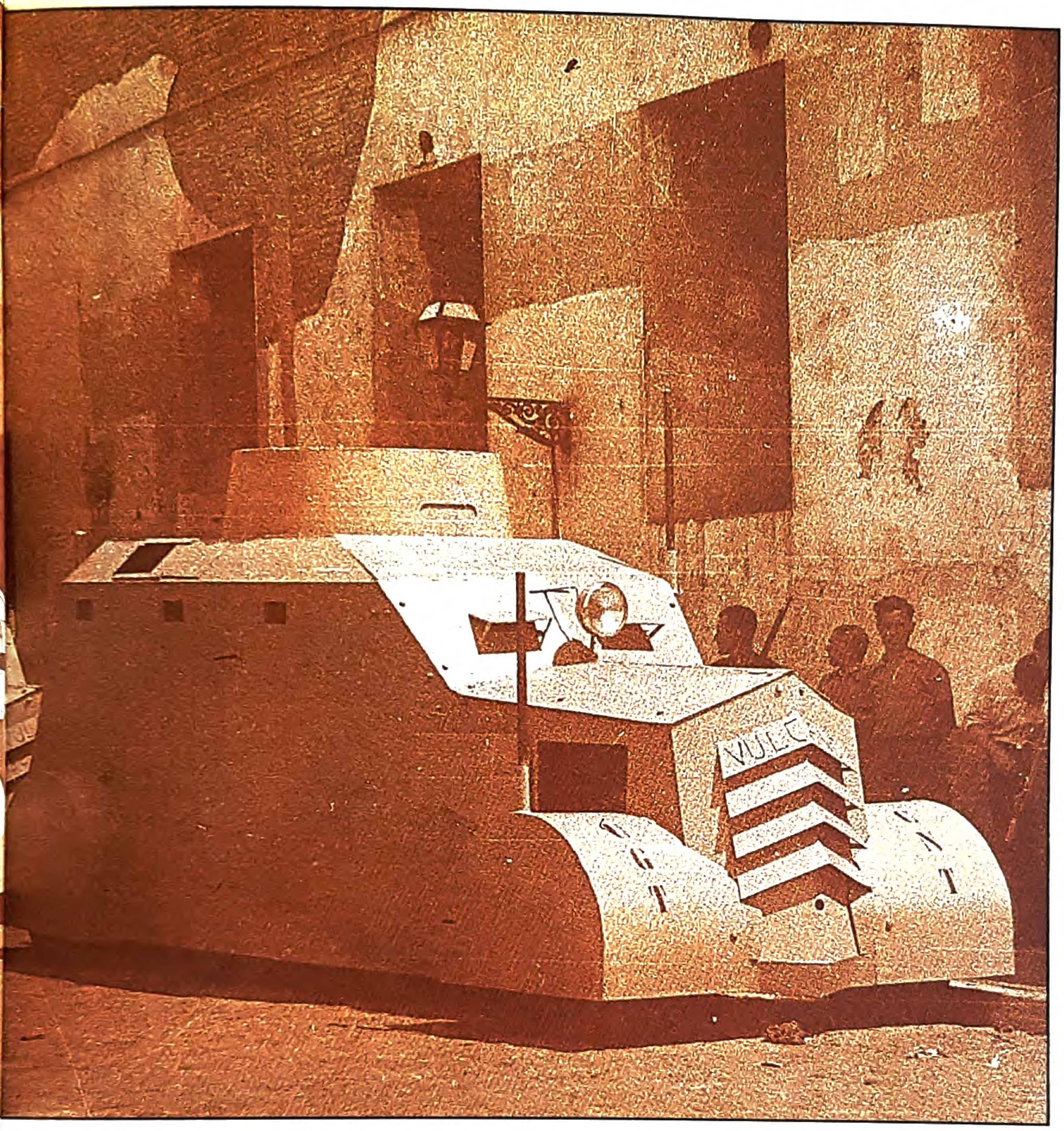
El 23 de agosto, según anteriormente indicamos, el gobierno de Madrid decretó el cese de Unamuno, que estaba jubilado, de todos sus cargos, acompañando la declaración de términos especialmente injuriosos. El 1 de septiembre, otro decreto de la Junta de Defensa, firmado por Cabanellas, le restableció en el rectorado vitalicio. Por iniciativa suya y con su firma en primer término, se envió el documento de adhesión de las universidades españolas al Movimiento, comunicándolo a las hispanoamericanas.

La tragedia para don Miguel —como para muchos españoles— comenzó en el momento en que pudo comprobar que se estaban produciendo represalias y violencias incontroladas en su propio bando, y acciones de perentoria justicia militar, que afectaban a personas de su amistad [9]. Aquel día, 12 de octubre, estaba muy nervioso e irritable. Sentado en la presidencia —a su derecha se hallaba Carmen Polo—, no estaba previsto que pronunciara ningún discurso, aunque podía hacerlo, pues le correspondía cerrar el acto. Hablaron, por este orden, el catedrático de Historia José María Ramos Loscertales, el dominico P. Vicente Beltrán de Heredia, el catedrático de Literatura Francisco Maldonado y el poeta José M.ª Pemán. Parece que en alguno de estos discursos —el de Maldonado— se vertieron frases alusivas a la anti-España de los separatismos. Entonces Unamuno se levantó y empezó a hablar. Sus palabras, a lo que sabemos, nada tenían de injuriosas, aunque fuesen emocionadas, como todas las suyas. En el ambiente cargado de la Salamanca de octubre de 1936, cuando nadie sabía hacia qué lado habría de inclinarse la victoria, estallaron como un reproche a quienes tenían conciencia de jugarse la vida en la más desesperada de las batallas. Y entonces el general Millán Astray —de cuya vehemencia ya tenemos constancia— estalló [10]. Sus gritos, coreados por los legionarios presentes, incluyeron una frase, «si esto es inteligencia, muera la inteligencia», de la que apenas si se recordó luego la segunda parte [11]. Cuando algunos de los presentes, entre ellos Pemán y Sainz Rodríguez, hicieron gestos de desaprobación, Millán Astray intentó rectificar, embarullándose al hablar de los «falsos intelectuales traidores». Demasiado tarde: en el aula había estallado un gran tumulto y los gritos se dirigían sobre todo contra el rector. Fue entonces cuando la primera dama, Carmen Polo, esposa de Franco, hizo un gesto a su escolta, tomó el brazo de don Miguel y le acompañó pausadamente hasta la salida, en donde se hallaba esperando el coche oficial. Ya en la puerta, Unamuno se despidió cortésmente de Pemán, y también de Millán Astray.



Las últimas semanas de Unamuno

El mal estaba hecho. No fue sólo la propaganda adversa a los nacionales la que se apoderó del episodio; también los que en este bando miraban con recelo a Unamuno, resistiéndose a creer que fuera uno de los suyos, vieron en él la demostración de las razones de su desconfianza. Para el rector y el general mutilado, protagonistas de la paradoja, el incidente terminó acaso a la puerta de la Universidad: ambos tenían en común el sentimiento trágico de la vida. Pero no para los socios del casino,



En las fases iniciales de la guerra se vieron con frecuencia por los frentes «monstruos» semejantes a los que figuran en la fotografía. Los frentepopulistas, prácticamente monopolizadores de la industria metalúrgica, usufructuaron casi en exclusiva estos vehículos blindados, que proliferaron en Cataluña, Vizcaya, Madrid y, en menor número, en los restantes frentes de combate. Su eficacia era escasa, pero en los primeros días su presencia causaba pavor entre los bisoños e improvisados combatientes, que los creían invulnerables.

del que Unamuno era presidente, y que, aquella tarde, cuando acudió como de costumbre a su tertulia, le abuchearon co-

---

[7] Poseemos un testimonio precioso del recuerdo que Franco, tiempo después, guardaba de este episodio. El 26 de noviembre de 1964 comentó con su primo Franco Salgado un artículo de Pemán, en que éste salía al paso de muchas falsedades que se estaban diciendo. «Se ajusta a la realidad de los hechos. Todo fue una réplica del general a la actitud, bastante molesta, del señor Unamuno, que no se justificaba en un acto patriótico, en un día tan señalado y en la España nacionalista que luchaba en el campo de batalla con un feroz enemigo y con grandes dificultades para vencerlo. Millán se creyó obligado a reaccionar en la forma que lo hizo a lo que consideró una provocación del ilustre catedrático.» F. Franco Salgado, *Mis conversaciones privadas con Franco*. Barcelona, 1976, pág. 431.

[8] Es muy significativo que esta frase aparezca en una carta suya a Quintín del Toro fechada el 1 de diciembre, mes y medio después del famoso incidente. Publicada y comentada por J. L. Cano, *Unamuno y la guerra civil*, Tiempo de Historia, 3, 1975.

[9] Emilio Salcedo, *Vida de don Miguel*. Salamanca, 1970, especialmente págs. 413-417, que recogió testimonios de personas aún vivas y de diarios de la época, atribuye la irritación de Unamuno al fracaso de sus gestiones en favor de Atilano Coco, pastor protestante y masón, que sería fusilado el 8 de diciembre. Carecemos de otras referencias. No aludió a este caso en su discurso que, por otra parte, no fue publicado porque no estaba escrito.

[10] Es imposible hoy reconstruir el discurso de Unamuno. Hay, sin embargo, acuerdo entre historiadores respecto a algunos párrafos:

«La nuestra es sólo una guerra incivil. Nací arrullado por una guerra civil y sé lo que digo. Vencer no es convencer, y hay que convencer sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compresión; el odio a la inteligencia que es crítica diferenciadora, inquisitiva, mas no de inquisición.»

«Se ha hablado también de los catalanes y los vascos llamándolos antipatria de España; con la misma razón pueden ellos decir otro tanto. Yo, que soy vasco, llevo toda mi vida enseñando la lengua española, que no sabéis. Ese sí es imperio de la lengua española.» R. La Cierva, *Francisco Franco* (2), III, pág. 40.

[11] En una carta de Millán al padre de Alfonso Paso, que este último publicó en *El Alcázar* (28-IX-1970) explicaba el general: «Me fastidió tanto su supuesta superioridad y su afán de hacernos comulgar con ruedas de molino, que no pude remediarlo y dije textualmente: si esto es inteligencia, muera la inteligencia. Pero se han quedado sólo con la última parte.»

mordial del Partido Nacionalista Vasco y en el principal determinante de su actuación política. Para ello se aliaron con los carlistas en las elecciones del 28 de junio de 1931. Aguirre fue el único diputado de la derecha que consiguió dos actas, una por Vizcaya y otra por Navarra (renunció a la primera por ser casi seguro que la vacante la ocuparía un nacionalista) y fue elegido secretario del grupo vasco-navarro en las Cortes.

Sin embargo, pronto quedó patente su incompatibilidad con las tesis tradicionalistas, y las diferencias entre los coaligados se hicieron cada vez más profundas. Cuando, tras las elecciones de 1933, en las que Aguirre fue reelegido por Vizcaya, las derechas llegaron al poder, bloquearon el estatuto, en el que veían un riesgo secesionista. El Partido Nacionalista Vasco se distanció progresivamente de la derecha y buscó su apoyo en la izquierda, en un proceso gradual que le llevaría a situarse al lado del gobierno republicano al estallar la guerra civil.

El 1 de octubre de 1936, las Cortes ratificaron el estatuto de autonomía del País Vasco, y el 7 de ese mes, en la sala de Juntas de Guernica, José Antonio Aguirre fue elegido por unanimidad presidente de Euzkadi. Inmediatamente dio a conocer su gobierno, en el que participaban nacionalistas vascos, socialistas, republicanos de Azaña y comunistas.

Tras la caída de Vizcaya en poder del ejército de Franco, Aguirre se refugió en Santander; de allí pasó a Francia, y finalmente, a Barcelona, donde fijó su residencia hasta la retirada de Cataluña, en enero de 1939, que le llevó de nuevo a Francia.

Al producirse la invasión alemana consiguió, tras una pequeña odisea, escapar a Estados Unidos, donde la Universidad de Columbia le nombró profesor de Historia. Al finalizar la segunda guerra mundial regresó a París, dedicándose a la reorganización y dirección del gobierno vasco en el exilio hasta su muerte en 1960. Sus restos descansan en el cementerio de San Juan de Luz.

De sus publicaciones destacan Entre la libertad y la revolución, *donde analiza la evolución del PNV de 1931 a 1935, y* De Guernica a Nueva York, pasando por Berlín, *concluido poco antes de su muerte, e igualmente referido a los acontecimientos en que tomó parte.*

bardemente hasta obligarle a abandonar el local. Pequeñas envidias se acumulaban ahora. Don Miguel se recluyó en su domicilio, del que apenas salió en los meses siguientes. El 21 de octubre se reunió el claustro de la Universidad para acordar su destitución: pero la persona propuesta, Manuel Torres López, que gozaba de la absoluta confianza del Cuartel General, se negó a aceptar el cargo y hubo de asumir el rectorado el vicerrector. En todo este lamentable episodio únicamente la esposa del jefe del Estado acreditó poseer las condiciones de serenidad que aquellas circunstancias requerían.

Todo lo demás son leyendas. Unamuno nunca estuvo detenido, ni sometido a vigilancia, ni amenazado, salvo por algunos destemplados y nada peligrosos socios del casino. Los falangistas tomaron medidas en favor de su seguridad. Es casi seguro que fue recibido por Franco después del incidente. El jefe del Estado, que sería durante años presionado por quienes combatían la doctrina «errónea» de Unamuno, nunca aludió al episodio en sus actuaciones públicas. Eugenio Montes y Víctor de la Serna recordaban los largos paseos que en octubre-noviembre de 1936 daban con Unamuno por Salamanca; es natural que el ex rector no volviera a poner los pies en el casino. El 1 de noviembre de 1936 hizo unas declaraciones a un periodista francés —con toda probabilidad se trata de Georges Sadoul, historiador marxista del cine— en las que afirmó que él se había unido al «movimiento salvador del general Franco» porque lo que importaba en aquellos momentos era «salvar la civilización occidental cristiana». Sus referencias al «miserable gobierno de Madrid» resultaron especialmente duras. También se quejaba abiertamente de Falange Española, que «no es otra cosa que el fascismo italiano, a mi juicio muy mal interpretado»; a ella atribuía su reciente destitución [12].

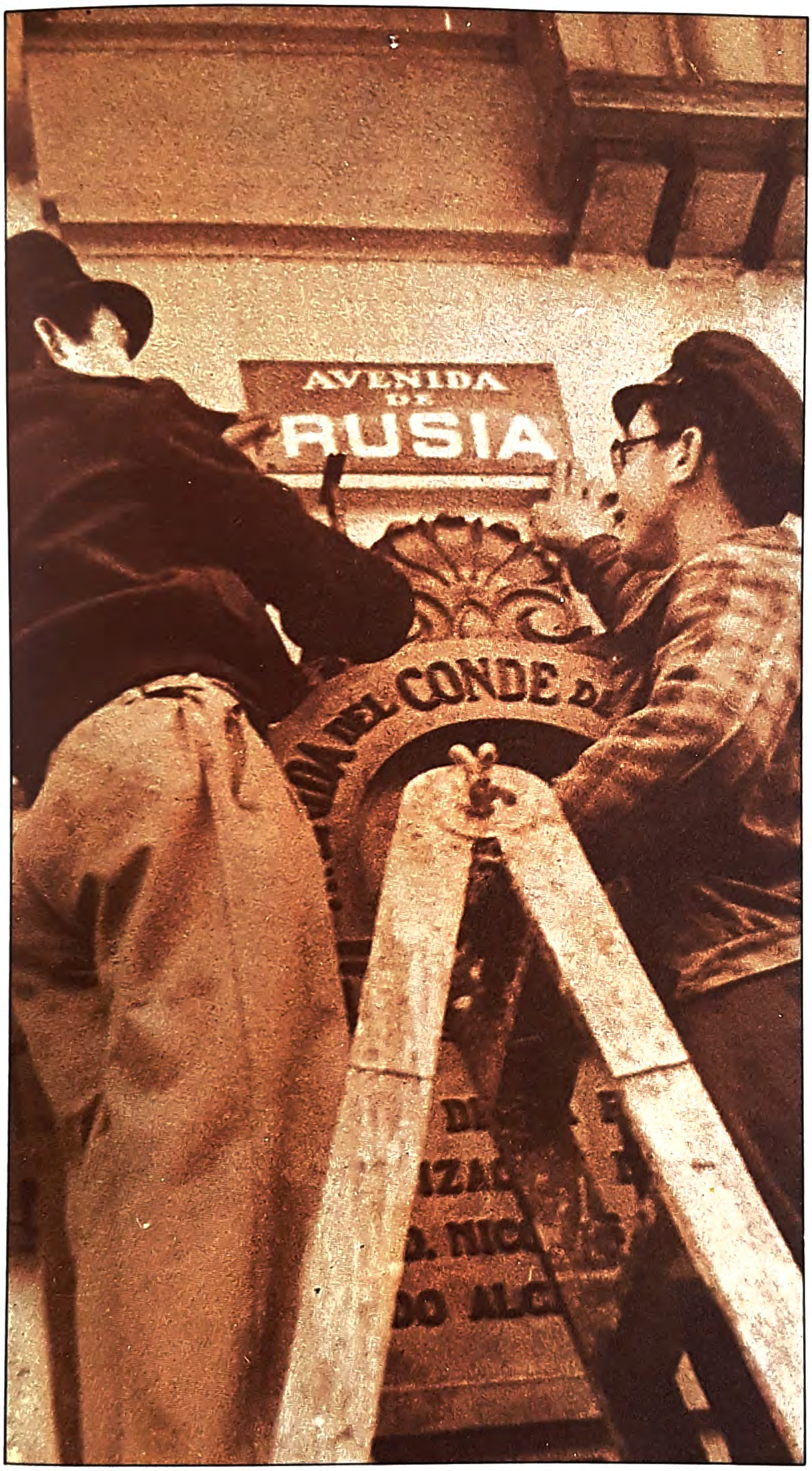
Sin embargo, fueron falangistas los que le acompañaron y defendieron hasta el fin. Unamuno aparece, signo permanente y vivo de la paradoja, como una de las manifestaciones de la tensión interna que Falange Española estaba sufriendo. La última persona con quien el gran pensador conversó, fuera de su familia, en la tarde del 31 de diciembre de 1936, fue Bartolomé Aragón. Murió Unamuno cuando comenzaba la noche del fin de año, inesperadamente, puesta la cabeza sobre la mesa de trabajo, como él habia previsto muchos años atrás. En un día gris y helado sobre el «alto soto de torres» su cadáver fue llevado a hombros de falangistas hasta el cementerio de Salamanca. Cuando el féretro descansó en el suelo, todos saludaron con el brazo extendido y uno de ellos gritó: «camarada Miguel de Unamuno, ¡presente!». Este fue el primer homenaje. El segundo lo ofreció Ernesto Giménez Caballero desde las páginas de *El Adelanto*, que entonces ostentaba una especie de primacía sobre toda la prensa nacional. Pero el más importante quedaba atrás, en un tiempo que comenzaba a alejarse: lo había brindado doña Carmen Polo cuando tomó del brazo al rector.

Franco comenzó a comprender que también le alcanzaba la carga de errores ajenos.

Los sacerdotes vascos

Así sucedió también con el caso de los sacerdotes vascos. A finales de octubre, el cardenal Gomá hizo una visita a Franco: nueve sacerdotes, de los que figuraban encuadrados en los batallones de gudaris,

Cámara de la sede central del Banco de España en la que se acumulaban las reservas de oro de la entidad: 2.183.770.102 pesetas en piezas fraccionarias antiguas, de 20, 25 y 100 pesetas, monedas extranjeras y en barras; tesoro al que había que unir los 385.265.674 pesetas en plata amonedada. De todo él dispusieron los gobiernos de la República para el pago de los suministros que les llegaban del extranjero. La operación se realizó en tres fases. Durante la primera, las remesas se envían a Francia, donde se procede a su venta inmediata. En la segunda, todo el tesoro se traslada a Cartagena y de allí a la Unión Soviética, donde se remitieron sucesivamente órdenes de enajenación para hacer frente a las obligaciones contraídas, y, cuando ya se había movilizado la totalidad del oro, se procedió, en una tercera fase, a la venta de las reservas de plata en Francia y en los Estados Unidos.



▲
Dos milicianos colocan una placa que da el nombre de avenida de Rusia a la que antes se llamaba Conde de Peñalver. Escenas como ésta se repitieron por todas las ciudades y pueblos de España, como siempre que se ha producido una inversión en la situación política. En zona republicana, el hábito se extendió a la toponimia, y no quedó en toda la geografía localidad, monte o río que conservara el nombre tradicional si éste tenía alguna resonancia religiosa o monárquica: Ciudad Real, Alcázar de San Juan, Olías del Rey, San Cugat del Vallés y centenares de poblaciones y accidentes geográficos cambiaron de nombre por disposiciones legales que querían borrar de la mente de los hombres toda referencia a Dios, la Virgen, los santos o los viejos reinos de España. Y lo mismo sucedía con los nombres propios de las personas.

capturados por la columna de Alfonso Beorlegui, compuesta por tradicionalistas y en gran parte vascos, habían sido juzgados sumariamente, condenados y ejecutados sin que se hubiese obtenido de Fidel Dávila la conmutación de la pena [13]. Esta vez Franco dio muestras de gran irritación y explicó al cardenal que ninguna noticia tenía de tales sentencias, anteriores a su toma de posesión; antes de despedirle, prometió: «tenga su eminencia la seguridad de que esto queda cortado inmediatamente».

En realidad el número total de sacerdotes vascos que murieron a manos de los nacionales es de dieciséis. Fueron asesinados cuarenta y siete por los rojos en el territorio sometido al régimen de José Antonio Aguirre sin que éste pudiera impedir tal desmán a sus colaboradores del Frente Popular, presentes en su gobierno. La proporción numérica, que no justifica el mal, explica sin embargo algunos aspectos esenciales. Además, Franco cumplió su palabra: no hubo, desde este momento, ningún otro caso en su zona. Pocos días después de la entrevista —en todo caso antes del 8 de noviembre— Antonio Sangróniz visitó a Gomá para anunciarle que se había hecho la información pertinente y estaban tomadas todas las medidas para que actos semejantes no pudieran repetirse. Todos los sacerdotes que resultasen inculpados de acciones políticas o militares serían castigados después de negociar cada caso con el obispo correspondiente según señalaba el concordato antiguo. Como puede suponerse, el episodio tuvo después no pocas repercusiones y fue explotado hábil y abundantemente por la propaganda.

---

[12] En noviembre, Unamuno se entrevistó con el novelista griego Nikos Kazautzaki y le dijo: «En este momento crítico por que atraviesa España era indispensable que yo me sumara a los militares. Son ellos los que mantendrán el orden porque tienen el sentido de la disciplina y saben imponerla. No haga usted caso de lo que le digan de mí. ¡Yo no me he vuelto un hombre de derechas, yo no he traicionado la libertad! Pero, por de pronto, es urgente instaurar el orden. Usted verá dentro de algún tiempo, sin tardar mucho, que yo seré el primero en reanudar la lucha por la libertad. Yo no soy fascista ni bolchevique. ¡Yo estoy solo!» Entrevista revelada por Luis Araquistain en *El Diario* de N. York, 1 julio 1952.

[13] Los nueve sacerdotes eran: José Joaquín Arin Oyarzábal, Roberto Guridi Arrazola, Joaquín Iturricastillo Aranzábal, Martín Lecuona Echeveguren, José Marquiegui Olazábal, Alejandro Mendicute Leceaga, Celestino Onaindía Zuluaga, José Ignacio Peñagaricano Solozábal y José Filomeno Sagarna Uriarte, que había sido detenido mientras cruzaba las líneas del frente con uniforme de gudari. Este último fue considerado como un héroe por los nacionalistas. Pero con anterioridad y en circunstancias desconocidas, habían sido asesinados otros siete: José Adarraga Larburu, Gervasio de Albizu, José Ariztimuño Alonso, Santiago Luco Armendía —que murió en los primeros días del Alzamiento en Pamplona acusado de ser socialista— cierto padre Lupo, otro llamado padre Román y José Otaño.

En un momento posterior que no puedo precisar, Franco ordenó abrir una investigación para conocer el número y circunstancias de estas víctimas. Los nueve primeros fueron acusados de acciones militares concretas con uniforme. A.F.F., leg. 97, núms. 88-103.

IV. Freno en Madrid

El 6 de octubre de 1936, Franco dijo a Varela: «Siempre tienes suerte. Haz un intento para tomar Madrid. Si nos damos prisa, aún podemos conseguirlo.» Esta salvedad —si... aún— resulta significativa. Parece indicar que el Generalísimo, que conocía la superioridad numérica del Frente Popular, no estaba seguro de que una resistencia enconada en las calles no le obligara a detenerse. El avance comenzó el día 7 y significó nuevas derrotas para los frentepopulistas. La batalla por la posesión de Illescas fue feroz, pero concluyó el 23 de octubre con la victoria de los nacionales. El día 31 de octubre, Franco comentaría con sus colaboradores: «la situación internacional y la inmediata ayuda que el enemigo espera obtener del extranjero obligan a precipitar el avance sobre Madrid y su ocupación, teniendo en cuenta que un simple retraso puede acarrear perjuicios considerables» [14].

La ayuda rusa al Frente Popular no fue gratuita. Los depósitos de oro del Banco de España, que en Madrid corrían peligro no sólo por el avance de las tropas nacionales, sino también por los proyectos de algunas milicias sindicales, fueron sacados secretamente y enviados a la Unión Soviética [15], adonde comenzaron a llegar el 6 de noviembre. La suma total era de 510.079,5923 kilogramos. Se entendía que se trataba de un depósito para garantizar créditos en otros países utilizando los canales financieros de la URSS. Pero cuando el embajador, Manuel Pascua, solicitó el primero de dichos créditos, le fue negado: de este modo el gobierno del Frente Popular tuvo que disponer, desde el 16 de febrero de 1937, la venta de parte de este oro para generar divisas. Hasta abril de 1938 se vendieron 426 toneladas. Otras 35 se inmovilizaron por un préstamo de 70 millones de dólares, al 3 por 100, que finalmente concedieron las autoridades rusas, en febrero de 1938. En agosto de este año ya no quedaba a disposición de la República más que tonelada y media de oro, unos 450.000 dólares. Los precios del material soviético no fueron, evidentemente, muy moderados.

No hemos de hacer un análisis de la batalla de Madrid. Este libro no se ocupa de historia militar salvo en la medida en que derivaron acontecimientos políticos de las diversas acciones. Franco y sus generales atribuyeron su derrota en Madrid a la intervención de tropas extranjeras; no se consideraron vencidos porque conservaron prácticamente todas sus posiciones. Probablemente el éxito en la defensa de Madrid fue debido a tres factores: la presencia del comandante Vicente Rojo, profesor de Táctica en la Academia Militar de Toledo, que trazó los planos; la disciplina que, por influencia comunista, llegó a imponerse, y, por último, la excelente calidad del material ruso que poseían los defensores, muy superior al de sus atacantes.

Los tanques soviéticos entraron por primera vez en acción en el sector de Seseña, el día 29 de octubre, días después de que

A partir del mes de septiembre, la Unión Soviética había iniciado su ayuda al gobierno español, y ésta adquirió carácter masivo después de la nota que el gobierno de Stalin envió al Comité de No Intervención el 6 de octubre declarándose libre de las obligaciones que había contraído al firmar el acuerdo entre las potencias. Cuando el 14 de octubre llegó al puerto de Barcelona el buque ruso Zyrianin, su tripulación fue acogida calurosamente por una multitud enfervorizada que paseó en hombros entre aclamaciones a Antonov Ovsenko, cónsul general de la Unión Soviética en la ciudad condal desde el 25 de agosto. El diplomático desapareció más tarde en las purgas de Stalin.

Franco hubiese firmado la orden para la conquista de Madrid: barrieron con facilidad las frágiles tanquetas Fiat que poseía el Ejército atacante, y produjeron pánico en algunas unidades, pero no consiguieron que los nacionales retrocediesen. Cuando el Cuartel General de Salamanca recibió la noticia —los tanques, atraídos hacia las estrechas calles del pueblo habían tenido finalmente que retirarse— creyó que se trataba de unidades soviéticas completas, mandadas incluso por sus propios oficiales.

Los consejos de Canaris

La Wilhelmstrasse fue inmediatamente informada: seguramente el hecho no constituía ninguna sorpresa, aunque sí un dato importante. El 28 de octubre, el embajador ruso, Ivan Maisky, había declarado oficialmente en el Foreing Office que su país no se sentía ligado por el Pacto de No Intervención, acusando a Alemania, Italia y Portugal de no hacerlo. La URSS se aprestaba a librar la batalla del comunismo en España, y el III Reich no podía consentirlo sin arriesgar al mismo tiempo el destino de sus propios proyectos. Von Neurath escribió el día 30 de octubre al almirante Canaris, que se hallaba en España, encargándole que hiciese una seria advertencia a Franco: no se puede ganar una guerra de esas dimensiones con acciones «dubitativas y metódicas». Curioso modo de calificar la asombrosa marcha de aquel grupo de soldados desde Almendralejo hasta el puente de los Franceses. Las autoridades alemanas estuvieron siempre convencidas de que el Generalísimo español era un pésimo estratega, que hacía todo lo contrario de lo que sus métodos sugerían. Y no se desanimaron al comprobar que los incorrectos planes de Franco le aseguraban siempre la victoria.

Canaris encontró a Franco convencido de antemano de la necesidad de obtener una ayuda más sustanciosa de Alemania e Italia. Para salvarle de una derrota que imaginaba cierta, el gobierno alemán proponía la creación de un cuerpo expedicionario de Aviación, bajo el mando exclusivo de oficiales alemanes y comprendiendo bombardeos, cazas, aparatos de reconocimiento, servicios de información, mecánicos, baterías aéreas y proyectores, en suma dotado de absoluta autonomía y sin otra obligación que la de dar cuenta al Generalísimo, directamente, de sus actos y planes. El Cuartel General ya no estaba en condiciones de rechazar esta oferta, aunque era peligrosa para el mando español, y molesta en especial para Alfredo Kindelán, el general que desempeñaba la Jefatura del Aire.

Durante algunos días, Franco trató de forzar la marcha: sus unidades habían resistido el primer embate, sin ceder terreno. En Madrid contaba con una «quinta» columna, la de sus partidarios, que acechaban la llegada de las tropas para echarse a la calle. El 5 de noviembre la radio nacional transmitió instrucciones a los habitantes de Madrid indicando las precauciones y normas de conducta que debían ser observadas ante «la próxima entrada de las tropas nacionales». Se recomendaba a los madrileños que permaneciesen en sus casas, que serían respetadas rehuyendo una lucha que, como el ejemplo de Toledo demostraba, iba a tener final sangriento. También se anunciaba que los criminales recibirían el castigo a que fuesen acreedores por sus delitos: de este modo se esperaba, sin duda, acelerar la huida de los responsables.

El 6 de noviembre de 1936 la columna de caballería del coronel Monasterio se

---

[14] J. M. Martínez Bande, *La batalla de Madrid,* H. V. Extra, 1. Madrid, 1974, págs. 16-29 y 38.

[15] El embarque tuvo lugar en el puerto de Cartagena el 25 de octubre de 1936, con gran sorpresa por parte de Indalecio Prieto, que no había sido informado. Las cantidades exactas se conocieron por los recibos que la familia del doctor Negrín entregó al gobierno español tras el fallecimiento de éste. Luis Bolín, *op. cit.,* págs. 395-402, demuestra sin embargo haber tenido un conocimiento bastante exacto de las sumas exportadas. Sobre esta cuestión ver A. Viñas, *El oro español en la guerra civil.* Madrid. Instituto Estudios Fiscales, 1976, págs. 203-206.

▲
A lo largo del mes de octubre, y coincidiendo con el notable incremento que entonces se produjo en las aportaciones soviéticas al bando republicano, llegó a España el cuerpo aéreo que mandó el general Smushkévich, que aquí fue conocido por Douglas. Integramente formado por personal del Ejército Rojo, lo componían aviones de caza Y-15 **(chatos)** ***e Y-16*** **(moscas)*****, de bombardeo SB*** **(katiuskas)** ***y de asalto y reconocimiento SZ*** **(rasantes)** ***y R-5*** **(natachas)*****, con un total inicial de 118 aviones a los que había que sumar 15 Y-15 que fueron desembarcados en Bilbao. Su presencia cambió el signo de la guerra aérea y la supremacía pasó al bando republicano hasta la batalla de Brunete.***

▲ *El conde de Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Italia, visita a Hitler, en presencia de von Neurath, su colega alemán, y de Attólico, embajador de Italia en Berlín. La entrevista se celebró en Berchtesgaden el día 24 de octubre de 1936, y es probable que en ella se tomara la decisión de enviar a España la Legión Cóndor, como respuesta al Cuerpo Aéreo de Douglas y a la agrupación de tanques de Krivoshein. Marcó también el inicio del acercamiento entre Alemania e Italia. Días después, Mussolini hablaría por primera vez del eje Roma-Berlín.*

apoderaba del cerro de los Angeles, amenazando desde el sur las comunicaciones con Madrid. El gobierno del Frente Popular comprendió que podía producirse de hecho la conquista de la capital y, con protesta de los anarquistas, decidió abandonarla aquella misma tarde. Largo Caballero comunicó a Miaja que en adelante sería suya la responsabilidad de la capital. La Junta Militar que se constituyó estaba ahora dominada por mandos comunistas: Santiago Carrillo era el responsable de Orden Público. Sobre la capital de España se renovó el espeso terror de los días del mes de agosto.

Al amanecer del día 7, mientras en toda la zona nacional se esperaba de un momento a otro el comunicado, que anunciase la conquista de Madrid, los presos políticos más importantes que tenía en su poder el Frente Popular, y cuyo traslado a Valencia o a otras prisiones había sido firmado por Miguel Muñoz, director general de Seguridad que acompañaba al gobierno en su huida, comenzaron a ser fusilados en Paracuellos del Jarama. Los asesinatos continuaron en los días siguientes hasta sumar un total de 2.750 víctimas. A ellas se sumaron otras muchas, muertas en lugares distintos y trasladadas después al siniestro cementerio, hasta sobrepasar la cifra de 10.000 personas. Fue uno de los crímenes colectivos más espeluznantes de toda la guerra y el segundo de los golpes decisivos para la flota: muchos de los fusilados eran mandos de la Marina. Algunas de las órdenes entregadas a los directores de las prisiones disponían «la puesta en libertad» de los detenidos. No se les ocultó, por sus custodios, el fin que les aguardaba. Las víctimas fueron además despojadas de sus pertenencias personales.

Hacia una guerra diferente

La batalla de Madrid inspiró en ambos bandos temores y esperanzas. Todos coincidían en considerarla como el principio del fin. La huida del gobierno a Valencia causó entre los frentepopulistas natural desazón. En este momento, Esquerra Republicana de Cataluña —según informaba el cónsul italiano en Barcelona— proyectó entregarse a un protectorado francés, como en 1465 y 1641, para salvar su independencia. Mussolini advirtió que de ningún modo estaba dispuesto a consentir una ampliación de las fronteras de Francia hasta el Ebro. Temores que no se cumplieron. Día tras día, se estaba afirmando en Madrid la superioridad táctica de los defensores que contaban con el número y las comunicaciones internas y, superando el pánico inicial, frenaron con éxito los ataques. La propaganda roja mostró mucho interés en dar publicidad a las primeras brigadas internacionales de voluntarios que entraron en fuego a partir del 8 de noviembre después de haber desfilado por las calles madrileñas. Eran la demostración de la solidaridad del socialismo internacional.

Así fue como, por acuerdo tácito entre ambos beligerantes, se forjó una de las exageraciones de la guerra civil española. Franco, que estaba experimentando su primera derrota —o al menos, no victoria— tenía interés en demostrar cómo luchaba contra un peligro comunista a nivel mundial. Largo Caballero deseaba confirmar la idea de que en Madrid se libraba la suerte definitiva del socialismo. Pero lo cierto es que la victoria de los defensores de Madrid, que el Cuartel General de Salamanca reconoció entre los días 19 y 23 de noviembre cuando pasó a una guerra de posiciones —algunas tan avanzadas como el Clínico de la Ciudad Universitaria o el puente de los Franceses, desde donde se veían bien las primeras casas de la calle Ferraz y las ruinas del Cuartel de la Montaña—, fue debida preferentemente a unidades españolas con mandos españoles. Por vez primera, Miaja y Vicente Rojo habían podido contar, junto a la franca superioridad en número y eficacia de tanques y aviones, con formaciones militares dotadas de un mínimo de disciplina.

Capítulo IV

FASCISTAS, NAZIS, CATOLICOS Y TRADICIONALISTAS

I. El reconocimiento oficial de Alemania e Italia

LAS medidas adoptadas después del fracaso del asalto a Madrid acreditan una de las cualidades militares más sobresalientes del general Franco: la prudencia. Para que este fracaso no se convirtiera en derrota había que evitar un empeño excesivo en la lucha y, en sentido contrario, conservar las líneas de vanguardia alcanzadas. Los soldados nacionales recibieron la orden de pegarse al terreno y de mejorar, mediante operaciones limitadas, sus líneas, y la cumplieron. Durante más de dos años, el mando rojo comprobaría su impotencia para aflojar el nudo de acero sobre la garganta de la capital de España, y la victoria de Madrid, aireada por su propaganda, se transformó lentamente en una prisión para sus mejores unidades, sometidas a desgaste que impedía eficaces maniobras en otro escenario.

Franco sostuvo siempre una versión: necesitaba apoyo diplomático y envío de material de guerra, pero no soldados. No hay motivos para no considerarla cierta. A lo sumo, añadía, necesitaba instructores para el uso de las armas modernas. Hitler, que sostenía ya el principio de que de ningún modo podía tolerar la instalación de la influencia soviética en España, estaba decidido a ir mucho más lejos: compartía con Mussolini la convicción de que Franco era un general mediocre y de estrategia arcaica, que conducía la guerra del peor modo posible, que acababa de perder la única batalla decisiva y al que había que salvar de sus propios errores arrebatándole la iniciativa. Por su parte, el Generalísimo medía ahora los efectos de su pavorosa de-

▲ ***Un grupo de Ju-52 de la Legión Cóndor sobrevuela Burgos. Formaban la unidad, constituida el día 30 de octubre de 1936, poco después de una entrevista entre Franco y Canaris, un total de 100 aviones operativos.***

bilidad: sin industria pesada ni recursos financieros, estaba obligado a aceptar cualquier ayuda, sin hacer demasiadas preguntas sobre las intenciones o la idoneidad del autor.

En los meses que indican el tránsito de 1936 a 1937 la presencia alemana e italiana en el bando nacional se incrementó visiblemente. El 7 de noviembre se constituyó la anunciada unidad aérea alemana a las órdenes de un experto general, Hugo von Sperrle, que llevaba como jefe de Estado Mayor al coronel Wolfram von Richthofen, primo del famoso héroe de la primera guerra mundial. Fue denominada «Legión Cóndor». El 15 de noviembre la Wilhelmstrasse comunicó a su embajada en Roma, para que advirtiera de ello al gobierno italiano, que se iba a producir la retirada del encargado de negocios en Alicante y el reconocimiento de Franco. Mussolini asintió, dando explicaciones más meridianas: Italia no iba a consentir una victoria comunista en España. El 17 de noviembre de 1936, en efecto, se comunicó al Cuartel General de Salamanca que, desde el día siguiente, a las seis de la tarde, hora de Berlín, el III Reich consideraría a Franco como única autoridad legítima en España.

No tenía en esto la primacía, porque El Salvador y Guatemala se habían adelantado a los alemanes.

El Führer encomendó a un general nazi de su absoluta confianza, Wilhelm von Faupel, la delicada misión de ser el primer embajador en Salamanca. Teniendo en cuenta sus posteriores encargos, puede comprenderse que no iba a ser un mero representante diplomático. Se le había prohibido intervenir en cuestiones militares, pero debía hacerse acompañar por eficientes colaboradores, capaces de montar un complejo aparato de penetración e instrucción de milicias y juventudes falangistas.

La muerte de José Antonio

El 20 de noviembre de 1936, José Antonio Primo de Rivera había caído frente a un pelotón de ejecución. El fundador de Falange no pereció a manos de incontrolados, en una de las siniestras «sacas» del mes de noviembre. Fue juzgado por un tribunal popular que presidía un magistrado de carrera, Federico Enjuta Ferrán, y en el que se hallaban presentes representantes de todos los partidos políticos del Frente Popular. Ante estos jueces declaró su inocencia: si estaba detenido desde marzo, ¿cómo había podido tomar parte en un alzamiento militar, ejecutado por militares? En vano recurrió de la sentencia ante el consejo de ministros: fue ejecutada a las cuarenta y ocho horas de haberse pronunciado [1].

José Antonio actuó como defensor de sí mismo, de su hermano Miguel y de la esposa de éste, Margarita Larios. El 17 de noviembre presentó ante el tribunal sus

Franco, acompañado de von Richthofen y de los generales Dávila y Kindelán, pasa revista a la Legión Cóndor en el acto de despedida de esta unidad, que se celebró en León el 22 de mayo de 1939. El día 28, sus componentes embarcaron en Vigo hacia su país de origen, donde fueron recibidos apoteósicamente. Durante los dos años y medio de su permanencia en España se sucedieron en su jefatura los generales Sperrle, Volckmann y Richthofen, de los que el primero alcanzaría el grado de mariscal de la Luftwaffe, el segundo moriría en la batalla de Inglaterra al mando de una agrupación aérea y el tercero alcanzaría fama al frente del VIII Cuerpo de Ejército Aéreo alemán en la campaña de Grecia, en el asalto a Creta y en los cielos de Rusia, todo ello durante la segunda guerra mundial.

▲ ***El bilaureado general Varela, que, después de pacificar la Andalucía occidental y conseguir enlazarla firmemente con Granada, tomó en Maqueda el mando de la agrupación de columnas que avanzaba hacia Madrid.***

conclusiones, escritas de puño y letra porque se le había prohibido el uso de máquinas.

Entresacamos ahora dos párrafos:

«El 18 de julio de este año, como es público, estalló en gran parte de España un movimiento subversivo militar, al que se dice prestan asistencia grupos de Falange Española. Tales grupos ni han recibido, ni han podido recibir instrucción alguna de su jefe que, de habérsela podido dar, hubiera estado lejos de darles la orden de adhesión a un movimiento (donde el predominio y sentido político de la Falange están bien lejos de verse asegurados) sin claras y decisivas garantías políticas y aun personales, que le hubieran puesto en condiciones de dirigir el movimiento por sí mismo. José Antonio Primo de Rivera es, en resumen, ajeno a la génesis y al ulterior desarrollo del movimiento subversivo iniciado en julio del presente año, en el que ni directa ni indirectamente, ni por sí mismo ni induciendo a otros, ha intervenido.»

«Si hubiera delito, lo que nuevamente se niega, concurrirá la circunstancia atenuante 8.ª del artículo 9.º del Código Penal ordinario, ya que José Antonio Primo de Rivera se ofreció al gobierno de la República en la persona del señor subsecretario de Agricultura, señor Martín Echevarría, para gestionar la deposición de su actitud por parte de los rebeldes y disminuir así los efectos de la rebelión» [2].

José Antonio —que seguramente nunca tuvo esperanza de salvar su vida— procedió como el hábil abogado que era: que-

---

[1] En sus Memorias, Largo Caballero trata de explicar el silencio del gobierno ante esta apelación diciendo que no había unanimidad entre los ministros y que la noticia de la ejecución de José Antonio llegó antes de que se hubiera tomado ninguna decisión (Stanley G. Payne, *op. cit.*, pág. 114). Azaña se excusó de no poder hacer nada porque él mismo era ya un prisionero. En todo caso es la demostración de que el gobierno de la República había perdido todo vestigio de autoridad. Las sentencias de muerte de los tribunales populares se ejecutaban sin permitirle siquiera disminuir un poco su rigor.

[2] Documento procedente del A.F.F., leg. 41, num. 9.

Una avanzadilla del general Varela en las proximidades de Illescas, localidad que conquistó el 18 de octubre y donde fue duramente contraatacado por las columnas del coronel Otal. Era un momento decisivo. Las nuevas brigadas nacionales e internacionales y las agrupaciones de Douglas y Krivoshein estaban a punto de intervenir. Mola señaló: «La situación internacional y la inmediata ayuda que el enemigo espera recibir del extranjero obliga a precipitar el avance sobre Madrid y su ocupación... Un simple retroceso puede acarrear perjuicios considerables.» ▼

Se está en plena batalla por Madrid. El mando de la defensa se encuentra en el Ministerio de Hacienda, situado en la calle de Alcalá, junto a la Puerta del Sol, que sufre los efectos de la artillería de Varela. Los escasos transeúntes que circulan por la plaza corren a refugiarse, mientras las granadas explotan en el edificio en que se encuentra la librería ante la que fue asesinado Canalejas.

Otro objetivo prioritario de la artillería y de la aviación de los atacantes era el edificio de la Telefónica, único rascacielos que entonces existía en Madrid y en el que Miaja había situado el puesto de mando de la artillería de la defensa y su principal observatorio. En la fotografía se aprecia la marquesina que daba acceso a la estación de metro enclavada en la confluencia de la calle de la Montera y de la Red de San Luis, y que entonces llevaba este último nombre, hoy el de Gran Vía y durante todos los años del gobierno de Franco, el de José Antonio. Por su ubicación, justo enfrente de la Telefónica, sufrió con frecuencia los efectos de los bombardeos.

daba al descubierto que no se le condenaba por delitos, imposibles de probar físicamente, sino tan sólo por ser el jefe de Falange, a quien, como proclamó un testigo, se «odiaba con todo el corazón». Víctima del odio fue, probablemente, un error de sus propios ejecutores.

El protocolo secreto con Italia

Italia despertaba una simpatía más general que Alemania —unida también a cierto menosprecio por sus virtudes militares— y también menos recelos. El gesto de Ciano el 24 de agosto retrasando el pago de las deudas para después de la guerra, favoreció mucho la simpatía. Los monárquicos españoles que, como hemos visto, mantenían relaciones con Mussolini desde hacía varios años, creían que la restauración de la Monarquía era uno de los objetivos del gobierno italiano. Y no se equivocaban por completo. Por otra parte, los diplomáticos italianos se mostraban menos exigentes que los alemanes.

Inmediatamente después de haber sido reconocido, Franco aceptó las sugerencias de los dos enviados de Mussolini, Filippo Anfuso y el coronel Mario Roatta, y firmó un protocolo secreto con Italia (28 de noviembre de 1936). No cabe duda de que el Generalísimo aprovechó las prisas del Duce en disponer de un documento que demostrase que se había adelantado a todos, para maniobrar hábilmente. La lectura del acuerdo produce una sensación muy singular: España no se comprometía prácticamente a nada. Italia prometía ayudar a Franco a restablecer la independencia y la integridad del territorio español; a cambio de esto, el Generalísimo se comprometía a no participar directa o indirectamente en ninguna alianza dirigida contra Italia y a ayudar al Duce con todas sus fuerzas a conseguir la supresión del molesto artículo 16 de la Convención de Ginebra sobre el que se apoyaran en tiempo las sanciones. Recíprocamente, los dos países adquirían el compromiso de intensificar las relaciones mercantiles y de consultarse en todos los problemas que afectasen al Mediterráneo. Dicho con palabras más sencillas: los nacionales estaban legalizando sus compras de armas en el mercado italiano [3].

Antes de la firma del tratado, y al comprobar la existencia de italianos antifascistas entre sus enemigos, Franco había autorizado a sus representantes en Roma para que reclutasen voluntarios con primas semejantes a las que se ofrecían en la Legión extranjera. En este momento Roatta le anunció que la intención de Mussolini era enviar unidades completas de voluntarios a los que se completaría la paga española de dos pesetas diarias con otra de 20 liras. Franco no podía oponerse porque necesitaba el material de guerra con urgencia y se le amenazaba retirando los especialistas en tanques que hasta entonces figuraran en la Legión. Explicó, sin embargo, a Roatta que no necesitaba soldados, que tenía en abundancia, sino armas y, en todo caso, oficiales instructores para dichas armas.

Mussolini se congratulaba de haber obtenido un gran éxito con la firma del protocolo secreto del 28 de noviembre; esto es cierto si se compara este verdadero tratado de amistad con las parcas concesiones que, antes de fin de año, obtuvo von Faupel. Franco accedió a prolongar el acuerdo comercial vigente entre Alemania y España —es decir, el que firmara el 6 de marzo de 1936 el gobierno del Frente Popular— hasta el 31 de marzo del año siguiente. De este modo ambas partes dispondrían de un plazo para la celebración de negociaciones que permitiesen la firma de un nuevo tratado.

▲ ***Durante la batalla por la capital de España, las estaciones del metro se transformaron en refugios en los que se dieron cita no sólo las gentes que transitoriamente buscaban cobijo en ellas huyendo de los efectos de la artillería y de la aviación, sino también centenares de personas que hicieron de sus andenes hogar permanente. Se trataba de familias evacuadas de los pueblos que iban siendo conquistados por las columnas de Varela y que no encontraban fácil acomodo en una ciudad en la que todo comenzaba a escasear. Madrid fue línea de frente durante casi toda la guerra y se convirtió en un mito para los republicanos.***

---

[3] La firma de protocolo secreto y su texto fueron inmediatamente conocidos en Berlín (*Wilhelstrasse*, III, págs. 105-107) y difundidos, aunque no en todos sus detalles. Al parecer, el embajador norteamericano en Alemania comentó con el secretario interino de Asuntos Exteriores, Dieckhoff, que, con este pacto, España quedaba reducida a un papel subordinado semejante al de Albania. Pero Roberto Cantalupo, *Embajada de España*. Barcelona, 1951, págs. 96-98, testigo de excepción en este caso, concluye diciendo que en aquel acuerdo Italia lo daba todo y España sólo palabras.

II. El cardenal Gomá, representante de la Santa Sede

FRANCO y la Junta Técnica, que habían conseguido desde el primer momento apoderarse de las dos embajadas españolas en Roma [4], hicieron reiterados esfuerzos, a través de un representante oficioso, el marqués de Magaz, para obtener el reconocimiento oficial de la Santa Sede. Gomá, que era en aquellos momentos cabeza de la jerarquía española y estaba dispuesto a jugar de este modo un papel muy activo, no parecía tener demasiada prisa: un apoyo ostensible del Vaticano podía tener repercusiones muy desfavorables para los católicos que aún vivían sometidos al Frente Popular.

Además el primado estaba tomando contactos con todos los obispos a fin de crear un bloque muy unido para cualquier emergencia: sostenía el criterio de que la Iglesia, que había sufrido muy graves daños durante los cinco años de República, tenía que aprovechar la oportunidad dolorosa de la guerra para un esfuerzo de reconversión, reclamando del nuevo Estado el establecimiento de un sistema de leyes y de una organización educativa, pública y privada, acomodada en todo caso a la doctrina de la fe católica.

El 23 de noviembre, el cardenal Gomá, que preparaba ya su viaje a Roma, anunciado desde el 20 de septiembre en carta a Pacelli, publicó una carta pastoral destinada sobre todo a orientar la opinión católica en el exterior: se titulaba *El caso de España*. Dos eran los argumentos esenciales de los que partía: el comunismo había desencadenado ya una operación de conquista de España, a la que el Alzamiento militar había conseguido anticiparse; la guerra actualmente en curso, aunque no estaba exenta de la dureza y crueldades propias de una contienda civil, significaba, sin embargo, para la Iglesia una esperanza de que iban a concluir las persecuciones. Cuando emprendió el viaje, el cardenal llevaba consigo un paquete voluminoso de documentos.

El cardenal Gomá en Roma

En sus conversaciones preliminares con Eugenio Pacelli, Gomá explicó a éste que los falangistas «tienen considerable fondo de fe cristiana y de sentido de patria», pero que, al mismo tiempo, le preocupaban dos cosas: el efecto que sobre ellos pudiesen ejercer las corrientes del totalitarismo neopagano extendido por Europa y el gran número de socialistas que estaban llegando a las filas del partido. Estaba seguro de que en plazo muy breve las leyes antirreligiosas iban a ser derogadas y que se devolvería a la Iglesia plena libertad de enseñanza. Pero no se mostró conformista, sino más bien crítico: parte de la responsabilidad por lo sucedido correspondía a algunos sectores del clero, que habían puesto su confianza en soluciones y recursos puramente temporales o políticos, descuidando la atención a la profundidad religiosa de la sociedad. De modo que, al término de la guerra, la Iglesia en España debe-

Posiciones republicanas en el puente de los Franceses que protegían los accesos hacia la Moncloa y el parque del Oeste, defendidas heroicamente por el entonces comandante Carlos Romero Jiménez, que resistió con éxito cuantos ataques se lanzaron contra ellas. Inicialmente jefe de uno de los batallones de la IV Brigada Mixta, tomó su mando a la muerte del comandante Arellano, y cuando las fuerzas de defensa de Madrid se transformaron en Cuerpo de Ejército, el de la 6.ª División en sustitución del coronel Mena, designado para mandar una de las agrupaciones que debían lanzarse a la ofensiva por el Jarama. Por su comportamiento fue ascendido a teniente coronel. Frenado en Madrid, Franco traslada la iniciativa a otros frentes.

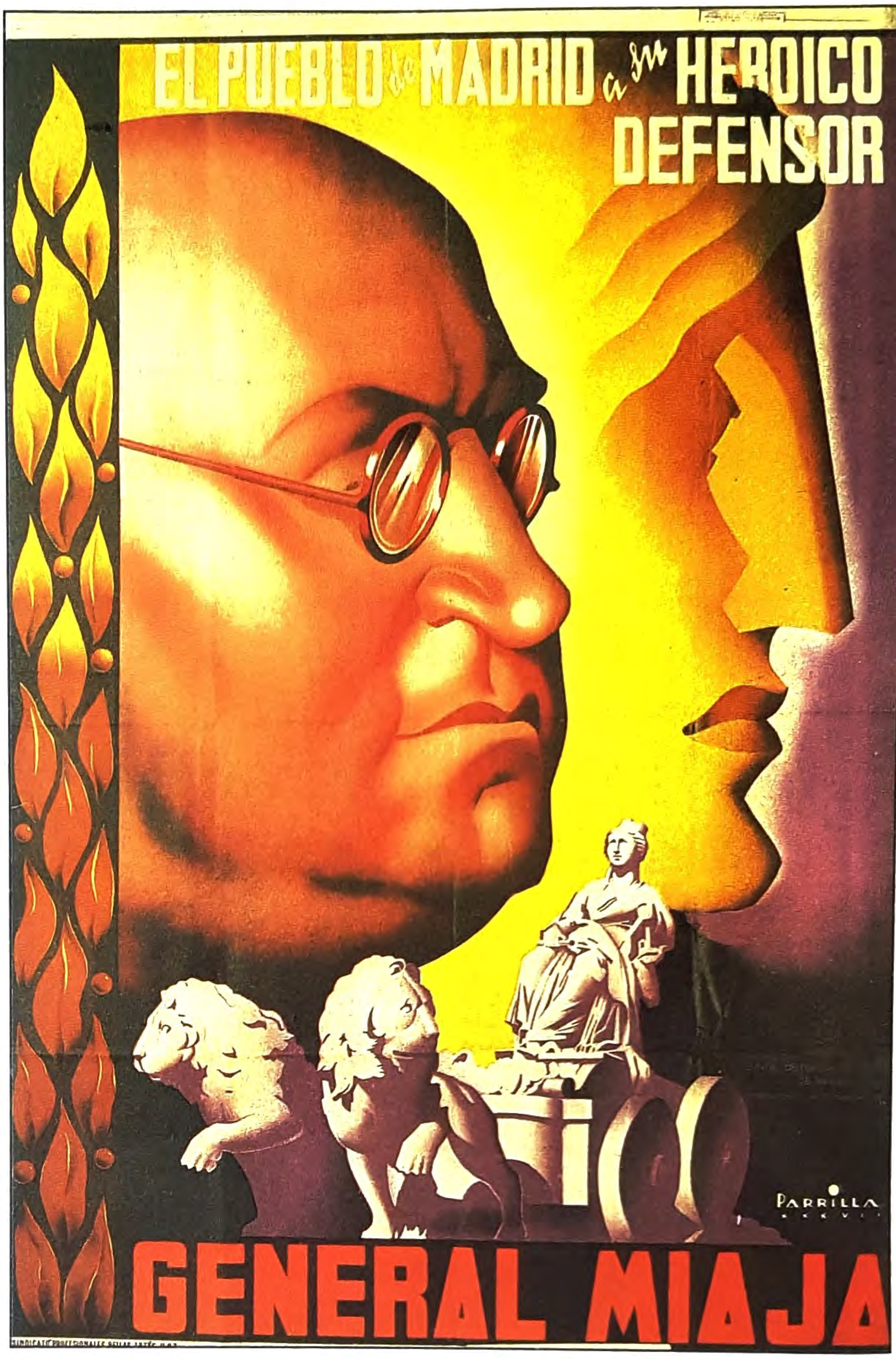
Cuadro que se conserva en el Museo del Ejército y en el que se representa una escena de los fusilamientos que tuvieron lugar en Paracuellos del Jarama. En aquel mes de noviembre, las mutuas represalias alcanzaron las cotas más altas de toda la guerra. En Madrid, donde ya habían muerto irregularmente más de 6.000 personas durante los meses precedentes, 8.000 más caerían asesinadas en todos los pueblos de sus inmediaciones en aquel mes terrible, sumándose a una larga relación que aún se ampliaría en meses sucesivos. En la zona nacional sucedían cosas semejantes.

ría modificar su conducta otorgando la atención primordial a la formación de los sacerdotes, en seminarios de mejor calidad que los antiguos, y a la organización de los laicos por medio de la Acción Católica.

---

[4] El embajador español ante la Santa Sede, Luis Zulueta, abandonó su puesto (A. Marquina, *op. cit.*, pág. 50), y su antecesor, Pita Romero, que se hallaba en Roma, facilitó las cosas haciendo entrega a Magaz del edificio de la plaza de España, en donde pudo izarse la bandera bicolor el 12 de octubre. En cambio, el embajador ante el reino de Italia, Ignacio Aguirre de Cárcer, que había llegado a Roma a principios de julio, procedente de Bélgica, mantuvo al principio una actitud vacilante y, presionado por los dos agregados militares, Manuel Villegas Gardoqui y Rafael Estrada, se mostró favorable al Movimiento. Luego aceptó la confirmación que le envió el gobierno Giral. El 29 de julio, Villegas y Estrada, pistola en mano, le obligaron a abandonar la embajada. Informe Villegas 9 diciembre 1940 (A.F.F., leg. 127, fol. 38). Aguirre de Cárcer pasó entonces a París, en donde permaneció hasta el final de la guerra. Sería reincorporado luego al servicio diplomático.

La tripulación del submarino B-6 saluda alborozada puño en alto a su llegada a puerto. Después de actuar en aguas del Estrecho sería hundido el día 19 de septiembre al norte del cabo Peñas, cuando se dirigía a unirse a las fuerzas navales del Cantábrico. Después de un enfrentamiento con el remolcador Galicia sería rematado por el destructor Velasco. Su comandante, el alférez de navío Oscar Scharfhausen, facilitó la maniobra de sus enemigos.



▲ *El general Miaja, jefe de las fuerzas de defensa de Madrid y héroe popular. El 27 de octubre había sido nombrado jefe de la Primera División (Madrid), y al trasladarse el gobierno a Valencia le encargó la defensa de la capital, dándole la presidencia de la Junta de Defensa y el mando de sus fuerzas militares. Sus acertadas medidas tuvieron decisiva influencia en la victoria de sus tropas y fue premiado con la Placa Laureada de Madrid.*

El 12 de diciembre de 1936, el cardenal Gomá fue recibido por Pío XI. Captó inmediatamente la naturaleza de las dificultades que habría de vencer porque «en Roma predominan en este respecto las conveniencias de la diplomacia sobre las exigencias de esta expresión de fe y entusiasmo religioso que ha acompañado al estallido de la guerra». Eran varios los sectores que presionaban en forma distinta. Múgica apoyaba ahora a los nacionalistas vascos. El cardenal Vidal y Barraquer seguía esperando un entendimiento con la Generalitat a pesar del peligro personal que él corriera y de los numerosos asesinatos de sacerdotes en su archidiócesis. A ambos apoyaban la embajada de Francia y los sectores «maritainianos» empeñados en presentar al gobierno de Madrid como respresentante de la legitimidad y al de Burgos como un tercer fascismo. La entrevista con el pontífice resultó sumamente difícil.

Al regresar a su residencia, el cardenal se sentó a escribir con paciencia —confiaba mucho en su pluma— un largo informe que entregó al secretario de Estado el 15 de diciembre. Con él ganó la batalla. La Iglesia, argumentó, no puede perderse en los pasillos de la diplomacia porque no se está tratando de cuestiones políticas internacionales indiferentes: si no se hubiese producido el Alzamiento militar, España sería hoy comunista y los católicos se hallarían en la cárcel o en las catacumbas. ¿Alguien puede considerar esto deseable para la Iglesia? Pacelli consultó con el papa y se produjo entonces una importante decisión.

Pío XI dispuso que, por medio de Gomá, debía transmitirse a Franco un mensaje indirecto de aliento: aunque la Santa Sede apoyase sin reservas su obra, pues la Iglesia «ha de estar al lado de la autoridad contra la anarquía, de la religión contra el ateísmo», se le pedía que tuviese por ahora paciencia, pues un reconocimiento público de su régimen, en estos momentos, podía causar graves daños a los católicos que aún vivían sometidos al gobierno del Frente Popular. Le enviaba, ello no obstante, su bendición.

El 19 de diciembre de 1936 el cardenal Pacelli entregó a Gomá un documento importante: era la credencial que le acreditaba como representante oficioso de la Santa Sede cerca de Franco [5]. Acompañaba un pliego de instrucciones para guiarle en su misión. Tal fue el resultado final del viaje. La autoridad del arzobispo de Toledo, primado de España, se proyectaba a un plano superior. Hasta el fin de su vida, incluso después del restablecimiento de la nunciatura, Gomá iba a actuar como jefe efectivo de la jerarquía católica en España, galvanizando las reuniones de metropolitanos. Siendo un hombre de paz —de vigorosa paz y no de pacifismo— y un obispo de plena vocación pastoral, su obra dejó profunda huella.

La causa de la iglesia

Esta Iglesia en España, envuelta contra su voluntad en un proceso revolucionario que la perseguía y, ahora, en una guerra civil, comenzaba a desprenderse de vacilaciones para adoptar una postura más definida y, sobre todo, más resuelta a penetrar en sectores de acción.

Pío XI, que había hecho extensiva su bendición «a Franco, lo mismo que a cuantos contribuyen a la obra de salvación del honor de Dios», aludió en su mensaje de Navidad a la situación española y culpó de la guerra a quienes habían querido imponer por la fuerza el extremismo de la revolución.

Cuando el 19 de marzo de 1937 —es un punto sobre el que tendremos que retornar— se publica la encíclica *Divini Redemptoris* contra el comunismo, la situación española será presentada como advertencia de la persecución implacable que aguarda a los católicos allí en donde el marxismo impone su voluntad. Hay un error en muchos escritores, incluso ecle-

siásticos, de nuestros días: la Iglesia, y de modo especial la española, estaba entonces con Gomá y no con Vidal Barraquer, que había visto desplomarse —con peligro para su propia vida— todos los proyectos de entendimiento.

Companys no pudo hacer por él otra cosa que enviarlo a Roma en un barco el 30 de julio. ¿No era esto un decreto de exilio, aunque obedeciese a la mejor de las intenciones?

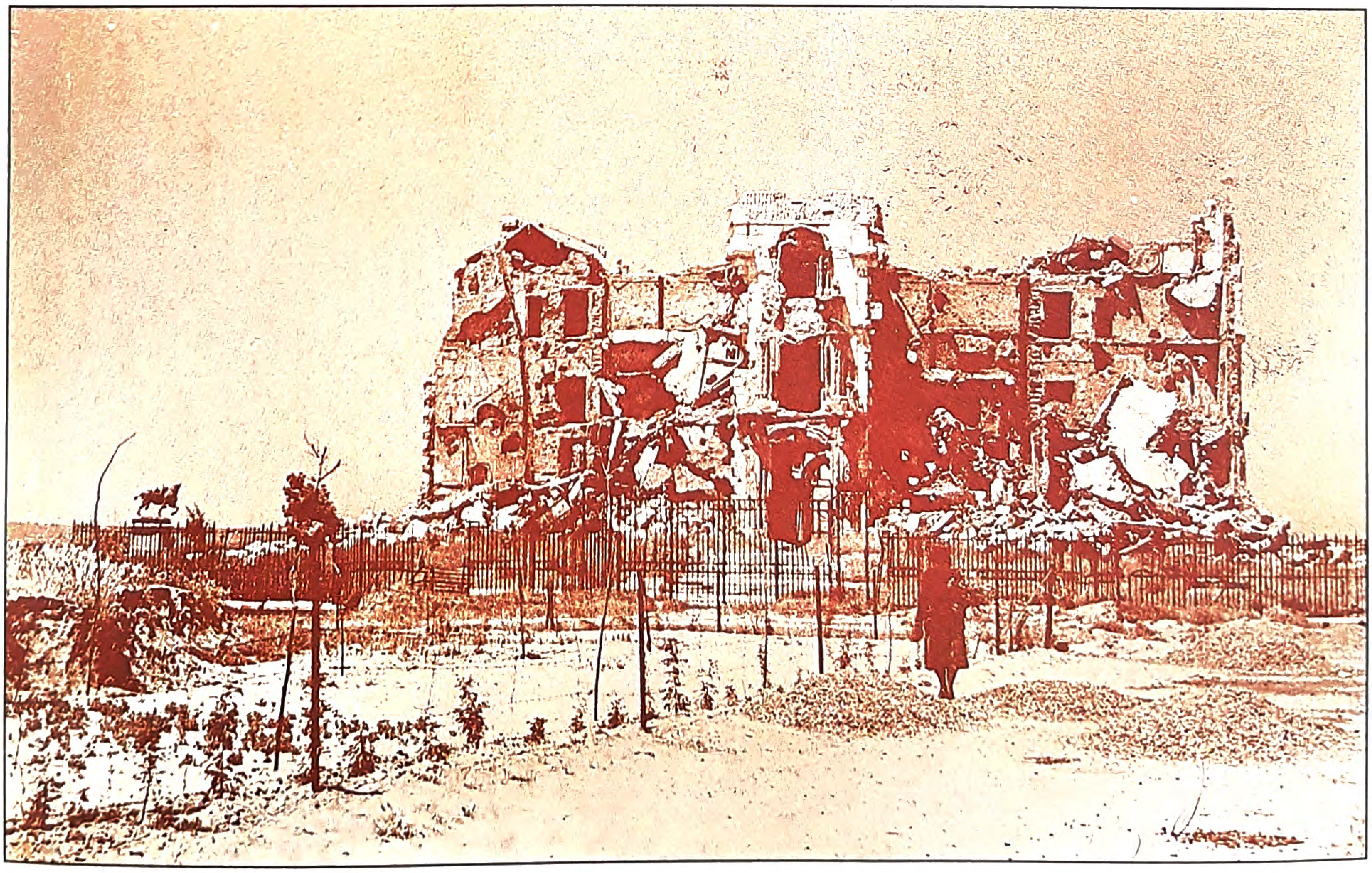
Apenas regresado a España, y en su calidad de representante de la Santa Sede, Gomá pidió al Caudillo una entrevista que se celebró el 29 de diciembre de 1936. Trataba sin duda de obtener algunas garantías para el futuro. Franco le prometió que respetaría todas las libertades y prerrogativas de la Iglesia en España y que en cuantas decisiones pudieran afectarla se haría consulta previa y negociación con sus autoridades. Respecto a Antonio Pildain, antiguo diputado nacionalista vasco y ahora obispo preconizado de Las Palmas de Gran Canaria, dijo que «habida cuenta de que no aparecen contra él cargos probados de carácter político y haberse hecho el nombramiento con anterioridad al actual Movimiento Nacional», no se estorbaría que tomara posesión de su diócesis. Recomendó en cambio que Múgica no regresase a Vitoria: los ánimos estaban muy exaltados y no existían condiciones que permitiesen garantizar el respeto que a un prelado se debía.

La existencia en Madrid de un fuerte número de partidarios de los rebeldes hizo posible la aparición de una «Quinta Columna», en la que, al parecer, fiaba Mola, al que se atribuye la paternidad de esa expresión, hoy internacionalizada. Ese peligro produjo miedo y, de rechazo, terror. Junto a la prevención que reclama el cartel, la represión, a veces terrible.

Franco rechazó la noticia que le ofrecía Gomá sobre el gobernador civil de Guipúzcoa, que estaba disponiendo unilateralmente el traslado a otras diócesis de los clérigos considerados nacionalistas; prometió, sin embargo, abrir una investigación. En cualquier caso, aseguró, en adelante serán el propio cardenal Gomá, junto con el ordinario de la diócesis de Vitoria, los que tendrán que resolver la cuestión de las nuevas incardinaciones de sacerdotes culpables de actividades políticas. Franco adquirió en esta conversación otros dos compromisos más importantes: el de que todas

[5] La credencial, pub. por M. L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, págs. 398-400, que resume también las conversaciones, págs. 87-91. Ver A. Marquina, *op. cit.*, págs. 51-53.

Estado en que quedó la Casa de Velázquez, fundación cultural francesa situada en la ciudad universitaria de Madrid y cuya posesión fue tenazmente disputada por los contendientes. Conquistada por la columna Asensio el 16 de noviembre, fue duramente contraatacada por el coronel Alzugaray, que recibió orden de reconquistarla. Al caer éste herido el día 19 sin haber logrado su objetivo, fue el general húngaro-ruso Emile Kleber quien se encargó de recuperar la posición, que dijo haber ocupado a mediodía del día 21 y a la caída de la tarde de la misma jornada, sin que en ninguna de las dos ocasiones lo hubiera conseguido.



▲ *La muerte de Durruti y las extrañas circunstancias en que se produjo le hicieron entrar en la historia y en la leyenda con unos perfiles míticos. El gobierno le concedió a título póstumo el grado de teniente coronel.*

◀ *El día 19 de noviembre, y en las proximidades del Hospital Clínico, cayó mortalmente herido Buenaventura Durruti, que fallecería a las pocas horas en el hospital de las milicias catalanas establecido en el hotel Ritz. Su cadáver fue trasladado a Barcelona, donde su entierro dio ocasión, según un biógrafo suyo, a «la manifestación obrera más importante de la historia del proletariado».*

las leyes contrarias a la Iglesia serían revocadas o modificadas, y el de solicitar orientación eclesiástica en todos los problemas políticos que, de alguna manera, se relacionasen con la vida espiritual.

En una carta que envió a todos los obispos que estaban en la zona nacional o fuera de España, el primado expresó la satisfacción que la entrevista le había producido. Pero advirtió que se encontraban tan sólo en un punto de partida: la tarea de restablecer el papel de la Iglesia se anunciaba larga y difícil. Todos contestaron felicitándose por aquella perspectiva, incluso el cardenal Vidal Barraquer, que, desde su refugio de Italia, le rogó «se digne expresar verbal y reservadamente, sólo a la persona cerca de la cual ejerce su misión altísima —es decir, a Franco— mis salutaciones y homenajes de simpatía y afecto y mis sinceros votos de que se logre, cuanto antes, alcanzar y establecer en nuestra España una paz sincera y perdurable». Y concluía: «ruego a Dios por el triunfo de la causa de la Iglesia».

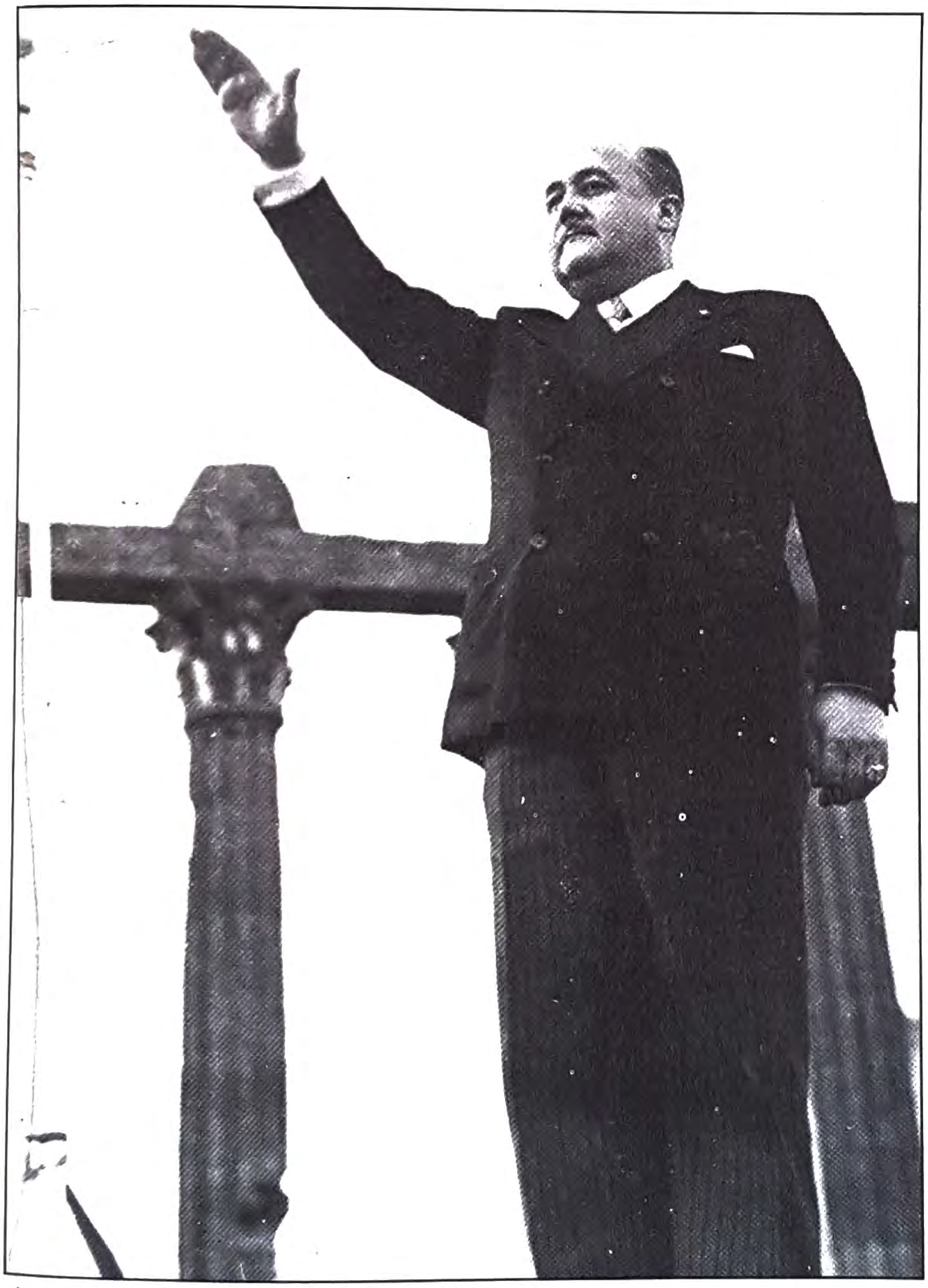
José Antonio Primo de Rivera, para sus adeptos simplemente José Antonio, otro mito al que la muerte hizo entrar en la leyenda. Su verbo, su acusado lirismo ocasional, su gallardía y la entereza con que aceptó su prisión y su muerte acrecentaron su figura, aunque frustraron un futuro político imprevisible y privaron a España, como escribió Gonzalo Torrente Ballester, «de un cerebro y de un brazo de primera magnitud». El mismo insigne historiador y literato afirma «su última obra, su testamento, es un conmovedor documento personal, una manifestación, por última más emocionante, de su elevada grandeza». Julián Zugazagoitia, socialista y, por consiguiente, enemigo político, también alabó el testamento.

El dibujo de Carlos Sáenz de Tejada quiere ser la expresión gráfica del estilo falangista que José Antonio buscó inculcar a sus seguidores: Un escuadrista al aire libre dispuesto a luchar hasta la muerte para hacer posible que un día regresen las banderas victoriosas al paso alegre de la paz para dar a los españoles una patria grande, el pan y la justicia. La utópica aspiración joseantoniana de superar el antagonismo de derechas e izquierdas que desgarraba a España, buscó una solución superadora en la llamada «revolución nacionalsindicalista», que, según sus partidarios, quedó frustrada con la muerte violenta de su fundador y de Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo, los jonsistas que con él formaron el primer triunvirato de FE de las JONS. La unificación impuesta por Franco en abril de 1937 terminaría por hacer inviables aquellas aspiraciones y Falange se integró, con los carlistas, en el partido único.

III. Las presiones monárquicas

CIERTOS sectores españoles identificaban el catolicismo, al ser llevado al pensamiento político y a la legislación, con el tradicionalismo político. En el alzamiento militar del 18 de julio, los carlistas —tan radicalmente hostiles a la República que llegaron a encontrarse en conflicto con Mola, según hemos explicado— desempeñaron un papel decisivo: el número y valor de sus batallones de voluntarios supera toda ponderación. Sin embargo, razones dinásticas y de estrategia política habían producido, precisamente en los umbrales del alzamiento, una divergencia profunda entre sus dirigentes: los tradicionalistas del conde de Rodezno sostenían que la defensa de los principios debía colocarse, absolutamente, por encima de las personas; en cambio, los carlistas radicales de Fal Conde —hay una curiosa semejanza en las fotografías de la época entre este dirigente tradicionalista y el general Franco— querían imponer a toda costa la restauración de un rey de su dinastía, dejando los principios para después [6].

Desde el 20 de diciembre de 1934, Fal Conde ostentaba, por designación de don Alfonso Carlos, la jefatura del partido. El convencimiento de que se iba hacia una nueva guerra —la cuarta— le hacía parecer como persona más idónea, por su energía.



▲ *Nicolás Franco Bahamonde, tan poco fascista él, saluda brazo en alto. Oficial del Cuerpo de Ingenieros Navales de la Armada, se retiró del servicio activo al llegar la República, y ocupó sucesivamente la dirección de la Escuela Superior de Ingenieros Navales y la Dirección General de la Marina Mercante. Estrecho colaborador de su hermano menor Francisco, hay quien le atribuye influencia decisiva en su nombramiento de jefe del gobierno del Estado español. Al constituirse la Junta Técnica del Estado fue nombrado secretario general, y cuando se disolvió pasó a Lisboa, primero como representante oficioso y más tarde como embajador, puesto que desempeñó durante largos años.*

▲ ***Largo Caballero, al remodelar su gobierno el día 4 de noviembre, creó el Ministerio de Propaganda, a cuya actividad se debe la difusión de este cartel que desde entonces viene reproduciéndose como acertada síntesis de lo que para los frentepopulistas eran y representaban los «nacionales»: Iglesia, Ejército y grandes finanzas.***

---

[6] Franco testimonia su propia ruptura con Fal Conde antes del 18 de julio, dato hasta ahora no conocido y de radical importancia para entender los sucesos que vienen a continuación. «Esta decisión... fue llevada a cabo cerca del jefe de los tradicionalistas por intermedio de un correligionario suyo, don Alfonso Jaraiz, hermano político del general Franco (se trata del marido de Pilar Franco). Esta gestión fue rechazada por el jefe carlista diciendo que él no prometía la asistencia de su gente si no sabía si se iba por un rey y por qué rey se iba. Ante esta repulsa y condicionamiento de aquel señor en momentos tan graves y difíciles para la patria se prescindió de él, en la seguridad de la asistencia de sus juventudes». A.F.F., leg. R.2, núm. 21.

▲ Dos escenas de la historia de las Brigadas Internacionales. Arriba, un grupo de norteamericanos desfila marcialmente antes de incorporarse al batallón Abraham Lincoln, base de la XV Brigada Internacional, que llevaría su nombre. A la derecha, un grupo de combatientes de la misma en el frente de combate. La brigada estuvo inicialmente formada por los batalllones «Lincoln», «6 de febrero», «Dimitrov» y «Británico», y entró por primera vez en combate en la batalla del Jarama al mando del general José Ivanovich Galics (Gal). Al pasar éste a la jefatura de la División «B» (15), le relevó Vladimir Copic, y a éste, Robert H. Merriman, hasta que a su muerte regresó Copic. Su último jefe fue el asturiano José Antonio Valledor, aunque en los últimos días de Cataluña se rehízo bajo la jefatura sucesiva de los brasileños Agostinho y Da Cunha.

◀ Por las calles de Barcelona desfila una nutrida columna de voluntarios internacionales que acudían a España para enrolarse en las filas frentepopulistas. La presencia de extranjeros en las columnas gubernamentales se detectó desde las primeras horas de la guerra, pero la afluencia no se hizo masiva hasta el mes de octubre, en que se crearon las primeras Brigadas Internacionales, hechura de la Internacional Comunista.

Una familia británica residente en Madrid acampa en los jardines de su embajada en espera del momento de la repatriación. Miles de súbditos extranjeros abandonaron España bajo la protección de sus representaciones diplomáticas. Otros millares de españoles encontrarían asilo en los edificios de embajadas y legaciones para gozar de sus derechos de extraterritorialidad. Sólo tres naciones, Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética, se negaron a admitir refugiados; las restantes lo hicieron, aunque no todas abrieran sus puertas con igual generosidad. El gobierno rechazó el principio jurídico del derecho de asilo, pero actuó con espíritu tolerante y aceptó la situación de hecho, aunque a lo largo del tiempo no dejaran de producirse graves incidentes, como los que tuvieron por escenario la embajada alemana y las legaciones de Finlancia, Perú, Austria y Hungría, en todas las cuales se produjo un final traumático de los asilos, y el asalto del 28 de enero de 1938 de la legación de Turquía con la detención del par de centenares de personas que en ella se refugiaban.

La película Fermín Galán, cuya reposición en plena guerra se anuncia en este cartel de 1937, fue filmada en 1931, apenas proclamada la República. Se estrenó con escaso éxito el 12 de diciembre de ese año en el cine Palacio de la Prensa de la Gran Vía madrileña. Dedicada a la exaltación de los capitanes Galán y García Hernández, representados por los actores José Baviera y Carlos Llamazares, la dirigió Fernando Roldán.

Para comprender mejor el orden de los sucesos es necesario volver a referirnos a ciertos aspectos que ya han sido tratados en esta obra. Don Alfonso Carlos había dedicado los pocos años que permaneció en la cabeza de la rama dinástica a inculcar a sus seguidores un espíritu de radical fidelidad a los principios que dieran vida a la Tradición. Por otra parte, como sabemos, los esfuerzos de reconciliación entre las dos ramas de la dinastía que patrocinara Alfonso XIII no habían culminado en el acuerdo que se buscaba. En un importante documento de 29 de junio de 1934, don Alfonso Carlos recordó a sus seguidores que la persona llamada a sucederle —y no hacía mención de ningún nombre— debería jurar fidelidad a los principios de la Tradición y reconocer la legitimidad de los monarcas de la línea carlista. Por último, el 23 de enero de 1936 había erigido en regente de la Comunión —para el caso en que se produjera su muerte, como sucedió el 28 de septiembre del mismo año— a Javier de Borbón Parma, descendiente de los antiguos reyes de Nápoles y de un hijo de Felipe V de España, que presentaba ciertas aspiraciones al trono de Francia. Pero la misión de don Javier no era otra que asegurar la unidad en las filas del carlismo, a fin de que se cumpliera, con el príncipe de mejor derecho, la condición impuesta el 29 de junio de 1934.

Fal Conde asistió a los funerales de don Alfonso Carlos en Viena y cambió impresiones con don Javier de Borbón Parma, que es posible abrigara ya algún propósito de presentarse a sí mismo como el príncipe idóneo de la Comunión. El hecho es que el 3 de diciembre de 1936, *El Pensamiento Navarro,* órgano del tradicionalismo en Pamplona, publicaba un gran retrato en su primera plana del Regente, anunciando además que había ofrecido a Franco su adhesión. De este modo se borraban las vacilaciones de julio. Pero en realidad no era sino el comienzo de una maniobra de mayor alcance, destinada a garantizar a los carlistas un núcleo de independencia dentro del Movimiento. Cinco días más tarde, en el mismo periódico se publicaba un decreto creando la Academia Militar tradicionalista, bajo la advocación de San Javier, y se anunciaban las pruebas de ingreso para fecha inmediata. Falange poseía en aquellos momentos funcionando la escuela de mandos en Pedro Llen, cerca de Salamanca.

El avance nacional hizo refluir sobre Madrid, y luego sobre Valencia y Barcelona, a gentes de Extremadura, La Mancha, Andalucía y la propia capital, que huían de la guerra. El cartel estimula una solidaridad que surgía espontánea y generosa, pero que, a veces, se quebraba por quienes culpaban a los evacuados de ser los causantes de la escasez que cada vez se hacía sentir de manera más aguda.

Puente sobre el río Guadarrama, volado, como tantos otros, durante las semanas en que se luchó intensamente por la posesión de los puertos de montaña que llevan a Madrid. Después de casi dos meses de constantes y violentos forcejeos, el frente serrano se estabilizó, y a partir de entonces reinó en las cumbres una calma que duraría el resto de la guerra, sin más interrupción que el breve paréntesis de la batalla que por Segovia se libró en Navacerrada en los últimos días del mes de mayo y primeros de junio de 1937.

MARIO ROATTA

(Módena, 1887-Roma, 1968)

El nombre del general Mario Roatta, que en España se hizo llamar Mancini, va unido a dos episodios de la guerra civil española totalmente opuestos en sus resultados: la conquista de Málaga, donde la actuación de las tropas a su mando le valió un ascenso, y la batalla de Guadalajara, el fracaso más estrepitoso de estas mismas fuerzas.

Como jefe de información del Estado Mayor italiano, su intervención en el conflicto español se inició en las conexiones diplomáticas previas a la intervención italiana. A continuación, pasó a dirigir la misión militar de su país en España hasta que fue nombrado jefe del Cuerpo de Tropas Voluntarias (CTV) y luego jefe de la división «Flechas» (1937-1938). En 1939 fue destinado a Berlín como agregado militar. Durante la segunda guerra mundial mandó el II Ejército italiano en Croacia. En junio de 1943 fue nombrado jefe de Estado Mayor, puesto que ocupaba cuando Roma firmó el armisticio con los aliados. A pesar de que fue uno de los principales colaboradores de Badoglio y del rey Víctor Manuel en la firma de los acuerdos, fue arrestado en 1944 bajo la acusación de continuar apoyando al fascismo. El gobierno yugoslavo pidió su extradición para juzgarlo como criminal de guerra. En marzo de 1945, escapó del hospital militar italiano donde esperaba el juicio y se refugió en España. Mientras tanto, fue declarado culpable de sostener al fascismo y condenado en rebeldía a cadena perpetua. Aunque un tribunal de apelación le absolvió de todas las acusaciones en 1948, continuó residiendo en España hasta que en 1965, encontrándose enfermo, volvió a Roma, donde falleció el 6 de enero de 1968. Es autor de un libro de memorias que apareció bajo el título Ocho millones de bayonetas.

Escenas de la vida cotidiana en los frentes del centro de España. En el ángulo inferior izquierdo, dos milicianos al servicio de un rudimentario lanzagranadas emplazado en el sector del barrio de Usera de Madrid; en el centro, una patrulla de soldados republicanos se lanza al asalto de las posiciones enemigas durante la batalla de Guadalajara, en la que humillaron a las orgullosas tropas del CTV.

Artilleros del Regimiento de Logroño aprovechan un momento de reposo para jugar una partida de cartas usando como mesa y asientos sendas cajas de proyectiles, y como tapete, un ejemplar de La Rioja, el periódico de su localidad de origen.

WILHELM VON FAUPEL

(1873-Berlín, 1945)

MILITAR de carrera, tomó parte, en 1901, en la expedición alemana contra la insurrección china de los bóxers. De 1904 a 1907 estuvo destinado en el protectorado alemán del sudoeste africano. En 1910 y 1914 asistió como instructor a las fuerzas argentinas. Durante la primera guerra mundial fue oficial de estado mayor en el frente occidental y terminó con el grado de teniente coronel en el I y en el IX Ejército. A continuación sirvió en los cuerpos francos y solicitó la excedencia con el grado de coronel. Volvió a Argentina, y de 1921 a 1926 actuó como consejero militar del ejército de esta nación. En Perú, fue inspector general del ejército de 1927 a 1930.

En 1931 regresó a Alemania y en 1934 Hitler le nombró director del Instituto Iberoamericano de Berlín. Faupel convirtió este centro, que hasta entonces había sido prácticamente un seminario de estudios hispánicos, en un órgano de propaganda y penetración nazi.

En octubre de 1936 llegó a España como «encargado de negocios» del Reich ante el gobierno de Burgos. Su nombramiento provocó problemas en Alemania, ya que la Wilhelmstrasse, que tenía su propio candidato, lo interpretó como una imposición de la jerarquía del partido. Desde su llegada a España, Faupel se ganó la antipatía de gran parte de los dirigentes españoles. Mantuvo, sin embargo, buenas relaciones con Franco. Aunque había recibido instrucciones concretas de no mezclarse en los asuntos militares, no siempre las siguió, y sus choques con el general Sperrle fueron frecuentes.

A pesar de sus simpatías por Falange, parece que no jugó un papel importante en la crisis de Hedilla. Sin embargo, las dificultades creadas por su actuación determinaron que fuera sustituido, en agosto de 1937, a petición de Franco. De vuelta a Alemania fue reintegrado en la dirección del Instituto Iberoamericano. Se suicidó cuando los rusos entraron en Berlín.

◀ ***Franco, en compañía de Mola, sale de la catedral de Burgos después de asistir al solemne** Te Deum, **que se celebró con motivo de su primera visita a la ciudad después del Alzamiento y antes de su exaltación a la jefatura del gobierno del Estado español. Entre el gentío se distinguen los generales Kindelán y Cavalcanti.***

▲ ***El cardenal Isidoro Gomá (izquierda), arzobispo de Toledo y primado de la Iglesia española, junto a Marcelino Olaechea, obispo de Pamplona. Dos figuras importantes que, en cierto modo, condicionaron y orientaron la postura que, sin apenas excepciones, tomó el episcopado español en aquella coyuntura. Gomá, anterior obispo de Tarazona, se vio sorprendido por la guerra en esa localidad y fijó su residencia en Navarra hasta que pudo regresar a su diócesis. A él se debe la redacción de la pastoral que el 6 de agosto de 1936 dirigieron a sus fieles los obispos de Pamplona y Vitoria exhortándoles a poner fin a la desunión de los católicos vasco-navarros. Más tarde sería el promotor de la carta colectiva que los obispos españoles dirigieron al episcopado universal.***

Los problemas con Fal Conde

Estas iniciativas fueron, sin duda, conocidas por el infante don Juan, tercer hijo de Alfonso XIII y candidato para una reconciliación entre las dos ramas de la dinastía. El 7 de diciembre de 1936 decidió por segunda vez tomar parte en el Movimiento, atrayendo la atención hacia su persona: escribió directamente a Franco para pedir que se le permitiera combatir en la que, cada vez más, tenía el «aspecto de una guerra contra los enemigos exteriores». Alegando su experiencia como oficial de la Marina británica, adquirida en servicios prestados con efectividad en los buques *Enterprise, Iron Desk* y *Winchester,* grandes unidades de superficie, pedía ser destinado al *Baleares,* recientemente terminado y que se preparaba para salir a la mar. Prometía no realizar actividades políticas e incluso permanecer en el navío sin descender a tierra durante todo el tiempo de la guerra [7].

Franco reaccionó con decisión, aunque hubo significativas diferencias entre uno y otro caso. Ordenó al general Dávila que advirtiera al conde de Rodezno que consideraría la creación de la academia como un proyecto de golpe de estado. Cuando, a pesar de las advertencias recibidas, Manuel Fal Conde hizo publicar en Zaragoza el decreto no refrendado por las autoridades nacionales, Fidel Dávila le dio a escoger: abandonar España en un plazo de cuarenta y ocho horas o enfrentarse con un consejo de guerra.

Fal Conde prefirió el exilio y fijó su residencia en Lisboa [8], en donde ya se encontraba el jefe de la CEDA, Jose María Gil Robles.

En cambio, el Generalísimo esperó hasta el 12 de enero de 1937, más de un mes, antes de dar respuesta a la carta de don Juan de Borbón. «Es verdad» —dijo— que en esta guerra «se debate la suerte de España..., la de la civilización occidental y la de la Iglesia católica», pero «el lugar que (vuestra alteza) ocupa en el orden dinástico, y las obligaciones que de él se derivan, impiden que se le admita en puesto de peligro». Por primera vez, el cauteloso general levantaba una esquina del velo con que ocultaba sus pensamientos: el infante don Juan no era sólo un distinguido miembro de la familia real española, sino una pieza importante para la restauración de la Monarquía, y debía ser conservada en la reserva. Por segunda vez, en plazo de tres meses, Francisco Franco apuntaba, como una meta lejana, ese restablecimiento de la Corona; y descubría también que estaba pensando en los descendientes de don Alfonso XIII. Para quienes gustan de lucubrar con futuribles, se puede ofrecer esta reflexión: mucho habría cambiado el destino de España si el infante se hubiera hallado entre los tripulantes del *Baleares* cuando fue hundido por las fuerzas del Frente Popular.

---

[7] La carta ha sido publicada por L. López Rodó, *op. cit.* págs. 659-660, y P. Sainz Rodríguez, *Un reinado en la sombra.* Barcelona, 1981, pág. 347.

[8] Von Faupel escribió meses más tarde (14 de abril de 1937, *Wilhelmstrasse,* III, págs. 209-210) que Franco le había confesado que había sentido deseos de fusilarle por alta traición. Es un modo tópico de conversación a la española que carece de sentido literal y que estaba dirigida a un embajador alemán en el momento de la Unificación, cuando temía las presiones nazis por otro cauce y le convenía demostrar que no le faltaban dotes de energía. Pero Franco nunca se deshizo así de sus enemigos políticos, ni siquiera de quienes, como Fal Conde, hicieran peligrar el Alzamiento. Al constituirse el Consejo Nacional fue ofrecido un puesto a Fal Conde.

Capítulo V

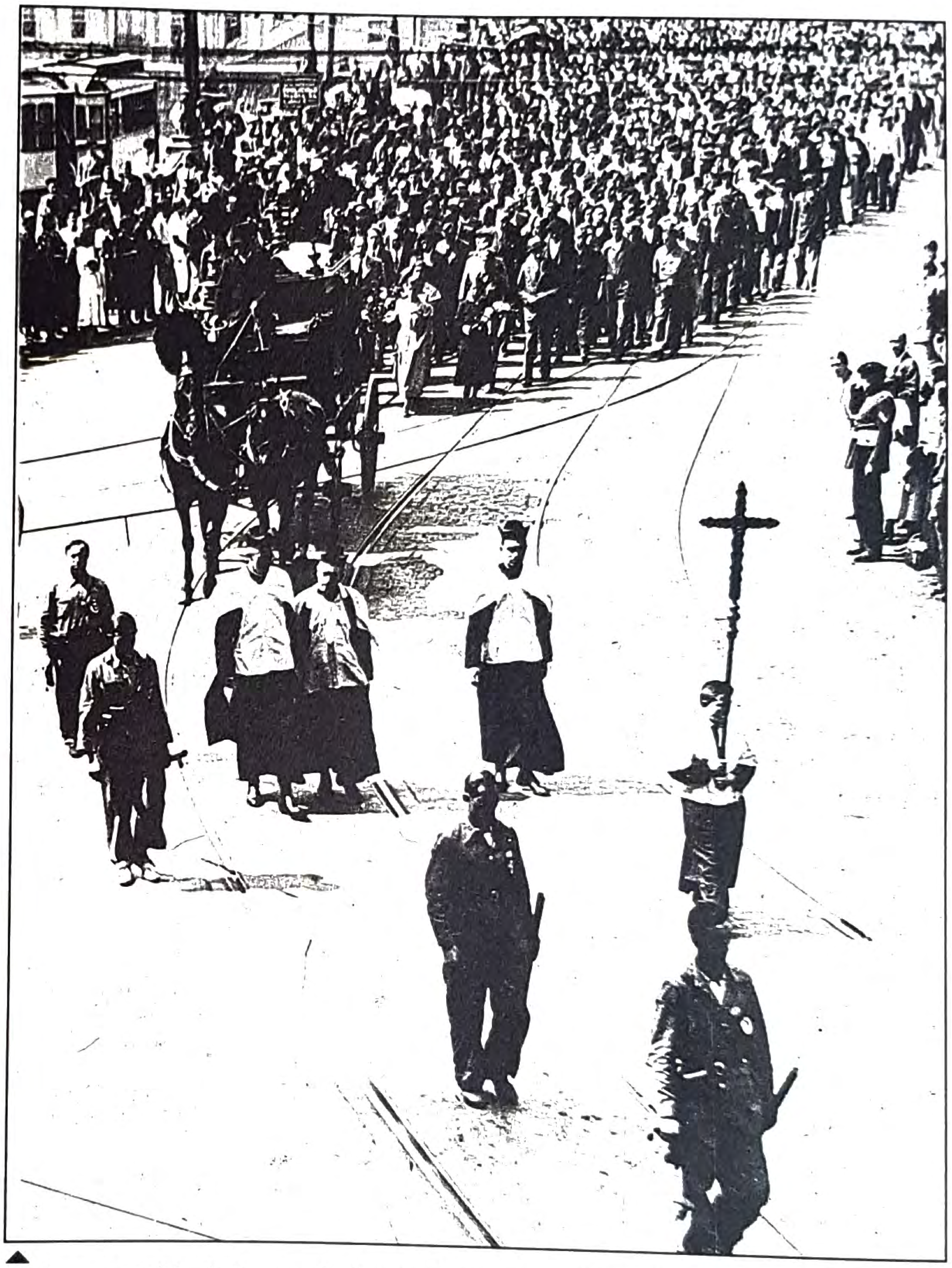
LOS VOLUNTARIOS ITALIANOS: DE MALAGA A GUADALAJARA

I. El Cuerpo de Tropas Voluntarias

Diciembre de 1936 y enero de 1937 fueron meses especialmente difíciles para Franco. A la euforia de las primeras semanas, en donde el parte oficial, leído cada noche, señalaba ganancias significativas, sucedía ahora una depresión. Los combates en torno a Madrid se cerraban con ganancias mínimas o con fracasos: se estaba entrando en una guerra de posiciones que podía presagiar un empate. En el extranjero comenzaban a formularse proyectos de negociación. Mientras tanto, en la retaguardia, el miedo a los enemigos que aún subsistían y las noticias que traían los fugitivos de la otra zona y que hablaban de espeluznantes crímenes, eran estímulo para brotes de violencia, a menudo para sórdidas venganzas personales o ajustes de cuentas lejanas [1]. Ni Franco ni la Junta Técnica estaban en condiciones —como tampoco el gobierno de la República en su territorio— de impedir de raíz los desmanes.

Este es un tema, el de las represalias, que llena de amargura y es verdaderamente difícil de abordar con serenidad. No se trata aquí de defender o vituperar, sino de exponer hechos. Desde que se hizo cargo del poder, Franco trató de canalizar todos los hechos a través de tribunales militares, que procedían con gran dureza, pero significaban un cauce mínimo de responsabilidad. Intervino, como hemos visto, en el caso de los sacerdotes vascos, cortando la acción, pero esto más constituye excepción que regla. No era suficiente, aunque lo fuese mucho, someter a inspección militar a los grupos de voluntarios civiles armados; necesitaba demostrar que su auto-

▲ ***Un grupo de milicianos se mofa de las imágenes que han sustraído de un templo expoliado y seguramente derruido. «Gamberradas» como éstas, que fueron muy frecuentes, desacreditaron al gobierno en el interior y el exterior.***



▲ *El clero, precedido de la cruz alzada y escoltado por un piquete de* gudaris *armados, preside el entierro en Bilbao de un oficial caído en el frente. La escena, normal en Vizcaya, únicamente se repetiría en el resto de la zona republicana el 17 de octubre de 1938 cuando en Barcelona se celebró el sepelio católico del capitán Eguía, procedente de las milicias vascas.*

ridad era efectiva. El 2 de enero de 1937 tomó simultáneamente dos decisiones, más relacionadas entre sí de lo que parece. Un decreto-ley ordenaba a todos los gobernadores de provincia que proporcionasen trabajo a todos los parados para impedir que hubiese obreros sin empleo. En un solo acto conmutó setenta penas de muerte. Pretendía establecer el principio de que no era competencia de los tribunales ni de autoridades inferiores la ejecución de las sentencias.

◀ ***Estado en que quedó una iglesia catalana, de las muchas que en toda España fueron destruidas en la ola de furor antirreligioso que desde la temprana fecha de mayo de 1931 desencadenó la izquierda española y que alcanzó grados de paroxismo a partir del comienzo de la guerra civil. En aquel aberrante caos, España perdió una parte importante de su patrimonio histórico y artístico.***

Un regalo incómodo

Resultaba urgente la recuperación del prestigio militar, decaído en el campo de batalla: más que las cifras de carros rusos destruidos —que eliminaban la superioridad inicial— o que la seguridad de que las posiciones en torno a Madrid se conservaban, había que ofrecer a la retaguardia nacional un nombre que pudiera ser esgrimido como tangible bandera de victoria.

[1] En Pamplona, el general Mola, el gobernador civil y el obispo de la diócesis, Marcelino Olaechea, se quejaron amargamente de los asesinatos cometidos sin figura de juicio, pero no consiguieron impedirlos. J. M. García Escudero, *op. cit.*, III, págs. 1467-1468.

En la zona nacional circuló un aire de cruzada, y la expresión se extendió muy pronto después de que fuera lanzada por algunos obispos. El primero en emplearla fue el de Pamplona el 23 de agosto de 1936, y luego su uso resultó habitual y reiterativo, unido a la idea de una España reserva espiritual del mundo.

Y esto fue Málaga. El 14 de diciembre de 1936 el agregado militar italiano, coronel Faldella, anunció a Franco que un cuerpo de tropas voluntarias estaba en marcha hacia la península. El Generalísimo se indignó: él no había pedido hombres, sino armas, y la ingerencia de Mussolini resultaba, cuando menos, humillante. Pero reaccionó enseguida, como era su norma, disponiendo la creación de dos brigadas mixtas: de este modo las unidades italianas estarían encuadradas siempre en otras españolas sin que pudiesen operar, como el Duce proyectara, en forma de Ejército independiente. A estas brigadas, fuerza de choque disponible de inmediato, se asignaría la misión de obtener una victoria.

Los agentes alemanes en Salamanca advirtieron a sus jefes del peligro: un éxito italiano en aquellos momentos, si se producía del modo espectacular que anunciaban, haría disminuir la influencia que el III Reich había llegado a cobrar, poniendo en peligro los objetivos económicos que se perseguían. Las autoridades nacionales habían prohibido toda clase de exportaciones mientras no generasen divisas, pero la HISMA-ROWAK, en manos del Partido Nacional-Socialista, disponía de un vehículo adecuado y, desde septiembre, canalizaba hacia Alemania una parte de la pirita de hierro. Los alemanes aspiraban probablemente a imponer a Franco una condición semejante a la que la URSS había logrado en relación con el Frente Popular, de pleno monopolio financiero [2]. No debemos descartar que, pasado el primer momento de irritación, Franco, que estaba contactando ya con los mercados británicos, aplicando la que él mismo definió como «política de ganar tiempo y acabar la guerra, contestar preguntando y pidiendo aclaraciones» [3], haya pensado precisamente en servirse de los entrometidos voluntarios italianos contra los alemanes que podían mostrarse demasiado exigentes.

Málaga

Franco señaló un objetivo en apariencia de carácter limitado, Málaga, que, sin embargo, permitía consolidar el dominio andaluz, acortando las líneas, disminuyendo el número de unidades amortizadas en el despliegue y evitando sorpresas. En los primeros contactos con el enemigo, por parte de las fuerzas del Campo de Gibraltar, que mandaba el coronel Francisco de Borbón, duque de Sevilla —primo de Alfonso XIII y dotado de un gran parecido físico con el monarca— se apreció el escaso valor combativo de los republicanos, que comenzaron a desbandarse. Franco estuvo en el frente el día 5. La ciudad sucumbió el 8 de febrero a un doble ataque de la columna del duque de Sevilla por la costa y de las unidades mixtas hispano-italianas, desde el interior. El mando rojo tuvo la sensación de haber sufrido un gran desastre: sus soldados desobedecían las órdenes, abandonaron la ciudad prácticamente sin lucha y se agolparon en el camino hacia Motril, convirtiéndose en presa fácil para los aviones de los nacionales. Asensio Torrado, subsecretario del Ministerio de la Guerra, fue destituido. Se hizo un considerable número de prisioneros, muchos de los cuales serían luego reincorporados a las fuerzas nacionales. Entre los prisioneros se encontraba Arthur Koestler, el famoso novelista, que figuraba como corresponsal del *News Chronicle*, aunque en realidad era un agente comunista enviado por la Komintern [4].

[2] En enero de 1937, Bernhardt, director de HISMA, propuso a Franco esta condición: como las autoridades nacionales no disponían de oro que pudiesen entregar en depósito, deberían bloquear todas sus cuentas de divisas, dentro y fuera del país, poniéndolas a disposición de los alemanes. De este modo se hubiera impedido el comercio con Inglaterra —posibilitado gracias al aval bancario de Juan March— y con los Estados Unidos, que proporcionaban abundantes cantidades de carbón y gasolina a crédito. Los alemanes estaban informados de este comercio porque había sido objeto de conversación entre Sangróniz y von Faupel el 2 de enero. El Generalísimo recibió la propuesta con frialdad. Despachó inmediatamente a Augusto Miranda para que informase en Berlín al almirante Canaris. No estaba dispuesto en modo alguno a aceptar la propuesta: aquellas divisiones procedían de donativos y avales de amigos del Movimiento y de patriotas desprendidos y no iba a entregarlas a Alemania. Bernhardt reveló entonces su pensamiento: Franco no necesitaba hacer compras en ninguna parte salvo Alemania. Importante informe de 26 de enero de 1937. *Wilhelmstrasse*, III, págs. 182-184.

[3] AFF., leg. 30, núm. 49.

[4] Gracias a la intervención del gobierno británico, Koestler fue canjeado por la esposa del capitán Haya, piloto nacional. L. Bolín, *op. cit.*, pág. 248.

[5] R. Cantalupo, *op. cit.*, págs. 131-137, dice que, por encargo de Mussolini, presentó una nota de protesta por las represalias. Franco contestó que, por desgracia, él no estaba en condiciones de controlar las represalias locales, especialmente en una ciudad como Málaga, en donde los rojos habían cometido tantos asesinatos. Pero envió a Málaga la auditoría de guerra preparada para Madrid a fin de poner freno a la violencia. El libro de Cantalupo se publicó en 1948, cuando existía interés en justificar el comportamiento italiano acentuando las negras tintas sobre Franco.

Mussolini recibió con alborozo la noticia de la fácil y brillante victoria que, en la prensa italiana, dirigida desde el gobierno, fue presentada como éxito exclusivo del nuevo Ejército imperial. Es indudable que en Málaga, donde los rojos cometieran asesinatos muy numerosos y espeluznantes, las represalias, en especial en los primeros momentos, fueron muy duras. La guerra civil no rebajaba su precio de sangre [5]. Entre las piezas religiosas rescatadas figuraba una reliquia de Santa Teresa de Jesús, robada por los milicianos a las carmelitas de Ronda; Franco la conservaría en su poder.

El principal efecto de la conquista de Málaga fue, sin duda, el restablecimiento de la confianza en la retaguardia de los nacionales: su Ejército conservaba la capacidad de vencer. También para la «quinta columna» madrileña, forzada a largos meses de pasividad, Málaga fue un nombre para la recuperación de los ánimos.

Si algo tuvo de positivo la revolución, fue su obra de redistribución de la propiedad agraria. Más de cuatro millones de hectáreas pasaron a manos de los agricultores o de sus colectividades, pero, lamentablemente, la obra se saldó con un fracaso, y a la postre tan sólo se repartió la miseria.

En Málaga, feudo de la izquierda, el partido comunista tenía una implantación superior que en el resto de España, lo que le permitió contar con un diputado: Cayetano Bolívar, que durante la guerra ocupó el puesto de comisario político del sector. El clima anarquizante en el que la revolución sumió a la provincia se extendió incluso al monolítico partido, que tuvo no poca responsabilidad en su pérdida. Sin embargo, sus dirigentes la aprovecharían para una amplia campaña que tenía la finalidad de desplazar a Largo Caballero.

Un grupo de milicianos malagueños que, con su atavío, resultan bastante indicativos de lo que fue el ambiente de histerismo revolucionario que se vivió en aquella provincia. En la comandancia militar del sector se sucedieron el teniente coronel Heras, los coroneles Asensio y Sánchez Paredes, los tenientes coroneles Romero Bassart y Hernández Arteaga y, por último, el coronel Villalba, al que le tocó hacer frente a la ofensiva ítalo-española. Ninguno de ellos tuvo autoridad suficiente como para detener la demagogia desbordante del Comité de Salud Pública que gobernaba la provincia, y que se dedicó casi exclusivamente a desahogos turbulentos y perturbadores. El teniente coronel Romero Bassart participó muy activamente en ese desenfreno, extendiendo su clima a la organización militar. Azaña dice de él en La velada de Benicarló: *«Allí tuvimos hasta hace poco un comandante militar extraordinario: yo no hago fortificaciones —decía—. Yo siembro revolución. Si entran los facciosos la revolución se los tragará».*

▲
El general Miaja arenga a una unidad militar dispuesta para salir hacia el frente. Aglutinador de la defensa de Madrid y héroe para el pueblo, galvanizaba con su presencia a los combatientes, elevándoles la moral. Jefe sucesivamente de las fuerzas de defensa de Madrid; del Cuerpo de Ejército de Madrid; del Ejército del Centro; del Grupo de Ejércitos de la Región Central y, por último, de las fuerzas de tierra, mar y aire con mando delegado del ministro de Defensa Nacional, puso siempre de manifiesto un gran sentido común, un notable acierto en la elección de colaboradores y una gran capacidad de organización

II. El proyecto de no intervención

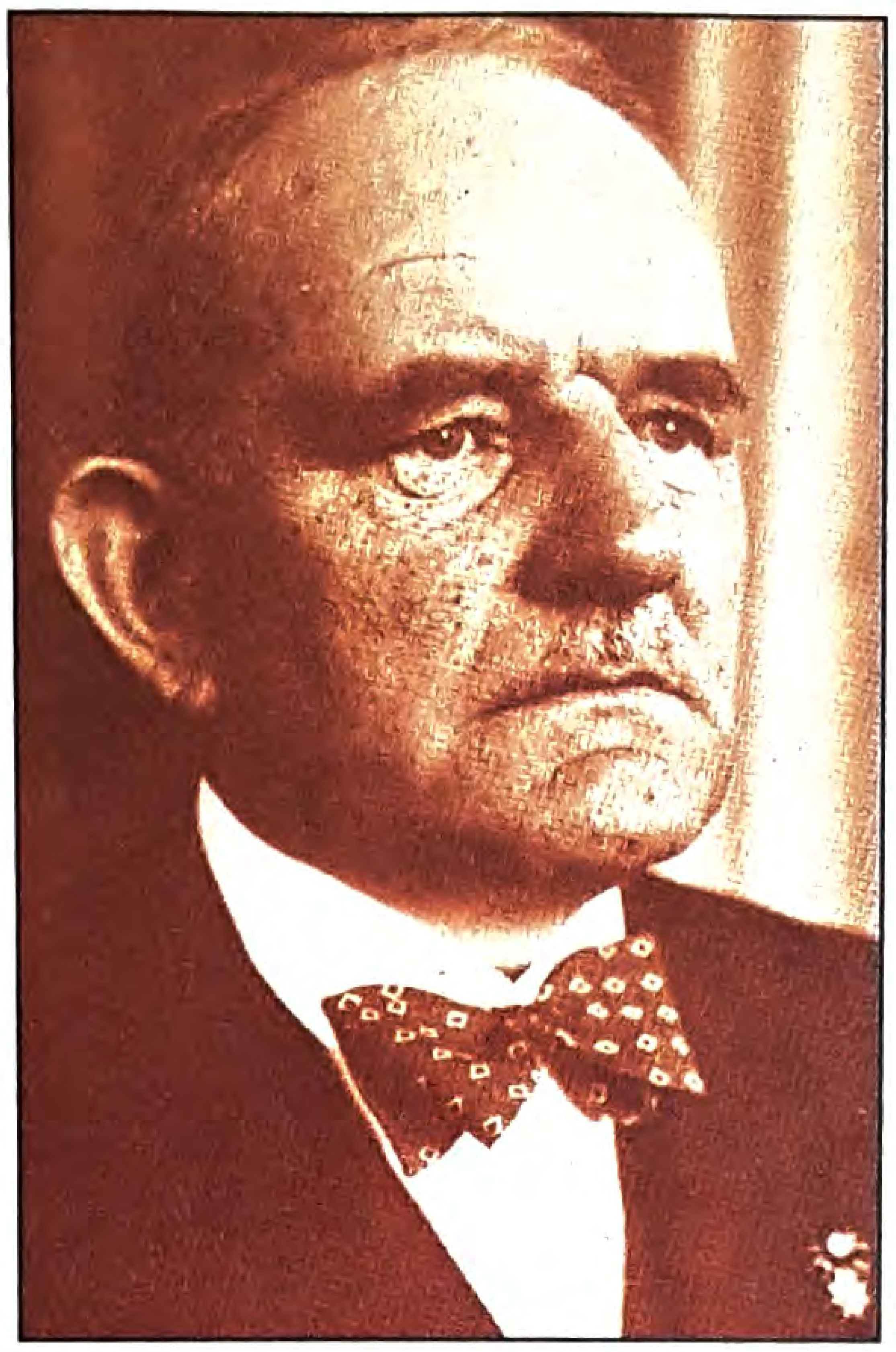
CON la aparición de las Brigadas Internacionales, a las que, erróneamente sin duda, pero con unanimidad, se estaba atribuyendo la victoriosa defensa de Madrid, y del CTV italiano, que proclamaba a todos los vientos de Europa que era suyo el éxito de Málaga, la guerra civil española se deslizaba por una peligrosa pendiente: ambos contendientes parecían estar de acuerdo en la imposibilidad en que se encontraban de resolver la contienda y aun de sostenerla en las proporciones que había adquirido sin una copiosa y creciente ayuda exterior. La intervención de tropas en la contienda española entrañaba para los gobiernos europeos el innegable riesgo de que, en cualquier momento, la hoguera se extendiese a todo el continente, iniciándose la que sería segunda guerra mundial. Algunos países —la Unión Soviética, Francia, Alemania, Italia y Portugal— definieron muy pronto sus preferencias. Pero en otros la opinión pública se dividía. Las atrocidades cometidas en la zona roja, mucho mayores, pese a la propaganda, que las de la nacional, alentaban las simpatía de ciertos sectores que comenzaban a descubrir que Franco estaba luchando en favor de la religión católica y contra el comunismo. Los grandes empresarios del Reino Unido y de Norteamérica —esto a pesar de la declarada actitud de ciertos sectores del partido demócrata que rodeaban a la esposa del presidente, Eleanor Roosevelt— no podían desear que se produjese en España una victoria del Frente Popular.

A principios de agosto de 1936, cuando se habían producido importantes envíos de armas por la frontera francesa, el gobierno de Francia propuso en Londres, Roma, Berlín, Moscú y otras capitales europeas la firma de un pacto conjunto comprometiéndose a no intervenir en la guerra española. Todos los consultados aceptaron, pero casi nadie tenía la menor intención de cumplirlo. También los Estados Unidos se sumaron a la idea de la no intervención, mientras que la embajada argentina lanzaba por vez primera una tímida propuesta de mediación entre los contendientes. El 23 de agosto de 1936 la URSS comunicó oficialmente su adhesión al pacto de no intervención sin alterar en lo más mínimo, sus proyectos sobre España.

▲ *El general Roatta, designado el 7 de diciembre de 1936 jefe de las fuerzas terrestres y aéreas italianas en España, cae levemente herido el 6 de febrero de 1937 en Ventas de Zafarraya. Coronel jefe del Servicio de Información al comenzar la guerra civil, fue enviado en septiembre de 1936 a nuestra patria para apreciar sobre el terreno las necesidades de Franco, y luego, ya general, intervino en la conquista de Málaga, siendo ascendido a general de división. Como tal condujo al CTV en la batalla de Guadalajara, y, como consecuencia de su fracaso en ella, fue destituido, aunque permaneció en España, donde en septiembre tomó el mando de la división «Flechas», que retuvo hasta que se desglosó justamente un año después.*

◀ ***El gobierno italiano reconoció al de Franco el 18 de noviembre de 1936 y estableció con él relaciones oficiales a nivel de encargados de negocios. Mediado enero, se elevó la representación a embajada, para la que fue designado Roberto Cantalupo, que se incorporó inmediatamente a su destino, aunque el acto de presentación de sus cartas credenciales, al que corresponde la fotografía, se demoró hasta el día 1 de marzo de 1937, en que se celebró en el Ayuntamiento de Salamanca. Su estancia en España fue breve, y el día 3 de abril regresó a Roma, llamado por Mussolini.***

Prohibir la venta de armas era inútil, a menos que se tomasen medidas de vigilancia para asegurar su cumplimiento. Por esta razón, y siguiendo la iniciativa británica, se constituyó en Londres un Comité de No Intervención que celebró sesiones los días 9 y 14 de septiembre de 1936. Desde el primer momento se advirtió que ninguno de los gobiernos presentes estaban dispuestos a tomar en serio el compromiso. Como un año antes, lo que a los diplomáticos británicos preocupaba era la ruptura del equilibrio mediterráneo en favor de Italia. Pero su propia Marina no podía admitir como legítimo un gobierno que había dispuesto el asesinato de los oficiales en los barcos. Y en ese momento llegaban a España barcos soviéticos atiborrados de material de guerra. El 7 de octubre, el encargado de negocios Kagan presentó a lord Plymouth un ultimátum, y el 23 de este mes el embajador Maisky anunció que la Unión Soviética se retiraba del Comité de No Intervención.



▲ ***El general Wilhelm von Faupel, que fue nombrado encargado de negocios de Alemania cuando Hitler reconoció al gobierno de Franco. Llegó a Salamanca el 28 de noviembre de 1936, y en enero se elevó la representación de su país al rango de embajada.***

Inglaterra no cesó en sus esfuerzos para utilizar el Comité de No Intervención como instrumento para la solución del conflicto español. En el momento de producirse el empate en Madrid, el ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, lanzó el proyecto de que las «seis potencias más directamente interesadas» exigieran de los dos contendientes la firma de un armisticio para que pudiera constituirse un gobierno provisional

Entierro de las víctimas de uno de los bombardeos que sufrió Salamanca durante la guerra. A partir de la llegada a zona republicana de los bimotores soviéticos *Katiuskas* ***fueron frecuentes los ataques a las ciudades de la retaguardia nacional, que se iniciaron el día 28 de octubre de 1936, y causaron numerosas víctimas en Sevilla, la primera ciudad agredida, Cádiz, Cáceres, Ceuta, Badajoz, Burgos, Pamplona, Valladolid, Zaragoza y otras localidades de mayor o menor importancia. Sin embargo, su actuación en la guerra no resultó eficaz.*** ▼

JULIO ALVAREZ DEL VAYO

(Villaviciosa de Odón, Madrid, 1891-Ginebra, Suiza, 1975)

MILITÓ desde su juventud en las filas del PSOE. Como periodista, viajó por Europa, conociendo a líderes revolucionarios del relieve de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

En 1933 fue embajador de España en México. Con su concuñado Araquistain, fue uno de los más asiduos consejeros de Largo Caballero, director de El Socialista *y negociador de la fusión de las Juventudes Socialistas con las Comunistas que dio lugar a las JSU (Juventudes Socialistas Unificadas), de claro predominio comunista.*

En los meses inmediatamente anteriores a la guerra se mostró partidario de la creación de milicias populares. Tras el estallido de la guerra civil, Alvarez del Vayo fue ministro de Estado en los gobiernos presididos por Largo Caballero (5-IX al 5-XI de 1936 y 5-XI-1936 al 18-V-1937), durante los que hubo de seguir de cerca las peripecias de las potencias europeas en torno al Comité de No Intervención.

Nombrado comisario general del Ejército el 17 de octubre de 1936, formó parte del Consejo Superior de Guerra, creado al mes siguiente, lo cual le permitió, a través del comisariado, mantener el control del trabajo ideológico en el seno del ejército republicano. Parece ser que, a principios de 1937, Largo Caballero trató con el presidente de la República, don Manuel Azaña, de la sustitución de Alvarez del Vayo por su inclinación pro soviética,

con personas neutrales eventualmente presidido por el antiguo representante español en la Sociedad de Naciones, Salvador de Madariaga. Esta propuesta es una de las claves de la política británica y obedecía seguramente a los muchos intereses que se estaban jugando y que de ninguna manera podían resultar favorecidos por el triunfo de cualquiera de los dos bandos. Entre estos intereses se encuentran el Mediterráneo, la fuerte participación británica en la economía española y la masonería. La persecución desatada desde el primer momento en la zona nacional contra la masonería, en sus diversas ramas, sería desde luego y durante muchos años uno de los obstáculos más importantes para un entendimiento entre el Régimen de Franco y los anglosajones.

Escenas como la que recoge* The Sphere *en su número de 17 de octubre de 1936, fueron lamentablemente frecuentes en los hogares españoles a uno y otro lado de los frentes. En ésta, un falangista expresa su condolencia a una familia que ha perdido en el frente posiblemente al marido de la señora que sostiene a una niña en brazos.

▲ ***José Díaz, secretario general del Partido Comunista, en la tribuna de oradores después de dar lectura a su informe al pleno ampliado del Comité Central del partido, celebrado en Valencia entre los días 5 y 8 de marzo de 1937. Para la presidencia de honor fueron elegidos Stalin y Vorochilov, y para la efectiva,*** *Pasionaria*, ***Comorera, Larrañaga, Antón, Scrich, Valenzuela y Santiago Alvarez, representantes de las agrupaciones regionales o partidos de las comunidades autónomas. En el pleno se rechazó la idea de formar un gobierno de tipo sindical, se urgió la necesidad de dar cima a la militarización y se abogó por una República democrática y parlamentaria de nuevo tipo, con contenido social profundo. Los comunistas estaban en contra de cualquier exceso revolucionario y persiguieron con saña a quienes los predicaron.***

Fue, a pesar de todo, un gran éxito de la diplomacia británica que los antiguos signatarios del acuerdo de no intervención admitiesen, el 8 de marzo de 1937, un plan de vigilancia para hacer efectivo el bloqueo de los puertos y fronteras de España. Alemanes e italianos se encargarían de vigilar las costas dominadas por el Frente Popular, británicos y franceses las de los nacionales. El 26 de junio, el acorazado *Deutschland* fue bombardeado en Ibiza por aviones tripulados por rusos y murieron treinta y un tripulantes. El *Admiral Scheer* bombardeó, en represalia, el puerto de Almería, y alemanes e italianos anunciaron su retirada del comité al no ofrecerse las garantías mínimas necesarias. En el verano de 1937 se multiplicaron los incidentes y la prensa republicana denunció que eran submarinos italianos los que torpedeaban sus mercantes.

Visto desde España, el Comité de No Intervención aparecía como un esfuerzo orientado a crear en torno a la península un riguroso cordón sanitario que obligase a los españoles a dirimir a solas sus querellas. Por esta razón, ambos bandos buscaron el modo de burlar el bloqueo acumulando armas y material lo más de prisa posible. Venía siempre unido a otra idea, la de que la guerra, inmovilizada, podría terminar por medio de una negociación. Este era, sin duda, el resultado que más hubiera complacido al gobierno británico: de Franco le molestaba la amistad con el Eje y la nueva política económica; pero una victoria de la extrema izquierda tampoco le favorecía.

sustitución que Azaña autorizó, aunque Largo Caballero no la llevara nunca a efecto. En la crisis abierta en el tormentoso consejo de ministros del 15 de mayo de 1937, Alvarez del Vayo, junto con Negrín y Prieto, se solidarizó con los ministros comunistas.

Al formar Negrín su primer gobierno, cesó en el Ministerio de Estado, pero siguió al frente del Comisariado General, puesto en el que entró en conflicto con el ministro de Defensa Nacional Indalecio Prieto, por sus diferentes puntos de vista en cuanto a la dirección del organismo. Las divergencias llegaron a la ruptura el 17 de noviembre de 1937 cuando el Consejo Superior de Guerra, a propuesta del EMC, unificó los servicios de propaganda en la Subsecretaría de Propaganda del Ministerio de Estado y suprimió todas las actividades que en ese campo desarrollaba el Comisariado, lo que incluía la suspensión de las publicaciones que editaba. En ese momento dimitió de su cargo y le sustituyó interinamente el socialista prietista Crescenciano Bilbao.

Volvió al Ministerio de Estado en el segundo gobierno de Negrín (5-V-1938, al final de la guerra), siempre dentro del sector más radical del socialismo español. Hasta el final de la contienda sostuvo la postura negrinista de resistencia a ultranza ante la inminencia del estallido de la segunda guerra mundial. Tras la caída de Cataluña volvió (9-II-1939) con Negrín a Alicante desde Francia, en un desesperado intento de articular una resistencia en la que casi nadie creía y menos que nadie los militares republicanos. Tras el golpe del coronel Casado, abandonó España, desde Monóvar, el 6 de marzo de 1939, junto con Negrín y destacados dirigentes del PCE.

Sus actividades políticas en los últimos años de su vida fueron derivando hacia posiciones cada vez más radicalizadas, al extremo de que, en enero de 1974, el FRAP (Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico) designó al anciano Alvarez del Vayo su primer presidente. Su último acto político, dado que murió al mes siguiente, fue la presidencia de una reunión ampliada del organismo dirigente del FRAP, que tuvo lugar en abril de 1975.

III. Aparece Serrano Súñer

En el orden interno, Francisco Franco había comenzado a definir las coordenadas políticas fundamentales para la construcción del nuevo Estado. Eran, de momento, únicamente negaciones; se declaraba radicalmente contrario a la democracia liberal parlamentaria, a los partidos políticos, al comunismo, al socialismo y a la masonería. Quedaban, sin embargo, sin formular las afirmaciones, mientras el Movimiento se enriquecía con nuevas adhesiones —los nacionalistas de Albiñana se incorporaron al tradicionalismo— y con la confirmación de otras antiguas, como la de Santiago Alba y José María Gil Robles. Al paso del tiempo aumentaba el peligro de las divisiones y rencillas entre los distintos sectores.

De todos éstos, era Falange Española la opción política que demostraba mayor capacidad de crecimiento. Aumentaban sus afiliados por millares, casi a diario. Corría el riesgo grave de desvirtuarse, pues muchos de los camisas «nuevas» poseían en muy escasa dosis el ideario falangista, abundaban los que buscaban en el color azul un escudo protector para su pasado anarquista o socialista, y los camisas «viejas» no parecían en condiciones de ejercer la dirección. El fenómeno más importante, en relación con su futuro, era, probablemente, el refuerzo de los grupos de intelectuales.

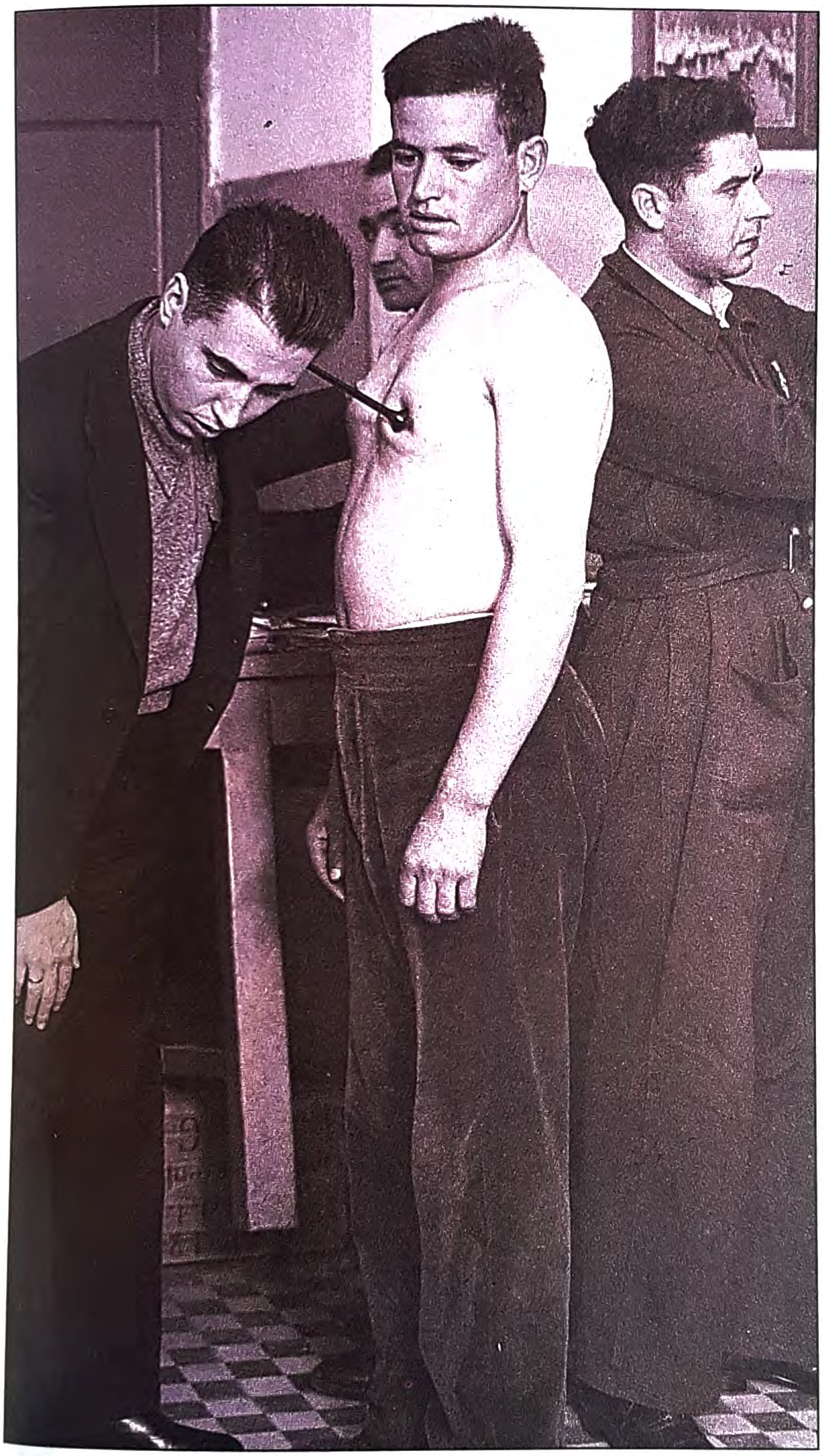
Por su parte, Manuel Hedilla insistía en destacar los rasgos revolucionarios y antiburgueses de Falange Española. Al concluir el año 1936 dirigió a sus correligionarios un mensaje en el que había, como ya hemos indicado, dos motivos fundamentales: la llamada a la reconciliación entre los dos bandos de españoles y la demanda de reforma social inmediata. El 2 de febrero de 1937 ordenó imprimir y difundir entre los militantes, el discurso de José Antonio Primo de Rivera en el Cine Europa de Cuatro Caminos, que se hiciera famoso por la acerba crítica a la derecha española y a su espíritu reaccionario. Estos gestos disgustaban desde luego a todos los demás grupos del Movimiento, derechistas, tradicionalistas, monárquicos, y también a algunos sectores del falangismo.

Franco parecía contemplar estos síntomas de ebullición política, que a veces se traducían en injurias y pequeñas reyertas, con tranquila indiferencia. Sensación seguramente engañosa. Su conducta en relación con otros acontecimientos posteriores nos demuestra que no debe tomarse su silencio por desconocimiento del peligro que las divisiones entrañaban, sino como cautela y prudencia. Siendo un militar convencido de que la unidad de mando resultaba imprescindible para obtener la victoria, es imposible que no tratase de transferir este mismo convencimiento al campo de la política. Cuando repasamos los discursos que pronunció por estos días, piezas meramente circunstanciales y escasamente preparadas, llama sin embargo la atención la constancia de un tópico: es la división de los partidos políticos, desgarro y enfrentamiento de opiniones, la causa de la ruina de España; sólo la unidad puede devolver a ésta su grandeza y su paz. Con absoluta lógica en relación con tal pensamiento aparece el esfuerzo sostenido para superar las divisiones que se apuntaban en la plataforma para la edificación del nuevo Estado Nacional.

Las corrientes unitarias

Instalado en Lisboa, Manuel Fal Conde seguía siendo jefe del carlismo porque el regente de la Comunión, Javier de Borbón-Parma, le confirmó en su nombramiento. En enero de 1937 un grupo de falangistas, disidentes en la práctica de la línea seguida por Hedilla, le invitó a celebrar conversaciones sobre la base de una restauración de la Monarquía; sin esta condición no cabe duda de que Fal Conde no hubiera

En los últimos meses de 1936 y en los primeros de 1937 fueron frecuentes y reiterativos los llamamientos a la militarización de las micilias. En este conseguido cartel, la Junta de Defensa de Madrid estimula a todas —tanto las de partido como las de las comunidades autónomas— para que se fundan e integren en el Ejército Popular, dejando atrás los particularismos que dificultaban y retrasaban el cumplimiento de los decretos del gobierno. Desde el de militarización —29-IX-36— hasta la definitiva disolución de la Comandancia Militar de Milicias —21-IV-37— pasó más de medio año.



▲
A partir de la militarización, la movilización entró en un proceso acelerado. En el primer trimestre de la guerra se llamaron a filas a los mozos de 1935, 1934, 1933 y 1932, y al comenzar 1937, a los de 1936, pero las órdenes no fueron siempre cumplidas, y hubo regiones, como Aragón y Cataluña, donde la resistencia a obedecerlas las dejó inoperantes. Luego, los obstáculos se vencieron, y los reservistas, nuevamente requeridos, se fueron presentando en las cajas y centros de reclutamiento para las operaciones de alistamiento. Las incorporaciones permitieron organizar en el primer trimestre de 1937, 23 nuevas brigadas mixtas que inicialmente se numeraron del 101 al 123, y finalmente, reducidas a 22, del 94 al 115.

aceptado. Se habló, pues, de unificar las dos principales fuerzas del Movimiento, aceptando los tradicionalistas los principios del nacionalsindicalismo y los falangistas la Monarquía tradicional y el repudio del liberalismo [6]. Aunque estas conversaciones, llevadas por José Luis Escario, Sancho Dávila y Pedro Gamero del Castillo, fracasaron, lo mismo que otras con José María Pemán y José Pemartín, de los sectores alfonsinos, quedaba muy claramente establecido que había un deseo de arbitrar medios de unión y que había también sectores de Falange dispuestos a aceptar la Monarquía como forma de Estado. No puede decirse, en modo alguno, que la idea de la unificación fuese un invento gratuito de Franco: recogida del ambiente y también del anhelo de la mayor parte de sus seguidores, él se dedicó a darle forma.

Hedilla no había impedido la negociación de Gamero y sus colegas, pero reveló claramente que no le gustaba. Hizo una declaración ambigua e imprudente: explicó que de ninguna manera estaba dispuesto a consentir intervención de terceros en las conversaciones de falangistas y monárquicos. ¿A quién se refería? ¿Al Ejército? ¿Directamente a Franco? Este último recibía los primeros informes de esta agitación política en momentos en que la guerra atravesaba de nuevo una fase difícil, la terrible batalla del Jarama (febrero de 1937), en un intento de los nacionales de cortar la carretera de Madrid a Valencia, mientras que Belarmino Tomás lanzaba sobre Oviedo, en un intento desesperado de apoderarse de la capital asturiana, que también fracasó, los setenta batallones de que disponía con ochenta piezas de artillería.

En medio del fragor terrible de la lucha, Franco ofreció unas declaraciones a los periodistas extranjeros acreditados en Salamanca. Se publicaron también en *El Adelanto* [7], lo que les proporciona cierto carácter de oficialidad. En ellas tomaba el testimonio de Primo de Rivera para decir que Falange Española no se consideraba, ni lo había sido, fascista, si bien esto no excluía que hubiese corrientes fascistas dentro del Movimiento. Es un paso adelante: fascismo, falangismo, en todo caso como partes que deben ponerse a contribución de algo superior, el Movimiento. El 20 de febrero convocó a von Faupel para comunicarle, con alborozo, una importante noticia: las autoridades francesas estaban tratando de restablecer las relaciones comerciales con España, signo, sin duda, de que su Estado Mayor consideraba que la causa del Frente Popular estaba definitivamente perdida.

Ignoro si existía verdadero fundamento a esta noticia, pero es muy fácil imaginar el

---

[6] Stanley G. Payne, *op. cit.*, págs. 126-128; H. Thomas, *op. cit.*, págs. 684-685.

[7] R. La Cierva, *Francisco Franco* (2), III, pág. 109.

UHP
NO TIRAR HERMANO
UHP
5

disgusto que habrá sentido el embajador alemán [8].

La llegada de un político

Salamanca era una ciudad llena de rumores y de proyectos para unir fuerzas desde todos los ángulos políticos en el momento en que llegó a ella Ramón Serrano Súñer, en compañía de su esposa Zita, hermana, como sabemos, de Carmen Polo. Con grandes dificultades había conseguido salvar su vida, pasando desde la cárcel a una clínica y atravesando luego las líneas del frente de Córdoba. Dos de sus hermanos fueron fusilados por no haber podido hallar asilo en la embajada británica.

Ahora acudía a ponerse a las órdenes y a colocarse bajo la protección del poderoso pariente. En su calidad de antiguo vicepresidente del grupo parlamentario de la CEDA, constituía, ausente Gil Robles, un posible enlace entre el Movimiento, en fase de formación, y la política del pasado. No había sido falangista, pero era amigo de José Antonio Primo de Rivera, cuya muerte conocía por los periódicos de la zona roja. Franco ofreció alojamiento provisional a sus cuñados en el mismo palacio que el obispo de Salamanca pusiera a su disposición. Las relaciones cotidianas con el Generalísimo permitirían a Serrano Súñer ejercer una influencia política que, lentamente, desplazaría a Nicolás Franco, más extrovertido, pero también menos constante.

En Salamanca, Serrano Súñer se mostró decididamente inclinado hacia Falange. Aparte de las relaciones políticas anteriores con Primo de Rivera para una colaboración entre fuerzas afines, le empujaban a ello la decepción profunda de todo el sistema liberal parlamentario y sus propias ideas, muy alejadas de lo que significaban entonces tradicionalismo y Monarquía. Podía referirse al fascismo italiano con da-

◄ Acuarela de Carlos Sáenz de Tejada inspirada, al parecer, en la fotografía de ese blindado de las milicias vascas inmovilizado en una cuneta. A medida que avanzaba la guerra, la transformación de camiones en vehículos acorazados mejoró notablemente, y el aspecto del que sirvió de modelo al artista es mucho mejor que el de los que se improvisaron en los primeros días de la guerra. Tenía ya torreta superior y mirillas laterales y frontales, pero su movilidad y maniobrabilidad seguía siendo pequeña, y la protección, escasa. Aun así, prestaban un buen servicio como transportes de infantería, a la que permitían atravesar zonas batidas por el fuego enemigo relativamente a cubierto del peligro.

▲ La Misión Militar Italiana incrementó ampliamente sus efectivos de Málaga, y en los primeros días de marzo dio paso al CTV, compuesto por tres divisiones de la Milicia Fascista y una del Ejército, la Littorio, a la que pertenecen los soldados de la fotografía, que parecen escuchar, en posturas muy poco marciales, la arenga de su jefe. Constaba de dos regimientos de infantería, uno de artillería y un batallón de ametralladoras, con unos efectivos totales en Guadalajara de 7.689 hombres, poco más de la mitad de la plantilla de las unidades similares del Ejército Popular y menos de la mitad que las divisiones orgánicas de anteguerra. Por contra, estaba perfectamente equipada y dotada.

[8] Informe von Faupel a von Neurath 21 febrero 1937. *Wilhemstrasse*, III, pág. 190. No tenemos noticia de que haya habido negociaciones. En diciembre de 1936 se produjeron de hecho los primeros contactos entre el gobierno de Burgos e Inglaterra, si bien no cristalizó el acuerdo hasta después de la conquista de Bilbao. A. Viñas, *Guerra...*, pág. 161. También había un acuerdo con Suiza.

tos y observaciones directas y profesaba a Mussolini una admiración que no desmintió ni siquiera mucho tiempo después de la muerte del Duce. No trataba de presentarse como camisa vieja, pero Falange estaba poblada ya mayoritariamente por nuevos militantes.

En sus recuerdos posteriores aporta un testimonio que, sin duda, es válido: una tarde, paseando por el jardín de la residencia de Salamanca, como Franco tenía por norma después del almuerzo, explicó a éste los términos precisos en que, a su juicio, debía efectuarse la reestructuración política de España, cosa que todos parecían desear. El tradicionalismo podía servir como recubrimiento por sus normas morales, pero no como plataforma para la edificación de un régimen nuevo: sólo Falange Española de las JONS, debidamente ampliada, estaba en condiciones de proporcionar el carácter social y progresivo que España requería [9]. Es muy cierto que estas dos ideas informaron después la política constitucional del Régimen instaurado por Franco.

Comenzaba en marzo de 1937 la sorprendente carrera política de Ramón Serrano Súñer, a quien muy pronto el espíritu cáustico de los españoles brindaría el calificativo irónico de «cuñadísimo», como si su encumbramiento obedeciese a la protección de Franco y no a los méritos propios del futuro ministro, que eran importantes. Siendo uno de los principales dirigentes de la CEDA, podía afirmar que no hacía sino cumplir al pie de la letra las recomendaciones de José María Gil Robles, que, en declaraciones a *The Universe* (22 de enero de 1937), había dicho que «desde el primer momento del Movimiento militar, Acción Popular se ha unido a él con toda su alma». Fue, sin embargo, Dionisio Ridruejo, el poeta que encontraremos luego muy vinculado a Serrano Súñer, quien se encargó de presentarle en los círculos falangistas como un camisa nueva de gran importancia.

[9] R. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*. Madrid, 1947, págs. 29-32.

◀ ***Al ataque italiano sobre Guadalajara respondió Miaja con el envío de importantes reservas que al tercer día de la batalla se articularon, al mando del teniente coronel Jurado, en el IV Cuerpo de Ejército, que quedó integrado por las divisiones 11 (Líster), 12 (inicialmente, coronel Lacalle, y luego, el italiano Nino Nanetti) y 14 (Mera). En la foto, parte de esas tropas marchan hacia el frente por un suelo en el que la nieve se va embarrando. Fueron estos soldados los que detuvieron y rechazaron a las divisiones italianas de Roatta, humillando el orgullo fascista. El prestigio de las tropas de Miaja alcanzó su más alto nivel, y en el combate se distinguieron por igual los soldados españoles y extranjeros que mandaron los internacionales Hans, Nanetti, Zanoni, Paulov, Steimer y Lukacs; los comunistas Líster, Pando y el Campesino; los sindicalistas Mera, González y Sanz y los militares profesionales Macorra, Rubio Funes, Valdés, Fernández Recio y Mulet.***

▲ *El general Moscardó, en su puesto de mando durante la batalla de Guadalajara. Al ser liberado del Alcázar, ascendió y fue nombrado jefe de la división Soria, con la que apoyó a las tropas del CTV con sus tres brigadas: la I cubrió el frente de Somosierra; la II, que guarnecía el frente de ataque, formó una agrupación de maniobra que protegió su flanco derecho, y la III fue la que estableció un frente de contención cuando las divisiones italianas se replegaron. Bajo su protección se rehicieron y abandonaron el sector para reorganización y descanso. En la fotografía inferior, una pieza italiana de acompañamiento de infantería hace fuego contra las posiciones republicanas que cubrían Trijueque, una de las zonas de la línea Trijueque-Brihuega, que, con puntos de apoyo en los palacios de Don Luis y de Ibarra, ordenó establecer Miaja para detener a las divisiones italianas. Estuvieron defendidas por la XI Brigada Internacional que mandaba el alemán Hans.* ▼

Un soldado en actitud de cerrar los ojos a uno de los muchos combatientes que murieron en la batalla de Guadalajara. La propaganda incrementó notablemente su número, situándole en el orden de los millares, y las fuentes oficiales italianas le reducen a 415 muertos, 1.979 heridos y 163 desaparecidos, cifras que, sin ser exactas, están mucho más próximas a la realidad. Siendo muy sensibles estas pérdidas, fue mayor la resonancia de los acontecimientos que su importancia militar. Los que hasta entonces venían negando valor y capacidad a los españoles, culpándoles de ineptitud y cobardía, en muy pocas jornadas habían quedado en un completo y universal ridículo.

Franco trataba probablemente de estimular la incorporación de nuevos porque no deseaba que Falange se convirtiese en una oligarquía de camisas viejas. En cierta ocasión dijo a Hedilla que también él se había encargado una camisa azul: lo cual no podía significar otra cosa que haber llegado ya a la decisión de que también Falange tenía que incorporarse al Movimiento de fuerzas políticas nacionales, entre las que no había distinción posible. A esta decisión —que tendríamos probablemente que fechar en marzo o abril de 1937, en todo caso después de la llegada de Serrano Súñer a Salamanca— es a la que Brian Crozier proyectó denominar «segundo golpe de estado» [10]. Hay en el término, grato a los enemigos de Franco, un error, pues no se trataba de arrebatar a Falange una posición política que poseyera, sino, al contrario, de convertirla en columna vertebral de un Movimiento que naciera, pura y simplemente, de un alzamiento militar. La declaración postrera de José Antonio ante el tribunal popular, antes mencionada, lo explica meridianamente: él no había dado orden a la Falange de sumarse al Movimiento porque, según alegó, ignoraba su gestación.

Franco, colocado en la Jefatura del Estado por delegación de los generales, no era falangista, ni podía serlo: tuvo, sin embargo, el valor y la decisión de convocar a Falange para que desempeñase el protagonismo del Movimiento Nacional, asumiendo además su Jefatura. La mayor parte de los generales, en el fondo, le reprocharon esta medida.

La maniobra política era muy delicada y entrañaba el riesgo de enfrentamiento con los aliados alemanes que deseaban mantener la identidad política independiente para Falange, única vía posible para una nazificación de la península, y también con los italianos, que, después de Málaga, tenían proyectos propios sobre España. Cautelosamente, Franco se adelantó a ofrecer al III Reich una concesión que podía ser calificada de importante: el acuerdo secreto de 20 de marzo de 1937 [11]. Esto del secreto puede considerarse como una de las más solemnes ironías galaicas que cabe imaginar, ya que el tratado, en sí mismo, no contenía otra cosa que buenas palabras sin ningún compromiso: España y Alemania prometían recíprocamente consultarse en todas las cuestiones de importancia, y en especial en aquellas que se referían a la defensa de Europa frente al comunismo; también se obligaban a no prestar ayuda a terceros países cuando de ella redundase algún mal para el amigo; serían reforzadas las recíprocas relaciones económicas. En este último punto residía la verdadera promesa que atendía uno de los más vehementes deseos germanos.

---

[10] B. Crozier, *op. cit.* I, pág. 351. Naturalmente la historiografía socialista se ha apoderado del concepto (H. Thomas, II, pág. 692; Sh. Ben Ami, *op. cit.*, pág. 42). Pero tenemos que insistir: Falange no estaba en el poder, ni en modo alguno tenía que ser desprovista de él. La Unificación permitiría precisamente a los falangistas penetrar en las esferas de gobierno, hasta entonces reservadas a militares.

[11] Texto del mismo en *Wilhelmstrasse*, III, págs. 198-199.

IV. Guadalajara

El coronel Emilio Faldella y el teniente coronel Giacomo Zanussi, con poderes del general en jefe del cuerpo expedicionario, Emilio Roata, discutieron en Salamanca, el 13 de febrero de 1937, el nuevo teatro de operaciones que debería asignarse a los vencedores de Málaga. Tomaron parte en la discusión el general Francisco Martín Moreno, el coronel Antonio Barroso y el propio Franco. De entrada, el Generalísimo elevó su protesta de que los italianos estuviesen constituyendo un Ejército propio, en lugar de encuadrarse en unidades mixtas con los españoles, como se había ordenado. Pero los italianos no hicieron caso. El CTV —muy pronto el humorismo español daría una curiosa versión de estas siglas: «¿cuándo te vas?»— estaba compuesto por cuatro divisiones regulares, exclusivamente italianas, y organizaba sus equipos propios para la guerra psicológica. La más importante, usada como punta de ataque, era la división Littorio, que, entre otras cosas, proporcionó los extras del film *Scipione l'Africano,* premiado en la bienal de Venecia. La mandaba el general Anibale Bergonzoli, a quien sus subordinados conocían bajo el sobrenombre de Barba Elettrica [12]. No cabe duda de que la independencia de que hacían gala los italianos molestaba profundamente a Franco. Pero en aquel momento Mussolini se sentía fuerte en sus previsiones que parecían confirmadas con la fácil victoria obtenida en Málaga.

Grupo de prisioneros italianos capturados en la batalla de Guadalajara. Su total ha sido muy exagerado, pero los partes gubernamentales no permiten situar su cifra por encima del medio millar. En ellos se contabilizan 284, y luego, tras cuatro jornadas en blanco, se habla de «más de ciento». En las fotografías que entonces se difundieron nunca aparecen más de 50 juntos.

El Cuartel General —es importante la puntualización— propuso a los generales italianos dos operaciones que consideraba más importantes que el forcejeo sangriento en torno a Madrid: penetración desde Córdoba hacia el norte, para asegurarse las minas de mercurio de Almadén, o la conquista de Bilbao, que permitiría ahogar el separatismo vasco e incorporarse la zona industrial de la ría. Desde la perspectiva española se les ofrecían escenarios para la guerra de movimientos como había sido el de Málaga. Pero el Duce había dado instrucciones precisas: nada de tomar parte en las operaciones limitadas y marginales propias del extraño modo que Franco tenía de conducir la guerra; tenían que buscar la gran batalla directa, que liquidase de un solo golpe el conflicto presentando a Italia como la potencia vencedora. Por eso Faldella propuso una ruptura del frente desde Teruel para alcanzar el Mediterráneo y apoderarse de Sagunto y Valencia. La presencia de italianos en los grandes puertos mediterráneos complacía menos a los mandos españoles.

De mala gana, Franco accedió el 14 de febrero a confiar a los italianos el sector de Guadalajara: si la operación se estancaba, como todas las anteriores, en una batalla de posiciones y desgaste, se podía al menos lograr el objetivo mínimo señalado en el plan elaborado por Moscardó, abriendo la carretera hasta Torija; si los italianos tenían razón y lograban romper el frente, esa misma carretera podía llevarles a Madrid. Franco hizo algo más: el 15 de febrero, después de admitir para el CTV independencia completa en la operación, advirtió a Mario Roatta de las dificultades que encerraba el sector, a fin de que tomara las necesarias precauciones [13] para evitar descalabros.

---

[12] De esta época data la primera disensión con Hedilla, pues se había previsto que los falangistas formasen con los italianos esas brigadas mixtas. A pesar de las órdenes de Franco, se negaron. J. F. Coverdale, *op. cit.*, pág. 169-173.

[13] El 1 de marzo de 1937 Franco prometió a Roatta que, pese al agotamiento de sus tropas sobre el Jarama, tras las terribles jornadas del Pingarrón, atacarían al mismo tiempo que los italianos, para sujetar al enemigo al terreno. Pero el 5 de marzo le advirtió que no debía confiar en ellas: no tenían la menor capacidad de penetración en estos momentos; los italianos no iban a contar con otro apoyo que la división Soria mandada por Moscardó y situada en su flanco derecho. J. F. Coverdale, *op. cit.*, págs. 206-208.

▲
El escritor Hemingway con un grupo de combatientes en una de las pocas ocasiones en que se acercó donde sonaban los tiros. El futuro premio Nobel llegó a España el 16 de marzo de 1937 y recorrió el escenario de la batalla de Guadalajara, de la que dijo que había sido una de las «más decisivas del mundo», exageración claramente inmoderada. De su experiencia española nació la novela *Por quién doblan las campanas,* ***que contribuyó a su fama, bien ganada, de literato, pero muy poco a la verdad histórica. De su paso por nuestra patria le quedó un fuerte amor por sus tierras y sus hombres, que le obligó a volver periódicamente hasta poco antes de su muerte.***

POR LAS ARMAS
DEPARTAMENTO DE PLASTICA
SERVICIO NACIONAL DE PROPAGANDA
La Patria
el Pan y la Justicia

La misión de Farinacci

La primera idea, al efectuarse el reconocimiento de Franco, había sido designar embajador en España al secretario general del partido, Roberto Farinacci. Luego temió el Duce que esta designación revelase demasiado abiertamente sus propósitos y designó a un diplomático de carrera, Roberto Cantalupo. Farinacci fue, ello no obstante, enviado a España el 1 de marzo en una misión especial. En relación con este viaje, mantenido bajo fuertes reservas, circularon rumores en la zona nacional de que los italianos proyectaban una operación semejante a la de 1868, con Franco en lugar de Prim, catolicismo en vez de masonería, pero con la candidatura del duque de Aosta, primer virrey de Abisinia. Alertado, el duque de Alba, que se mostraría constante defensor de los derechos de la familia de Alfonso XIII, hizo indiscretas confidencias a un redactor del *Times* de Londres: «es prematuro hablar de Monarquía».

Farinacci fue recibido por Franco el 4 de marzo de 1937 y prodigó, en nombre del Duce, algunos consejos políticos: era conveniente, para el futuro de España, la creación de un partido nacional único, del que el Generalísimo fuese jefe, y asumir, desde él, un programa revolucionario de reforma agraria, mejoras sociales y económicas a los trabajadores, seguros de paro, vejez y enfermedad, y creación de sindicatos nacionales únicos. Franco hizo, al parecer, extrañas y peculiares consideraciones al enviado especial del Duce. No creía que Falange o el carlismo estuvieran en condiciones de ayudarle demasiado en sus futuros trabajos de reconstrucción nacional, porque ambos grupos políticos carecían, en aquel momento, de dirigentes de verdadera categoría. Tampoco se sentía acuciado por el problema de la Monarquía: «primero tengo que crear la nación; luego decidiremos si es buena idea nombrar un rey» [14]. Cuando Farinacci protestó de las represalias que manchaban el resplandor de la victoria de Málaga, el Generalísimo dio la misma respuesta que antes a Cantalupo: no siempre estaba en condiciones de controlar la situación, aunque se había apresurado a tomar las medidas correctoras.

La misión de Farinacci se cerró con un informe al Duce fechado el 8 de marzo de 1937 en términos bastante pesimistas. No cabe duda de que Franco había ocultado cuidadosamente su juego, pero de esta actitud el gran funcionario fascista extraía la conclusión de que no era, en modo alguno, el jefe idóneo que al fascismo convenía y que su posición política resultaba confusa e inestable. Mussolini tenía abundantes razones para aceptar este juicio, en el que coincidían tanto el embajador Cantalupo como los principales jefes militares. Aunque seguía pensando que en Falange se hallaba el único sector político afín, estaba convencido de que Manuel Hedilla no era, tampoco, el dirigente que las circunstancias requerían.

Cartel nacional en el que se llama a los jóvenes para que acudan a las armas en defensa de «la patria, el pan y la justicia», lema falangista que hizo suyo el partido unificado. La propaganda, con la finalidad de influir en las opiniones, las emociones, las actitudes y el comportamiento de la población, fue relativamente poco empleada en la zona nacional. Al decretarse la unificación, los respectivos aparatos existentes en los distintos grupos políticos que se integraron en FET y de las JONS se fundieron en el Servicio Nacional de Propaganda, del que se hizo cargo el canónigo navarro Fermín Izurdiaga Lorca, que permaneció a su frente hasta que se constituyó el primer gobierno civil de Franco. El cartel, uno de los más expresivos del bando nacional, es obra de Cabanas.

Ramón Serrano Súñer, en compañía de Dionisio Ridruejo, cuando desempeñaba el cargo de ministro del Interior, y éste, a sus órdenes, la Dirección General de Propaganda, en la que tuvo como inmediatos colaboradores a Antonio Tovar en la Jefatura de Radio Difusión, a Pedro Laín Entralgo en Ediciones; a Manuel Augusto García Viñolas en Cinematografía; a Luis Escobar en Teatro y a Juan Cabanas en Artes Plásticas; en otros puestos trabajaban Gonzalo Torrente Ballester, José Caballero y Javier de Salas: un gran plantel que en su casi totalidad evolucionaría hacia posiciones democráticas.

Los italianos atacan

El mismo día 8 de marzo los italianos se lanzaban al ataque rompiendo el frente republicano. El mal tiempo —sucedieron a la lluvia la cellisca, la nieve y la niebla—

[14] Las noticias del proyecto italiano de instauración monárquica proceden de Cantalupo y no son confirmadas por otras fuentes. J. F. Coverdale, *op. cit.*, págs. 181-182.

JOSE MIAJA MENANT

(Oviedo, 1878-México, 1958)

PERTENECIENTE al grupo de los militares que empezaron su carrera en Marruecos, Miaja alcanzó el generalato en 1932. En 1935, el ministro Gil Robles le trasladó a Lérida.

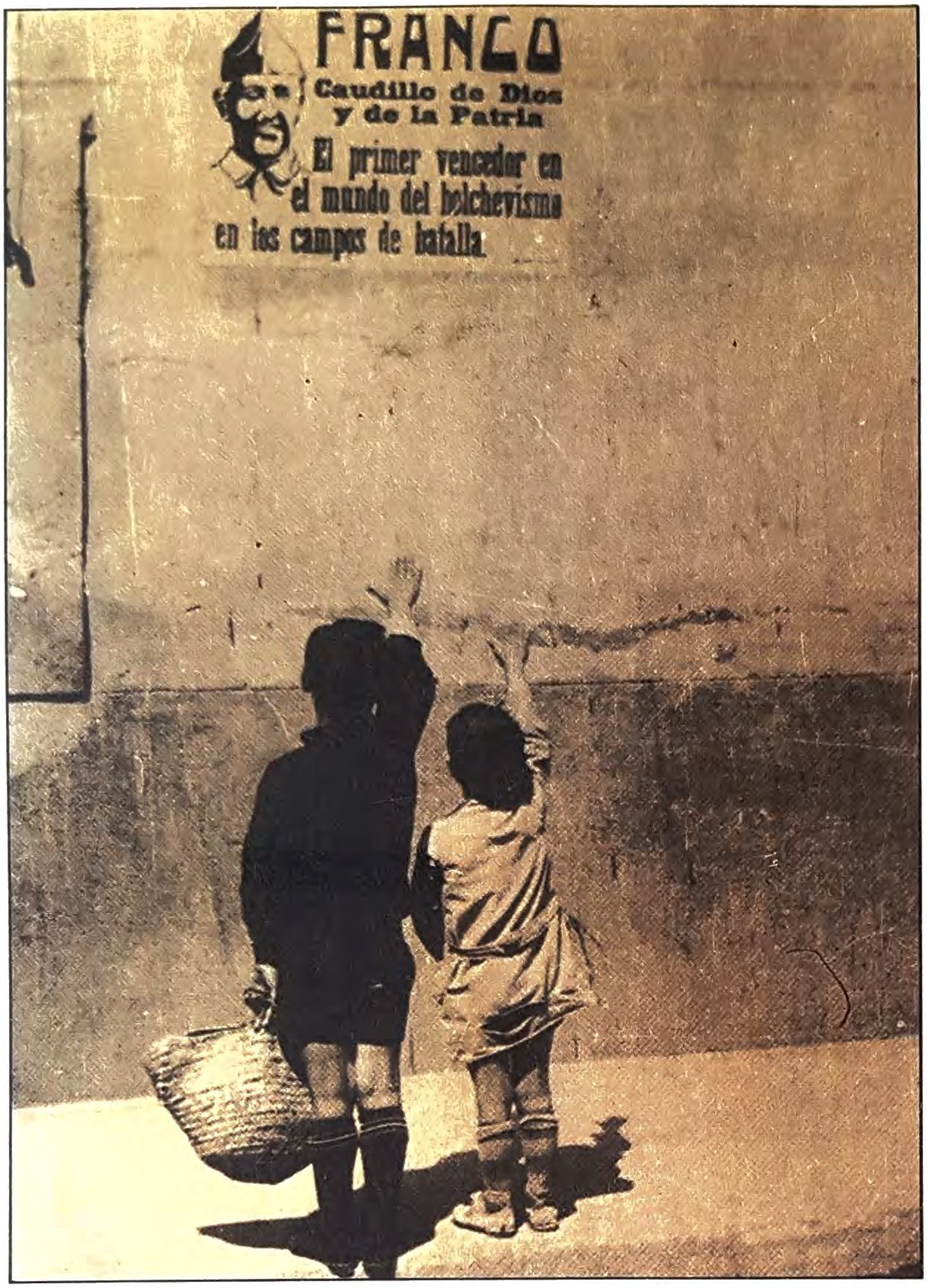
Al estallar el 18 de julio, Miaja es jefe de la 1.ª Brigada de Infantería, de guarnición en Madrid. El 25 de julio es nombrado jefe de operaciones en el sur, y el 28 toma el mando de una heterogénea columna de unos cinco mil hombres que, partiendo de Albacete y sin mayores dificultades, llega a las puertas de Córdoba el 5 de agosto. Pero Miaja vacila y pierde un tiempo precioso; la aviación hace el resto, y la expedición termina sin éxito. Miaja es trasladado a Valencia y, en octubre, de nuevo a Madrid.

Y allí, en la defensa del Madrid precipitadamente abandonado por el gobierno el 6 de noviembre de 1936, conoció Miaja el punto culminante de su carrera a los cincuenta y ocho años.

Jefe de la Junta de Defensa de Madrid, la propaganda, especialmente la comunista, se encargó de convertirlo en un mito. Halagado, mimado por su popularidad entre el pueblo madrileño, que estaba conteniendo al enemigo en situación casi heroica, Miaja supo representar el papel que se esperaba de él, dejando hacer a un equipo de militares profesionales, entre los que destacó el comandante Vicente Rojo.

A lo largo de la guerra concentró más poder militar que ningún otro general republicano. Miaja no dudó en secundar la sublevación del coronel Casado contra el gobierno negrinista, figurando como presidente del Consejo Nacional de Defensa que intentó, sin éxito, negociar una paz con Franco. Miaja tomó posesión de la presidencia del Consejo el 6 de marzo de 1939, al día siguiente salió para Valencia, volvió a Madrid el 9 y el 26 voló otra vez a Valencia. En Gandía embarcó en un buque inglés que le llevó al exilio; primero, a Argelia y Francia, y después, a México, donde murió en 1958.

Franco y su esposa comparten sonrientes la compañía de gentes del pueblo que les saludan brazo en alto, con aire más resignado que convencido. El Generalísimo luce ya los emblemas de capitán general, dignidad que le fue concedida el 18 de julio de 1938, meses después de que lo solicitaran las corporaciones locales y provinciales.



Un par de niños saludan brazo en alto a la efigie de Franco, que, junto a esta u otra leyenda, cubrió las fachadas de muchos de los edificios de todos los pueblos y ciudades de España, dando comienzo a un culto a la personalidad que era normal en los países totalitarios. Franco no recibiría un tratamiento diferente al que se daba a Stalin en la Unión Soviética, a Mussolini en Italia o a Hitler en Alemania, aunque aquí las cosas no llegaron tan lejos.

puso en evidencia algunas dificultades estructurales, como la escasez de suministros, que obligaban a detenerse a los tanques, o la ligereza de los uniformes coloniales de los italianos. Ello no obstante, cuando al amanecer del día 10 la división Littorio entró en Brihuega la situación pareció tan desesperada para los rojos, que éstos enviaron todos los refuerzos que pudieron reunir y cambiaron los mandos para encomendar la defensa a Vicente Rojo. Entre las unidades que acudieron a detener al CTV figuraba el batallón Garibaldi, en donde militaban Vittorio Vidali, Luigi Longo y Pietro Nenni. Los italianos intercambiaron palabras y disparos en la que empezaba a ser una guerra civil privada. El día 11, con un tiempo ya infernal, mala preparación y desconocimiento del terreno, los fascistas fueron detenidos por los batallones de la República y la 12 brigada internacional, que contaba con excelente material soviético y consejeros militares rusos. La división de «llamas negras» del CTV quedó pulverizada.

Los mandos de Salamanca comprendieron en el acto que aquello era una derrota: el periodista Fernando de Ors fue detenido por que ese mismo día publicaba en el *Heraldo de Aragón* una crónica explicando la marcha impetuosa sobre Madrid; fue acusado de proporcionar información falsa. El 18 de marzo, con mejor tiempo, Enrique Líster y el Campesino, lanzaron a los suyos a la conquista de Brihuega: muchos italianos huyeron y la derrota estuvo a punto de convertirse en catástrofe; pero la intervención de la división Littorio, mandada por Bergonzoli, permitió cerrar la brecha y fijar el frente. Con los documentos tomados a los prisioneros pudo el gobierno del Frente Popular demostrar, el 13 de marzo, que se estaba produciendo una intervención italiana, aunque ocultando desde luego la que tenía lugar desde sus filas.

El efecto psicológico de la derrota de Guadalajara fue muy considerable en ambas zonas. El famoso novelista Ernest Hemingway, que llegó a España por estos días, recogiendo experiencias que plasmaría en *¿Por quién doblan las campanas?,* escribió que era una de las batallas más decisivas de la historia del mundo. Las crónicas de Herbert Mattiews cambiaron la mentalidad de los lectores del *New York Times:* parecía que los rojos estaban a punto de ganar la guerra. Curiosamente, los nacionales recibieron la noticia como si no fuese para ellos un suceso adverso: la burla hacia los italianos, que fueron injustamente calificados de cobardes y malos soldados, entrañaba una reacción subconsciente de alivio por la situación anteriormente creada de jactanciosa superioridad. Con música de la canción militar fascista *Fazeta nera,* circulaba una letra injuriosa, pero muy significativa, como si se les dijese: ¿qué os creíais, italianos? «Guadalajara no es Abisinia, ni Addis Abeba es el sector de Brihuega». Quien, efectivamente, había sufrido una derrota moral, era Mussolini.

En la reunión del Comité de No Intervención, el 23 de marzo de 1937, el enfrentamiento verbal entre Grandi, representante italiano, y el soviético Maisky, fue muy violento. Sin embargo, el comité no desapareció, y esta superación de la crisis devolvió a los ingleses parte de sus esperanzas. De hecho, con la batalla de Guadalajara se cierra el ciclo de los grandes ataques a Madrid, y el frente en torno a la capital, sinuoso y largo, quedó estabilizado. Franco aprovechó cumplidamente esta ocasión para tomar de nuevo la dirección exclusiva de la guerra y desencadenar la ofensiva en el norte, que era la que venía preparando cuidadosamente.

Las brigadas internacionales tuvieron por primera vez un momento de reposo, entrando en una nueva fase de organización: muchos de los voluntarios, acusados de deserción o de cobardía, fueron fusilados. Es imposible saber de cuantas muertes es responsable André Marty: era aquella otra clase de guerra, porque el Partido Comunista estaba adueñándose del control militar. En Guadalajara, el papel de los comunistas, españoles y rusos, fue muy notable.

FRANCO

la historia y sus documentos

Del 18 de Julio a la batalla de Guadalajara

FRANCO
la historia y sus documentos

Luis Suárez Fernández

FRANCO
la historia y sus documentos

Del 18 de Julio a la batalla de Guadalajara

Tomo 2

EDICIONES URBION

FRANCO
La historia y sus documentos

Autor:
LUIS SUAREZ FERNANDEZ

EQUIPO EDITORIAL

Director editorial
Javier de Juan y Peñalosa

Director de producción
Isidoro Carvajal Baños

Coordinador de producción
Arturo Rodríguez Paredes

Documentación gráfica
M.ª Victoria Esteban
Angeles García del Olmo

Diagramación
Fernando Bejarano Edo

Corrección literaria
Alberto Marín

COLABORADORES

Ramón Salas Larrazábal
Amelia Alas
Rafael Pérez Mántaras (Cartografía)
José Pernil (Fotografía)

Administración/Suscripciones
Ediciones Urbión, S.A.
Avenida del Llano Castellano, 13. 28034 Madrid (España). Teléf.: 729 31 11
Fotocomposición
Andueza. San Romualdo, 26 (Edificio Astigy). 28017 Madrid
Fotomecánica
Promograf, S.A. San Romualdo, 26 (Edificio Astigy). 28017 Madrid
Impresión
Mateu-Cromo
Distribución
MIDESA, S.A. Carretera de Irún, km. 13,300 (variante de Fuencarral). 28034 Madrid

© de la presente edición, Ediciones Urbión, S.A., 1986
Printed in Spain - Impreso en España en 1986
ISBN: 84-7523-281-7 (Obra completa)
ISBN: 84-7253-284-1 (Tomo II)
ISBN: 84-7523-283-3 (Apéndice documental)
Depósito Legal: M. 2.582-1986

NOTA: Queda prohibida la reproducción total o parcial de textos, ilustraciones o documentos de esta edición sin permiso escrito del editor.

SUMARIO

DEL 18 DE JULIO A LA BATALLA DE GUADALAJARA

Capítulo I: INTERNACIONALIZACION DEL CONFLICTO

I. **Los mercados de armas** 7
Primeros contactos con Alemania.

II. **El «pecado original» de Franco** 10
Misión en Berlín.

III. **La posición ideológica inicial de Franco** 15
El Movimiento Nacional.

IV. **El paso del Estrecho** 19
El primer puente aéreo de la historia. El «Convoy de la Victoria».

Capítulo II: JEFE DEL GOBIERNO DEL ESTADO

I. **La actitud inicial de la Iglesia española** 23

II. **De Sevilla a Talavera** 26
Tres ejércitos y tres generales.

III. **La elección** 30
La acumulación de poderes. El Alcázar de Toledo.

IV. **El decreto** 33
¿Un golpe de estado? «Por la gracia de Dios».

V. **La investidura. Caudillo de España** 38
El Programa. Caudillo.

Capítulo III: FRENTE DE MADRID: NOVIEMBRE DE 1936

I. **La Junta Técnica** 43
La situación económica.

II. **El crecimiento de Falange Española** 47
Hedilla. Liberar a José Antonio.

III. **El caso Unamuno** 49
El rector de Salamanca. Las últimas semanas de Unamuno. Los sacerdotes vascos.

IV. **Freno en Madrid** 54
Los consejos de Canaris. Hacia una guerra diferente.

Capítulo IV: FASCISTAS, NAZIS, CATOLICOS Y TRADICIONALISTAS

I. **El reconocimiento oficial de Alemania e Italia** 57
La muerte de José Antonio. El protocolo secreto con Italia.

II. **El cardenal Gomá, representante de la Santa Sede** 62
El cardenal Gomá en Roma. La causa de la Iglesia.

III. **Las presiones monárquicas** 69
Los problemas con Fal Conde.

Capítulo V: LOS VOLUNTARIOS ITALIANOS: DE MALAGA A GUADALAJARA

I. **El cuerpo de tropas voluntarias** 79
Un regalo incómodo. Málaga.

II. **El proyecto de no intervención** 87

III. **Aparece Serrano Súñer** 92
Las corrientes unitarias. La llegada de un político.

IV. **Guadalajara** 100
La misión de Farinacci. Los italianos atacan.

PROCEDENCIA DE LAS ILUSTRACIONES

ABC. Aisa. Alfonso. J. M. Armero. Associated Press. Azaola. Biblioteca Municipal de Madrid. Biblioteca Nacional. Eric Baschet. Cambio 16. Camera Press. Robert Capa. Pascual Cebollada. CEHC. Centelles. Colección Merino. Díaz Casariego. EFE. Familia Franco. Familia Hedilla. Familia Martínez Bordiú. Familia Ortega. Familia Quintanilla. FIEHS-CEHI. Flash Press. Fundación Nacional Francisco Franco. Gamma. Gyenes. Illustrated London News. Instituto Municipal de Historia de Barcelona. Hemeroteca Municipal de Madrid. Hemeroteca Nacional de Madrid. Keystone Madrid. Keystone París. Magnum. B. Martín Patino. Ministerio de Cultura. Ministerio de Cultura de Salamanca. Ministerio de la Presidencia. Museo del Ejército. Museo Municipal de Madrid. Novosti. Nueva Andadura. Popperfoto. Pyresa. Rafols. Sáenz de Tejada. Salmer. Sygma. Servicio Histórico Militar. United Press International. Urbión. Ya. Zardoya.

Capítulo I

INTERNACIONALIZACION DEL CONFLICTO

I. Los mercados de armas

La revuelta general de la marinería creó un problema gravísimo a los dirigentes del Alzamiento, que necesitaban trasladar a la península las unidades militares estacionadas en Marruecos, su fuerza principal. El gobierno ordenó a los buques de guerra que se dirigiesen al Estrecho a fin de interrumpir las comunicaciones con Ceuta y Melilla. Por otra parte, la escasez de pertrechos y de municiones que pronto padecieron los militares alzados hacía urgente el contacto con el exterior para comprar allí lo que en España faltaba. La misma necesidad sintieron pronto los frentepopulistas. Desde el 20 de julio, los mandos más conspicuos del Alzamiento comprendieron que el golpe de estado, primera fase de la operación, no había alcanzado todos sus objetivos. Dueños de una tercera parte del territorio nacional, la menos rica, tenían que pasar a la segunda fase de conquista del resto del país. Los contactos establecidos por Mola en Inglaterra e Italia, aprovisionadores habituales del Ejército español, no estaban dando los resultados apetecidos y los almacenes se vaciaban rápidamente.

En principio, descartada Francia, que estaba gobernada desde marzo por el Frente Popular, tanto Mola como Franco pensaron únicamente en los mercados británico e italiano y, subsidiariamente, en el portugués, como vía indirecta. Mola encomendó a Juan Ignacio Luca de Tena las primeras gestiones de compra en el exterior, siempre con el respaldo financiero de Juan March. La misma vía pareció escoger Franco el 19 de julio cuando entregó a Luis Bolín una nota en que se titulaba «ge-

▲
Las organizaciones obreras reclamaron insistentemente armas al gobierno, que se resistió a tomar esa medida. El teniente coronel Gil, miembro de la UMRA, se las facilitó en la tarde del 18 de julio.

neral jefe del Ejército español no marxista» y le envió a Lisboa con objeto de obtener el refrendo de Sanjurjo. En una nota escrita con lápiz, el general especificaba la lista de necesidades: 12 bombarderos, 3 cazas y la munición necesaria para unos y otros. La respuesta de Mussolini a las primeras demandas fue rotundamente negativa.

¿En qué momento surgió en Francisco Franco la idea de que necesitaba acudir al mercado alemán para la adquisición de un material de guerra que había llegado a hacerse imprescindible? Conocemos un antecedente que ha sido puesto de relieve recientemente por Angel Viñas: durante su etapa de jefe del Estado Mayor parece haber llegado a la conclusión de que sólo Alemania poseía las condiciones industriales y financieras necesarias para proporcionar el armamento moderno y eficiente que figuraba en el proyecto de Gil Robles para la reordenación del Ejército español [1]. El recuerdo actuó, seguramente, de una manera automática.

Estas gestiones nada tienen que ver con la leyenda de una participación fascista o nazi en el Alzamiento, ni con ciertas fantásticas maniobras relacionadas con Canaris. Sobre este asunto, Franco dejó las siguientes notas manuscritas:

«(Tengo) necesidad de aclarar cuáles fueron nuestras relaciones con Alemania e Italia (pues existe la) falsedad de que antes del Movimiento, y en su preparación, hubiese habido ninguna clase de relaciones entre los directores del Movimiento Nacional y esas dos naciones. La única relación *la establecí yo* desde Marruecos, al dar noticia del cambio de situación ocurrida al residente general francés, esperando establecer las buenas relaciones de vecindad (y) al gobernador de Gibraltar con motivo de la presencia de destructores rojos que habían asesinado a sus oficiales y que se refugiaban en sus aguas, y a Mussolini e Hitler dándoles cuenta del cambio operado, de nuestros propósitos anticomunistas y (de) la petición de facilitarnos la venta de dieciséis aviones de combate, para evitar (que) cayese el Occidente en el comunismo. Hemos de recordar que el avión que me trajo de Canarias a Marruecos fue un avión inglés alquilado, Dragón, en Inglaterra, y los dos, piloto y mecánico, ingleses. Ya entonces preveíamos lo que iba a pasar en Europa con el comunismo» [2].

[1] Franco, como otros altos cargos del ministerio, tuvo contactos en septiembre de 1935 con el barón Friedrich von Lupin, venido a España para negociar contratos. A. Viñas, *op. cit.*, pág. 106. Pero no existe ningún indicio de que haya tenido la menor relación con Canaris y la Abwehr. Un contacto indirecto entre Gil Robles y Canaris pudo existir por medio del financiero bilbaíno Pedro Gandarias; se trata, en todo caso, de negocios con la Deutsche Zeppelin de Frankfurt *(Ibidem,* págs. 100-101). Hay datos importantes sobre esta cuestión en Gerhard L. Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany*. Chicago, 1970, págs. 285 y ss.

La muerte del general Sanjurjo, fotografiado con las múltiples condecoraciones que ganó en su vida militar, dejó a Mola como cabeza visible del Alzamiento. De acuerdo con Cabanellas, de superior jerarquía militar, Mola constituyó la Junta Nacional de Defensa, que asumió el gobierno del territorio que controlaban y reclamó la representación de España ante las potencias extranjeras como único gobierno legítimo. Franco se incorporó a la Junta el 30 de julio; el 25, este organismo le había nombrado jefe del Ejército de Marruecos y del sur de España.

La barcelonesa plaza de Cataluña, donde se libraron los combates decisivos entre los sublevados y las fuerzas afectas al gobierno, aparece cubierta de cadáveres. Fotógrafos como el catalán Centelles —autor de esta imagen— o el madrileño Alfonso reflejaron muy bien el ambiente de estos días. Más tarde llegaron los corresponsales extranjeros.

Primeros contactos con Alemania

El protagonismo de Franco se vería inesperadamente aumentado al producirse, el 20 de julio, la muerte de Sanjurjo en un accidente aéreo cuando salía de un pequeño aeropuerto cercano a Lisboa. Desde Tetuán, el futuro Generalísimo ordenó a Orgaz que se incautara del bimotor de la Lufthansa que acababa de llegar a Canarias y se viniese con él a Marruecos: cabe suponer que estuviese pensando en la necesidad de una comunicación directa con Alemania. El 21 recibió a un financiero alemán establecido desde antiguo en el Protectorado, Johannes Bernhardt, que no era persona grata en la Wilhelmstrasse [3], pero cuyas relaciones con Adolf Langenheim, *ortsgruppenführer* nazi en Marruecos, podían ser muy eficaces para abrir puertas de comunicación con el partido [4]. Bernhardt se ofreció ya en este momento para realizar una gestión personal en Alemania: obraba, sin duda, como hombre de negocios, con la esperanza de obtener ventajas económicas y seguramente también políticas.

Franco no se decidió a aceptar los ofrecimientos en la primera entrevista y prefirió que el coronel Juan Beigbeder, antiguo agregado militar en Berlín, restableciese los contactos con el general Enrich Küllental, ofreciendo la reanudación de las negociaciones para la compra de armas. El 22 de julio se envió un telegrama, pero, consultada la Wilhelmstrasse, ésta opuso una rotunda negativa. Franco informó a Mola que no se sorprendió en absoluto: a través de sus contactos con el agente Veltjens conocía la oposición alemana al movimiento español. Al mismo tiempo, el jefe del Ejército de Africa decidía aceptar las ofertas de Bernhardt.

Por su parte, el gobierno de la República había hecho inmediatas gestiones para conseguir la venta de armas, en especial para su aviación. Dejando por ahora aparte la decisión soviética, a través de la Komintern, hay que señalar las peticiones en Francia, el Reino Unido y Alemania. Contaba con la ventaja de disponer de las reservas de oro y plata, que eran muy cuantiosas. El gobierno de París anunció al de Madrid en una fecha muy temprana, en todo caso antes del 23 de julio, que daría apoyo y armas a la República. Por su parte, el gobierno británico, cuyo interés económico fundamental se centraba en Bilbao y su entorno, conocida la actitud de los nacionalistas vascos, decidió encerrarse en estricta neutralidad.

El 3 de agosto de 1936, el gobierno de la República pasó un pedido de aviones de bombardeo a la Federación Alemana de Industria Aeronáutica; tres días más tarde una misión presidida por el teniente coronel Luis Riaño, a quien acompañaba el representante de la firma en España, Hans Sturm, llegó a Berlín. Permaneció en la capital alemana hasta el 18 de agosto sin lograr el contrato, porque, no habiéndose interferido en este caso el partido, las instrucciones negativas de Konstantin von Neurath, ministro de Asuntos Exteriores, se cumplieron.

---

[2] A.F.F., leg. 30, núm. 49.

[3] Fue Sáez de Buruaga quien puso a Bernhardt en relación con Franco. La dificultad mayor era que éste tan sólo podía disponer de 12 millones de pesetas (unos cuatro millones de marcos) depositados en el Banco de Tetuán. Era muy poco. Wilfred von Oven, *Hitler und der Spanische Bürgerkrieg. Mission und Schicksal der Legion Condor.* Tubingen, 1968, págs. 138-143.

[4] Bernhardt contaba entonces 39 años de edad y estaba casado con la hija de un antiguo cónsul alemán en Argentina. Hablaba correctamente el español. Tras una breve etapa de prosperidad en Hamburgo se arruinó a causa de la crisis de 1929. En Marruecos se hallaba en calidad da empleado de la casa H. Tönies. Tenía experiencia en los negocios. Pertenecía al Partido Nacional-Socialista, como muchos de los alemanes residentes en el extranjero. El jefe de quien dependía era precisamente Langenheim, que se dedicaba a prospecciones mineras y, según la prensa francesa, al espionaje. Importantes datos en A. Viñas, *La Alemania nazi...*, págs. 276-294.

Las fuerzas del gobierno —en la fotografía, el paso por la Puerta del Sol de un grupo de milicianos, entre el entusiasmo de las gentes— organizaron una serie de columnas que, al mando de los generales Riquelme y Bernal y de los coroneles Puigdéndolas y Castillo, partieron hacia Toledo, Somosierra, Alcalá de Henares y Guadarrama, para liquidar los focos rebeldes en Toledo, Alcalá y Guadalajara y frenar las columnas de Navarra, Burgos y Valladolid, a las que requetés y falangistas daban un aire peculiar. En el otro bando eran los milicianos los que acompañaban a las columnas, con espíritu excursionista que a muchos costó la vida; para ellos «ir a la sierra y pegar unos tiros» tenía un cierto aire festivo que irritaba a los jefes de la tropa, incapaces muchas veces de saber el número de hombres a sus órdenes, tal era el ir y venir de los voluntarios. Esta situación no duró mucho, sin embargo: muy pronto la guerra se encargó de convertirlos en auténticos soldados, sometiéndolos a campañas tan duras como la del Norte.

II. El «pecado original» de Franco

Los primeros emisarios que llegaron a Roma, Luis Bolín y Juan Ignacio Luca de Tena, se encontraron con una rotunda negativa: el 21 de julio, Mussolini ordenó que se dijera a los españoles que Italia podía venderles algunos aviones, pero en las condiciones ordinarias de pago al contado, embalaje de piezas desmontadas y transporte marítimo.

Esto no resolvía las angustiosas necesidades de Franco, que estaba proyectando ya un puente aéreo para el traslado de sus hombres a la península. Siguiendo el consejo que le diera el conde Ciano, Luca de Tena decidió viajar a Metternich, el castillo bohemio en donde residía, desde hacía algunos meses, el rey Alfonso XIII, pues el monarca era quien podía garantizar que los compromisos de 1934 seguían vigentes [5].

Esto mismo pensaban Mola y sus consejeros. El 22 de julio se tuvo en Pamplona una reunión de urgencia y se habló francamente de la gravedad de la situación. Con un gobierno en Francia dispuesto a apoyar al de Madrid, las unidades alzadas podían encontrarse en condiciones de inferioridad material insuperables. Antonio Goicoechea, acompañado por Luis Zunzunegui y Pedro Sainz Rodríguez, se trasladaron a Roma. Dificultades propias de aquel momento hicieron que no llegaran a la capital italiana hasta el 24 de julio. Simultáneamente Mola enviaba al marqués de Valdeiglesias a Berlín. La iniciativa diplomática parecía hallarse enteramente en manos de monárquicos alfonsinos.

La noticia de que el gobierno francés había decidido abrir sus mercados de armas al de la República española acabó con la reticencia del Duce, a quien de ningún modo convenía la instalación en la península de una influencia francesa: dio su permiso para que los doce aviones comprados por los nacionales, y que Juan March pagó el 27 ó 28 de julio, fuesen conducidos por tripulantes italianos sin uniforme hasta los aeropuertos de Marruecos. Salieron el 30 de julio de la base de Elmas, en Cerdeña. La expedición estuvo tan mal preparada que sólo nueve aparatos consiguieron llegar a su destino; uno cayó al mar y otros dos tomaron tierra por error en la zona francesa del protectorado y fueron internados. La noticia fue aireada con escándalo por ciertos sectores de la prensa internacional.

En las negociaciones con Italia se manifestó abiertamente el compromiso de los monárquicos alfonsinos, y del propio rey, con el Movimiento. Más adelante algunos de ellos se sentirían defraudados porque éste no hubiese operado de inmediato la Restauración [6].

En las negociaciones para la reconciliación con los carlistas se había manejado una propuesta: la de reconocer al tercer

▲ ***En Barcelona, y en general en toda Cataluña, el esfuerzo de guerra se aglutinó en torno al Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, organismo paritario, aunque dominado por la CNT-FAI, que organizó varias columnas que se dirigieron al frente de Aragón al mando de Durruti, Ortiz, García Oliver y el teniente coronel Pérez Salas; en estas cuatro columnas principales se integraron otras, menores, que gozaron de gran autonomía. En la fotografía, un momento del desfile por la plaza de Cataluña de fuerzas de la columna Durruti, que salió para Aragón el día 23 de julio. Las tres capitales aragonesas habían quedado en manos de los rebeldes. Como en todas las fotos similares, el número de los que asisten como espectadores es muy superior al de los que se suben a los camiones.***

▲ ***Un local barcelonés requisado por Esquerra Republicana de Cataluña, el partido de Lluís Companys, para establecer un centro de reclutamiento. La idea inicial del Comité era la de que las milicias no tuvieran signo partidista, sino fundamentalmente «antifascista», pero el sectarismo se impuso y pronto aparecieron las de partido o sindicato. A la Esquerra le resultó difícil conseguir autorización para formar sus propias unidades.***

hijo de don Alfonso, el infante don Juan, como heredero de los derechos de ambas ramas. El 31 de julio del año 1936, este infante cruzó la frontera de Navarra, acompañado por un grupo de amigos, con la intención de incorporarse a las tropas que combatían en el frente contra las fuerzas de la República.

Don Juan no pudo pasar de Aranda de Duero: un capitán de la Guardia Civil le transmitió la orden de Mola para que regresara a Francia porque «debe ser otra la forma en que vuestra alteza entre en España» [7]. Es indudable que Mola no quería que se produjese en sus filas ninguna manifestación de monarquismo; la presencia de don Juan podía ser fuente de conflictos, y eso era algo que no quería permitir en plena guerra.

Misión en Berlín

Sucedió que las gestiones realizadas por Franco en Alemania dieron resultado, mientras fracasaban las del marqués de Valdeiglesias: aquéllas se produjeron a través de los canales del partido y éstas tan sólo por medios oficiales. El 22 de julio, en Tetuán, el general Franco celebró una segunda entrevista con Bernhardt en la cual se tomaron dos decisiones: enviar

---

[5] J. I. Luca de Tena, *Mis amigos muertos*. Barcelona. 1971, pág. 25.

[6] Mussolini era hostil a la República española por la ayuda prestada a los antifascistas. Sospechaba además o conocía la existencia de un pacto secreto entre España y Francia. Esta era precisamente la doble condición que esperaba obtener de su ayuda, y así se le había prometido en 1934: de ahí su insistencia en la renovación de este pacto. John F. Coverdale, *La intervención fascista en la guerra civil española*. Madrid, 1979, págs. 52-63.

[7] Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la Monarquía*. Barcelona, 1976, págs. 12-13.

JOSE CALVO SOTELO

(Tuy, 1893-Madrid, 1936)

Cuando la noche del 13 de julio de 1936 fue sacado de su domicilio en Madrid y asesinado de dos balazos en la cabeza, por un grupo de guardias de asalto que estaban de servicio, Calvo Sotelo tenía cuarenta y tres años, una gran vitalidad y plena dedicación a la tarea política de enfrentarse por todos los medios, no ya a la coalición frentepopulista mayoritaria en el parlamento, sino incluso al régimen republicano mismo.

Para Calvo Sotelo, así como para muchos otros españoles partidarios de organizaciones políticas de derecha, la situación vivida durante la primavera de 1936 conducía inexorablemente, y a plazo no muy largo, a una revolución social semejante a la realizada en Rusia veinte años antes.

Acuciado por este temor, Calvo Sotelo dedicó su enorme energía y brillante inteligencia a la actividad contrarrevolucionaria, batallando en el parlamento y en la prensa.

Calvo Sotelo permaneció en el exilio entre 1931 y 1934. Llegó a formar parte del equipo dirigente del partido monárquico alfonsino Renovación Española y ayudó a ganar la voluntad de Mussolini para apoyar un hipotético golpe de estado antirrepublicano en España.

Frente a la ambigüedad política del más destacado dirigente de la derecha española antes de las elecciones de 1936 —José María Gil Robles—, Calvo Sotelo consiguió atraer hacia su perso-

na la enemiga de toda la izquierda, a causa de sus ataques al sistema republicano.

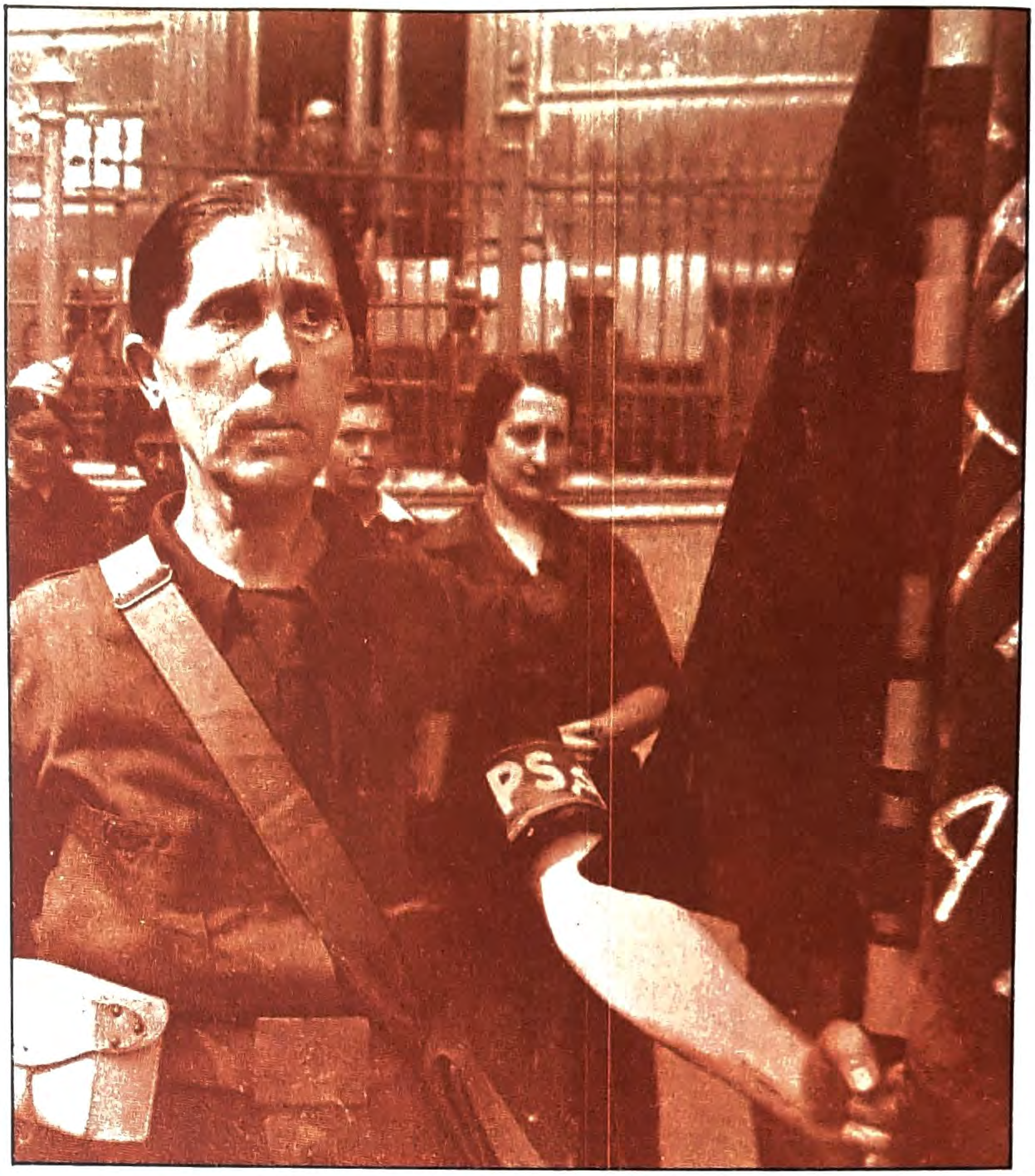
Poco antes de su muerte violenta, en la dura sesión de las Cortes del 17 de junio, Calvo Sotelo había declarado públicamente su opción por el fascismo como forma de organizar la sociedad española.

José Calvo Sotelo, hijo de un magistrado que cambiaba con frecuencia de destino, había estudiado Derecho en Zaragoza y Madrid, y ganado, poco después, con el número uno, la difícil oposición de abogado del Estado. Miguel Primo de Rivera le nombró ministro antes de cumplir treinta y tres años; su actividad de gobierno produjo innovaciones tan importantes como el Estatuto municipal, todavía vigente, la creación del Banco Exterior de España y, sobre todo, la monopolización del negocio del petróleo —origen de la CAMPSA—. Sin embargo, ninguna de sus medidas de política económica pudo evitar que se dejasen sentir en España los efectos de la crisis económica mundial a finales de los años veinte y que fue uno de los grandes problemas heredados del régimen anterior por la República.

Calvo Sotelo vivió la República como un exiliado excepcional desde el día antes de proclamarse.

A pesar de haber sido elegido diputado en las Constituyentes de 1931 y reelegido en 1933, no volvió a España hasta que la mayoría derechista otorgó la amnistía.

Aun exiliado, fue desposeído de la inmunidad parlamentaria en junio de 1932 para responder de su gestión como ministro de Hacienda de la Dictadura.



Al principio de la guerra, algunas mujeres se incorporaron activamente a la lucha. En el bando republicano, y sobre todo en Madrid, milicianas como la de la fotografía marchan junto a los hombres a los frentes de combate, pero su presencia en ellos no será duradera y pronto regresarán a sus puestos tradicionales de esposas, madres o enfermeras de los combatientes, a los que también sustituyen en los lugares de trabajo. Esta incorporación al mundo laboral fue uno de los mayores impactos en la sociedad española.

una delegación especial a Alemania para intentar el contacto con el Führer y constituir una empresa que pudiera canalizar las compras, los créditos y los pagos. Fue, al parecer, el mismo Franco quien propuso el título de Hispano-Marroquí (HISMA).

No esperaba ni pretendía el mando nacional una ayuda gratuita del III Reich, pues no se trataba, como en el caso de la Komintern, de ayudar a un partido afín, sino de sostener la lucha contra el marxismo, enemigo común. En el momento de decidirse el envío de la misión aún se desconocía la negativa final de la Wilhelmstrasse, que no se produjo hasta el 23 de julio.

La misión estaba compuesta por cuatro personas: Francisco Arranz, oficial de aviación; Bernhardt; Langenheim, y Alfred Henke, piloto del avión de Lufthansa *Max von Müller*, que iba a ser empleado para el transporte [8].

Costó mucho trabajo convencer a Langenheim —cuya presencia en la misión era juzgada indispensable, pues se trataba de conectar con el Partido— y mucho más todavía al piloto Henke que, en su cólera, llegó a calificar a Franco de «Räubergeneral», pero finalmente el *Max von Müller* despegó del aeropuerto de Tetuán a las cinco y media de la tarde del 23 de julio. Tras efectuar escalas en Sevilla, Marsella y Stuttgart, llegó a Berlín casi en la noche del 24. La actitud negativa del Ministerio de Asuntos Exteriores no cambió [9]: Sin embargo, Canaris, jefe de la Abwehr, se mostraba inclinado a sostener la causa de Franco por razones de estrategia internacional. No quedaba otro recurso que acudir al Führer.

Ninguno de los altos dignatarios del partido se encontraba en estos momentos en Berlín: acompañaban a Adolfo Hitler en los festivales de Wagner en Bayreuth, que habían llegado a convertirse en una especie de rito. Los cuatro enviados de Franco lograron entrevistarse con Rudolf Hess; éste se encargó de gestionar una audiencia del Führer, en un descanso de las maratonianas representaciones (26 de julio de

1936). En definitiva ha sido Adolfo Hitler quien, personalmente, tomó la decisión de que debían proporcionarse a Franco las armas que necesitaba abriéndosele un crédito. Aquel mismo día, que era domingo, se constituyó en Berlín un organismo, «Sonderstab W», bajo directo control de Goering. Tal fue el primer éxito de Franco: había conseguido que se le abriese el más importante mercado europeo de material de guerra en condiciones de pago diferido que, si se usaban con prudencia, le permitirían el equipamiento del Ejército.

Goering ordenó a Langenheim que regresara inmediatamente a Tetuán para obtener de Franco garantías de pago, según éste ofreciera en su carta: se iba a abrir un crédito, pero debía quedar bien entendido que se trataba de una inversión y no de un regalo. Desde este momento, las autoridades alemanas consideraron al general del Ejército de Africa —así es como Franco se presentaba— único interlocutor válido. Langenheim había dicho en Berlín que el próximo gobierno de España sería un directorio militar de tres personas, Queipo, Mola y Franco, pero bajo la presidencia de este último, y que esto lo sabía por boca del mismo. El modesto *ortsgruppenleiter* de Marruecos, proyectado por inesperadas circunstancias al protagonismo internacional, completaba su informe diciendo que, en tal caso, las relaciones comerciales, culturales y militares entre España y el Reich se desarrollarían sobre un plano de absoluta coincidencia [10].

Este fue el «pecado original» de Franco, como lo califica, no sin cierto sentido del humor, Brian Crozier: haber podido obtener en Alemania las armas que en otro lugar se le negaban mientras eran ofrecidas a sus enemigos. Hemos visto cómo el gobierno del Frente Popular tampoco hubiera rechazado los aviones alemanes si hubiera podido obtenerlos. Franco consideró siempre como una gran injusticia las acusaciones que contra él se formularon por esta causa.

---

[8] W. von Oven, *op. cit.*, págs. 152-154, ha recogido del propio Bernhardt la noticia de que éste era portador de una carta de Franco a Hitler, en español. En ella solicitaba 10 aviones de transporte de la mayor capacidad posible, para el envío de tropas a la península, 20 cañones antiaéreos de 20 mm, 6 aviones de caza Heinkel, ametralladoras, fusiles y bombas de aviación.

[9] Véase el informe de Dieckhoff del 25 de julio de 1936, que zanjaba definitivamente la cuestión desde el punto de vista del Ministerio de Asuntos Exteriores. *Wilhelmstrasse,* III, pág. 7.

[10] *Wilhelmstrasse,* III, pág. 11.

El dirigente anarquista Buenaventura Durruti marcha —en coche descapotable— al mando de una columna de camiones hacia el frente de Aragón. En cada pueblo conquistado los cenetistas proclaman el «comunismo libertario», tras juzgar a los terratenientes locales y establecer colectividades agrícolas entre los campesinos. Esta táctica de «aprovechar la guerra para hacer la revolución» fue luego duramente combatida por republicanos, comunistas y socialistas, que pensaban que lo correcto era ganar primero la guerra y hacer después la revolución.

Bandera de combate de la columna Lenin, del POUM, que formaba parte de la 3.ª Catalana y que, al mando de José Rovira y Jordi Arquer, se dirigió al frente de Huesca. Allí permaneció hasta que, transformada en 29 división del Ejército Popular de la República, fue disuelta en junio de 1937, víctima de la furia persecutoria que en la Unión Soviética se había desatado contra los disidentes y en especial contra los sospechosos de simpatizar con el trotskismo. Las purgas moscovitas tuvieron un violento reflejo en España, donde el POUM fue acusado de estar en connivencia con Franco tras las violentas jornadas de mayo en Barcelona. José Rovira fue llamado a Barcelona y detenido; Andrés Nin, máximo dirigente del partido, fue asesinado por la policía secreta. El escritor George Orwell reflejó el ambiente de aquellos días en su obra Homenaje a Cataluña.

III. La posición ideológica inicial de Franco

Las relaciones especiales de amistad que, como consecuencia de esta ayuda, se establecieron entre el nuevo Régimen español y los gobiernos de Alemania e Italia, han servido después como base argumental en la definición del Alzamiento militar de 1936 como un movimiento fascista o nacionalsocialista. Y no sólo de ese modo genérico, como los marxistas denominan fascista a todo aquel que no se acomoda a su propia política, sino del específico que supone una filiación respecto a Alemania e Italia. Dos hechos me parece que se encuentran suficientemente probados por historiadores que no pueden ser tachados de complacientes con el Régimen: ni en la preparación ni en el desencadenamiento de la sublevación militar hubo intervención alguna de dichos países; la decisión alemana de prestar ayuda fue, en todo caso, posterior a las decisiones en idéntico sentido de Francia y de la Unión Soviética. Salas Larrazábal añade, como tercer dato, que las aportaciones en hombres y material fueron mucho mayores en la zona republicana que en la nacional [11].

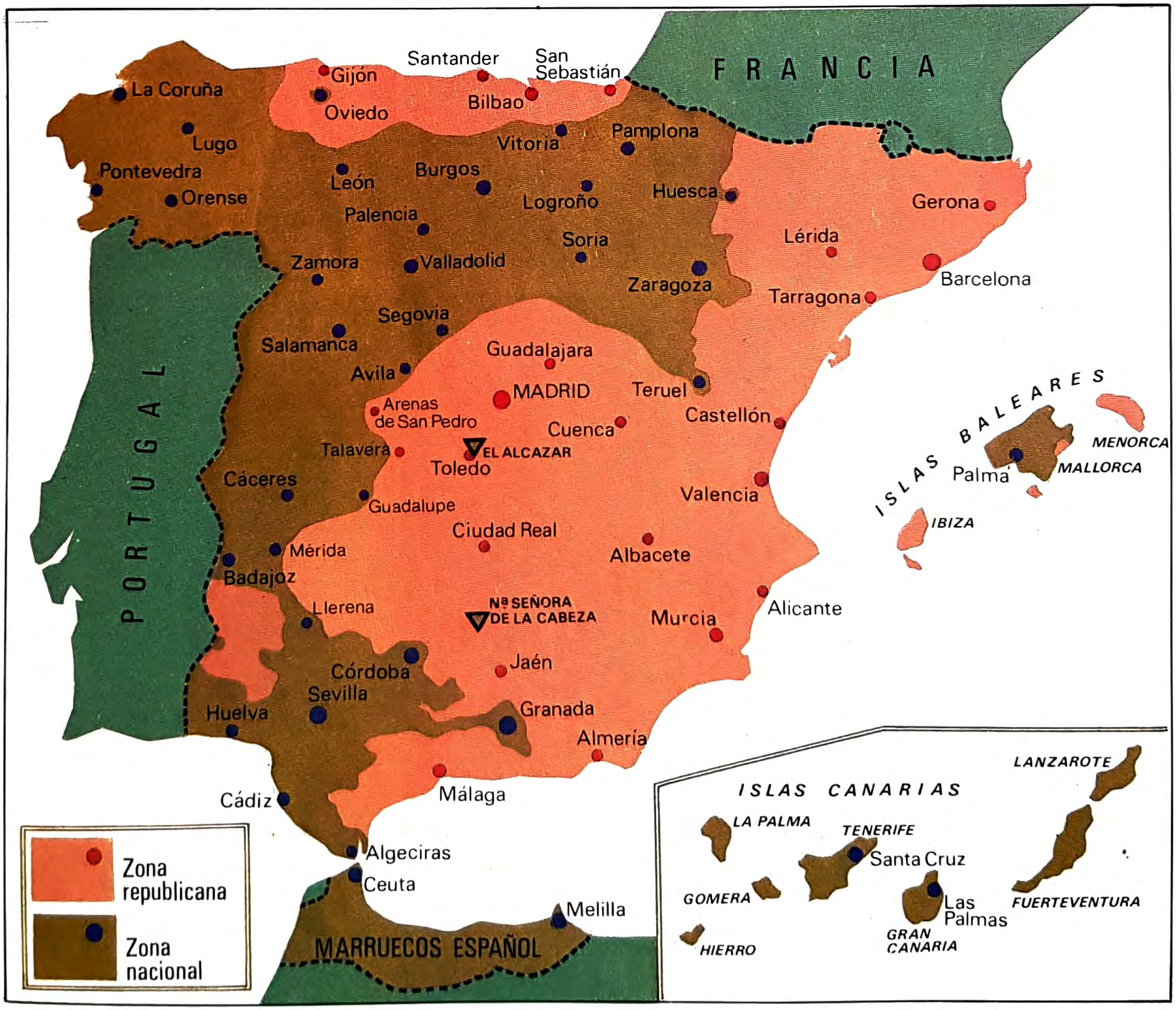
El primer pedido a Alemania estaba formado por 20 aviones comerciales y 6 aviones de caza Heinkel 51. Con anterioridad Francia había aceptado servir 20 bombarderos al gobierno de Madrid.

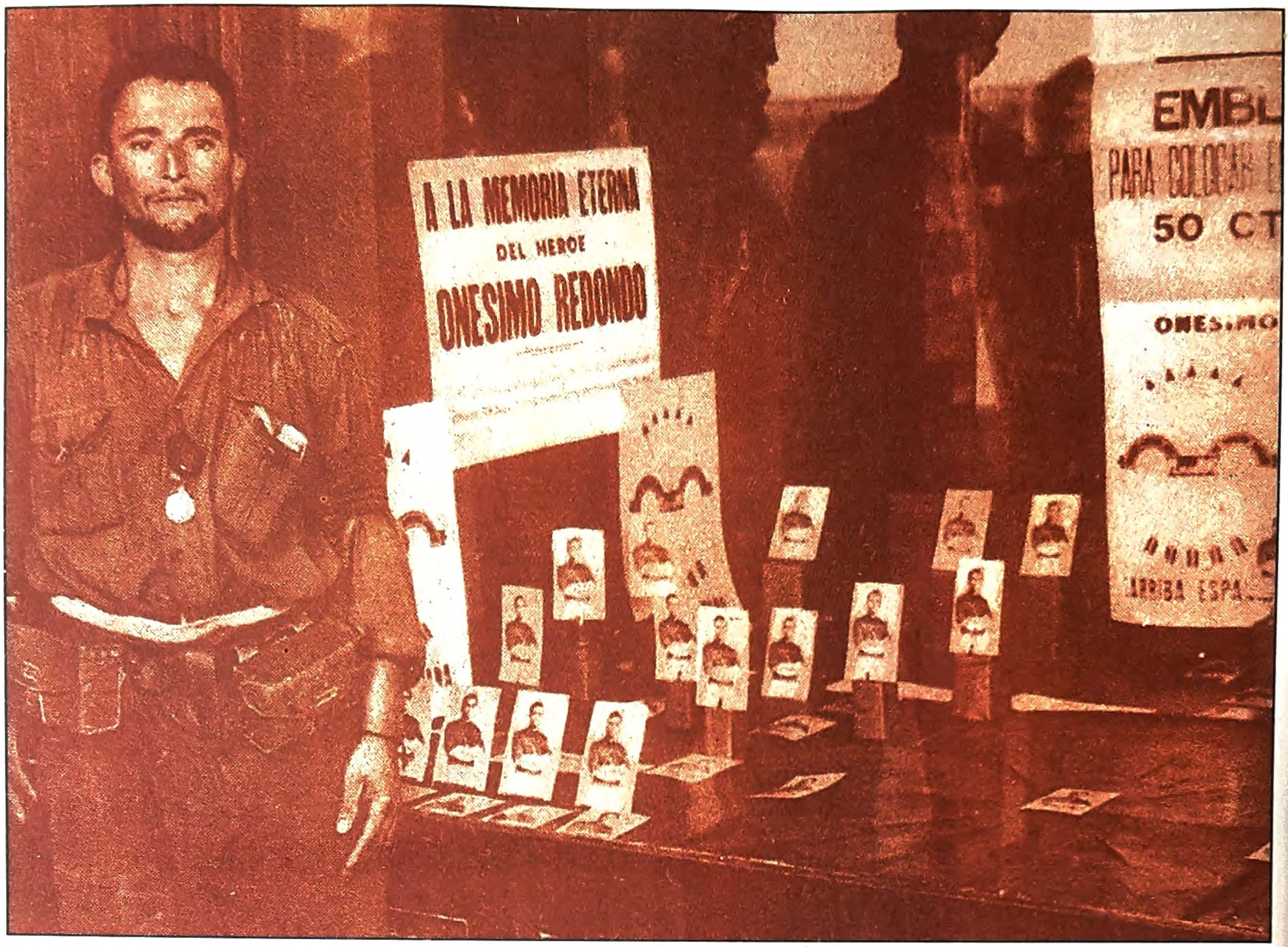
El Movimiento Nacional

El 21 de julio de 1936, apenas tres días después del Alzamiento, el Presidium del Soviet Supremo de la URSS tomó el acuerdo de prestar toda la ayuda posible al gobierno de Madrid, constituyendo de inmediato un depósito de 1.000 millones de francos y una fuerza operativa de 5.000 hombres.

[11] Esta es la tesis que desarrolla, como veremos, R. Salas Larrazábal, *Las cifras exactas de la guerra civil*. Madrid, 1980.

Este mapa, que recoge las posiciones de ambos bandos de la guerra civil a finales de agosto de 1936, muestra la dramática división del país. La práctica desaparición del ejército regular, diluido en las milicias, impidió a la República consolidar su ventaja inicial y contraatacar ante los rapidísimos avances del ejército expedicionario de Franco, cuyas columnas llegaron en noviembre a Madrid, tras liberar del asedio al Alcázar de Toledo.





Un falangista posa ante el escaparate de una tienda de Valladolid donde se venden recuerdos conmemorativos del líder de las JONS, Onésimo Redondo, muerto por una patrulla de milicianos de la columna Mangada en Labajos (Segovia), el 24 de julio de 1936. Al parecer, los ocupantes del automóvil del dirigente falangista, que se dirigía al frente del Guadarrama, confundieron la bandera roja y negra de los anarquistas con la también roja y negra (aunque de formato distinto) de Falange, y no dieron marcha atrás a tiempo. Fueron alcanzados por el fuego republicano.

Los escritores franceses André Malraux (izquierda) y Jean Cassou (centro) fueron partidarios de la República. Malraux, que mucho después llegó a ser ministro del general De Gaulle, estaba en esta época muy próximo a las tesis comunistas. Una de sus novelas, La esperanza, centra su argumento en la guerra civil.

Por eso resulta de absoluta necesidad acudir a las palabras de que se vale Franco en estos postrimeros días de julio de 1936 para explicar su obra. En una alocución radiada el 21 por la emisora de Tetuán, utilizó exclusivamente el término «movimiento nacional», una expresión que tomaría luego carta de naturaleza en la prensa y los discursos. Los rasgos esenciales que atribuía a dicho Movimiento Nacional fueron explicados en una proclama que

publicó *ABC* de Sevilla dos fechas más tarde [12]. Completando este documento con algunas otras intervenciones inmediatamente posteriores, podemos establecer una especie de programa inicial, en cuatro partes.

a. En primer término quería Franco dejar muy claramente establecida cuál era la naturaleza del movimiento militar comenzando el 18 de julio, al cual calificó de «una cruzada en defensa de España». No se utilizan todavía mayúsculas, como se hará más tarde, ni se invoca un especial sentimiento religioso. «No se trata de un movimiento militar, o de clase —insiste—: se trata de la vida de España». La amenaza que ha surgido contra España es el marxismo, que destruye inexorablemente los valores morales de la persona, la dignidad del hombre, el sentido de la patria y la fe en Dios, que constituyen el más preciado patrimonio de los españoles. En estas horas iniciales no se percibe ni el más ligero vislumbre del monarquismo que manifestará luego: «éste es un movimiento nacional, español y republicano, que salvará a España del caos en que pretendían hundirla». Hay, pues, perfecto sincronismo entre lo que sostienen Franco, Queipo y Mola, como se había acordado.

Franco apuntaba, desde la raíz misma del Movimiento Nacional, a concebir la guerra como una defensa frente al comunismo. Se trata de una tesis que ha sido posteriormente incorporada a su obra de gobierno, pero que, como hemos tenido ocasión de explicar, se remonta en sus convicciones por lo menos a 1934: el mundo occidental, edificado sobre una amplia plataforma de civilización cristiana, se encuentra amenazado por la revolución marxista, de la que la URSS constituye el vehículo principal. «Todos tenéis el deber de cooperar en la lucha definitiva entre Rusia y España.»

b. Después de las elecciones de febrero, no quedaba otro medio para lograr la salvación de España que su reconquista en una guerra de liberación. No se pronuncia ni una sola palabra de disculpa por el levantamiento, de invitación al pacto o de reclamo histórico al consenso. José María Pemán, el gran poeta, comenzó a escribir por estos días su *Poema de la bestia y el ángel:* es una alusión al *Apocalipsis* de San Juan; en la lucha ya no caben distingos: o se adora a la bestia o se la combate. El Ejército ha hecho aquello que definitivamente podía hacerse: tomar las armas; porque la otra alternativa no era sino morir. No con la muerte física que alcanza a algunos, sino con la moral que lo destruye todo.

«El general Franco —decía la proclama— sin descanso prepara y asegura el desembarco de sus banderas y tabores.» No hay en esto mentira ni exageración, sólo propósitos: en las primeras jornadas después del Alzamiento, dos tabores de regulares y un escuadrón de caballería llegaron hasta Cádiz y Algeciras por mar, asegurando así la cabeza de puente, al principio precaria, puesto que Huelva obedecía al Frente Popular, y el enlace con Sevilla. El destructor *Churruca,* que tomara parte en esta operación, fue llevado después por sus tripulantes a Málaga, en donde los oficiales perecieron asesinados. Sin tomarse un descanso, Franco imaginó un nuevo medio para seguir enviando tropas, los aviones de transporte, pero de ningún modo interrumpió el tránsito.

c. La tercera parte consiste en señalar los objetivos del Movimiento Nacional. «Os engañan quienes os inculcan que va a retrocederse en los avances sociales.» En seguida se instala en primera persona para decir: «salimos los oficiales y soldados» de las clases modestas y no de las filas de los poderosos. De modo que lo que se ha emprendido «no es un movimiento en defensa de determinadas personas: al contrario, mira especialmente al bienestar de las clases obreras y humildes, así como de nues-

[12] R. La Cierva, *Francisco Franco* (1), I, págs. 470-471.

Entre los fotógrafos extranjeros que vinieron a España para captar con sus cámaras el conflicto, destaca Robert Capa, muerto luego en Indochina en 1952. Su foto del miliciano abatido por una bala enemiga se ha convertido, sin duda, en la más famosa de toda la guerra. Algunos historiadores han mostrado sus dudas sobre la autenticidad del documento, pero esto parece ya un asunto irresoluble y secundario a la vista del valor simbólico que ha adquirido la fotografía del reportero húngaro de la revista Life.

tra sacrificada clase media». Es el hijo de doña Pilar Bahamonde, austera, firme, resignada, quien asoma detrás de estas palabras.

No a la lucha de clases: ésta sería luego una de las preocupaciones esenciales de su Régimen. No, en definitiva, a la victoria de una clase sobre la otra; estaba pidiendo un cambio radical en el sentido de la marcha. No se trata simplemente de superar las contradicciones internas del capitalismo, como preconizaba Keynes, ni tampoco de implantar el socialismo de Estado, como apuntaban los nazis. Cuando el 28 de agosto de 1936 —volveremos sobre este punto— se detiene la reforma agraria, como contrapartida de las ocupaciones masivas de tierra decretadas por el Frente Popular, que causaron la ruina económica de los campos y fueron una de las causas fundamentales del hambre en la otra zona, Franco no estaba discutiendo el principio de justicia social implícito en el asentamiento del trabajador, sino que quería introducir un cambio en la filosofía del sistema, preconizando la colonización como alternativa al despojo, reparto o comunidad. Colonizar significará, en los años siguientes, no sólo instalar como propietarios a cultivadores que no lo eran, sino producir más, en mejores condiciones y, en muchos lugares, concentrar parcelas. Porque la sociedad agrícola española no sólo padecía las taras del latifundio, sino también las del minifundio.

d. En Ceuta, durante una improvisada alocución, Franco encontró una frase que respondía al cuarto concepto fundamental, y que sin duda consideró muy feliz a juzgar por el número de veces que más tarde la utilizaría: «ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan». Lejana meta, que resultaba entonces prácticamente inalcanzable, pero que señalaba también un cambio en los objetivos fundamentales del Estado: frente a las libertades formales afirmaba que había que levantar un conjunto de libertades reales que empiezan con un trabajo estable y una casa honesta.

Pero esto implicaba que la tarea de distribuir tenía que realizarse después de la de producir y no antes: para poder repartir alguna cosa que no fuese la inveterada miseria, había que llegar a poseerla.

«Con nosotros —tal era su solemne promesa final— van el bienestar y la paz de España.» En las horas sombrías de 1941 o en las optimistas de la década de 1960, cuando el país ascendía por las rampas del desarrollo, estas palabras cobraron para adversarios o amigos el principal relieve, oscureciendo a otras que quedaban atrás y que eran seguramente más importantes en la conciencia de Franco. ¿Argumento de propaganda? Yo no lo creo así. Pienso más bien que se estaba buscando la contraposición ideológica a lo que, al otro lado de las trincheras, venían ofreciendo, pues allí familia, religión y patria eran conceptos prohibidos y perseguidos.

▲
El coronel Moscardó, director de la Escuela Central de Gimnasia y comandante militar accidental de Toledo, se negó a enviar a Madrid las municiones que le solicitó el ministerio. Se colocaba así frente al gobierno. Concentró luego sus fuerzas y, junto a los guardias civiles que mandaba el teniente coronel Romero Bassart, declaró el estado de guerra y ocupó la ciudad. Contra él se dirigió una columna al mando del general Riquelme, y Moscardó optó por hacerse fuerte en el Alcázar —sede de la Academia de Infantería— al frente de unas 1.350 personas, de las que aproximadamente mil eran combatientes, en una decisión propia de la vieja escuela militar.

La guerra civil española tuvo, desde el primer momento y por debajo de circunstancias coyunturales, un tono de disyuntiva ética a la que no podía ser ajeno el cristianismo. Así lo mostró muy pronto el cardenal Gomá en sus informes al cardenal secretario de Estado, Eugenio Pacelli: en un bando los católicos eran protegidos, alentados e incluso solicitados; en el otro destruidos. Es posible que los nacionales exageraran en un sentido su patriotismo, pero los frentepopulistas lo hacían también en el otro. Eran dos Españas tan diferentes, que una hizo del ¡Arriba España! su grito de guerra, mientras que la otra castigaba con dureza a quien se atreviese a gritar ¡Viva España!

Y mientras tanto Franco tenía ante sí una empresa difícil: ganar la guerra.

IV. El paso del Estrecho

Los nacionales necesitaban reunir cuanto antes sus tres zonas en una sola, asegurando las comunicaciones interiores; pero esto significaba la apertura del Estrecho, bloqueado por la flota republicana. No era suficiente el trasvase aéreo de las fuerzas de Africa. Aunque el famoso grito lanzado por la Pasionaria el 19 de julio, ¡no pasarán!, se refería al Alzamiento tomado en su conjunto y no al cruce del Estrecho, la propaganda en ambos bandos lo pondría en relación con este hecho. Navegar desde Ceuta a Algeciras sería demostración de la existencia de un camino.

El 21 de julio de 1936 el Diario Oficial de Madrid publicaba los decretos de destitución de todos los generales implicados en el Alzamiento. Es significativo que Franco ocupase el primer lugar en la lista. Como antiguo jefe del Estado Mayor, la distinción resulta lógica. Pero era un paso más que contribuía a que se perfilara su persona como la más importante del Movimiento. Mola respondió al gesto del gobierno constituyendo una Junta de Defensa que presidió Miguel Cabanellas, por ser el general de mayor antigüedad y superior mando, y en la que entraron también los generales Saliquet, Ponte y Dávila, y los coroneles Montaner y Moreno Calderón. Se sobreentendía seguramente que Queipo de Llano y Franco entrarían a formar parte de ella en el momento en que se uniesen las tres zonas y el desplazamiento interior se facilitase. Una de las primeras decisiones de la Junta consistió en nombrar a Franco jefe de las fuerzas en el frente sur.

Para confirmar el reconocimiento de sus cualidades, necesitaba Franco cumplir con éxito aquellas dos operaciones de las que en definitiva dependía la suerte del Movimiento militar: llevar al Ejército de Africa a la península y ensamblar luego las dos mitades, norte y sur, en que se dividía el territorio dominado por los nacionales. Sin descuidar los transportes aéreos, decidió atravesar en barcos el brazo de mar que separa los dos continentes. El paso del Estrecho llegó a convertirse en una obsesión: «tengo que pasar, y pasaré», repetía con frecuencia. Pero frente a la poderosa flota rival, que utilizaba el puerto de Tánger como una base, y había recibido refuerzos, él disponia tan sólo de un cañonero, *Dato*, el torpedero *T-19* y un guardacostas, *Uad Kert*, a los que en todo caso podría añadir algunos mercantes deficientemente armados. Franco comenzó protestando insistentemente ante la comisión internacional de control de Tánger por la presencia de barcos «piratas» que violaban la neutralidad, pero no consiguió hasta el 9 de agosto —cuatro días después del cruce del Estrecho— que se les ordenara abandonar el puerto y las aguas jurisdiccionales.

Antes, el 28 de julio, a bordo de un Fokker, Franco hizo el primer viaje a Sevilla, en donde la población le recibió con entusiasmo, como si fuera el jefe esperado. Con los primeros refuerzos enviados por aire, y las unidades de voluntarios y reclutas organizadas sobre la marcha [13], José Enrique Varela pudo derrotar a Miaja, abriendo las comunicaciones entre Córdoba y Granada. Franco envió a Mola un largo mensaje anunciando el primer éxito en la guerra, la consolidación del núcleo an-

[13] El puente aéreo crado por Franco transportó alrededor de 500 hombres diarios y entre julio y septiembre hizo pasar 13.000 hombres a la península. A. Kindelán, *Guerra de Liberación*. Madrid, 1961, pág. 365.

El socialista Francisco Largo Caballero observa, junto al general Asensio (de espaldas), el bombardeo del Alcázar de Toledo. Los sitiadores mantuvieron en la operación fuerzas que siempre superaron los dos mil hombres, emplearon artillería, aviación, minas y, en una ocasión, gases lacrimógenos, demostrando un evidente interés por acabar con el foco rebelde. Pero pagaron la constante interferencia entre el mando civil y el militar, la desorganización y el caos que reinó en sus filas.

daluz. Franco hizo en aquella ciudad solemne promesa de que los suyos cruzarían el Estrecho y regresó a Tetuán el 29 de julio, para dirigir la operación.

El primer puente aéreo de la historia

Por evidentes razones de prestigio militar, Franco estaba decidido a arriesgar el transporte por mar de una parte pequeña de su Ejército. El mismo día 29 de julio, apenas regresado de Sevilla, convocó a su despacho en Tetuán a los pocos oficiales de Marina con que contaba, para comunicarles este proyecto: sin duda alguna, todos estaban informados de que el puente aéreo había comenzado a funcionar de modo satisfactorio. Protestaron del riesgo: la superioridad numérica del enemigo era aplastante. Pero el general razonó de otro modo: esos barcos de guerra que tienen ahora los rojos están tripulados por asesinos, y los asesinos son siempre cobardes. Insistieron ellos en la protesta y les conminó: «no les he llamado para que me digan estas cosas, sino para comunicarles que el convoy de tropas y material debe pasar lo más pronto posible; y les aseguro que pasará» [14].

Sin embargo, conviene insistir una vez más que el envío del Ejército de Marruecos a la península se había dispuesto de otra manera, la misma que Hermann Goering adivinara al examinar el pedido de Franco. Por primera vez en la historia, utilizando al máximo dos docenas de aviones de pasajeros de capacidad muy limitada, se estableció una línea de comunicación que, sin accidentes —lo que resulta prodigioso—, trasladó, en dos meses y medio, en 868 vuelos, 13.952 hombres, 44 cañones, 92 ametralladoras y 500 toneladas de pertrechos. La guerra civil española presenció el uso abundante de aviones en ambos bandos. Cuando Mola, frenado en la sierra de Guadarrama y amenazado por una contraofensiva roja en Aragón, adonde llegaron fuerzas importantes después de la victoria del Frente Popular en Cataluña, se veía angustiado por la falta de municiones, el puente aéreo le proporcionó 600.000 cartuchos. Aunque nunca se diera noticia por razones explicables de seguridad, Franco empleó un avión durante toda la campaña como medio normal de transporte. Lo cual representó, en más de una ocasión, evidente riesgo.

Conforme pasaban los días, iba creciendo la importancia del general Franco. Todas sus decisiones resultaban certeras. No demostraba la menor vacilación en cuanto a los objetivos a alcanzar y, una vez señalados, nunca se le escapaba la victoria. Era como el reflejo de aquella buena fortuna de la que, muchos años antes, hablaran sus soldados marroquíes. Era, todavía más, el resultado de una preparación concienzuda durante largo tiempo. Pero en su conciencia —y este es un dato que no podemos desdeñar— se trataba de otra cosa, una «ayuda escandalosa de Dios. El ángel de la guarda está con nosotros» [15]. Hombre de fe, atribuyó una parte de sus éxitos a la Providencia; tal vez por esta razón, sabía conservar la serenidad.

El 1 de agosto, Franco comunicó a Mola que la marcha sobre Madrid iba a comenzar inmediatamente. En efecto, aquel mismo día, a las 2 de la tarde, firmó la orden para las tropas que iban a participar en ella. «Es imprescindible —les decía— una disciplina absoluta en el fuego. En cuanto

▲ ***La silueta del Alcázar se recorta contra el cielo de Toledo después de la explosión de una gran mina. El paso de los días aumenta la moral de los sitiados, que confían en la próxima llegada de los hombres de Yagüe. El rapidísimo avance del Ejército de Africa incrementa las esperanzas de Moscardó, al tiempo que hace crecer el nerviosismo entre los sitiadores. El día 20 de agosto, el ministro de la Guerra señala incluso un plazo de cuarenta y ocho horas para la toma del Alcázar.***

◀ ***Sentados y ataviados con el mono de milicianos, los líderes socialistas Francisco Largo Caballero (izquierda) y Wenceslao Carrillo, padre de Santiago Carrillo, entonces secretario de las Juventudes Socialistas Unificadas, posan junto a correligionarios y guardias de asalto en unos leños en el frente serrano del Guadarrama, armados de carabinas inapropiadas para el combate. Aunque todavía Largo Caballero no ha sido nombrado jefe de gobierno, es ya el indiscutible líder del Frente Popular.***

[14] Cl. Martin, *op. cit.*, págs. 191-192.

[15] A.F.F., leg. 30, núm. 49.

a la reducción de focos rebeldes se efectuará con energía, excluyendo la crueldad, respetando en absoluto a mujeres y niños y evitando toda clase de razzias» [16]. Es el lenguaje comedido de un jefe militar que sabe lo que es la guerra. Y no se trata de un manifiesto para publicar en la prensa, en donde serían explicables las concesiones, sino una orden militar que se comunica bajo el epígrafe de riguroso secreto. Su tono resulta diametralmente opuesto, por ejemplo, al de la famosa orden de las «alimañas», que comunicara en 1917 el general Burguete, que ahora, casi veinte años después, militaba en el bando opuesto.

La orden de Franco podría servir también para indicar el tránsito desde la primera a la segunda etapa del Movimiento, de la fase del alzamiento militar a la de guerra civil. Resulta muy significativo que, precisamente este mismo día, 1 de agosto de 1936, en declaraciones entregadas a la Agencia Havas, Indalecio Prieto coincidiese con la misma apreciación. De guerra, y guerra larga, se trataba.

«El Convoy de la Victoria»

Preparada para el día 2, y demorada luego para el 5, según revela la correspondencia entre Franco y Mola, la travesía marítima del Estrecho tuvo lugar en la tarde de este día. El convoy, con tres mil hombres y los pertrechos correspondientes, se había venido disponiendo en Ceuta. Hubo cierto aparato en torno a la operación, aumentando después con las informaciones de prensa. Franco subió primero al santuario de la Virgen de Africa para solicitar ante la imagen protección divina. Luego se trasladó al fuerte del Hacho, que iba a servirle de puesto de mando durante toda la operación: se hallaban con él dos ayudantes, un oficial de la Guardia Civil y el general Orgaz. Alfredo Kindelán, que, ostentando el curioso título de jefe del Aire —como Eolo, según bromearía luego—, tenía la responsabilidad de la cobertura aérea [17], llegó con la noticia de que el destructor *Lepanto* se hallaba anclado en Gibraltar. Franco encomendó al propio Kindelán que fuese a exigir del gobernador británico la expulsión del barco, que había entrado para reparar averías.

A las ocho de la tarde le pasaron la noticia: «el convoy de la victoria», nombre enfático que empleó la propaganda nacional se encontraba ya a salvo en los muelles de Algeciras. Franco se volvió hacia sus interlocutores y comentó: «se me ha pasado rápidamente el tiempo hablando con ustedes». Pero entonces, según cuenta un testigo presencial, alguien de los presentes no pudo contenerse y estalló: «a mí me han parecido las horas más largas de mi vida» [18].

A punto ya de abandonar definitivamente Africa, cerrando el capítulo más decisivo de su existencia, el general Franco, incorporado a la Junta de Defensa desde el día 3, tuvo una importante conversación con Kindelán, que le aseguraba que la guerra estaba ganada. «Conforme enteramente —me dijo el general—; no abrigo dudas sobre el triunfo, no las he abrigado un solo momento». Luego guardó silencio, durante unos minutos, y al fin añadió: «va a ser costoso y largo» [19]. Esta era la meditación profunda de quien, desde ese instante, se convertía en el primer general del Movimiento.

---

[16] R. La Cierva, *Francisco Franco* (1), I, págs. 475-476.

[17] Esta cobertura estaba formada por 5 Savoia, 3 trimotores Fokker, 2 hidroaviones, 2 cazas Nieuport y una escuadrilla de Breguet. R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, vol. I. Madrid, 1974, pág. 295.

[18] El relato de la operación ha sido tomado de L. Galinsoga y F. Franco Salgado, *Centinela de Occidente*, págs. 255-256.

[19] A. Kindelán, *Mis cuadernos...*, pág. 21.

La operación del paso a la península del aguerrido y experimentado ejército de Africa, con unos efectivos calculados de 30.247 hombres, fue la operación más decisiva de la guerra. Como la República domina el mar, más de la mitad de las tropas lo atraviesan por aire hasta que el 29 de septiembre los cruceros nacionales Canarias y Cervera controlan las aguas del estrecho. En la fotografía, moros de las tropas regulares junto a un JU-52 que les trasladará a la península.

Capítulo II

JEFE DEL GOBIERNO DEL ESTADO

I. La actitud inicial de la Iglesia española

EL 6 de agosto de 1936, dos obispos a los que se suele presentar como nada entusiastas del Movimiento: Marcelino Olaechea, que lo era de Pamplona, y Mateo Múgica, prelado de Vitoria, única diócesis entonces para las tres provincias Vascongadas, publicaron el primer documento eclesiástico en relación con la guerra. En la redacción de esta carta intervino, sin duda alguna, el cardenal Isidoro Gomá, arzobispo de Toledo, a quien el Alzamiento sorprendió cuando disfrutaba de unas cortas vacaciones en Tarazona, circunstancia que probablemente salvó su vida. En el documento, dirigido a los católicos de las diócesis vascas, y en especial a los nacionalistas, se les recordaba la imposibilidad de colaborar con un gobierno que se había declarado enemigo absoluto de la religión. En Bilbao se dijo que la carta era una falsificación; algunos sacerdotes tranquilizaron a los dirigentes nacionalistas diciéndoles que no tenía que ser obedecida. Pero Múgica se acercó a los micrófonos de Radio Vitoria para repetir, en términos muy contundentes, esta expresión: «Nos, con la autoridad de que nos hallamos investidos, en la forma categórica de un precepto que deriva de la doctrina clara e ineludible de la Iglesia, os decimos: Non licet.» No es ilícito, de ninguna manera, ayudar a los que se declaran enemigos de Dios. Esta doctrina no entrañaba ninguna novedad.

El 13 de agosto de 1936, Gomá envió a Roma su primer informe. La elección de campo por parte de la Iglesia en España no ofreció al cardenal ninguna duda, pues venía impuesta por circunstancias exteriores

▲ ***Un campesino resiste parapetado tras las ruinas de una casa, a pesar de que su compañero ha caído en el intento. En el ámbito rural la resistencia republicana estuvo organizada por los comités locales.***

que se hallaban más allá de su voluntad. De no haberse producido el Alzamiento nacional, se hubiera implantado una dictadura comunista: aún ahora la victoria del Frente Popular conduciría inevitablemente al mismo resultado. Los obispos no estaban en condiciones de elegir. La Iglesia ha sido aplastada, suprimida y martirizada en uno de los bandos y no se sostiene más que en el otro, en donde se le ofrecen garantías completas de respeto y libertad [1].

Esto no significa en modo alguno irenismo, porque el informe demuestra también no pocas preocupaciones. En el momento de redactarlo, el cardenal primado no había establecido aún ningún contacto oficial con la Junta de Defensa ni tampoco con el general Franco, un desconocido y famoso militar que dirigía las operaciones en un frente lejano; sus principales relaciones se refieren a los medios tradicionalistas de Pamplona, ciudad a la que había llegado en busca de refugio. Lejos de todo entusiasmo, el informe se hace eco de un triple pesimismo: en primer término por la actitud de los nacionalistas vascos que, llamándose católicos, ayudan a una causa que, si triunfase, impondría el abandono de su fe; después se ocupa de la ingente tarea que aguarda a la Iglesia para reconstruir el catolicismo español después de un quinquenio de destrucciones y persecución tan confusas; por último se detiene en la sutil amenaza que significa el contagio con cierto movimientos paganizantes europeos. Hay, dentro del bando nacional, un sector que preconiza y defiende el laicismo del Estado; «falta ver el alcance que se dará a esta proposición» [2].

Franco era católico sincero, practicante y devoto, sostenido en esta actitud por su esposa, aunque había eludido siempre las manifestaciones excesivas de su condi-

▲ *Juan Yagüe Blanco, teniente coronel al mando de la segunda legión del Tercio en Marruecos, fue elemento clave en la sublevación de julio. Al enterarse el delegado del gobierno que en las oficinas de la comisión de límites de Melilla se almacenaban armas para una sublevación y conseguir un permiso de registro firmado por el general Romerales, los conspiradores tuvieron que adelantar un día sus planes. Informado, Yagüe actuó con celeridad y ocupó Ceuta. En la foto, Yagüe cuando ya era general.*

ción. Años después de su muerte, los ministros y colaboradores suyos, de diversas tendencias, han coincidido en señalar, sin embargo, su preocupación fundamental por sopesar los aspectos morales de cada problema y la opinión de la Iglesia —refiriéndose normalmente a la jerarquía— sobre ellos. Sentía además un profundo amor por la imagen histórica de España, su dignidad, y esto le movía a identificar su obra con el restablecimiento de aquellos principios básicos que, durante siglos, la llenaran de contenido. Era la antítesis de Manuel Azaña en el sentido de pretender, precisamente, que nunca España «dejara de ser católica», acomodándose en sus leyes a los ejes morales de la religión cristiana. Si acaso, pecó en ocasiones de exceso.

Esto no significa, en modo alguno, que Franco haya albergado el pensamiento de volver a cualquier situación pasada: es curioso que en ninguna de sus intervenciones, orales o escritas, haya utilizado la palabra «restauración». En sus primeras declaraciones a *O Seculo* de Lisboa y al *World Telegraph* —Franco puso exquisito cuidado en evitar los diarios alemanes— anunciaba ya en agosto de 1936 que, partiendo del hecho comprobado de la desaparición del Estado, no había otro medio de iniciar su reconstrucción que la dictadura militar, la cual debería ser de corta duración, asignándose como tarea fundamental la de agrupar personas relevantes, dotadas de la adecuada preparación política y técnica para ejercer tareas de gobierno. Pero aclaraba a este respecto que «la administración quedará a cargo de elementos técnicos y no políticos, ya que intentamos, y lo conseguiremos, transformar por completo la estructura de España», evitando la lucha de clases. Durante algunos años, concluía, no deberán celebrarse plebiscitos: hay que apagar la inquietud política de los españoles para evitar que los sufragios se produzcan por motivaciones puramente emocionales.

▲ ***Primera visita de Franco a Burgos el 16 de agosto de 1936. Junto a él marcha el general Cavalcanti, y detrás, su primo y ayudante, Franco Salgado-Araújo. Mola aparece a la izquierda de Franco. Emilio Mola llegó al generalato a la edad de cuarenta años. Apolítico, en los últimos meses de la República se convirtió en el más activo de los conspiradores militares y, finalmente, en el principal responsable de la organización del levantamiento. El 24 de julio de 1936 fue nombrado general en jefe del Ejército del Norte; el 3 de junio de 1937 el avión en que viajaba se estrelló en el cerro de Alcocero, cerca de Briviesca (Burgos).***

◀ ***El 25 de agosto, en Barcelona, tiene lugar el segundo consejo de guerra contra militares sublevados. Los acusados son el comandante López Amor, dirigente de la UME, y los capitanes López Varela, López Belda y el laureado Lizcano de la Rosa. El primero de los capitanes ha de ser trasladado en camilla desde el hospital militar, ya que había sido herido en los combates del 19 de julio. Al día siguiente los cuatro fueron fusilados. Entre los guardias civiles con gorro y fusil están, ocupando el banquillo, en primer término, López Belda; en el centro, Lizcano de la Rosa, y al fondo, López Amor. Delante de ellos, postrado en camilla, el capitán López Varela.***

---

[1] El informe, publicado íntegramente por M. L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, págs. 371-378.

[2] M. L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, pág. 20.

II. De Sevilla a Talavera

DESDE Sevilla, todavía en la primera semana de agosto de 1936, Franco inició la marcha sobre Madrid que habría de convertirle, a los ojos de sus partidarios, en el caudillo indiscutible para la guerra. En la primera fase de esta marcha, cuyo objetivo es el cierre de la frontera de Portugal, imprescindible respaldo a la actitud amistosa que Oliveira Salazar acababa de imponer a sus ministros[3], la clave, en más de un aspecto, se hallaba en Badajoz, eslabón que soldaría la cadena de unión entre Algeciras y Pamplona. Esta hazaña se brindó a Yagüe, el falangista, primero en el alzamiento en Marruecos, y a la Legión que él mandaba. El día 6 de agosto, Franco comunicó a Mola que de Badajoz le llegaba una llamada de socorro: la guardia civil que, junto con algunos militares y civiles, se había sublevado, estaba siendo aplastada por fuerzas mucho más numerosas a las órdenes del coronel Ildefonso Puigdengolas, enviado desde Madrid; pero aún resistía. Los nacionales no consiguieron llegar a tiempo y los rebeldes sucumbieron y fueron asesinados. El 7 de agosto las vanguardias de Franco estaban en Almendralejo: comprobaban constantemente que el enemigo poseía superioridad numérica.

La situación, de pronto, se volvió difícil: Mola estaba agotando sus reservas de municiones, y sus soldados se sentían frenados en los puertos del Sistema Central; simultáneamente Franco le daba la noticia de que la flota republicana bombardeaba Larache, Arcila, Cádiz y Algeciras; en este último puerto sufrió averías el cañonero *Dato*. El puente aéreo resolverá en parte estas dificultades, llevando municiones, como dijimos, y también cien uniformes legionarios para una operación psicológica semejante a la que ejecutara Queipo de Llano en Sevilla. Pero era inevitable cierto nerviosismo, unido a temor.

Primera victoria, Mérida: fue tomada el 11 de agosto, adelantándose en veinticuatro horas a las previsiones de Franco[4]. En este momento recibió éste la noticia de que la Academia de Infantería, instalada en el Alcázar de Toledo, su primer hogar de soldado, seguía resistiendo. No adoptó ninguna medida especial para acudir en su socorro: o pensaba que la caída del reducto era inevitable o confiaba en que el empujón aguas arriba del Tajo permitiese aliviar indirectamente el asedio atrayendo al grueso de los enemigos. El 13 de agosto, Mola llegó a Sevilla para conferenciar con Franco y Queipo —fue entonces cuando se le asignó la conquista de Irún y San Sebastián como objetivo inmediato— y recibió la seguridad de que la soldadura entre zonas era inmediata y, con ella, la normalización de suministros. En la conferencia de los tres generales responsables del Alzamiento se examinaron también las noticias recibidas desde la zona roja: los generales Goded y Burriel habían sido condenados a muerte y ejecutados. Esto significaba que el gobierno de Madrid había decidido romper las últimas amarras aplicando la pena de muerte a los militares rebeldes en juicios militares sumarios. La guerra adquiere un tinte nuevo: saben ahora los jefes del Movimiento que la derrota no significa para ellos otra cosa que el pelotón de ejecución.

El 14 de agosto de 1936, Juan Yagüe, con fuerzas numéricamente muy inferiores a las del adversario, se apoderó de Badajoz en una batalla extraordinariamente sangrienta. Franco tendrá que enfrentarse, a partir de este momento, y durante toda su vida, con un enemigo inesperado: las cadenas internacionales de agencias y periódicos[5]. Para éstos, Badajoz se con-

En el mismo momento en que Rusia se adhirió al Acuerdo de No Intervención, se establecieron relaciones diplomáticas entre la URSS y el gobierno republicano. Marcel Rosemberg, ex subsecretario de la Sociedad de Naciones, presentó sus cartas credenciales en el Palacio de Oriente de Madrid el 29 de agosto de 1936. Trajo consigo un gran equipo de colaboradores que incluía un agregado naval, un agregado aéreo y un agregado militar.

virtió en el escenario de la crueldad. En el bando nacional, la conquista aparece como signo de victoria que aumenta considerablemente el prestigio del general que la obtuviera. Mola aparece cada vez más, ante Franco, en actitud subordinada. El 16 de agosto hizo el futuro Generalísimo una breve aparición en Burgos y fue aclamado en sus calles. El 20 Mola, frenado en casi todos los frentes, acudió a Franco en solicitud de consejo. Diez días más tarde Beorlegui tomaba San Marcial e iniciaba el asalto a Irún, ejecutando el segundo cierre fronterizo.

---

[3] La importancia de bloquear la frontera de Portugal, haciendo el enlace por Extremadura y no por la Mancha, quedó establecida ya por lo menos desde el 4 de agosto, víspera del paso del Estrecho. En una nota de Franco a Mola comunicaba a éste que, desde Lisboa, Gil Robles le había escrito para decirle que disponía de ocho millones de pesetas en divisas, amén de muchas facilidades crediticias («material que adquiera no me apuran pago», era la frase textual empleada). J. Martínez Bande, *loc. cit.*, página 22. De modo que Portugal podía convertirse en puerta de entrada de material alemán y también, por razones financieras, en la base idónea para compras de material procedente del área de la libra. Años más tarde Franco recordaría que Gil Robles «trabajó en Lisboa por el Movimiento», aunque sospechaba que le preocupaba sobre todo «su futuro político». A.F.F., leg. 30, núm. 49.

[4] La caída de Mérida estaba prevista para el 12 de agosto. El 11 de este mes, Franco, cada vez más en papel de cabeza, explicaba a Mola sus proyectos, no como quien propone, sino como quien ordena. Marchar sobre Madrid es sin duda lo importante, si bien, de modo paralelo, se deben reducir los focos de resistencia en Andalucía. La segunda gran etapa en las operaciones sería la conquista de Aragón y Levante. Lo último, Cataluña. Sin embargo, parece que abrigaba dudas acerca de la posibilidad de conquistar Madrid: «acción sobre Madrid estimo debe consistir en apretarle cerco y privarle agua y aeródromos, cortarle comunicaciones evitando ataques casco población que en caso contrario defensa destrozaría tropas». J. M. Martínez Bande, *loc. cit.*, pág. 23.

[5] La propaganda ha hecho de Badajoz y de Guernica, en formas distintas, símbolos de la crueldad de los nacionales, en el primer caso por la represión y en el segundo por el bombardeo. En su enfrentamiento privado con Yagüe, en junio de 1940, Franco reprocharía a éste el caso de Badajoz, si bien en público nunca hizo mención alguna de su descontento por la dureza de su subordinado. La propaganda de la izquierda tenía que cubrir entonces dos objetivos: cerrar los ojos del exterior a los crueles y numerosos asesinatos que se estaban cometiendo en zona roja, y desprestigiar a un Ejército que empezaba a demostrar el ímpetu necesario para conseguir la victoria en condiciones de inferioridad numérica.

En Badajoz, como antes indicamos, se produjo el alzamiento de unos cuantos guardias civiles y militares, el cual fue reprimido sin compansión alguna, siendo fusilados los que participaron en él. Soldados y guardias que no se sublevaron fueron incorporados a las milicias y a los refuerzos que trajo Puigdengolas, hasta sumar unos 8.000 hombres. Yagüe disponía sólo de 3.000 (H. Thomas, *op. cit.*, I, págs. 405-407). La lucha fue encarnizada, calle por calle, incluso en la catedral, y la Legión sufrió bajas muy considerables. Aunque no poseemos cifras concretas, debe tomarse como término de comparación que una conquista tan «fácil» como fue la de Talavera produjo mil bajas a los vencedores. Yagüe dijo que había causado al enemigo dos mil muertos, contando los caídos en lucha y los fusilados por él en el cementerio, porque no podía dejar atrás prisioneros que volvieran a sublevarse como habían hecho anteriormente. Este acto, sin duda reprobable, fue de su completa responsabilidad y se inserta en el tipo de guerra cruel que se estaba produciendo. Los frentepopulistas habían fusilado de igual modo a los defensores del Cuartel de la Montaña, en Madrid, incluyendo a reclutas que no eran voluntarios.

Hasta aquí los hechos, tal y como los conocemos. Desde Elvas (Portugal) un periodista, Jay Allen, que jamás estuvo en Badajoz, corresponsal del *Chicago Tribune*, envió a su periódico un telegrama afirmando que los nacionales habían organizado en la plaza de toros un espectáculo público de fusilamiento de prisioneros. La noticia, falsa, es disparatada, pero por eso precisamente fue creída: el público está siempre dispuesto a creer con facilidad lo inverosímil. La veracidad de dicho periodista puede conjeturarse por el texto del truculento telegrama que pocos días antes enviara a su periódico: «Almendralejo, derechista, fue crucificado, empapado en gasolina y quemado vivo.» Ni siquiera había llegado a enterarse de que Almendralejo era una población situada a corta distancia de donde él escribía. Han sido periodistas extranjeros de esta clase los que han contribuido a fabricar una imagen de la guerra civil más tenebrosa de lo que realmente fue. La historia de la plaza de toros, reproducida el 27 de octubre en el diario *La Voz* de Madrid, sirvió para que se asesinara, en represalia, a numerosos derechistas. Julián Zugazagoitia la repetiría. Ver también G. Hills, *Franco*, págs. 251-252.

A principios de agosto se materializa un nuevo peligro para Madrid: el avance del Ejército de Africa por tierras extremeñas. Al mando del teniente coronel Yagüe combaten las columnas de Asensio, Castejón y Tella; su objetivo es el de conquistar la provincia de Badajoz y unir la zona sur con la que Mola controla en el norte. Las fuerzas de Yagüe han pasado en su mayoría a la península por aire, y no disponen, por tanto, de gran material bélico, pero son, en cambio, las más aguerridas y experimentadas, como demostrarán con creces a lo largo de un mes de agosto en que su avance es imparable: el día 10 ocupan Mérida y el 14 Badajoz. La respuesta republicana es muy pobre: enfrentados a un enemigo tan fogueado, los milicianos optan muchas veces por la retirada precipitada cuando no por la huida. El 3 de septiembre los hombres de Yagüe entran en Talavera, punto clave en el avance hacia Madrid. A ese momento atribuye la agencia de prensa la fotografía inferior; sin embargo, podrían tratarse tanto de tropas nacionalistas como republicanas.

Tres ejércitos y tres generales

El 15 de agosto de 1936, en Sevilla, sin preocuparse de recabar la opinión de sus compañeros de la Junta de Defensa, Franco tomó la decisión de restaurar solemnemente la bandera bicolor. Para tradicionalistas y monárquicos alfonsinos, este gesto constituía el primer anuncio de que se preparaba una restauración. Pero el general, en el acto, no aludió a nada de esto. Sus palabras concretas, al presentar la insignia, fueron: «ya tenéis aquí la gloriosa bandera española». «Cuando se ha pasado toda la vida con una enseña, con una religión y con un ideal, eso no puede destruirse, eso no puede variarse. Porque sería lo mismo que si quisiéramos quitar a Dios de los altares.» Palabras semejantes no podían sin duda esperarse de Cabanellas ni tampoco de Mola. Para los sectores tradicionalistas, que eran muy fuertes, Franco estaba apareciendo ya como el jefe militar más adecuado.

De hecho, la Junta de Defensa estaba desbordada. Había tres ejércitos con tres generales en jefe, a ninguno de los cuales podía dar órdenes. Cuestión mucho más grave: se había iniciado un conflicto entre la Junta y el obispo de Vitoria, Mateo Múgica, poniendo en peligro las relaciones con la Iglesia cuando más imprescindibles resultaban. La pastoral conjunta del 6 de agosto no había producido los efectos que los militares esperaban y, ante el hecho comprobado de que algunos sacerdotes militaban en las unidades separatistas, la Junta de Defensa insistió cerca de Múgica y también de Gomá para que formulasen sentencias canónicas por desobediencia. Ambos se negaron rotundamente, pues acciones de este tipo serían contraproducentes. La Iglesia no debía mezclarse directamente en la guerra; había cumplido con su deber al recordar con claridad la doctrina, pero no iba a ir más lejos. La Junta se empecinó: ni siquiera tuvo el valor o la perspicacia de impedir que se produjesen fusilamientos de sacerdotes [6].

En su correspondencia, Gomá y Pacelli coincidían, sin la menor vacilación, en un principio: la causa nacional era la única compatible con los derechos de los católicos; esto no significaba confusión ni sometimiento. «En caso de triunfar el Movimiento nacional —decía el primado—, la Iglesia, a pesar de los diversos matices en la concepción de las relaciones entre Iglesia y Estado, gozaría de amplia libertad y aun de favor y protección.» Pacelli, por su parte, animaba a los católicos a resistir los embates del comunismo, se emocionaba al contemplar el «sacrificio cruento», de sacerdotes y fieles, «emulando gestos de los antiguos mártires» e invitaba a los obispos españoles a que, dejando aparte sus miras personales, se empeñasen en «concentrar todos sus esfuerzos en la defensa del poderosísimo patrimonio de la religión» [7].

La muerte de Federico García Lorca en los primeros momentos de la guerra es una de las más inolvidables. Aunque nunca fue miembro de ningún partido político, era cuñado de Fernández Montesinos, alcalde socialista de Granada, y por otra parte estaba muy relacionado con la izquierda literaria española. Sus contemporáneos resaltan unánimemente su sencillez, su carácter risueño y el gran atractivo de su personalidad. García Lorca dejó bien claro sus inclinaciones políticas: «Yo siempre seré partidario de los que no tienen nada...», declaraba en el diario madrileño La Voz *en 1934. El 17 de julio, García Lorca llegó a Granada para estar con sus padres el día de su santo, el 18 de julio, y allí le sorprendió la sublevación. El poeta permaneció en la finca de sus padres, la Huerta de San Vicente, hasta el 8 de agosto, en que se refugió en Granada, en la casa de una familia amiga, los Rosales, falangistas notorios. Allí fue detenido el día 16, en ausencia de los hermanos Rosales, por un ex diputado de la CEDA, Ramón Cruz Alonso, y trasladado al gobierno civil, de donde fue sacado la noche del 19 al 20 y trasladado a la Fuente Grande, cerca del pueblo de Víznar, donde fue asesinado.*

Franco abandonó Sevilla, demasiado lejos del frente, para instalarse en Cáceres, en donde el palacio de los Golfines de Arriba fue habilitado como cuartel general. Le acompañaban ya algunas personas, civiles y militares, que formaban como un embrión de consejo; entre ellas, su hermano Nicolás, que desempeñaría papel importante en los sucesos inmediatos.

Desde Cáceres, Franco no limitaba su atención a la punta de vanguardia que remontaba el Tajo. También atendía ahora a los avances de Alfonso Beorlegui por Guipúzcoa, que el 13 de septiembre le proporcionaría la noticia de la conquista de San Sebastián y la dolorosa del asesinato de Víctor Pradera. Pensaba en Oviedo, «su» ciudad de otro tiempo, que, tras la pérdida de los reductos de Gijón (20 de agosto), sufría un atenazador asedio. Y sobre todo en el Alcázar de Toledo, en donde Moscardó escribía una gesta que sería vital para el entusiasmo de los nacionales.

El 22 de agosto, Franco redactó un mensaje de aliento, que, envuelto en una bandera, fue arrojado tres días más tarde des-

de un avión, sobre lo que parecía ser un montón de ruinas humeantes.

El 3 de septiembre, a pesar de haberse acumulado 10.000 hombres para su defensa, cayó Talavera en manos de Yagüe. En Cáceres estalló, espontánea, una manifestación popular que fue a colocarse bajo el balcón del palacio de los Golfines. La gente repetía por tres veces el nombre de Franco, improvisando así la fórmula que, más tarde, llegará a convertirse en ritual durante su mandato.

▲ *Dibujo realizado por Carlos Sáenz de Tejada, perteneciente al libro* **El cara al sol**, *sobre el himno de la Falange, en el que aparecen los símbolos de ésta: el haz, el yugo y la camisa azul. Tras los primeros momentos de la guerra, la Falange vio cómo sus filas se engrosaban con un gran número de afiliados provenientes de la CEDA y de otras organizaciones, incluso de izquierdas, que desbordaron a los camisas viejas.*

▲ ***Hedilla (en el centro) junto a José Antonio Primo de Rivera y otro falangista. Cuando, en marzo de 1935, José Antonio visitó Santander nombró a Manuel Hedilla jefe provincial de la Falange y, posteriormente, consejero nacional. Con José Antonio en la cárcel, fue elegido jefe de la Junta provisional de Mando. El 19 de abril de 1937 le sorprendió el decreto de Unificación. La transmisión de un telegrama en contra de la unificación le llevó a un consejo de guerra del que salió condenado a dos penas de muerte, rebajada a veinte años la primera e indultada por Franco la segunda. Cumplió prisión hasta 1941.***

---

[6] Tras la negativa de Gomá, la Junta arremetió contra Múgica, al que acusó de tolerar propaganda separatista en el seminario y de proteger a sacerdotes enemigos del Movimiento. Esto último era verdad, pero el obispo no podía dejar de sentirse prelado de unos y de otros, sin abandonar sus deberes pastorales. La Junta convocó a Múgica a Burgos para responder de acusaciones contra él y cuando el obispo se negó, pidió a Gomá que le invitara a abandonar España hasta que las circunstancias hubiesen cambiado. En su informe a Pacelli de 4 de septiembre en que daba cuenta de este enfrentamiento, Gomá se mostró partidario de que se mantuviese a Múgica como obispo de Vitoria sin acceder a su relevo; pero al día siguiente se entrevistó con él y le sugirió que emprendiese un viaje por una temporada para evitar conflictos. Múgica se negó, y Gomá explicó que le apoyaría en esta decisión. La Junta de Defensa, prescindiendo del primado, informó directamente al Vaticano, pintando con colores muy desfavorables la situación del clero vasco y del seminario. Roma cedió: el 14 de octubre, obedeciendo órdenes de la Santa Sede, Múgica salió de España y desde la Ciudad Eterna mantuvo correspondencia con Gomá. Este se opuso en redondo a cualquier sustitución en la diócesis y en su importante entrevista con Franco, ahora jefe del Estado, el 29 de diciembre obtuvo del Generalísimo la promesa de que sería respetada la situación y no solicitada la renuncia. En consecuencia, la Santa Sede procedió a nombrar en julio de 1937 un administrador apostólico, Javier Lauzurica. M. L. Rodríguez Aisa, *op. cit.* págs. 43-52.

[7] Textos de los informes y respuesta en M. L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, págs. 27-29.

III. La elección

El cambio hacia la concentración de poderes que representaba el nombramiento de Largo Caballero como presidente del gobierno de la República, obligó a los nacionales a urgir la unidad de mando. Esta cuestión fue abiertamente planteada por Mola el 29 de agosto de 1936 en una entrevista que celebró con Franco en Cáceres. Siendo general de brigada, hay que prescindir de las lucubraciones al uso de que esperaba ser designado: en aquel momento, además, el prestigio de Franco estaba en la cumbre; hacia éste apuntaban los que pedían la creación de un supremo jefe militar [8]. Parece seguro que, por esta misma causa, la Junta de Defensa jamás planteó el tema estando presente Franco. Los informes de los diplomáticos y militares alemanes merecen ser tenidos en cuenta: excluyen las supuestas rivalidades entre el «director» y el estratega de la marcha sobre Madrid; tampoco dan pie a que se pueda creer en serias aspiraciones de Queipo de Llano.

De modo que lo que se estaba planteando no era sino esta disyuntiva: ¿es preferible seguir, como hasta ahora, con tres jefes militares autónomos, coordinados por medio de una Junta de Defensa, o se deben otorgar a Franco, de derecho, poderes y autoridad que, de hecho, ya se le están reconociendo? Mucho antes del 1 de octubre de 1936 —y a esto ya hemos aludido— se acudía a Franco, en el bando nacional, como a un *primus inter pares,* según informaba Warlimont el 12 de septiembre. Mola tenía además motivos personales de agradecimiento a Franco, que le había rescatado del olvido devolviéndole a la vida militar. Tampoco puede descartarse el importante papel que Nicolás Franco desempeñó en todos estos sucesos, aunque se refiere más a la forma jurídica de los decretos que a la decisión.

Otra pregunta es ésta: ¿quién tomó la iniciativa de proponer a Franco como generalísimo en la propia Junta de Defensa? Noticias posteriores aluden a tres miembros de ella, los generales Luis Orgaz, Alfredo Kindelán y Emilio Mola. No es cuestión importante. Tanto Orgaz como Kindelán tenían un motivo para apoyar la candidatura de Franco: veían en éste la garantía de que la Monarquía sería restaurada, y no se equivocaron, salvo en el tiempo. Kindelán, como hemos anotado, proporciona un dato significativo, y es que en las primeras conversaciones halló a Franco muy remiso. Puntualicemos esto para evitar errores de interpretación. En el momento de la decisión más importante, Franco no se conformaba con un mando para ganar la guerra: quería concentrar también la autoridad que le permitiese, después, ganar la paz [9].

La acumulación de poderes

El retraso en la designación contribuyó sin duda a fortalecer la fama de Franco, que se perfilaba ya ante los suyos como caudillo adecuado para la victoria; le ayudó sobre todo en sus propósitos de conseguir la acumulación de poderes. En aquellos días de agosto y septiembre de 1936

El 4 de septiembre de 1936, el presidente Azaña aceptó la dimisión de Giral como jefe de gobierno y pidió a Largo Caballero que formara uno. Este exigió a cambio la entrada del Partido Comunista en el mismo. De izquierda a derecha: Giner de los Ríos, Anastasio de Gracia, Tomás y Piera, Giral, Alvarez del Vayo, Largo Caballero, Ruiz Funes, Galarza, Prieto, Jesús Hernández y, cortado, Uribe. Falta el ministro de Hacienda, Juan Negrín.

parecía dotado de una fuerza incontenible, a quien nadie podía resistir, capaz de crear el espejismo de una próxima liquidación de la guerra, en la que seguramente no creía. El 8 de septiembre de 1936 los nacionales estaban en Arenas de San Pedro, preparando el empuje final. Fracasó una expedición catalana sobre Mallorca, dirigida por el capitán Bayo (12 de septiembre). Cayó, intacta, en poder de Mola, la segunda de las capitales vascas, San Sebastián (13 de septiembre), cerrándose así la puerta de acceso a Francia desde el litoral norte y abriéndose en cambio las reclutas vascas para las unidades tradicionalistas. Un espejismo debe ser roto: el número de vascos, y especialmente de guipuzcoanos, en las brigadas de Navarra, luchando a favor del Alzamiento, fue muy considerable.

Ahora, Largo Caballero necesitaba la conquista del Alcázar de Toledo y se empeñó en ella. Entre los días 9 y 20 de septiembre, acudiendo incluso en persona a la maltrecha ciudad, que fue evacuada por sus habitantes, el presidente del gobierno trató de obtener la capitulación o la destrucción. Pero el Alcázar, alentado por mensajes de fuera, seguía resistiendo. La represión sobre los sacerdotes castigó esta diócesis más cruelmente que otras. El 14 de septiembre, en una alocución pronunciada en presencia de refugiados españoles en Roma, Pío XI usó palabras que podían ser interpretadas como respaldo a los militares [10]. El 19 la Cámara de Diputados del Brasil cursaba una felicitación a Franco por sus victorias. Incidentalmente se comunicó a éste, el día 20, que su esposa y su hija habían llegado a Navarra, desde Francia, cruzando el paso de Roncesvalles.

La Junta de Defensa había sido convocada en Salamanca para el 21 de septiembre

---

[8] A. Kindelán, *Mis cuadernos...*, pág. 50, afirma que la idea de crear un mando único fue sugerida por él a Orgaz y Yagüe. Aunque esto sea cierto, no impide admitir que tal opinión no era exclusiva de una persona, sino que existía amplio consenso de las ventajas de disponer de un generalísimo. El Alzamiento había reconocido en principio como jefe a Sanjurjo; fallecido éste, alguien debía ocupar el puesto. Kindelán añade que para triunfar en su propósito, buscó la ayuda de Nicolás Franco, pues el Caudillo se mostraba reticente.

[9] Me parece exacta la apreciación de R. La Cierva, *Francisco Franco* (2), III, págs. 7-8: la lentitud de Franco obedecía al propósito de reclamar la Jefatura del Estado.

[10] La alocución ha sido publicada por Nicolás López Martínez, *El Vaticano y España*. Burgos, 1972, págs. 24 y 25. Era tan dura que, al darse referencia a la prensa, se hicieron correcciones. Pío XI, refiriéndose al gobierno de Madrid, hablaba de «odio y ferocísima persecución manifiestamente reservada a la Iglesia y a la religión católica». Envió su bendición «a cuantos han asumido la difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y de la religión».

▲
La única zona republicana donde la práctica del culto no se reprimió durante la guerra fue el País Vasco, pese a que durante los primeros días del Alzamiento también allí hubo persecución religiosa. En el resto, todos los actos externos de religiosidad fueron perseguidos, lo que obligó a los católicos a realizarlos en la más estricta clandestinidad, como demuestra esta fotografía de un bautizo celebrado en Madrid. Una vez que desaparecieron las muestras más violentas de antirreligiosidad y que los republicanos intentaron borrar en el exterior los rasgos revolucionarios que dominaron en su zona en los primeros meses, hubo intentos desde el mismo gobierno para volver a la normalidad. Los protagonizó Manuel de Irujo, nacionalista vasco y católico, que insistió ante Negrín para que permitiera de nuevo la libertad de cultos, a lo que éste se negó aduciendo el curioso y, desde luego, paradójico argumento de que ese derecho nunca había sido suprimido de la legislación republicana.

JOSE SANJURJO Y SACANELL

(Pamplona, 1872-Estoril, 1936)

PROTOTIPO del héroe en las guerras africanas, dos veces laureado, monárquico, ayudó, sin embargo, a la llegada de la Segunda República. Su prestigio dentro del mundo militar lo señala como jefe indiscutido para encabezar el alzamiento. El 20 de julio de 1936, un accidente de aviación cerca de Lisboa le acarreó la muerte.

Se inicia en la guerra de Cuba como teniente. Con la independencia de la isla vuelve a España y participa en la guerra de Marruecos. Entre sus hechos de armas más destacados se encuentran la toma del monte Gurugú, frente a la ciudad de Melilla y, en la comandancia de Ceuta, las acciones en las cabilas del Yebala. Al frente de la Comandancia General de Larache, en 1922, organiza la investigación sobre los supuestos casos de corrupción de intendencia e intervención militares.

Es nombrado alto comisario de España en Marruecos. En 1925 participa en el desembarco de Alhucemas, en una operación combinada hispano-francesa para acabar con la resistencia independentista encabezada por Abd el-Krim. En 1927 da por terminada la guerra del Rif con un parte emitido en Bab Taza, por lo que Alfonso XIII le concede el título de marqués del Rif, aunque en el estamento militar es conocido como El león. El 28 de marzo de 1931, en el palacio de Oriente, es otra vez Alfonso XIII el que premia al general Sanjurjo, condecorándole con la Gran

Cruz de Carlos III. Sanjurjo era ya director general de la Guardia Civil, aunque simultaneaba este cargo con el de alto comisario en Marruecos, lo que demuestra el alto favor y confianza que la Corona depositaba en el general.

Tras las elecciones municipales del 12 de abril, con el triunfo republicano, existe un temor: la actitud de la Guardia Civil, y concretamente la del general Sanjurjo, incondicional de la Corona. El 14 de abril de 1931, Sanjurjo, inesperadamente, se pone a las órdenes del nuevo ministro de Gobernación de la República, Miguel Maura, aunque se ofrece para acompañar a los reyes a su exilio hasta el límite de la frontera española.

Enfrentado con Azaña, por su política de reducción del ejército, y molesto porque la República designa a un civil —López Ferrer— como alto comisario en Marruecos, y tras los sucesos de Casas Viejas y Arnedo, en los que resultan varios muertos, es sustituido en su cargo por el general Miguel Cabanellas, pasando Sanjurjo a dirigir los carabineros.

El 10 de agosto de 1932 protagoniza en Sevilla un intento de sublevación contra la República, que fracasa en toda España, y fundamentalmente en Madrid. Tras el fracaso, Sanjurjo decide huir a Portugal, pero es detenido en Huelva, junto con su hijo Justo. Condenado a muerte, es indultado por Azaña y trasladado al penal del Dueso, donde cumple condena. En 1934 es amnistiado, marchando a Lisboa, adonde va a buscarlo en 1936 Juan Antonio Ansaldo en su avioneta para trasladarlo a Burgos. Cuando despegan se produce el accidente, del que Ansaldo resulta ileso, pero en el que Sanjurjo encuentra la muerte.

La diputada Margarita Nelken actúa como testigo en una boda civil celebrada el 8 de octubre de 1936; el novio es un miembro del batallón Pedro Rubio. La guerra impone una boda rápida en la que se abrevian los expedientes y fórmulas. Hay parejas, sin embargo, que se arriesgan a una ceremonia con sacerdote, pero es en la clandestinidad.

de 1936. A esta reunión, que se celebró en uno de los barracones del aeropuerto y que incluyó un almuerzo en casa del ganadero Antonio Pérez Tabernero —cuyas hijas sirvieron la mesa para prevenir indiscreciones—, asistió Franco. Se debatieron dos alternativas, la del mando único y la de un Directorio colegiado, último reducto al que se aferraba Cabanellas, que, desde luego, no quería entregar a Franco el poder: existían entre ambos profundas diferencias ideológicas y no sólo en torno a la oportunidad del retorno a la Monarquía. Al final, Cabanellas se quedó solo y acabó cediendo: se hizo figurar unanimidad en el acuerdo de proclamar a Franco generalísimo del Ejército nacional. Hubo el compromiso de mantener la decisión hasta un segundo encuentro de la Junta en fecha inmediata.

El aplazamiento en el anuncio parece demostrar que había quedado sin resolver la segunda cuestión: fijar los poderes políticos que debería desempeñar el Generalísimo.

El Alcázar de Toledo

Sin mostrar nunca prisa ni nerviosismo, Franco pasó a ocuparse de otra cosa: liberar a los defensores del Alcázar, que se encontraban en una situación extrema. Los esfuerzos de los atacantes, que llegaron a amenazar a Moscardó con la muerte de su hijo —efectivamente ejecutado— y recurrieron a los buenos oficios de Vicente Rojo, habían fracasado. Sobre el bastión toledano fueron entonces acumulados mayores medios. El 18 de septiembre una torre se hundió por la explosión de una mina. El 20 las paredes, rociadas con gasolina, comenzaron a arder. Arriesgándose a perder fechas vitales, Franco cursó a Asensio y a Yagüe la orden de marchar sobre Toledo. Desde Maqueda, por Santa Olalla, las vanguardias enfilaron el camino. El domingo 27 de septiembre de 1936 el consejero soviético, Miguel Koltsov, abandonó su papel de diplomático para asumir el de comandante para el asalto a las ruinas, tan infructuoso como los anteriores. Aquella misma tarde, mientras los milicianos se desbandaban, Asensio entró en Toledo: un puñado de héroes macilentos y sucios salió a su encuentro mientras Moscardó pronunciaba las palabras que sirvieran de santo y seña en los primeros días del Alzamiento: «sin novedad en el Alcázar».

La noticia llegó a Cáceres inmediatamente y fue anunciada en la pizarra de un periódico local. La población se movilizó de nuevo para concentrarse ante el palacio de los Golfines. Franco tuvo que asomarse al balcón, flanqueado por Yagüe, que acababa de regresar, Millán Astray y Kindelán. El Caudillo pronunció unas pocas palabras, de meras circunstancias. Yagüe, en cambio, se aventuró a una arenga indiscreta: «Mañana tendremos en él —refiriéndose a Franco— a nuestro Generalísimo, el jefe del Estado; que ya era tiempo que España tuviese un jefe de Estado con talento» [11]. De este modo fue revelada una parte del acuerdo secreto entre los altos jefes militares, que todavía se hallaba pendiente de los últimos detalles.

---

[11] R. La Cierva, *Francisco Franco* (2), III, págs. 7-8, con ayuda de los periódicos locales ha reconstruido los discursos que en este momento se presentaron.

IV. El decreto

La elección de Salamanca quedó refrendada por el apluso popular de Cáceres. Nadie pensaba en aquellos momentos en otro general, salvo Franco, que pudiera ostentar el mando supremo. Al día siguiente de la manifestación, 28 de septiembre, iba a reunirse de nuevo la Junta de Defensa en Salamanca para perfilar el decreto de nombramiento.

Mientras que el general volvía a su trabajo, algunos de sus colaboradores inmediatos se ocupaban de redactar un borrador que pudiera ser discutido por la Junta; entre ellos estaban Nicolás Franco, Kindelán, Yagüe y Millán Astray. El 27 de septiembre, Franco conferenció telefónicamente con Cabanellas y Mola, aunque ignoramos el contenido de la conversación. De acuerdo con sus deseos [12], en el borrador, dispuesto ya en la mañana del 28, se reunían en su persona todos los poderes, el militar de un generalísimo y el político de un jefe de Estado.

El lunes 28 de septiembre tuvo lugar la segunda sesión de la Junta de Defensa en el aeropuerto de Salamanca: rindieron honores tres compañías, una de falangistas, otra de requetés y la tercera de soldados de aviación. No sabemos si Franco estuvo presente, al menos en una parte de la misma. Se comprueba que se hallaba en Cáceres en la mañana de este día y en Toledo al día siguiente: empleando aviones, como normalmente hacía, resulta físicamente posible el desplazamiento. Kindelán recuerda que cuando leyó el decreto hubo vacilaciones porque Cabanellas y quienes le apoyaban no querían que nadie pudiera acumular en su persona tal plenitud de poder. Pero durante el almuerzo las noticias amplias del éxito logrado en Toledo, donde la resistencia enemiga había cesado, y de las aclamaciones populares en Cáceres, quebraron toda resistencia. El borrador se aprobó con sólo introducir en el texto dos incisos importantes: Franco sería «jefe del gobierno del Estado» y «mientras dure la guerra». Lo primero era mucho más de lo previsto; lo segundo, en cambio, tranquilizaba a los monárquicos. Cabanellas prometió firmar el decreto en el plazo de dos días; lo hizo en realidad el día 30 y fue inmediatamente publicado en el Boletín Oficial.

¿Un golpe de estado?

Esto es lo que algunos historiadores llaman «el golpe de estado» [13]. Puntualicemos. Las frases demasiado rotundas suelen ser pegadizas y entrañan por lo mismo un riesgo, el de explicar demasiado poco, desvirtuando la naturaleza de los hechos. Es cierto, y los testimonios se muestran unánimes, que el general Franco no presentó en ningún momento su candidatura al mando supremo ni solicitó de los otros miembros de la Junta de Defensa que le eligiesen; ninguno de sus colaboradores recibió, que sepamos, encargo en tal sentido. Tampoco rechazó el nombramiento, limitándose a no demostrar impaciencia.

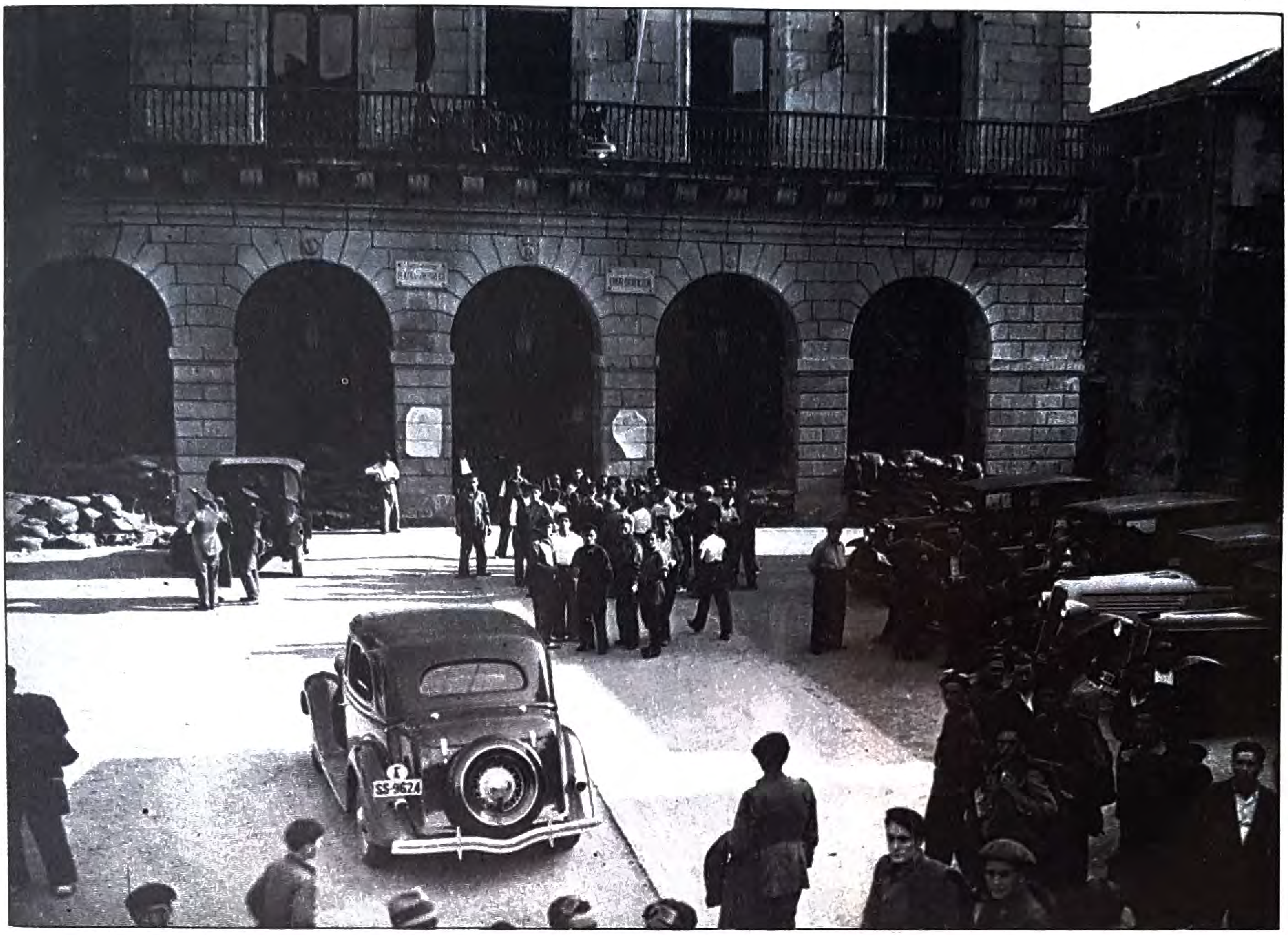
La necesidad de establecer un mando único se planteó en la guerra española como en todas las que participan aliados diversos y en simultaneidad cronológica con el cambio en la zona republicana. Mola habló de ello. Orgaz, Kindelán y, sin duda, otros muchos jefes lo plantearon también. Se trataba de un requisito indispensable para remontar las dificultades y ganar la batalla.

Derribo de la cárcel de mujeres de la calle Amalia de Barcelona, en agosto de 1936. Para los anarquistas las prisiones eran el símbolo del poder establecido por la burguesía, y en los primeros días de la convulsión se dedicaron a acabar con ellas, sin tener en cuenta que poco tiempo después las necesidades de la guerra obligarían en seguida a ambos bandos a habilitar cualquier tipo de edificio como cárceles para los prisioneros de guerra y políticos.

Aceptado esto, la elección se restringía considerablemente, y así lo explicó Quei-

[12] R. La Cierva, *Francisco Franco* (2), III, pág. 9, presenta como prueba un discurso del Generalísimo del 7 de marzo de 1946: No estaba dispuesto a asumir la plena responsabilidad del mando militar sin el pleno poder político, necesario para la reconstrucción del Estado.

[13] Sostienen la teoría del «golpe de estado», entre otros, B. Crozier, I, pág. 307, que fue el primero en formularla; Sh. Ben-Ami, *op. cit.*, pág. 39, que se remite a Stanley G. Payne, *Politics and Military in Modern Spain*. Stanford, 1967, págs. 367-373; y Sergio Vilar, *Fascismo y Militarismo*. Barcelona, 1978, págs. 166-168. En general se pretende, con ella, dar una versión de los sucesos desfavorable a Franco. Un calificativo no modifica los hechos, establecidos con suficiente claridad.



▲ *La columna que dirige el coronel Beorlegui inició un impetuoso avance a lo largo del río Bidasoa con el fin de establecer contacto con los sublevados de los cuarteles de Loyola, pero quedó frenada en Oyarzun. Al rendirse los cuarteles de Loyola el 28 de julio, Beorlegui se marcó como objetivo Irún. Tras duros combates, los sublevados iniciaron el asalto al fuerte de San Marcial, que cae el 2 de septiembre, y dos días después entran en Irún. En la foto, milicianos y paisanos en la plaza de Irún, antes de que cayera la ciudad.*

po de Llano. Descartado Cabanellas, en cuya capacidad militar nadie confiaba, aunque todos respetasen su antigüedad y jerarquía —era o había sido masón y conspirador contra Primo de Rivera—, sólo Franco, general de división, héroe de Africa, jefe del Estado Mayor un año antes y alejado de las querellas políticas, se presentaba con títulos suficientes. Poseía la eficacia, rectitud de conducta y serenidad en el mando; y para demostrarlo ahí estaban el paso del estrecho, el éxito en las negociaciones con Alemania, el avance hasta Talavera y la liberación de Toledo. Me parece, a este respecto, acertada la reflexión de Jesús Fueyo Alvarez: Franco fue «reconocido» como Caudillo por sus colegas; lo era con anterioridad. La elección de Salamanca fue como la culminación lógica de una secuencia.

Franco aceptó la designación —y no descartamos en absoluto la ambición de mando, cosa imposible de probar— como una parte de la «responsabilidad ante Dios y ante la Historia» que había contraído en el momento de sumarse al Alzamiento. Varias veces, en ocasiones decisivas que tendremos que señalar, repetirá esta frase, a menudo muy mal interpretada, que revela una opresión en su conciencia. En las explicaciones que dio no aparece la apetencia de poder, ni la consideración de un derecho a ostentar el mando, sino la exigencia de un deber que había venido a imponérsele. Lo mismo que en Africa, cuando arriesgaba la vida al mismo tiempo que reclamaba ascensos. Si tomamos sus discursos de los días 17 y 18 de diciembre de 1936, lo entenderemos mejor: sostuvo que había tomado las armas no para defender este o aquel régimen político, sino para salvar a la nación de su naufragio. Unicamente la victoria podía revalidar su gesto, restaurando una España rota. Si fracasaba, no quedaría de él sino, pura y simplemente, el recuerdo de una rebelión militar. En cierta ocasión explicó a sus colaboradores que, en un caso tal, se enfrentaría al tribunal encargado de juzgarle sin reclamar siquiera la presencia de un abogado, diciéndole: cumplan, señores, su cometido. En julio de 1936 él había jugado la carta definitiva. Hasta ahí llegaba el sentido de la responsabilidad ante el deber.

El inciso introducido en el texto del decreto, «mientras dure la guerra», le molestó profundamente y su mención pronto desapareció. Tenía sentido en la mente de Kindelán, por ejemplo, para quien la guerra civil era el medio de destruir la República para restablecer la Monarquía. Aquí, el

Refugiados vascos contemplan desde la orilla francesa del Bidasoa la batalla y los incendios que tienen lugar en Irún, donde sólo queda un destacamento de anarquistas asturianos, junto con algunos comunistas locales, que se dedican a incendiar varias zonas de la ciudad; también fusilaron a algunos prisioneros nacionalistas y luego huyeron dejando solamente ruinas. Al día siguiente entraba Beorlegui en Irún; ese mismo día volvían 300 iruñeses a su ciudad, y en días sucesivos lo harían muchos más. En cuanto a los refugiados, los que desearon continuar en la lucha fueron enviados a Barcelona, de donde saldrían para el frente de Aragón. El resto se instaló en campos de concentración franceses a la espera de continuar su camino hacia algún lugar donde instalarse. La frontera quedaba cerrada para los republicanos. ▶

disentimiento entre Franco y los monárquicos alfonsinos era grave. Una guerra civil, en la mente del Generalísimo —y lo había dicho ya en 1931 ante las Cortes de la República—, no se justifica como un medio para devolver su trono al rey que lo ha abandonado espontáneamente. Es en el fondo la terrible operación quirúrgica, medio supremo, excepcional y temible, para recomponer una nación que acaba de saltar en mil pedazos. No tanto para la guerra como para la recomposición que debe comenzar inmediatamente, necesita y reclama la plenitud de poderes.

De ahí el origen remoto de la extraña frase, «jefe del Estado» para la que no existen precedentes. Hasta entonces España no había tenido magistrados supremos que se titulasen jefes de Estado: reyes o presidentes de la República y, en ocasiones, regentes, sí. Pero Franco, que partía de una tabla rasa institucional, de un vacío absoluto, no quería ser presidente porque no aceptaba la legitimidad de la República, ni regente, que le hubiera señalado como puente provisional hacia la Monarquía.

La designación como jefe de Estado asustó probablemente a algunos de los miembros de la Junta que, creyendo precisar mejor y disminuir el riesgo, modificaron la frase aumentando inconscientemente los poderes, pues el «gobierno del Estado» que se le atribuyó significaba —y así lo recoge el decreto firmado por Cabanellas el 29 de septiembre— la absorción de las funciones desempeñadas por la Junta de Defensa que «en el breve lapso que transcurra hasta la transmisión de poderes... seguirá asumiendo cuantos actualmente ejerce». La Junta, pues, se liquidaba. Sucedió, sin embargo, que Franco, que deseaba disponer de órganos de gobierno colegiados, regresó a la idea primitiva y se recortó a sí mismo el título a fin de que reflejase mejor su pensamiento [14]. Además, sustituyó a la Junta de Defensa por una Junta Técnica, que limitaba en principio sus poderes.

Cosa distinta es que Kindelán se sintiese más tarde defraudado —y algunos con él— porque no hubiera tenido lugar, al término de la guerra, la restauración monárquica que deseaba. De nada de esto se habló en septiembre de 1936. Franco era monárquico, sin duda alguna, y había demostrado su respeto a la institución en momentos muy difíciles; no existe ni el más pequeño dato que permita desvirtuar esta afirmación. Pero nunca creyó que la Monarquía pudiera servir, después de lo sucedido en abril de 1931, como punto de partida para la reconstrucción del Estado, sino, al contrario, como remate y sello de dicha reconstrucción. Cuando las nuevas estructuras económicas, jurídicas, administrativas y de orden social hubiesen sido establecidas sólidamente, entonces, y sólo entonces —esa fue la convicción reiteradamente expresada—, podría un rey situarse a la cabeza del Estado para actuar como un «moderador».

El mismo día 28 de septiembre en que la Junta de Defensa tomaba su importante decisión, fallecía en Viena, a causa de un accidente de automóvil, el último pretendiente carlista, Alfonso Carlos de Borbón. También había muerto, en el asalto a Eibar, el bisnieto del último rey de Nápoles, Carlos de Borbón. La rama tradicionalista de la Dinastía quedó desmantelada, y esto beneficiaba, sin duda, al infante don Juan.

Me parece indudable que, desde el 1 de octubre, con paso lentísimo, Franco preparó el retorno a la Monarquía, forma de Estado —y no simple régimen político, aunque el Generalísimo muchas veces los confundiera— que habría de constituir, sucediéndole, la etapa inmediata de reconstrucción nacional. Algunas veces trasparentaba este pensamiento en sus discursos; nunca lo contradijo. Muchos monárquicos alfonsinos han llegado a creer que el Caudillo fue un obstáculo para la restauración del trono. Pero otros muchos inves-

▲ ***Un grupo de milicianos vascos es fotografiado tras unos sacos terreros en el frente Norte. Lo accidentado del terreno convirtió la guerra en el País Vasco en la más dura de todo el conflicto. El empecinamiento republicano en conquistar Oviedo, donde se había hecho fuerte Aranda, hizo que el gobierno no volcara todas sus fuerzas en Guipúzcoa y cometiera así un error estratégico de graves consecuencias. La pérdida de Irún y, por consiguiente, del control de la frontera francesa aisló a la zona norte republicana; los efectos fueron psicológicos, pues el abastecimiento se realizaba por mar, sobre todo a través de Bilbao y Gijón.***

▲ *La resistencia de Moscardó en el Alcázar se había convertido en una obsesión tanto para Largo Caballero como para Franco. El mando nacionalista, cuyas tropas llegaron a Maqueda el 21 de septiembre, se planteó la decisión de acudir a liberar a los sitiados o continuar la marcha hacia Madrid. El 22 de septiembre Franco optó por liberar la ciudad; ésta se había convertido en un símbolo y el futuro Generalísimo sabía la importancia que en España se daba a los símbolos: era una decisión política, más que estratégica. El día 27 los defensores del Alcázar avistaron las tropas de Varela, que entraron en la ciudad el día siguiente. En la tarde del día 29, Franco anunció a Moscardó y a sus hombres que les sería otorgada la Cruz Laureada de San Fernando. Mientras, en Madrid se abría expediente al teniente coronel Burillo por la pérdida de Toledo. En la fotografía, el jefe del Ejército de Africa dirige la palabra a los defensores del Alcázar en el patio del edificio.*

tigadores creen, en cambio, que sin la paciente perseverancia de Franco, nunca el nieto de Alfonso XIII habría llegado a ceñir la corona. Se trata de opiniones, ciertamente, y no de hechos comprobados, excepto, desde luego, el que en estos momentos es rey de España el príncipe que el Generalísimo, en su día, propuso a las Cortes.

«Por la gracia de Dios»

El primer gesto del nuevo Generalísimo, antes de que se conociera el decreto, fue dedicado a Toledo, la guarnición por él salvada, la ciudad cubierta de ruinas en donde aún se combatía. Estuvo allí en la tarde del 29 de septiembre y anunció a Moscardó y a los supervivientes que les sería otorgada la Gran Cruz Laureada de San Fernando. Y, volviéndose a los jefes que le rodeaban, explicó: «ahora sí que hemos ganado la guerra». Frase que podía referirse tanto a la liberación de la sacrificada ciudad como al establecimiento del mando único. Toledo era un muñón sangriento sobre la piel de España.

Al publicarse el decreto de nombramiento de jefe de Estado, en el Boletín Oficial del 30 de septiembre, pudo comprobarse que había desaparecido la expresión restrictiva «mientras dure la guerra» y que aparecían en cambio otras de contenido jurídico que seguramente no constaban en el primer borrador [15]. Yanguas Messía, explicó, años más tarde, al romano pontífice, que él había intervenido de alguna manera en la revisión de las primeras disposiciones del nuevo Régimen. En el lenguaje de la prensa y en el corriente, los títulos se abreviaron, y unas veces se habló del Generalísimo y otras del jefe del Estado, expresiones que se consideraban equivalentes, pues, en octubre de 1936, habían confluido sobre él todos los poderes.

También reaparece, al principio tímidamente, la etiqueta tradicional «por la gracia de Dios». Así será, hasta el día de su muerte, el título largo que rodea su efigie en las monedas: «Francisco Franco, Caudillo de España por la gracia de Dios». No se trata, en este caso, de ningún mesianismo, sino de un retorno, como el de la bandera bicolor, a las tradiciones de la Monarquía. Franco nunca creyó que su nombramiento fuese resultado de una elección, sino de una proclamación, como la que exaltaba a los monarcas españoles —«sobre el palenque» dijo, con curiosa ignorancia del significado de esta palabra, refiriéndose al pavés sobre el que se alzaba a los antiguos reyes de Navarra— que casi nunca fueron coronados. Los generales y jefes reunidos en Salamanca y constituidos en Junta de Defensa eran, en aquel momento, la representación del Movimiento, y en tal condición le proclamaron.

En este contexto «la gracia de Dios» significa el sometimiento de toda autoridad a los principios morales que dimanan de la potestad divina: no otra cosa. Franco tiene derecho a ser explicado desde sus propias ideas. Lo cual constituye también un modo idóneo de conocer y entender sus actos.

---

[14] En sus notas, tantas veces mencionadas, Franco se refirió al episodio con estas palabras: «Proclamación Jefe de Estado». A.F.F., leg. 30, núm. 49.

[15] El preámbulo del decreto contiene este párrafo: «Razones de todo linaje señalan la alta conveniencia de concentrar en un solo poder todos aquellos que han de conducir a la victoria final y al establecimiento, consolidación y desarrollo del nuevo Estado, con la asistencia fervorosa de la nación» (B.O.E., núm. 32). Son los dos objetivos, militar y político.

V. La investidura. Caudillo de España

En las mismas horas en que Franco se encaminaba a Burgos para la solemne investidura de su cargo, el 1 de octubre, el obispo de Salamanca, Enrique Plá y Deniel, catalán de origen, lo mismo que Gomá, ponía su firma a una carta pastoral que ordenó leer en todas las iglesias de su diócesis. Se encuentra en estrecha relación de pensamiento con la de Olaechea y Múgica del 6 de agosto. Ningún contacto se había establecido todavía entre el prelado y Franco ni con otros altos jefes militares. Tomando como tema fundamental para su reflexión la famosa doctrina de San Agustín acerca de las dos ciudades, la de Dios —que componen aquellos que se mueven en el amor de Dios— y la del Diablo —formada por quienes en el amor a sí mismos llegan hasta el desprecio de Dios—, el obispo invitaba a todos sus diocesanos, y en general a todos los católicos, a que hiciesen un examen interior de conciencia ante las graves circunstancias que se deparaban a las dos Españas [16]. La intención fundamental de Plá parece haber sido también recordar a los fieles que no era lícito prestar ayuda a quienes, a sí mismos, se estaban presentando como «los sin Dios». Pero iba mucho más lejos que sus antecesores: calificaba a la guerra civil de Cruzada, porque era una lucha de creyentes contra ateos, en defensa de la Iglesia. Franco, que ya el 21 de julio se sintiera atraído por el término «cruzada nacional», se apoderó de este concepto y lo incorporó a su pensamiento. Acaudillaría, pues, una Cruzada que no era sólo en defensa de España, sino también en defensa de la fe católica.

Miguel Cabanellas, en su calidad de presidente de la Junta de Defensa, hizo entrega del mando: en su discurso, también olvidó lo del gobierno del Estado y llamó a Franco sencillamente jefe del Estado. Este contestó con un discurso, acerado y firme, que apelaba al orgullo de la Junta de Defensa, nacida de un Alzamiento militar que recogiera a España rota en pedazos y le presentaba otra distinta, unida y en marcha hacia la victoria. Prometió que la Junta «seguirá a mi lado, para llegar a una España libre» lo que era anuncio de que invocaba el respaldo y apoyo de sus compañeros de armas. Pero en cuanto al poder que asumía, fue definido de forma absoluta, como si aquel día 1 de octubre de 1936 fuese apenas un punto cero: «me tengo que encargar de todos los poderes», tales son las palabras exactas. En este discurso, tan lleno de significado, por debajo de ciertas concesiones a una retórica que estaba de moda, es en donde incluyó la frase, «mi pulso no temblará», que repetiría años más tarde don Juan Carlos de Borbón, en presencia de Franco, al ser reconocido sucesor a título de rey y jurar ante las Cortes fidelidad a los Principios del Movimiento.

Una vez que las tropas de Varela han liberado al Alcázar del asedio, los fotógrafos retratan a los protagonistas del episodio. Los republicanos han intentado la conquista hasta los últimos momentos; el 19 de septiembre sitian la plaza casi 4.000 hombres, pero el asalto no progresa y el general Asensio hace constar en su parte que ve a la gente «no muy decidida», pese a que la aviación continúa con los bombardeos. Tampoco mejorará las cosas la llegada de Líster con el batallón Thaelman del Quinto Regimiento. El día 27 el teniente coronel Burillo lanza un último ataque, que también fracasa, y ordena a continuación evacuar la ciudad.

▲
Ruinas del Alcázar de Toledo; sus sólidos muros aguantaron fuego, minas... y todo tipo de ataques. El 20 de septiembre Largo Caballero llegó a la ciudad para insistir en que el Alcázar debía caer antes de veinticuatro horas. Numerosos jefes del ejército republicano se sumaron al asedio, pero todo fue inútil, a pesar de ser colocada incluso una mina bajo la torre nordeste, que al explotar se desplomó sobre el Tajo, pero dejó intactos los sólidos cimientos de la fortaleza, que en seguida se convirtió en un símbolo para los sublevados.

El programa

Aquella noche del 1 de octubre, por las antenas de Radio Castilla, el Generalísimo leyó un discurso al país que, después de sufrir ligeros retoques, fue publicado al día siguiente. No intentaba justificar el Alzamiento militar porque «lo que es nacional no precisa de razonamientos». Acusaba de las desdichas españolas a «algunos intelectuales equivocados» que trajeron de fuera un «virus demoledor». Dos veces usó la palabra demoledor, aludiendo al marxismo «que destruía la economía fomentando el odio, y sustentaba la anarquía en todas las provincias de España». El movimiento «acomete su liberación con amplio espíritu de colaboración social para el restablecimiento en el porvenir, de la instauración de su propia libertad». «España —declaró Franco en su frase más conflictiva— se organiza dentro de un amplio concepto totalitario de unidad y continuidad». Entiéndase bien que es, en todo caso, a España, y no a un partido, a quien se adscribe el concepto de totalidad. Negó que el Movimiento tuviera «exclusivo carácter militar», pero se abstuvo cuidadosamente de mencionar los grupos políticos que le apoyaban.

El programa esbozado en aquel primer discurso contiene siete apartados básicos,

[16] El texto, que se publicó en el Boletín de la diócesis, ha sido recogido por A. Montero, *Historia de la persecución,* pág. 688.

EMILIO MOLA

(Placetas, Cuba, 1887-Castil de Peones, Burgos, 1937)

UNA brillante carrera en Marruecos, con rápidos ascensos por méritos de guerra, lleva a Emilio Mola al generalato a la edad de cuarenta años. Apolítico al principio, durante los últimos meses de la República se convirtió en el más activo de los conspiradores militares y, finalmente, en el principal responsable de la organización del levantamiento del 18 de julio. Nacido el 9 de julio de 1887 en Cuba, donde su padre era comandante de puesto de la Guardia Civil, ingresó a los diecisiete años en la Academia Militar de Toledo, donde sus compañeros le conocían por el apodo de El prusiano. *A partir de 1910 es destinado a Marruecos. Herido de gravedad dos veces, entre sus acciones de armas de esta época destaca la defensa de la posición de Dar-Akoba (1924). En 1930, tras la caída de la Dictadura de Primo de Rivera, el general Berenguer, con quien le unía una estrecha amistad, le nombró director general de Seguridad, cargo que ocupó hasta la proclamación de la República. De sus experiencias durante esta época nos ha dejado un interesante y pormenorizado relato,* Lo que yo supe. *Con la República fue detenido y procesado por sus servicios políticos a la Monarquía, siendo absuelto en el juicio, aunque separado del Ejército en 1932. Tras el triunfo de las derechas en las elecciones de 1933, se reintegró en el Ejército, criticando con dureza las reformas militares de Azaña. El 1 de agosto de 1935, Gil Robles, ministro de la Gue-*

rra, le nombra comandante militar de la zona oriental de Marruecos, y el primer gobierno del Frente Popular decide trasladarle a Pamplona. A finales de mayo, Mola llegó a un acuerdo con Sanjurjo, por el que se convertía en el director de la conspiración. Acto seguido entra en contacto con los requetés y con Falange, y la capital navarra se convierte así en el cuartel general de la futura sublevación.

El principal problema político con el que tuvo que enfrentarse fue el derivado de la férrea negativa del delegado regio carlista, Fal Conde, a apoyar cualquier sublevación que no abandenara los principios del tradicionalismo, a lo que Mola se oponía por preferir que el Alzamiento se realizara sin signo partidista alguno.

Desde el punto de vista estratégico, se impusieron desde el principio las sopesadas concepciones de Mola frente a la improvisación general. Sin embargo, sus planes no consiguieron decidir un rápido triunfo del golpe militar. El 24 de julio de 1936 fue nombrado por la Junta Nacional de Defensa general en jefe del Ejército del Norte, pero el 3 de junio de 1937, el avión en que viajaba Mola se estrelló en el cerro de Alcocero, cerca de Briviesca (Burgos), en un accidente fortuito.

respuesta para muchas de las interrogantes que desde su propio bando se formulaban y también para los argumentos de propaganda del Frente Popular. Es importante reproducirlos porque se insiste ahora especialmente en decir que los sublevados no eran sino un grupo de militares al servicio del capitalismo. Lo que el nuevo jefe de Estado iba diciendo —y de ahí la importancia de comprobar si luego se mantuvo fiel a estos propósitos— era algo muy distinto:

a. «Instauración de un régimen de autoridad y jerarquía de la patria. La personalidad de las regiones españolas será respetada en la peculiaridad que tuvieron en su momento álgido de esplendor, pero sin que ello suponga merma alguna para la unidad absoluta de la patria. Los municipios españoles también se revestirán de todo su vigor, como entidad pública».

b. «Fracasado el sufragio inorgánico... la voluntad nacional se expresará oportunamente a través de aquellos organismos técnicos y corporaciones que representen de manera auténtica sus intereses y la realidad española». «Los individuos gozarán de amplias libertades sin menoscabo de los supremos intereses del Estado».

c. «El capitalismo se encauzará y no se regirá como clase aparte, pero tampoco se le consentirá una inactividad absoluta». «El trabajo tendrá una garantía absoluta, evitando que sea servidumbre del capitalismo y que se organice como clase». «Se implantará la seguridad del salario, hasta que se llegue a la participación de los obreros, haciéndose beneficiarios del aumento de producción». «Serán respetadas todas las conquistas..., pero al lado de estos

Franco y Mola en Burgos el 1 de octubre de 1936, tras la investidura del primero como jefe del gobierno del Estado y Generalísimo de los ejércitos. El general Miguel Cabanellas, en su calidad de presidente de la Junta de Defensa, hizo la entrega del mando. En los días que precedieron al acto, Kindelán, jefe de las fuerzas aéreas de los sublevados y hombre de convicciones monárquicas, trabajó con ahínco para conseguir el triunfo de la candidatura de Franco. También Mola era partidario del nombramiento.

Cartel dedicado a los protagonistas del Alzamiento en el que figura como lema una de las consignas que ensalzaban al general Franco, junto al Alcázar de Toledo, símbolo de la resistencia y de la victoria de las tropas sublevadas. La eficacia en el campo de batalla del Ejército de Africa, el hecho de que las ayudas extranjeras se canalizaran a través de Franco, y el prestigio militar del que estaba rodeado, hicieron que su autoridad siguiera una línea ascendente, lo mismo en el interior que fuera de España, en un momento en que la necesidad de un mando único se imponía con urgencia.

derechos estarán sus deberes y obligaciones, especialmente en cuanto afecta al rendimiento de su trabajo y leal colaboración». «Todos los españoles están obligados a trabajar según sus facultades. No puede el Estado nuevo admitir parásitos».

d. «El Estado nuevo, sin ser confesional [17], respetará la religión de la mayoría del pueblo español, sin que esto suponga intromisión de ninguna potestad dentro del Estado».

e. «En su aspecto tributario evitará el aniquilamiento de la riqueza, estableciendo una equidad en los impuestos y contribuciones, haciendo un justo reparto de las cargas».

f. «En el aspecto agrario se llegará a la creación del verdadero patrimonio familiar. Merced a lo que el campesino produce se le dará una ocupación permanente para mejorar la vida campesina y, al mismo tiempo, la vida de la patria. Tal misión será llevada a cabo con preferencia».

g. «En el orden internacional viviremos en armonía con todos los demás pueblos, en especial con los de comunidad de raza, de lenguaje y de idearios comunes y, dentro de la más leal convivencia, siempre que no sean incompatibles con nuestro sentido ideológico. Exceptuamos de manera rotunda el contacto soviético».

Existen, en este programa, algunas afirmaciones rotundas, muy pocas, mezcladas con proyectos y deseos que sólo el tiempo diría si era posible que se alcanzasen. Franco estaba respondiendo, desde el recuerdo subconsciente de su viejo hogar ferrolano, sobre todo a los deseos y aspiraciones de una clase media que intenta descubrir, en los hombres de gobierno, aquellas virtudes que considera propias: mesura, prudencia, sentido del ahorro y exagerada dignidad personal. Se trataba de palabras y proyectos, pero también las constituciones de los estados se componen únicamente de palabras. Franco parecía dar siete vueltas a la cerradura de la demagogia —aunque otros, dentro del Régimen, intentarán practicarla— porque tenía que colocar a sus seguidores cara a cara con una dura realidad. El Generalísimo decla-

[17] Al parecer, la expresión utilizada en el momento de la lectura por la radio había sido: «España será un estado aconfesional». Esta expresión, que despertó el entusiasmo de Unamuno (R. La Cierva, *Francisco Franco* (2), III, pág. 22), asustó a Gomá. Antes del concilio Vaticano II, la Iglesia desconfiaba de las propuestas de separación. Franco no sólo accedió a modificar la frase para su publicación, sino que, verbalmente, explicó al primado que lo que había querido decir era que no deseaba privar a la Iglesia de libertad ni imponer obispos. M. L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, págs. 58-60.

El general Alfredo Kindelán Douani, al que se nombra general del Aire, era amigo personal del rey Alfonso XIII. Apoyará activamente la candidatura de Franco como jefe del Estado, tanto por creerle el más apto y capacitado para dirigir la guerra como por suponer que, terminada la contienda, restauraría la monarquía.

raba que el régimen liberal parlamentario estaba muerto y que el simple contacto con la Unión Soviética podía entrañar peligro.

Caudillo

En torno al 1 de octubre, fecha que será considerada oficialmente luego como de Exaltación de Franco a la Jefatura del Estado y, como tal, conmemorada cada año, no encontramos mención alguna de Monarquía ni de República: se habla de momento de un nuevo Estado, pero no se explica qué forma deberá asumir dicho Estado. Los periodistas, al hacer crónica de la jornada, se refirieron a Franco llamándole dictador, cosa que a él no gustaba por el sentido de provisionalidad que toda dictadura lleva consigo. Prefirió en cambio el calificativo de Caudillo por las razones que luego trataremos de explicar.

Hubo enseguida algunas adhesiones importantes, dentro y fuera de España, incluso procediendo de sectores como la Lliga o los reformistas que defendieron a la República. El 9 de octubre, desde Niza, Manuel Portela Valladares escribió a Franco felicitándole por el nombramiento que ponía en sus manos «la providencial misión de realizar la segunda reconquista de España» [18]. Los diez rectores de Universidad que se hallaban en zona nacional, encabezados por Miguel de Unamuno, dirigieron un telegrama a los representantes oficiosos de Argentina, Uruguay y Portugal, países que mostraban simpatía por los rebeldes para agradecer la ayuda que prestaban al Movimiento. Todos estos rectores habían sido nombrados por el gobierno de la República.

¿Por qué Francisco Franco aceptó que se le llamase Caudillo? Es, naturalmente, imposible dar una respuesta exacta a tal pregunta, sobre la que apenas si nos es dado formular conjeturas. La historiografía antifranquista responde con rotundidad, presentando una identidad de significado con los títulos de Duce y Führer que Mussolini y Hitler utilizaron. Franco nunca aludió, directa ni indirectamente, a tal semejanza, y sí, en cambio, al precedente significado por los reyes-caudillos de los orígenes de la Reconquista, a los que también el antiguo Fuero de Navarra hacía referencia. Algunos exaltados partidarios de la primera hora sí se dejaron arrastrar: el coronel Juan Beigbeder se dirigía a Franco, al que tuteaba, llamándole «mi» Caudillo, pero únicamente en correspondencia privada. Lo que resulta cierto es que el uso del calificativo fue estimulado desde el gobierno, cosa que no hubiera sucedido si a Franco no hubiera resultado agradable.

Para Juan Beneyto Pérez, que en 1939 publicó un libro que titulaba *El nuevo Estado español,* «el concepto de caudillo es una síntesis de la razón y de la necesidad ideal; no es sólo fuerza, sino también espíritu y constituye una nueva técnica, por ser la encarnación del alma nacional y hasta de la fisonomía nacional». Raimundo Fernández Cuesta dijo en cierta ocasión que un Caudillo no es «ni un jefe de gobierno ni un dictador vulgar, sino el jefe carismático, el hombre concedido por la Providencia para salvar a su pueblo». Parece evidente que la noción de un caudillo se relaciona más con el concepto de autoridad que con el de poder. En un libro que se hizo famoso, aunque sus enemigos lo tacharan de oportunista, *Contribución a la teoría del Caudillaje,* Francisco Javier Conde apuntaba precisamente una observación que Jesús Fueyo Alvarez ha recogido y matizado más recientemente: Franco era caudillo antes y no después de su elección; se le reclamaba al primer puesto por su autoridad —como Octavio, llamado «auctor», Augusto—, pues de ésa necesitaba para la construcción del nuevo Estado.

Descendiendo al terreno de los hechos, esto último resultaba muy cierto. Franco convirtió en tarea fundamental para el resto de su vida —treinta y nueve años— la edificación, paso a paso, con cautelas infinitas, de un nuevo Estado cuyo remate final se hallaba en el restablecimiento de la Monarquía, que hiciese innecesario en el futuro el retorno a situaciones excepcionales, como la suya propia. No deja de ser curioso que la Constitución española de 1978, desmanteladora del franquismo, haya contemplado la figura de un jefe de Estado —condición que atribuye al rey—, respondiendo a la necesidad que, en fechas lejanas, Franco vislumbrara. Sin embargo, él, amigo y admirador de Víctor Pradera [19], ahora asesinado, concebía esa suprema magistratura, arbitral, moderadora y rica de contenido, como algo muy diferente de un «augusto cero», según la conocida frase cáustica del pensador tradicionalista.

---

[18] La carta ha sido publicada por R. La Cierva, *Documentos de la primavera trágica. Análisis documental de los antecedentes inmediatos al 18 de julio de 1936.* Madrid, 1967, pág. 678. Franco no dio respuesta a dicha carta. Después de la batalla de Guadalajara, creyendo sin duda que los nacionales iban a ser derrotados, Portela regresó a la zona republicana y asistió a las Cortes de octubre de 1937. En ellas explicó que, durante la crisis de febrero de 1936, había tenido firmado el decreto de declaración del estado de guerra, que no quiso usar para no quebrantar la legalidad republicana. La versión de Franco respecto al suceso es esta otra. «Estas gestiones —el sondeo a los jefes de Cuerpo en el Ejército— sólo fueron hechas después de haber fracasado la declaración del estado de guerra por el Consejo de Ministros, que a petición del propio general Franco se había logrado, y que el presidente de la República ordenó anular al enterarse de la decisión del Consejo». A.F.F., leg. R.2, núm. 7.

[19] Franco sentía necesidad de que se explicase «mi amistad con Pradera» en las notas que tan frecuentemente consultamos. A.F.F., leg. 30, núm. 49.

FRENTE DE MADRID: NOVIEMBRE DE 1936

I. La Junta Técnica

De cuando en cuando, años más tarde, Franco volvía la vista atrás, a los meses intensos del otoño de 1936 y escribía algunas notas, con letra casi indescifrable, al hilo de sus reflexiones, sin guardar ningún orden, como si lo hiciera para uso exclusivo. «El peso de la Jefatura del Estado. Responsabilidad total: las dos partes, la militar y la política, y de esta le condiciona...». «El contacto con hombres preparados me ayudó a afianzarme en mis observaciones y me sirvió de mucho para mi obra de gobierno. La política de partidos llevaba a los puestos no a hombres preparados, sino a aficionados que, por el hecho de ser ministros, sentaban ya plaza de sabios en la materia. De aquí la preocupación grandísima que me embargó al ser elevado a la Jefatura del Estado. ¿Qué importaba que ganásemos la guerra si era imposible la paz? Para mí la medicina de España era muy distinta de la que se venía aplicando.»

«El problema político: lo pensado antes y la realidad. La cruzada y las aportaciones políticas. Falange y requetés, el pueblo todo, republicanos, monárquicos e indiferentes, patriotas y católicos. No fue una clase social determinada, sino todas las clases, desde el aristócrata hasta el más humilde campesino u obrero. Desde el primer momento el concepto de que se combatía por Dios y por España se presentó claro, pero hacía falta más: concretar la orientación futura, definir las características del régimen futuro; recoger, de los sectores que se incorporaban al Movimiento, lo que ese factor común *(sic)* y anhelo de los más, un hondo sentido cató-

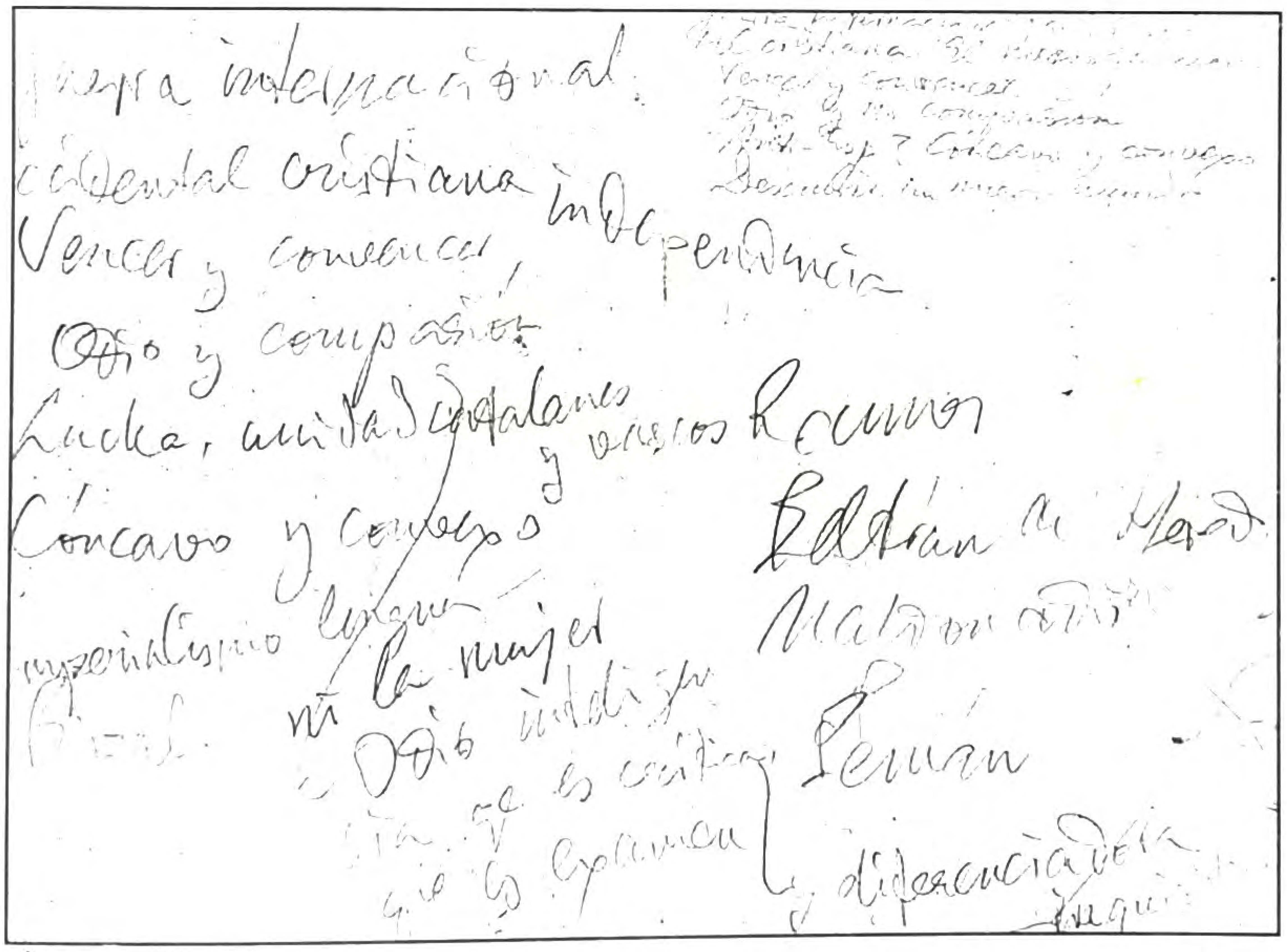
▲ ***Franco se dirige al pueblo desde el balcón de la Capitanía General de Burgos. Le acompañan (de derecha a izquierda) los generales Ponte, Cabanellas, Queipo de Llano, Gil Yuste y Dávila y el coronel Moreno Calderón.***

▲*José Antonio Aguirre y Lecube jura su cargo de presidente del gobierno vasco en la Sala de Juntas de Guernica el 7 de octubre de 1936. El PNV había supeditado su participación en el gobierno Largo Caballero a la aprobación del estatuto, lo que hicieron las Cortes el día 1 de octubre con el voto unánime de los diputados presentes. La ley que lo ponía en vigor fue promulgada el 6 de octubre, y al día siguiente se procedió a la elección del presidente del gobierno vasco, a su promesa en Guernica y a la constitución del gobierno autónomo, cuyos miembros le acompañan en el acto de juramento.*

licos y social y abolir para siempre las causas de nuestra decadencia: partidos políticos en pugna, masonería y comunismo» [1].

Estas reflexiones permitían a Franco evocar los tiempos en que estaba poniendo los cimientos para la edificación de un nuevo Estado. Ello significa en realidad la creación de las bases institucionales primeras. Fueron dos: establecimiento de cuerpos de Ejército —el del norte a las órdenes de Mola y el del sur a las de Queipo de Llano— y creación de una Junta Técnica de expertos civiles en las diversas ramas de la administración y que sería puente hacia un futuro gobierno. No se decretó la disolución de la Junta de Defensa, que quedó disminuida en sus funciones y que serviría también de antecedente a otro tipo de institución que aún perdura. Queipo de Llano tenía la misión de conservar el amplio frente desde Extremadura hasta las inmediaciones de Gibraltar, ahorrando fuerzas. A Mola correspondían las acciones ofensivas, incluyendo Madrid, si bien en estas últimas la intervención del Generalísimo era mucho más directa. En el fondo, al asignársele tareas de contención y defensa, se otorgaba a Queipo más libertad de acción.

La Junta Técnica no era un gobierno. Respondía con exactitud a los programas trazados cuando se preparaba el Alzamiento: una dictadura de breve duración, pero contando con colaboradores civiles que se encargasen de todos los aspectos


internacional
occidental cristiana
independencia
Vencer y convencer
Odio y compasión
Lucha, unidad catalanes y vascos
Cóncavo y convexo
la mujer

▲*Fotocopia de las notas que nerviosamente tomó don Miguel de Unamuno en el acto académico celebrado en la Universidad de Salamanca el 12 de octubre de 1936 y que le sirvieron de base para responder a los que previamente habían hecho uso de la palabra, y muy especialmente al general Millán Astray, con quien sostuvo un resonante altercado.*

técnicos; desde ella se empezarían a construir las instituciones propias de un Estado. Sus miembros fueron siete: Andrés Amado, antiguo colaborador de Calvo Sotelo y experto en finanzas; Juan Cortés, que debía encargarse de revisar la legislación republicana, a fin de establecer la parte de ella que resultaba incompatible con el Movimiento, al tiempo que preparaba el tránsito de la justicia desde la jurisdicción militar, propia del estado de guerra, a la civil; Joaquín Bau Nolla; Mauro Serrey; Eufemio Olmedo; Alejandro Gallo, y Enrique Suñer. No había falangistas. Si tuviésemos que buscar alguna clase de antecedentes, deberíamos remontarnos a la época de la Dictadura. No es extraño. Franco se sintió siempre un poco renovador de la obra de Primo de Rivera.

La situación económica

Una de las tareas asignadas a la Junta Técnica consistía en arbitrar los medios necesarios para hacer frente a los gastos de guerra. No había reservas metálicas en la zona nacional. Durante la Dictadura, y hasta 1936, se había seguido una política de inmovilización de reservas de oro y plata, y aunque el gobierno del Frente Popular había comenzado a gastarlas, para sostener la balanza de pagos, aún poseía el Banco de España al comienzo de la guerra civil 635 toneladas de oro, más un control sobre 0,726 toneladas depositadas en el exterior. Esto significaba 715 millones de dólares, todo ello en manos del gobierno de Madrid. Antes de que concluyera el mes de julio, los rojos habían exportado sumas importantes para sostener el cambio de la peseta, cosa que no consiguieron. Franco impuso, al parecer, a la Junta de Defensa el criterio opuesto al de la República: durante toda la guerra mantendría un tipo de cambio de 1/38 en relación con la libra, y se negó rotundamente a modificarlo [2].

Probablemente al Caudillo, que carecía de reservas, no quedaba otra solución que aplicar este criterio, nada ortodoxo desde el punto de vista económico. Sin embargo, mientras la peseta frentepopulista se derrumbaba en los mercados exteriores y experimentaba un deterioro muy rápido en el interior, los nacionales gozaban de estabilidad en los precios en el mercado interior y firme crédito en el exterior. Por ejemplo,

[1] A.F.F., leg. 30, núm. 49.

[2] He aquí cómo explicaba el propio Franco su decisión años más tarde:

«Se exteriorizó con motivo de tener que establecer el cambio de nuestra moneda para las transacciones en el exterior y que yo venía metiendo a 38 pesetas la libra desde los primeros días del Movimiento, que era lo que se satisfacía a los exportadores. Intrigas de éstos y ambiciones de ganancia pretendían remover a través de bancos y banqueros. De los cuales haciéndose eco el vocal de Hacienda de la Junta Técnica, elevó una propuesta con la necesidad de cambiar la cotización por otra más en armonía con el momento. La negativa fue fulminante; si los costes eran los mismos que antes, no había por qué variar los precios de venta y que los exportadores, por el hecho de nuestra guerra, obtuviesen beneficios extraordinarios a costa de los demás, pues las divisas, resultado de su exportación, pagarían las importaciones que todos consumíamos o el material de guerra que empleábamos. La propuesta era inaceptable; mientras se sostuviesen costes y salarios y no se hiciese indispensable el retoque, había que negarse a ninguna clase de alteración. Así quedó con el secretario general (Nicolás Franco) y se le comunicó al presidente de la Junta Técnica (Jordana).

Pocos días transcurrieron cuando, al volver del frente, me esperaba el presidente de la Junta Técnica para insistir en la medida, desbordado por el criterio del vocal de la misma, y la opinión de los principales economistas y banqueros residentes en la zona. Rechacé la propuesta y traté de convencer al general Jordana del despropósito; éste decía que le convencían mis razones, pero que los defensores del señor Amado, encargado del despacho de Hacienda y los otros señores banqueros y comerciantes le envolvían. Cuanto más meditaba sobre la medida y consultaba con el secretario general, más nos convencíamos de las pérdidas que habrían entrañado el atender a su propuesta, y encargué al secretario general de convencer a aquellos señores de los daños de tal medida, pero sin resultado. Hubo que resolverlo en una negativa absoluta a considerarlo más y sostener la firmeza de la medida tomada contra los argumentos técnicos. Solamente uno, el señor Marfil, que no pudo asistir a la reunión y que participaba de la misma idea que los otros técnicos, al serle explicadas las razones vio claro el problema e hizo suya nuestra idea de mantener firme la cotización. La moneda siguió firme toda la guerra en contra de sus pronósticos. Hay que reconocer que, transcurridos varios meses, pidieron audiencia para felicitarme por la clara visión que había tenido del problema que tantos beneficios había causado a nuestra economía, que era milagroso; que era la primera vez que una nación en guerra había logrado sostener, sin oro ni divisas, el precio de la moneda.» A.F.F., leg. 30, núm. 49.

José Millán Astray, fundador del Tercio, mutilado de guerra y atrabiliario personaje, que regresó de la Argentina, donde se encontraba, para sumarse a los sublevados. Su incidente con Unamuno en la Universidad de Salamanca ha sido explotado como indicativo de una postura negativa ante la vida y la cultura.

Don Miguel de Unamuno, frente al pórtico de la biblioteca de la Universidad salmantina. Al jubilarse, el 29 de septiembre de 1934, el gobierno de la República le nombró rector perpetuo de ella, pero al producirse el Alzamiento militar se adhirió a él, por lo que el gobierno de Madrid le destituyó. En compensación, la Junta de Defensa nacional de Burgos le confirmó el primero de septiembre en los cargos de rector vitalicio y titular de la cátedra de su nombre. Franco, al igual que Azaña, le privó también de esos honores.

nunca hubo inquietudes en el suministro de petróleo. El éxito de la medida estuvo ligado al hecho de ser la zona nacional predominantemente agrícola en la primera fase de la guerra y dueña de reservas minerales desde 1937: la reconquista de las áreas industriales, con población famélica y aprovisionamientos fuertemente alterados por el mercado negro, haría imposible la continuación de esta política en 1939.

Otra novedad se produjo en estos días: en torno a dos centros neurálgicos, Burgos y Salamanca, comenzaba a producirse la agrupación de intelectuales jóvenes, nombres que después contribuirían poderosamente a la cultura y al pensamiento político de España. Pero el Cuartel General del Generalísimo, que llegó a erigirse en principal poder decisorio en los meses de 1936 y 1937, acudía con preferencia a nombres ya consagrados como José María Pemán, Jesús Pabón y Suárez de Urbina, Manuel Torres López, Juan Pujol, Manuel Sacristán o Melchor Fernández Almagro. Miguel de Unamuno fue consultado varias veces.

Desde el 3 de octubre de 1936, Franco se instaló en el Cuartel General en Salamanca, mientras que los servicios administrativos se repartían entre Valladolid y Burgos, ciudad esta última que fue considerada como capital de la zona nacional. Por primera vez las personas que giraban en torno al Generalísimo empezaron a comprobar que comenzaba su jornada, cada mañana, asistiendo a una misa que se celebraba en su residencia a las 9,30, y que lo mismo sucedía cuando visitaba el frente de guerra: era una manifestación personal y absolutamente privada de catolicismo. Por otra parte, comenzaban a imponerse normas de modestia, pulcritud y parquedad: ser invitado a la mesa del Generalísimo no constituía ningún anuncio de comida suculenta.

La jornada ordinaria —se guardaban en secreto las ausencias de Franco por razones de seguridad— era monótona. Tampoco en esto se acomoda al modelo de los dictadores: economía, silencio, amistades medidas, ninguna clase de vicios, protocolo reglamentado y tradicional en los actos oficiales. Comenzaba el trabajo cotidiano con la lectura de los informes acumulados durante la noche y con el dictado de cartas u órdenes. Hacia las 11 se reunía con el Estado Mayor. A las 12 y media llegaban los diferentes mandos especializados con los que despachaba hasta la hora del almuerzo, normalmente a las 3 de la tarde. Este horario, como puede suponerse, resulta más bien indicativo: es difícil observar normalidad en tiempo de guerra. Era frecuente que, si el trabajo se acumulaba, el almuerzo tuviese lugar a las cinco o a las seis de la tarde.

La jornada vespertina comenzaba siempre con un paseo por los jardines, hablando con sus colaboradores. Era de intenso trabajo, con frecuencia hasta las 2 de la madrugada, interrumpido a las 11 para tomar la cena. Es verdad que la prensa publicaba de cuando en cuando fotografías que le presentaban en compañía de su familia, pero se trataba, como puede suponerse, de meros recursos para la propaganda: un jefe de Estado tranquilo y sonriente ayuda a alejar angustias y preocupaciones.

La realidad era muy otra: monótono y difícil trabajo, un día y otro, excepto cuando se hallaba en al frente.

José María Pemán, orador, ensayista, poeta y dramaturgo, cuyas obras tuvieron gran resonancia en los sectores sociales de derechas durante la anteguerra. Monárquico militante y fundador de Acción Española, participó en la conspiración y fue el cálido verbo de los sublevados. Al constituirse la Junta Técnica del Estado, Franco le nombró presidente de la Comisión de Cultura y Enseñanza, y como tal asistió al famoso acto universitario que se celebró en la Universidad de Salamanca el día de la Raza. Posteriormente, al constituirse el Instituto de España y convocarse a las reales academias, se le nombró presidente accidental de la Academia de la Lengua, aunque no leyó el discurso de ingreso hasta el 20 de diciembre de 1939. En la foto aparece rodeado de los actores que interpretaron su obra El divino impaciente en el teatro Beatriz de Madrid en ocasión del homenaje que se le rindió al llegar a las cien representaciones.

II. El crecimiento de Falange Española

La designación de un Generalísimo que asumía además funciones de jefe de Estado y de presidente del gobierno —por ahora sin ministros— no bastaba a resolver los grandes y graves problemas de carácter político, judicial o económico que alentaban en la retaguardia. La plataforma de partidos sobre la que, en cierto modo, se apoyaba el Movimiento, era débil y confusa, aunque amplia. El 17 de agosto de 1936 el *Diario de Burgos* publicó el acta de autodisolución enviada por el Partido Radical. En París Santiago Alba se puso abiertamente a favor del Movimiento. También Portela Valladares quiso hacerlo, aunque no fue aceptado. Había muerto asesinado en Madrid, el 23 de agosto, Melquíades Alvarez. La CEDA, prácticamente, se había desintegrado: las declaraciones de José María Gil Robles no dejaban lugar a dudas en cuanto a su adhesión al Movimiento, corroborada, en la práctica, por la terrible persecución a que sus partidarios estaban siendo sometidos en la zona roja. Falangistas, tradicionalistas, alfonsinos, estaban todos oficialmente al lado de Franco [3].

Hedilla

Los consejeros nacionales de Falange que se encontraban en la zona dominada por el movimiento militar, se reunieron en Valladolid el 2 de septiembre de 1936 y decidieron crear una Junta Provisional compuesta por siete personas y cuya presidencia fue otorgada a Manuel Hedilla Larrey, mecánico de profesión, santanderino de nacimiento, que no estaba dotado de cultura y dotes de mando en la medida en que poseían otros de sus correligionarios, ni tenía las condiciones que en aquel momento se necesitaban para encuadrar e instruir a los muchos millares de nuevos afiliados o para frenar su afiliación. Las cualidades que más señalaban sus contemporáneos, aparte de la circunstancia de ser un obrero manual, que desmentía uno de los argumentos de la propaganda roja, parecen haber sido la honestidad y el espíritu de trabajo. Valladolid y Burgos pasaron a ser centros neurálgicos del falangismo, que cultivó los rasgos de un castellanismo reivindicativo hasta tal punto que, muchas veces, se pretendió identificarlo con los sentimientos de la población rural de la meseta. ¡Arriba el Campo! se convirtió en uno de los más curiosos gritos políticos de cualquier país.

Paralelamente, Rafael Garcerán, antiguo pasante de José Antonio, aunque no se trataba de un veterano en las lides falangistas, era designado jefe territorial de León, Zamora y Salamanca. Sancho Dávila, que consiguiera atravesar las líneas enemigas, era enviado como jefe territorial a Sevilla. Ni ellos ni Agustín Aznar —los tres se consideraban como verdaderos continuadores del espíritu de José Antonio, en cuyo rescate estaban empeñados— mostraron especial deferencia hacia Hedilla. Este último nunca logró ejercer verdadera autoridad sobre Falange.

A principios de octubre aún no se habían perdido las esperanzas de rescatar con vida al dirigente y fundador del partido.

En los primeros meses del Alzamiento, pese a la decisión del Führer de asegurar suministros de armas a Franco, Alemania se mostró sumamente cauta: no quería que un paso en falso comprometiera los resultados de su política. Cuando Franco comunicó a Berlín, telegráficamente, su nombramiento, Hitler dejó la comunicación sin respuesta y recomendó a Mussolini que hiciera lo propio: nada de testimonios escritos que pudieran ser considerados como reconocimiento oficial. El III Reich seguía manteniendo relaciones diplomáticas con el gobierno de la República y existían intereses económicos muy importantes que le convenía defender en la zona sometida al mismo. Tampoco estaba muy seguro, en estos momentos, de que Franco y los suyos pudiesen lograr la victoria.

Pero el 6 de octubre de 1936 el consejero de la embajada alemana en Lisboa, conde Du Moulin-Eckart, llegó en automóvil a Salamanca con el encargo de transmitir, de palabra, la felicitación y aliento del Führer. En el transcurso de la cena que se le ofreció, y a la que asistieron por lo menos Nicolás Franco y Alfredo Kindelán, el jefe del Estado pronunció unas palabras agradeciendo la ayuda técnica que se le estaba prestando y elogió calurosamente la obra de reconstrucción nacional que Hitler llevaba brillantemente a cabo en su propio país; por su parte, añadió, tenía que unir en una sola fuerza a falangistas, tradicionalistas y CEDA.

De momento, no hubo más.

---

[3] Ciertos sectores del Movimiento mostraron frialdad hacia la CEDA por sus concomitancias con la República, a pesar de que la adhesión de Gil Robles fue —aunque luego se haya pretendido lo contrario— insistente y rotunda (J. M. García Escudero, *op. cit.*, IV, págs. 1798-1799). Años más tarde Franco recordaría estos sentimientos contra la CEDA: «Ni nadie intentó sublevarse por el señor Gil Robles, ni el Ejército tampoco se sublevaría, pues no veía en el señor Gil Robles más que un político más, políticamente desprestigiado en su colaboración con el señor Lerroux y en la provocación de las crisis que les acompañaron». A.F.F., leg. R.2, núm. 10.

▲ ***Combatientes republicanos en una de las posiciones del sitio de Oviedo, ciudad en la que el coronel Aranda resistió heroicamente hasta que fue socorrido por las columnas gallegas que, al mando del coronel Martín Alonso, llegaron a la capital del Principado el día 17 de octubre, rompiendo el cerco a que estaba sometida. La situación de la ciudad mejoró, pero el asedio continuó hasta el final de la campaña del Norte.***

Liberar a José Antonio

Ese mismo día 6 de octubre, en Sevilla, Agustín Aznar, Rafael Garcerán y el cónsul alemán en Alicante, von Knobloch, expulsado por las autoridades republicanas, iniciaban la segunda etapa de gestiones para liberar a José Antonio. El proyecto consistía en establecer contacto con el gobernador de Alicante, Jesús Monzón, comunista, a quien se podía ofrecer una elevada cantidad de dinero y refugio seguro en zona nacional. Franco, en su calidad de jefe de Estado, aprobó la operación: el intermediario sería Gabriel Revello, consignatario de Ybarra en Alicante. Aunque el comandante de la flota alemana en aguas españolas, Rolf Carls, negó el permiso para utilizar un buque de guerra, desde Berlín se le ordenó que cambiara de actitud: se trataba de «cumplir una misión especial ordenada por el propio Franco». El 13 de octubre, a bordo del *Deutschland,* Carls fue informado por von Knobloch y por el consejero Karl Schwendemann de qué se trataba: el encargo de Franco era tratar de comprar al gobernador la libertad de Primo de Rivera; pero si esto fracasaba, los falangistas estaban dispuestos a intentar un golpe de mano [4].

Como en otros muchos aspectos de las relaciones hispano-germanas, se produjo en esta ocasión un enfrentamiento de opiniones entre el partido y la Wilhelmstrasse. Carls advirtió que la presencia de Knobloch en Alicante y el intento de golpe de mano, aparte de provocar eventualmente el asesinato de la persona misma que se quería salvar, podría colocar a Alemania en posición muy delicada. El Ministerio de Asuntos Exteriores apoyó su propuesta: la única gestión posible era un acuerdo con los anarquistas de la FAI [5]. Von Knobloch sostenía la opinión de que no importaban los medios porque «la liberación de Primo de Rivera es cuestión vital para el fascismo español que, todavía durante la guerra civil, debería inspirar un espíritu revolucionario nacional-socialista». El 19 de octubre, Warlimont telegrafió a Carls indicándole que tenía las instrucciones concretas de Franco. Primero se debería obtener el rescate sin ofrecer dinero. No se debería dar adelanto alguno. Fijado el precio, después de un conveniente regateo, habría que asegurarse bien de la identidad de la persona antes de entregarlo. En modo alguno debía intervenir en la operación el cónsul von Knobloch.

▲ *El cartel de CNT-FAI hace hincapié en la importancia de los transportes en el proceso de socialización. En Barcelona fueron colectivizados el metro, los tranvías y autobuses, los transportes marítimos y casi todas las empresas.*

En este momento, un enlace hizo el ofrecimiento de liberación de José Antonio y sus parientes, pero pedía tres millones de pesetas en monedas de plata. Era una cantidad enorme y señalaba el límite de las posibilidades de los nacionales. El *Almiral Scheer,* a las órdenes de Otto Ciliax, llevó a Revello, Pedro Gamero del Castillo y von Knobloch a Alicante. Pero cuando el 21 de octubre a las seis de la tarde, respondiendo a una invitación de los oficiales del navío, Jesús Monzón subió a bordo del *Admiral Scheer,* Ciliax no admitió a ninguno de sus pasajeros en la conversación. Parece seguro que el comandante alemán se guiaba por instrucciones de Warlimont y del encargado de negocio Völckers, que insistían en que se guardase en todo el más estricto secreto y que, desde luego, se evitara la participación de Knobloch. Por su parte Ciliax obtuvo de su conversación con el gobernador civil dos impresiones: que José Antonio Primo de Rivera no corría, de momento, peligro, y que la liberación del jefe de Falange podría obtenerse mediante un canje, a través del Reino Unido, preferentemente, y no de Alemania, Portugal o Italia.

Franco aceptó también esta última vía: el 4 de noviembre Warlimont comunicó el ofrecimiento de canje por un diputado socialista asturiano, Graciano Antuña, más los tres millones de pesetas que tenía el vicealmirante Carls en su poder. Völckers contestó, el 11 de noviembre, que tenía esperanzas, pero habría en todo caso que aumentar la cifra. Esperanzas vanas como todo el mundo sabe: el 14 de noviembre comenzaría el rápido juicio contra José Antonio, que se cerraría, seis días más tarde, con su ejecución.

---

[4] A. Viñas, *Guerra...,* págs. 81-83.

[5] Según Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra.* Buenos Aires, 1940, pág. 21, opinión que recoge H. Thomas, *op. cit.,* II, pág. 544, nota 6, los anarquistas se habían opuesto constantemente a la sentencia contra José Antonio.

III. El caso Unamuno

Los nacionalsocialistas alemanes tenían otro motivo para mostrarse reticentes: desconfiaban del ambiente católico, cada vez más vigoroso, que rodeaba a Franco en Salamanca y que trataba de penetrar profundamente en las estructuras de Falange Española.

La jerarquía eclesiástica española tampoco estaba satisfecha con la actitud de algunos miembros prominentes de Falange Española, que se estaba convirtiendo en la primera fuerza política del bando nacional. El testimonio del cardenal Gomá reviste una importancia decisiva. En su informe al Secretario de Estado, Eugenio Pacelli (24 de octubre de 1936) —en donde se recoge el impresionante testimonio de su visita a Toledo el 3 de octubre— afirma que todos los miembros de la Junta Técnica son fervorosos católicos. De una manera especial lo es Franco, «católico práctico de toda la vida». En él se siente inclinado a depositar su confianza: «mi opinión personal es que será un gran colaborador de la obra de la Iglesia desde el alto sitio que ocupa». Pero en cambio desconfiaba de la evolución que estaba experimentando Falange Española, porque se estaban acogiendo en los últimos tiempos a ella «muchos aventureros o ventajistas o indiferentes» [6] que no ofrecían garantía en cuanto a su contenido religioso.

El rector de Salamanca

Uno de los más perniciosos incidentes que se produjeron en estas semanas de octubre en que Franco estaba comenzando a tomar las medidas de este oficio difícil de gobernar, fue el que protagonizaron, en la propia ciudad de Salamanca, el general Millán Astray y el rector de su universidad, Miguel de Unamuno —vasco también—, que ostentaba la representación del Caudillo en un acto académico de conmemoración del Descubrimiento de América. Por sus libros, en especial *El sentimiento trágico de la vida*, muchos eclesiásticos consideraban a Unamuno como un pensador peligroso, sembrador de errores. Los nacionalistas vascos no le perdonaban su actitud contraria al aislamiento del espíritu vascongado. El mismo, con su inclinación a la paradoja, no hacía nada para desarmar a sus enemigos. Figura máxima de la intelectualidad española, cualquiera de sus gestos generaba importantes consecuencias. Por fortuna para Franco, asistió al acto de la Universidad su esposa Carmen, que acreditó sin duda impensadas dosis de sangre fría y capacidad de improvisación.

[6] M. L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, págs. 33-35.

▲ *Cartel de CNT y UGT, editado seguramente después del pacto de alianza que las dos centrales sindicales firmaron el 18 de marzo de 1938.*

◀ *Autobús de la empresa municipal de transportes de Barcelona, que, como todas las de la región catalana, fue incautada y colectivizada. La colectivización tomó amplias proporciones y las empresas fueron regidas por personas designadas por los trabajadores. Consejos obreros y comités de control, fabricación, técnico-administrativos, de industria, de relaciones y de dirección administraron todas las ramas de la actividad económica.*

JOSE ANTONIO AGUIRRE Y LECUBE

(Bilbao, 1904-París, 1960)

PERSONA de habilidades diversas —fue jugador de fútbol, abogado, empresario, historiador...—, José Antonio Aguirre consagró siempre sus mayores esfuerzos a la causa del nacionalismo vasco. Orador de estilo «premioso y fogoso a un tiempo», buen organizador y con gran poder de convocatoria, a pesar de su juventud, supo prescindir de viejas querellas internas y aglutinó a su alrededor a un grupo de dirigentes que dieron al movimiento nacionalista vasco un dinamismo que hasta entonces no había conocido. Profundamente católico, su lema fue «Dios y la Ley Vieja» y definía su partido como una agrupación de «católicos viriles e íntegros».

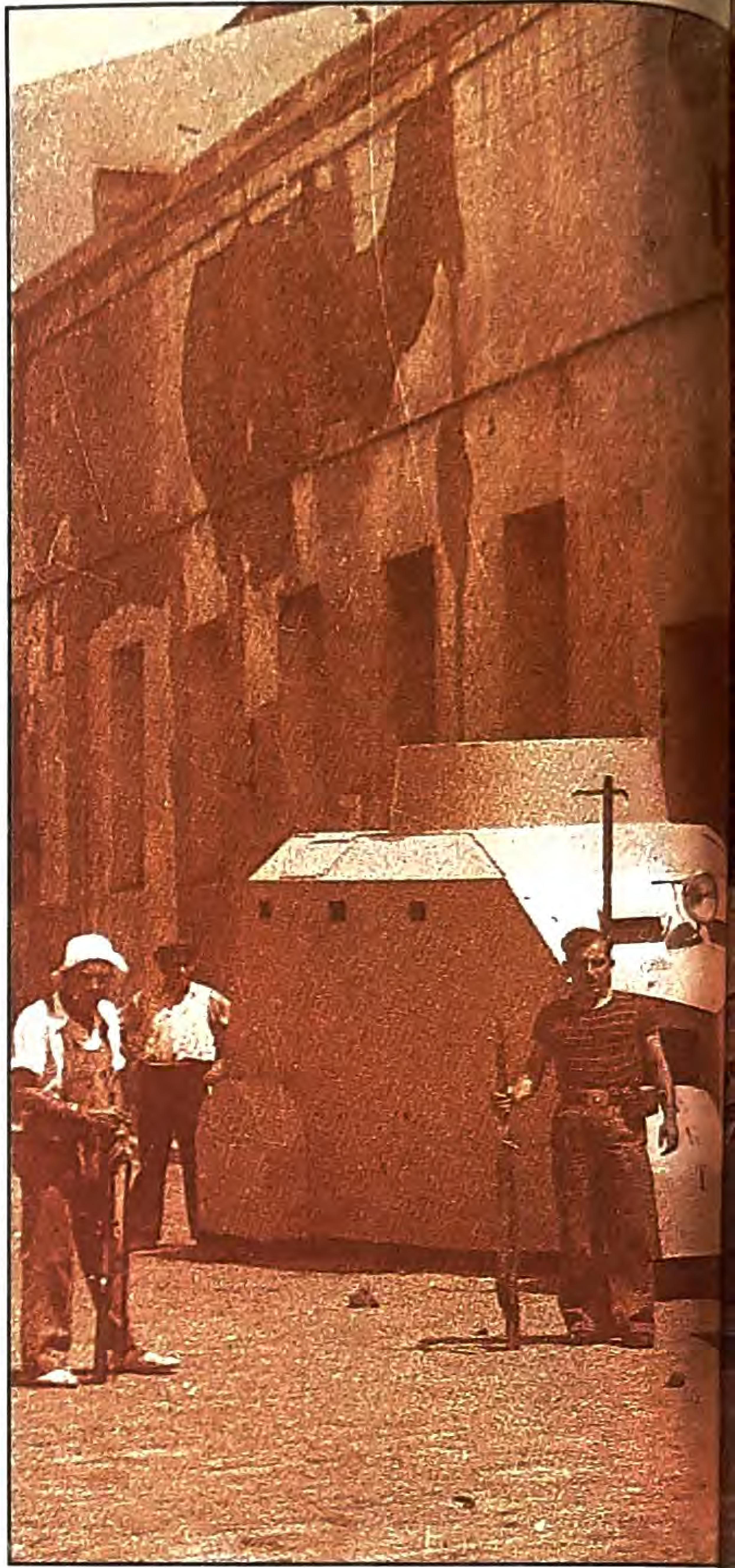
Licenciado en Derecho por la Universidad de Deusto, fue presidente de la Asociación de la Juventud Católica. En las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 fue elegido alcalde de Guecho. Tras la caída de la monarquía, Aguirre se mostró partidario de una república vasca dentro de una federación de repúblicas españolas. Fue uno de los promotores de la asamblea de Estella (14 de junio de 1931), en la que en un ambiente de febril nacionalismo se aprobó un proyecto de estatuto vasco que, según Indalecio Prieto, suponía un intento de convertir al País Vasco en un «Gibraltar vaticanista». En cualquier caso, la consecución del estatuto se convirtió en el objetivo pri-

Del incidente, que proporcionó abundante tema a la propaganda, no puede culparse a Franco: él no demostró otro sentimiento que el de asombro por una pelea tan intempestiva [7].

Desde el primer momento, Unamuno se adhirió al Movimiento Nacional. El 19 de julio, muy ostensiblemente, acudió a ocupar su mesa acostumbrada en el Café Novelty, de la Plaza Mayor. El 26 se incorporó al Ayuntamiento, del que era concejal desde el 12 de abril, sin haberse preocupado hasta entonces ni poco ni mucho del cargo, dando así apoyo a las nuevas autoridades. Varias veces, después de esta fecha, pronunció discursos en apoyo de la causa nacional, empleando esta frase en relación con sus objetivos: «hay que salvar la civilización occidental, la civilización cristiana» [8].

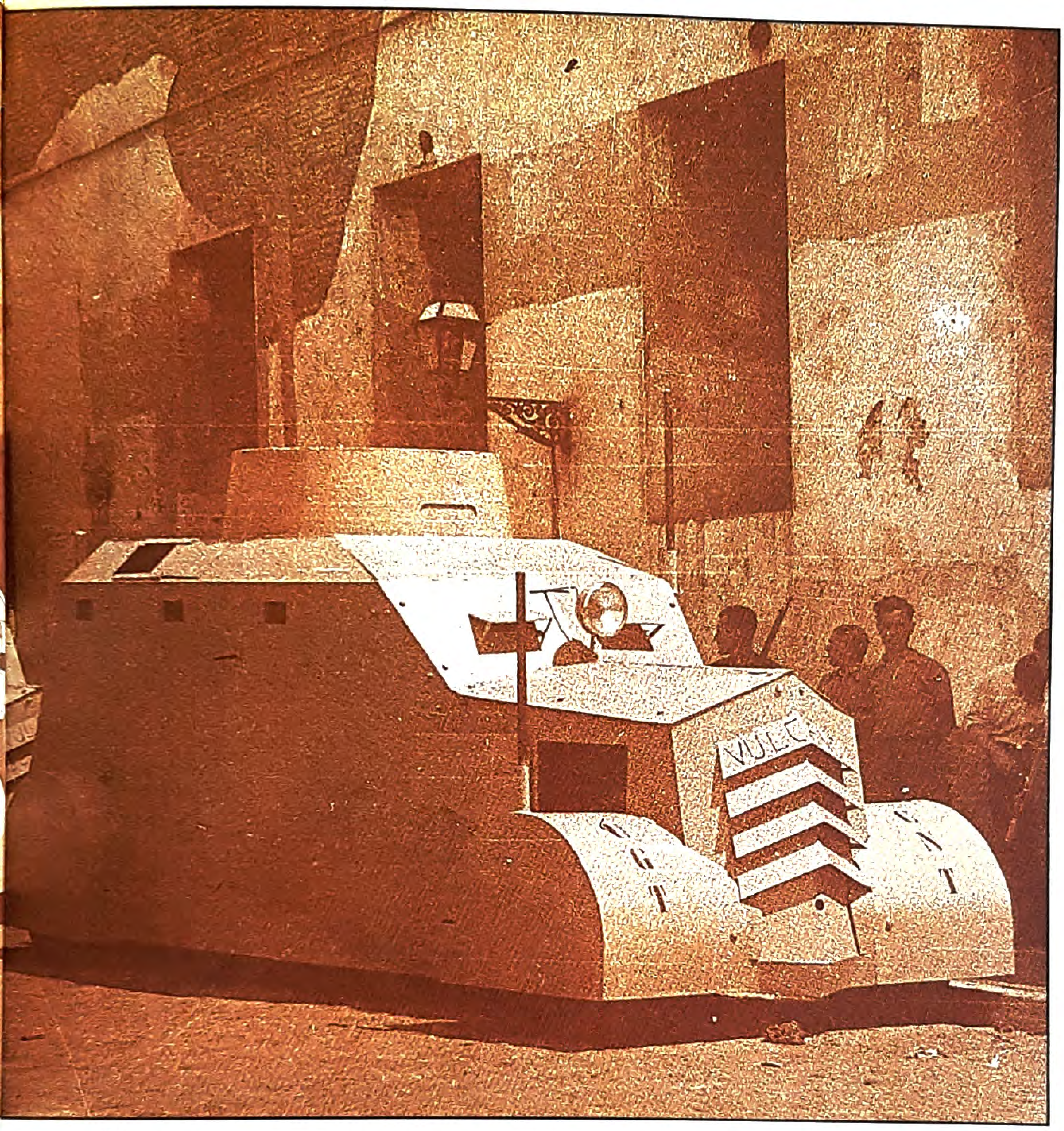
El 23 de agosto, según anteriormente indicamos, el gobierno de Madrid decretó el cese de Unamuno, que estaba jubilado, de todos sus cargos, acompañando la declaración de términos especialmente injuriosos. El 1 de septiembre, otro decreto de la Junta de Defensa, firmado por Cabanellas, le restableció en el rectorado vitalicio. Por iniciativa suya y con su firma en primer término, se envió el documento de adhesión de las universidades españolas al Movimiento, comunicándolo a las hispanoamericanas.

La tragedia para don Miguel —como para muchos españoles— comenzó en el momento en que pudo comprobar que se estaban produciendo represalias y violencias incontroladas en su propio bando, y acciones de perentoria justicia militar, que afectaban a personas de su amistad [9]. Aquel día, 12 de octubre, estaba muy nervioso e irritable. Sentado en la presidencia —a su derecha se hallaba Carmen Polo—, no estaba previsto que pronunciara ningún discurso, aunque podía hacerlo, pues le correspondía cerrar el acto. Hablaron, por este orden, el catedrático de Historia José María Ramos Loscertales, el dominico P. Vicente Beltrán de Heredia, el catedrático de Literatura Francisco Maldonado y el poeta José M.ª Pemán. Parece que en alguno de estos discursos —el de Maldonado— se vertieron frases alusivas a la anti-España de los separatismos. Entonces Unamuno se levantó y empezó a hablar. Sus palabras, a lo que sabemos, nada tenían de injuriosas, aunque fuesen emocionadas, como todas las suyas. En el ambiente cargado de la Salamanca de octubre de 1936, cuando nadie sabía hacia qué lado habría de inclinarse la victoria, estallaron como un reproche a quienes tenían conciencia de jugarse la vida en la más desesperada de las batallas. Y entonces el general Millán Astray —de cuya vehemencia ya tenemos constancia— estalló [10]. Sus gritos, coreados por los legionarios presentes, incluyeron una frase, «si esto es inteligencia, muera la inteligencia», de la que apenas si se recordó luego la segunda parte [11]. Cuando algunos de los presentes, entre ellos Pemán y Sainz Rodríguez, hicieron gestos de desaprobación, Millán Astray intentó rectificar, embarullándose al hablar de los «falsos intelectuales traidores». Demasiado tarde: en el aula había estallado un gran tumulto y los gritos se dirigían sobre todo contra el rector. Fue entonces cuando la primera dama, Carmen Polo, esposa de Franco, hizo un gesto a su escolta, tomó el brazo de don Miguel y le acompañó pausadamente hasta la salida, en donde se hallaba esperando el coche oficial. Ya en la puerta, Unamuno se despidió cortésmente de Pemán, y también de Millán Astray.



Las últimas semanas de Unamuno

El mal estaba hecho. No fue sólo la propaganda adversa a los nacionales la que se apoderó del episodio; también los que en este bando miraban con recelo a Unamuno, resistiéndose a creer que fuera uno de los suyos, vieron en él la demostración de las razones de su desconfianza. Para el rector y el general mutilado, protagonistas de la paradoja, el incidente terminó acaso a la puerta de la Universidad: ambos tenían en común el sentimiento trágico de la vida. Pero no para los socios del casino,



En las fases iniciales de la guerra se vieron con frecuencia por los frentes «monstruos» semejantes a los que figuran en la fotografía. Los frentepopulistas, prácticamente monopolizadores de la industria metalúrgica, usufructuaron casi en exclusiva estos vehículos blindados, que proliferaron en Cataluña, Vizcaya, Madrid y, en menor número, en los restantes frentes de combate. Su eficacia era escasa, pero en los primeros días su presencia causaba pavor entre los bisoños e improvisados combatientes, que los creían invulnerables.

del que Unamuno era presidente, y que, aquella tarde, cuando acudió como de costumbre a su tertulia, le abuchearon co-

---

[7] Poseemos un testimonio precioso del recuerdo que Franco, tiempo después, guardaba de este episodio. El 26 de noviembre de 1964 comentó con su primo Franco Salgado un artículo de Pemán, en que éste salía al paso de muchas falsedades que se estaban diciendo. «Se ajusta a la realidad de los hechos. Todo fue una réplica del general a la actitud, bastante molesta, del señor Unamuno, que no se justificaba en un acto patriótico, en un día tan señalado y en la España nacionalista que luchaba en el campo de batalla con un feroz enemigo y con grandes dificultades para vencerlo. Millán se creyó obligado a reaccionar en la forma que lo hizo a lo que consideró una provocación del ilustre catedrático.» F. Franco Salgado, *Mis conversaciones privadas con Franco*. Barcelona, 1976, pág. 431.

[8] Es muy significativo que esta frase aparezca en una carta suya a Quintín del Toro fechada el 1 de diciembre, mes y medio después del famoso incidente. Publicada y comentada por J. L. Cano, *Unamuno y la guerra civil*, Tiempo de Historia, 3, 1975.

[9] Emilio Salcedo, *Vida de don Miguel*. Salamanca, 1970, especialmente págs. 413-417, que recogió testimonios de personas aún vivas y de diarios de la época, atribuye la irritación de Unamuno al fracaso de sus gestiones en favor de Atilano Coco, pastor protestante y masón, que sería fusilado el 8 de diciembre. Carecemos de otras referencias. No aludió a este caso en su discurso que, por otra parte, no fue publicado porque no estaba escrito.

[10] Es imposible hoy reconstruir el discurso de Unamuno. Hay, sin embargo, acuerdo entre historiadores respecto a algunos párrafos:

«La nuestra es sólo una guerra incivil. Nací arrullado por una guerra civil y sé lo que digo. Vencer no es convencer, y hay que convencer sobre todo, y no puede convencer el odio que no deja lugar para la compresión; el odio a la inteligencia que es crítica diferenciadora, inquisitiva, mas no de inquisición.»

«Se ha hablado también de los catalanes y los vascos llamándolos antipatria de España; con la misma razón pueden ellos decir otro tanto. Yo, que soy vasco, llevo toda mi vida enseñando la lengua española, que no sabéis. Ese sí es imperio de la lengua española.» R. La Cierva, *Francisco Franco* (2), III, pág. 40.

[11] En una carta de Millán al padre de Alfonso Paso, que este último publicó en *El Alcázar* (28-IX-1970) explicaba el general: «Me fastidió tanto su supuesta superioridad y su afán de hacernos comulgar con ruedas de molino, que no pude remediarlo y dije textualmente: si esto es inteligencia, muera la inteligencia. Pero se han quedado sólo con la última parte.»

mordial del Partido Nacionalista Vasco y en el principal determinante de su actuación política. Para ello se aliaron con los carlistas en las elecciones del 28 de junio de 1931. Aguirre fue el único diputado de la derecha que consiguió dos actas, una por Vizcaya y otra por Navarra (renunció a la primera por ser casi seguro que la vacante la ocuparía un nacionalista) y fue elegido secretario del grupo vasco-navarro en las Cortes.

Sin embargo, pronto quedó patente su incompatibilidad con las tesis tradicionalistas, y las diferencias entre los coaligados se hicieron cada vez más profundas. Cuando, tras las elecciones de 1933, en las que Aguirre fue reelegido por Vizcaya, las derechas llegaron al poder, bloquearon el estatuto, en el que veían un riesgo secesionista. El Partido Nacionalista Vasco se distanció progresivamente de la derecha y buscó su apoyo en la izquierda, en un proceso gradual que le llevaría a situarse al lado del gobierno republicano al estallar la guerra civil.

El 1 de octubre de 1936, las Cortes ratificaron el estatuto de autonomía del País Vasco, y el 7 de ese mes, en la sala de Juntas de Guernica, José Antonio Aguirre fue elegido por unanimidad presidente de Euzkadi. Inmediatamente dio a conocer su gobierno, en el que participaban nacionalistas vascos, socialistas, republicanos de Azaña y comunistas.

Tras la caída de Vizcaya en poder del ejército de Franco, Aguirre se refugió en Santander; de allí pasó a Francia, y finalmente, a Barcelona, donde fijó su residencia hasta la retirada de Cataluña, en enero de 1939, que le llevó de nuevo a Francia.

Al producirse la invasión alemana consiguió, tras una pequeña odisea, escapar a Estados Unidos, donde la Universidad de Columbia le nombró profesor de Historia. Al finalizar la segunda guerra mundial regresó a París, dedicándose a la reorganización y dirección del gobierno vasco en el exilio hasta su muerte en 1960. Sus restos descansan en el cementerio de San Juan de Luz.

De sus publicaciones destacan Entre la libertad y la revolución, *donde analiza la evolución del PNV de 1931 a 1935, y* De Guernica a Nueva York, pasando por Berlín, *concluido poco antes de su muerte, e igualmente referido a los acontecimientos en que tomó parte.*

bardemente hasta obligarle a abandonar el local. Pequeñas envidias se acumulaban ahora. Don Miguel se recluyó en su domicilio, del que apenas salió en los meses siguientes. El 21 de octubre se reunió el claustro de la Universidad para acordar su destitución: pero la persona propuesta, Manuel Torres López, que gozaba de la absoluta confianza del Cuartel General, se negó a aceptar el cargo y hubo de asumir el rectorado el vicerrector. En todo este lamentable episodio únicamente la esposa del jefe del Estado acreditó poseer las condiciones de serenidad que aquellas circunstancias requerían.

Todo lo demás son leyendas. Unamuno nunca estuvo detenido, ni sometido a vigilancia, ni amenazado, salvo por algunos destemplados y nada peligrosos socios del casino. Los falangistas tomaron medidas en favor de su seguridad. Es casi seguro que fue recibido por Franco después del incidente. El jefe del Estado, que sería durante años presionado por quienes combatían la doctrina «errónea» de Unamuno, nunca aludió al episodio en sus actuaciones públicas. Eugenio Montes y Víctor de la Serna recordaban los largos paseos que en octubre-noviembre de 1936 daban con Unamuno por Salamanca; es natural que el ex rector no volviera a poner los pies en el casino. El 1 de noviembre de 1936 hizo unas declaraciones a un periodista francés —con toda probabilidad se trata de Georges Sadoul, historiador marxista del cine— en las que afirmó que él se había unido al «movimiento salvador del general Franco» porque lo que importaba en aquellos momentos era «salvar la civilización occidental cristiana». Sus referencias al «miserable gobierno de Madrid» resultaron especialmente duras. También se quejaba abiertamente de Falange Española, que «no es otra cosa que el fascismo italiano, a mi juicio muy mal interpretado»; a ella atribuía su reciente destitución [12].

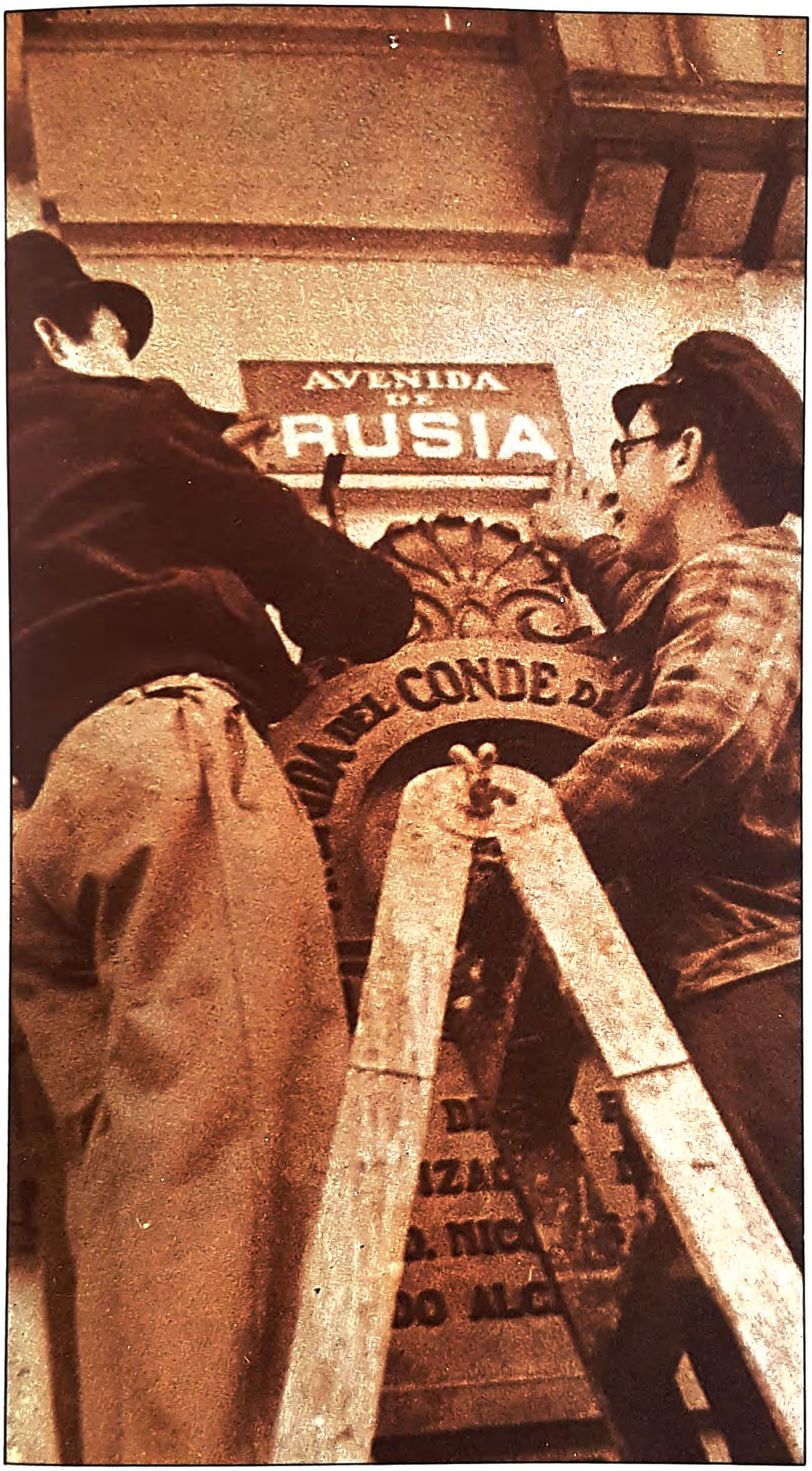
Sin embargo, fueron falangistas los que le acompañaron y defendieron hasta el fin. Unamuno aparece, signo permanente y vivo de la paradoja, como una de las manifestaciones de la tensión interna que Falange Española estaba sufriendo. La última persona con quien el gran pensador conversó, fuera de su familia, en la tarde del 31 de diciembre de 1936, fue Bartolomé Aragón. Murió Unamuno cuando comenzaba la noche del fin de año, inesperadamente, puesta la cabeza sobre la mesa de trabajo, como él habia previsto muchos años atrás. En un día gris y helado sobre el «alto soto de torres» su cadáver fue llevado a hombros de falangistas hasta el cementerio de Salamanca. Cuando el féretro descansó en el suelo, todos saludaron con el brazo extendido y uno de ellos gritó: «camarada Miguel de Unamuno, ¡presente!». Este fue el primer homenaje. El segundo lo ofreció Ernesto Giménez Caballero desde las páginas de *El Adelanto*, que entonces ostentaba una especie de primacía sobre toda la prensa nacional. Pero el más importante quedaba atrás, en un tiempo que comenzaba a alejarse: lo había brindado doña Carmen Polo cuando tomó del brazo al rector.

Franco comenzó a comprender que también le alcanzaba la carga de errores ajenos.

Los sacerdotes vascos

Así sucedió también con el caso de los sacerdotes vascos. A finales de octubre, el cardenal Gomá hizo una visita a Franco: nueve sacerdotes, de los que figuraban encuadrados en los batallones de gudaris,

Cámara de la sede central del Banco de España en la que se acumulaban las reservas de oro de la entidad: 2.183.770.102 pesetas en piezas fraccionarias antiguas, de 20, 25 y 100 pesetas, monedas extranjeras y en barras; tesoro al que había que unir los 385.265.674 pesetas en plata amonedada. De todo él dispusieron los gobiernos de la República para el pago de los suministros que les llegaban del extranjero. La operación se realizó en tres fases. Durante la primera, las remesas se envían a Francia, donde se procede a su venta inmediata. En la segunda, todo el tesoro se traslada a Cartagena y de allí a la Unión Soviética, donde se remitieron sucesivamente órdenes de enajenación para hacer frente a las obligaciones contraídas, y, cuando ya se había movilizado la totalidad del oro, se procedió, en una tercera fase, a la venta de las reservas de plata en Francia y en los Estados Unidos.



▲
Dos milicianos colocan una placa que da el nombre de avenida de Rusia a la que antes se llamaba Conde de Peñalver. Escenas como ésta se repitieron por todas las ciudades y pueblos de España, como siempre que se ha producido una inversión en la situación política. En zona republicana, el hábito se extendió a la toponimia, y no quedó en toda la geografía localidad, monte o río que conservara el nombre tradicional si éste tenía alguna resonancia religiosa o monárquica: Ciudad Real, Alcázar de San Juan, Olías del Rey, San Cugat del Vallés y centenares de poblaciones y accidentes geográficos cambiaron de nombre por disposiciones legales que querían borrar de la mente de los hombres toda referencia a Dios, la Virgen, los santos o los viejos reinos de España. Y lo mismo sucedía con los nombres propios de las personas.

capturados por la columna de Alfonso Beorlegui, compuesta por tradicionalistas y en gran parte vascos, habían sido juzgados sumariamente, condenados y ejecutados sin que se hubiese obtenido de Fidel Dávila la conmutación de la pena [13]. Esta vez Franco dio muestras de gran irritación y explicó al cardenal que ninguna noticia tenía de tales sentencias, anteriores a su toma de posesión; antes de despedirle, prometió: «tenga su eminencia la seguridad de que esto queda cortado inmediatamente».

En realidad el número total de sacerdotes vascos que murieron a manos de los nacionales es de dieciséis. Fueron asesinados cuarenta y siete por los rojos en el territorio sometido al régimen de José Antonio Aguirre sin que éste pudiera impedir tal desmán a sus colaboradores del Frente Popular, presentes en su gobierno. La proporción numérica, que no justifica el mal, explica sin embargo algunos aspectos esenciales. Además, Franco cumplió su palabra: no hubo, desde este momento, ningún otro caso en su zona. Pocos días después de la entrevista —en todo caso antes del 8 de noviembre— Antonio Sangróniz visitó a Gomá para anunciarle que se había hecho la información pertinente y estaban tomadas todas las medidas para que actos semejantes no pudieran repetirse. Todos los sacerdotes que resultasen inculpados de acciones políticas o militares serían castigados después de negociar cada caso con el obispo correspondiente según señalaba el concordato antiguo. Como puede suponerse, el episodio tuvo después no pocas repercusiones y fue explotado hábil y abundantemente por la propaganda.

---

[12] En noviembre, Unamuno se entrevistó con el novelista griego Nikos Kazautzaki y le dijo: «En este momento crítico por que atraviesa España era indispensable que yo me sumara a los militares. Son ellos los que mantendrán el orden porque tienen el sentido de la disciplina y saben imponerla. No haga usted caso de lo que le digan de mí. ¡Yo no me he vuelto un hombre de derechas, yo no he traicionado la libertad! Pero, por de pronto, es urgente instaurar el orden. Usted verá dentro de algún tiempo, sin tardar mucho, que yo seré el primero en reanudar la lucha por la libertad. Yo no soy fascista ni bolchevique. ¡Yo estoy solo!» Entrevista revelada por Luis Araquistain en *El Diario* de N. York, 1 julio 1952.

[13] Los nueve sacerdotes eran: José Joaquín Arin Oyarzábal, Roberto Guridi Arrazola, Joaquín Iturricastillo Aranzábal, Martín Lecuona Echeveguren, José Marquiegui Olazábal, Alejandro Mendicute Leceaga, Celestino Onaindía Zuluaga, José Ignacio Peñagaricano Solozábal y José Filomeno Sagarna Uriarte, que había sido detenido mientras cruzaba las líneas del frente con uniforme de gudari. Este último fue considerado como un héroe por los nacionalistas. Pero con anterioridad y en circunstancias desconocidas, habían sido asesinados otros siete: José Adarraga Larburu, Gervasio de Albizu, José Ariztimuño Alonso, Santiago Luco Armendía —que murió en los primeros días del Alzamiento en Pamplona acusado de ser socialista— cierto padre Lupo, otro llamado padre Román y José Otaño.

En un momento posterior que no puedo precisar, Franco ordenó abrir una investigación para conocer el número y circunstancias de estas víctimas. Los nueve primeros fueron acusados de acciones militares concretas con uniforme. A.F.F., leg. 97, núms. 88-103.

IV. Freno en Madrid

El 6 de octubre de 1936, Franco dijo a Varela: «Siempre tienes suerte. Haz un intento para tomar Madrid. Si nos damos prisa, aún podemos conseguirlo.» Esta salvedad —si... aún— resulta significativa. Parece indicar que el Generalísimo, que conocía la superioridad numérica del Frente Popular, no estaba seguro de que una resistencia enconada en las calles no le obligara a detenerse. El avance comenzó el día 7 y significó nuevas derrotas para los frentepopulistas. La batalla por la posesión de Illescas fue feroz, pero concluyó el 23 de octubre con la victoria de los nacionales. El día 31 de octubre, Franco comentaría con sus colaboradores: «la situación internacional y la inmediata ayuda que el enemigo espera obtener del extranjero obligan a precipitar el avance sobre Madrid y su ocupación, teniendo en cuenta que un simple retraso puede acarrear perjuicios considerables» [14].

La ayuda rusa al Frente Popular no fue gratuita. Los depósitos de oro del Banco de España, que en Madrid corrían peligro no sólo por el avance de las tropas nacionales, sino también por los proyectos de algunas milicias sindicales, fueron sacados secretamente y enviados a la Unión Soviética [15], adonde comenzaron a llegar el 6 de noviembre. La suma total era de 510.079,5923 kilogramos. Se entendía que se trataba de un depósito para garantizar créditos en otros países utilizando los canales financieros de la URSS. Pero cuando el embajador, Manuel Pascua, solicitó el primero de dichos créditos, le fue negado: de este modo el gobierno del Frente Popular tuvo que disponer, desde el 16 de febrero de 1937, la venta de parte de este oro para generar divisas. Hasta abril de 1938 se vendieron 426 toneladas. Otras 35 se inmovilizaron por un préstamo de 70 millones de dólares, al 3 por 100, que finalmente concedieron las autoridades rusas, en febrero de 1938. En agosto de este año ya no quedaba a disposición de la República más que tonelada y media de oro, unos 450.000 dólares. Los precios del material soviético no fueron, evidentemente, muy moderados.

No hemos de hacer un análisis de la batalla de Madrid. Este libro no se ocupa de historia militar salvo en la medida en que derivaron acontecimientos políticos de las diversas acciones. Franco y sus generales atribuyeron su derrota en Madrid a la intervención de tropas extranjeras; no se consideraron vencidos porque conservaron prácticamente todas sus posiciones. Probablemente el éxito en la defensa de Madrid fue debido a tres factores: la presencia del comandante Vicente Rojo, profesor de Táctica en la Academia Militar de Toledo, que trazó los planos; la disciplina que, por influencia comunista, llegó a imponerse, y, por último, la excelente calidad del material ruso que poseían los defensores, muy superior al de sus atacantes.

Los tanques soviéticos entraron por primera vez en acción en el sector de Seseña, el día 29 de octubre, días después de que

A partir del mes de septiembre, la Unión Soviética había iniciado su ayuda al gobierno español, y ésta adquirió carácter masivo después de la nota que el gobierno de Stalin envió al Comité de No Intervención el 6 de octubre declarándose libre de las obligaciones que había contraído al firmar el acuerdo entre las potencias. Cuando el 14 de octubre llegó al puerto de Barcelona el buque ruso Zyrianin, su tripulación fue acogida calurosamente por una multitud enfervorizada que paseó en hombros entre aclamaciones a Antonov Ovsenko, cónsul general de la Unión Soviética en la ciudad condal desde el 25 de agosto. El diplomático desapareció más tarde en las purgas de Stalin.

Franco hubiese firmado la orden para la conquista de Madrid: barrieron con facilidad las frágiles tanquetas Fiat que poseía el Ejército atacante, y produjeron pánico en algunas unidades, pero no consiguieron que los nacionales retrocediesen. Cuando el Cuartel General de Salamanca recibió la noticia —los tanques, atraídos hacia las estrechas calles del pueblo habían tenido finalmente que retirarse— creyó que se trataba de unidades soviéticas completas, mandadas incluso por sus propios oficiales.

Los consejos de Canaris

La Wilhelmstrasse fue inmediatamente informada: seguramente el hecho no constituía ninguna sorpresa, aunque sí un dato importante. El 28 de octubre, el embajador ruso, Ivan Maisky, había declarado oficialmente en el Foreing Office que su país no se sentía ligado por el Pacto de No Intervención, acusando a Alemania, Italia y Portugal de no hacerlo. La URSS se aprestaba a librar la batalla del comunismo en España, y el III Reich no podía consentirlo sin arriesgar al mismo tiempo el destino de sus propios proyectos. Von Neurath escribió el día 30 de octubre al almirante Canaris, que se hallaba en España, encargándole que hiciese una seria advertencia a Franco: no se puede ganar una guerra de esas dimensiones con acciones «dubitativas y metódicas». Curioso modo de calificar la asombrosa marcha de aquel grupo de soldados desde Almendralejo hasta el puente de los Franceses. Las autoridades alemanas estuvieron siempre convencidas de que el Generalísimo español era un pésimo estratega, que hacía todo lo contrario de lo que sus métodos sugerían. Y no se desanimaron al comprobar que los incorrectos planes de Franco le aseguraban siempre la victoria.

Canaris encontró a Franco convencido de antemano de la necesidad de obtener una ayuda más sustanciosa de Alemania e Italia. Para salvarle de una derrota que imaginaba cierta, el gobierno alemán proponía la creación de un cuerpo expedicionario de Aviación, bajo el mando exclusivo de oficiales alemanes y comprendiendo bombardeos, cazas, aparatos de reconocimiento, servicios de información, mecánicos, baterías aéreas y proyectores, en suma dotado de absoluta autonomía y sin otra obligación que la de dar cuenta al Generalísimo, directamente, de sus actos y planes. El Cuartel General ya no estaba en condiciones de rechazar esta oferta, aunque era peligrosa para el mando español, y molesta en especial para Alfredo Kindelán, el general que desempeñaba la Jefatura del Aire.

Durante algunos días, Franco trató de forzar la marcha: sus unidades habían resistido el primer embate, sin ceder terreno. En Madrid contaba con una «quinta» columna, la de sus partidarios, que acechaban la llegada de las tropas para echarse a la calle. El 5 de noviembre la radio nacional transmitió instrucciones a los habitantes de Madrid indicando las precauciones y normas de conducta que debían ser observadas ante «la próxima entrada de las tropas nacionales». Se recomendaba a los madrileños que permaneciesen en sus casas, que serían respetadas rehuyendo una lucha que, como el ejemplo de Toledo demostraba, iba a tener final sangriento. También se anunciaba que los criminales recibirían el castigo a que fuesen acreedores por sus delitos: de este modo se esperaba, sin duda, acelerar la huida de los responsables.

El 6 de noviembre de 1936 la columna de caballería del coronel Monasterio se

[14] J. M. Martínez Bande, *La batalla de Madrid,* H. V. Extra, 1. Madrid, 1974, págs. 16-29 y 38.

[15] El embarque tuvo lugar en el puerto de Cartagena el 25 de octubre de 1936, con gran sorpresa por parte de Indalecio Prieto, que no había sido informado. Las cantidades exactas se conocieron por los recibos que la familia del doctor Negrín entregó al gobierno español tras el fallecimiento de éste. Luis Bolín, *op. cit.,* págs. 395-402, demuestra sin embargo haber tenido un conocimiento bastante exacto de las sumas exportadas. Sobre esta cuestión ver A. Viñas, *El oro español en la guerra civil.* Madrid. Instituto Estudios Fiscales, 1976, págs. 203-206.

▲
A lo largo del mes de octubre, y coincidiendo con el notable incremento que entonces se produjo en las aportaciones soviéticas al bando republicano, llegó a España el cuerpo aéreo que mandó el general Smushkévich, que aquí fue conocido por Douglas. Integramente formado por personal del Ejército Rojo, lo componían aviones de caza Y-15* (chatos) *e Y-16* (moscas), *de bombardeo SB* (katiuskas) *y de asalto y reconocimiento SZ* (rasantes) *y R-5* (natachas), *con un total inicial de 118 aviones a los que había que sumar 15 Y-15 que fueron desembarcados en Bilbao. Su presencia cambió el signo de la guerra aérea y la supremacía pasó al bando republicano hasta la batalla de Brunete.

▲ ***El conde de Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de Italia, visita a Hitler, en presencia de von Neurath, su colega alemán, y de Attólico, embajador de Italia en Berlín. La entrevista se celebró en Berchtesgaden el día 24 de octubre de 1936, y es probable que en ella se tomara la decisión de enviar a España la Legión Cóndor, como respuesta al Cuerpo Aéreo de Douglas y a la agrupación de tanques de Krivoshein. Marcó también el inicio del acercamiento entre Alemania e Italia. Días después, Mussolini hablaría por primera vez del eje Roma-Berlín.***

apoderaba del cerro de los Angeles, amenazando desde el sur las comunicaciones con Madrid. El gobierno del Frente Popular comprendió que podía producirse de hecho la conquista de la capital y, con protesta de los anarquistas, decidió abandonarla aquella misma tarde. Largo Caballero comunicó a Miaja que en adelante sería suya la responsabilidad de la capital. La Junta Militar que se constituyó estaba ahora dominada por mandos comunistas: Santiago Carrillo era el responsable de Orden Público. Sobre la capital de España se renovó el espeso terror de los días del mes de agosto.

Al amanecer del día 7, mientras en toda la zona nacional se esperaba de un momento a otro el comunicado, que anunciase la conquista de Madrid, los presos políticos más importantes que tenía en su poder el Frente Popular, y cuyo traslado a Valencia o a otras prisiones había sido firmado por Miguel Muñoz, director general de Seguridad que acompañaba al gobierno en su huida, comenzaron a ser fusilados en Paracuellos del Jarama. Los asesinatos continuaron en los días siguientes hasta sumar un total de 2.750 víctimas. A ellas se sumaron otras muchas, muertas en lugares distintos y trasladadas después al siniestro cementerio, hasta sobrepasar la cifra de 10.000 personas. Fue uno de los crímenes colectivos más espeluznantes de toda la guerra y el segundo de los golpes decisivos para la flota: muchos de los fusilados eran mandos de la Marina. Algunas de las órdenes entregadas a los directores de las prisiones disponían «la puesta en libertad» de los detenidos. No se les ocultó, por sus custodios, el fin que les aguardaba. Las víctimas fueron además despojadas de sus pertenencias personales.

Hacia una guerra diferente

La batalla de Madrid inspiró en ambos bandos temores y esperanzas. Todos coincidían en considerarla como el principio del fin. La huida del gobierno a Valencia causó entre los frentepopulistas natural desazón. En este momento, Esquerra Republicana de Cataluña —según informaba el cónsul italiano en Barcelona— proyectó entregarse a un protectorado francés, como en 1465 y 1641, para salvar su independencia. Mussolini advirtió que de ningún modo estaba dispuesto a consentir una ampliación de las fronteras de Francia hasta el Ebro. Temores que no se cumplieron. Día tras día, se estaba afirmando en Madrid la superioridad táctica de los defensores que contaban con el número y las comunicaciones internas y, superando el pánico inicial, frenaron con éxito los ataques. La propaganda roja mostró mucho interés en dar publicidad a las primeras brigadas internacionales de voluntarios que entraron en fuego a partir del 8 de noviembre después de haber desfilado por las calles madrileñas. Eran la demostración de la solidaridad del socialismo internacional.

Así fue como, por acuerdo tácito entre ambos beligerantes, se forjó una de las exageraciones de la guerra civil española. Franco, que estaba experimentando su primera derrota —o al menos, no victoria— tenía interés en demostrar cómo luchaba contra un peligro comunista a nivel mundial. Largo Caballero deseaba confirmar la idea de que en Madrid se libraba la suerte definitiva del socialismo. Pero lo cierto es que la victoria de los defensores de Madrid, que el Cuartel General de Salamanca reconoció entre los días 19 y 23 de noviembre cuando pasó a una guerra de posiciones —algunas tan avanzadas como el Clínico de la Ciudad Universitaria o el puente de los Franceses, desde donde se veían bien las primeras casas de la calle Ferraz y las ruinas del Cuartel de la Montaña—, fue debida preferentemente a unidades españolas con mandos españoles. Por vez primera, Miaja y Vicente Rojo habían podido contar, junto a la franca superioridad en número y eficacia de tanques y aviones, con formaciones militares dotadas de un mínimo de disciplina.

Capítulo IV

FASCISTAS, NAZIS, CATOLICOS Y TRADICIONALISTAS

I. El reconocimiento oficial de Alemania e Italia

LAS medidas adoptadas después del fracaso del asalto a Madrid acreditan una de las cualidades militares más sobresalientes del general Franco: la prudencia. Para que este fracaso no se convirtiera en derrota había que evitar un empeño excesivo en la lucha y, en sentido contrario, conservar las líneas de vanguardia alcanzadas. Los soldados nacionales recibieron la orden de pegarse al terreno y de mejorar, mediante operaciones limitadas, sus líneas, y la cumplieron. Durante más de dos años, el mando rojo comprobaría su impotencia para aflojar el nudo de acero sobre la garganta de la capital de España, y la victoria de Madrid, aireada por su propaganda, se transformó lentamente en una prisión para sus mejores unidades, sometidas a desgaste que impedía eficaces maniobras en otro escenario.

Franco sostuvo siempre una versión: necesitaba apoyo diplomático y envío de material de guerra, pero no soldados. No hay motivos para no considerarla cierta. A lo sumo, añadía, necesitaba instructores para el uso de las armas modernas. Hitler, que sostenía ya el principio de que de ningún modo podía tolerar la instalación de la influencia soviética en España, estaba decidido a ir mucho más lejos: compartía con Mussolini la convicción de que Franco era un general mediocre y de estrategia arcaica, que conducía la guerra del peor modo posible, que acababa de perder la única batalla decisiva y al que había que salvar de sus propios errores arrebatándole la iniciativa. Por su parte, el Generalísimo medía ahora los efectos de su pavorosa de-

▲ ***Un grupo de Ju-52 de la Legión Cóndor sobrevuela Burgos. Formaban la unidad, constituida el día 30 de octubre de 1936, poco después de una entrevista entre Franco y Canaris, un total de 100 aviones operativos.***

bilidad: sin industria pesada ni recursos financieros, estaba obligado a aceptar cualquier ayuda, sin hacer demasiadas preguntas sobre las intenciones o la idoneidad del autor.

En los meses que indican el tránsito de 1936 a 1937 la presencia alemana e italiana en el bando nacional se incrementó visiblemente. El 7 de noviembre se constituyó la anunciada unidad aérea alemana a las órdenes de un experto general, Hugo von Sperrle, que llevaba como jefe de Estado Mayor al coronel Wolfram von Richthofen, primo del famoso héroe de la primera guerra mundial. Fue denominada «Legión Cóndor». El 15 de noviembre la Wilhelmstrasse comunicó a su embajada en Roma, para que advirtiera de ello al gobierno italiano, que se iba a producir la retirada del encargado de negocios en Alicante y el reconocimiento de Franco. Mussolini asintió, dando explicaciones más meridianas: Italia no iba a consentir una victoria comunista en España. El 17 de noviembre de 1936, en efecto, se comunicó al Cuartel General de Salamanca que, desde el día siguiente, a las seis de la tarde, hora de Berlín, el III Reich consideraría a Franco como única autoridad legítima en España.

No tenía en esto la primacía, porque El Salvador y Guatemala se habían adelantado a los alemanes.

El Führer encomendó a un general nazi de su absoluta confianza, Wilhelm von Faupel, la delicada misión de ser el primer embajador en Salamanca. Teniendo en cuenta sus posteriores encargos, puede comprenderse que no iba a ser un mero representante diplomático. Se le había prohibido intervenir en cuestiones militares, pero debía hacerse acompañar por eficientes colaboradores, capaces de montar un complejo aparato de penetración e instrucción de milicias y juventudes falangistas.

La muerte de José Antonio

El 20 de noviembre de 1936, José Antonio Primo de Rivera había caído frente a un pelotón de ejecución. El fundador de Falange no pereció a manos de incontrolados, en una de las siniestras «sacas» del mes de noviembre. Fue juzgado por un tribunal popular que presidía un magistrado de carrera, Federico Enjuta Ferrán, y en el que se hallaban presentes representantes de todos los partidos políticos del Frente Popular. Ante estos jueces declaró su inocencia: si estaba detenido desde marzo, ¿cómo había podido tomar parte en un alzamiento militar, ejecutado por militares? En vano recurrió de la sentencia ante el consejo de ministros: fue ejecutada a las cuarenta y ocho horas de haberse pronunciado [1].

José Antonio actuó como defensor de sí mismo, de su hermano Miguel y de la esposa de éste, Margarita Larios. El 17 de noviembre presentó ante el tribunal sus

▲
Franco, acompañado de von Richthofen y de los generales Dávila y Kindelán, pasa revista a la Legión Cóndor en el acto de despedida de esta unidad, que se celebró en León el 22 de mayo de 1939. El día 28, sus componentes embarcaron en Vigo hacia su país de origen, donde fueron recibidos apoteósicamente. Durante los dos años y medio de su permanencia en España se sucedieron en su jefatura los generales Sperrle, Volckmann y Richthofen, de los que el primero alcanzaría el grado de mariscal de la Luftwaffe, el segundo moriría en la batalla de Inglaterra al mando de una agrupación aérea y el tercero alcanzaría fama al frente del VIII Cuerpo de Ejército Aéreo alemán en la campaña de Grecia, en el asalto a Creta y en los cielos de Rusia, todo ello durante la segunda guerra mundial.

▲ ***El bilaureado general Varela, que, después de pacificar la Andalucía occidental y conseguir enlazarla firmemente con Granada, tomó en Maqueda el mando de la agrupación de columnas que avanzaba hacia Madrid.***

conclusiones, escritas de puño y letra porque se le había prohibido el uso de máquinas.

Entresacamos ahora dos párrafos:

«El 18 de julio de este año, como es público, estalló en gran parte de España un movimiento subversivo militar, al que se dice prestan asistencia grupos de Falange Española. Tales grupos ni han recibido, ni han podido recibir instrucción alguna de su jefe que, de habérsela podido dar, hubiera estado lejos de darles la orden de adhesión a un movimiento (donde el predominio y sentido político de la Falange están bien lejos de verse asegurados) sin claras y decisivas garantías políticas y aun personales, que le hubieran puesto en condiciones de dirigir el movimiento por sí mismo. José Antonio Primo de Rivera es, en resumen, ajeno a la génesis y al ulterior desarrollo del movimiento subversivo iniciado en julio del presente año, en el que ni directa ni indirectamente, ni por sí mismo ni induciendo a otros, ha intervenido.»

«Si hubiera delito, lo que nuevamente se niega, concurrirá la circunstancia atenuante 8.ª del artículo 9.º del Código Penal ordinario, ya que José Antonio Primo de Rivera se ofreció al gobierno de la República en la persona del señor subsecretario de Agricultura, señor Martín Echevarría, para gestionar la deposición de su actitud por parte de los rebeldes y disminuir así los efectos de la rebelión» [2].

José Antonio —que seguramente nunca tuvo esperanza de salvar su vida— procedió como el hábil abogado que era: que-

[1] En sus Memorias, Largo Caballero trata de explicar el silencio del gobierno ante esta apelación diciendo que no había unanimidad entre los ministros y que la noticia de la ejecución de José Antonio llegó antes de que se hubiera tomado ninguna decisión (Stanley G. Payne, *op. cit.*, pág. 114). Azaña se excusó de no poder hacer nada porque él mismo era ya un prisionero. En todo caso es la demostración de que el gobierno de la República había perdido todo vestigio de autoridad. Las sentencias de muerte de los tribunales populares se ejecutaban sin permitirle siquiera disminuir un poco su rigor.

[2] Documento procedente del A.F.F., leg. 41, num. 9.

Una avanzadilla del general Varela en las proximidades de Illescas, localidad que conquistó el 18 de octubre y donde fue duramente contraatacado por las columnas del coronel Otal. Era un momento decisivo. Las nuevas brigadas nacionales e internacionales y las agrupaciones de Douglas y Krivoshein estaban a punto de intervenir. Mola señaló: «La situación internacional y la inmediata ayuda que el enemigo espera recibir del extranjero obliga a precipitar el avance sobre Madrid y su ocupación... Un simple retroceso puede acarrear perjuicios considerables.» ▼

Se está en plena batalla por Madrid. El mando de la defensa se encuentra en el Ministerio de Hacienda, situado en la calle de Alcalá, junto a la Puerta del Sol, que sufre los efectos de la artillería de Varela. Los escasos transeúntes que circulan por la plaza corren a refugiarse, mientras las granadas explotan en el edificio en que se encuentra la librería ante la que fue asesinado Canalejas.

Otro objetivo prioritario de la artillería y de la aviación de los atacantes era el edificio de la Telefónica, único rascacielos que entonces existía en Madrid y en el que Miaja había situado el puesto de mando de la artillería de la defensa y su principal observatorio. En la fotografía se aprecia la marquesina que daba acceso a la estación de metro enclavada en la confluencia de la calle de la Montera y de la Red de San Luis, y que entonces llevaba este último nombre, hoy el de Gran Vía y durante todos los años del gobierno de Franco, el de José Antonio. Por su ubicación, justo enfrente de la Telefónica, sufrió con frecuencia los efectos de los bombardeos.

▲ ***Durante la batalla por la capital de España, las estaciones del metro se transformaron en refugios en los que se dieron cita no sólo las gentes que transitoriamente buscaban cobijo en ellas huyendo de los efectos de la artillería y de la aviación, sino también centenares de personas que hicieron de sus andenes hogar permanente. Se trataba de familias evacuadas de los pueblos que iban siendo conquistados por las columnas de Varela y que no encontraban fácil acomodo en una ciudad en la que todo comenzaba a escasear. Madrid fue línea de frente durante casi toda la guerra y se convirtió en un mito para los republicanos.***

daba al descubierto que no se le condenaba por delitos, imposibles de probar físicamente, sino tan sólo por ser el jefe de Falange, a quien, como proclamó un testigo, se «odiaba con todo el corazón». Víctima del odio fue, probablemente, un error de sus propios ejecutores.

El protocolo secreto con Italia

Italia despertaba una simpatía más general que Alemania —unida también a cierto menosprecio por sus virtudes militares— y también menos recelos. El gesto de Ciano el 24 de agosto retrasando el pago de las deudas para después de la guerra, favoreció mucho la simpatía. Los monárquicos españoles que, como hemos visto, mantenían relaciones con Mussolini desde hacía varios años, creían que la restauración de la Monarquía era uno de los objetivos del gobierno italiano. Y no se equivocaban por completo. Por otra parte, los diplomáticos italianos se mostraban menos exigentes que los alemanes.

Inmediatamente después de haber sido reconocido, Franco aceptó las sugerencias de los dos enviados de Mussolini, Filippo Anfuso y el coronel Mario Roatta, y firmó un protocolo secreto con Italia (28 de noviembre de 1936). No cabe duda de que el Generalísimo aprovechó las prisas del Duce en disponer de un documento que demostrase que se había adelantado a todos, para maniobrar hábilmente. La lectura del acuerdo produce una sensación muy singular: España no se comprometía prácticamente a nada. Italia prometía ayudar a Franco a restablecer la independencia y la integridad del territorio español; a cambio de esto, el Generalísimo se comprometía a no participar directa o indirectamente en ninguna alianza dirigida contra Italia y a ayudar al Duce con todas sus fuerzas a conseguir la supresión del molesto artículo 16 de la Convención de Ginebra sobre el que se apoyaran en tiempo las sanciones. Recíprocamente, los dos países adquirían el compromiso de intensificar las relaciones mercantiles y de consultarse en todos los problemas que afectasen al Mediterráneo. Dicho con palabras más sencillas: los nacionales estaban legalizando sus compras de armas en el mercado italiano [3].

Antes de la firma del tratado, y al comprobar la existencia de italianos antifascistas entre sus enemigos, Franco había autorizado a sus representantes en Roma para que reclutasen voluntarios con primas semejantes a las que se ofrecían en la Legión extranjera. En este momento Roatta le anunció que la intención de Mussolini era enviar unidades completas de voluntarios a los que se completaría la paga española de dos pesetas diarias con otra de 20 liras. Franco no podía oponerse porque necesitaba el material de guerra con urgencia y se le amenazaba retirando los especialistas en tanques que hasta entonces figuraran en la Legión. Explicó, sin embargo, a Roatta que no necesitaba soldados, que tenía en abundancia, sino armas y, en todo caso, oficiales instructores para dichas armas.

Mussolini se congratulaba de haber obtenido un gran éxito con la firma del protocolo secreto del 28 de noviembre; esto es cierto si se compara este verdadero tratado de amistad con las parcas concesiones que, antes de fin de año, obtuvo von Faupel. Franco accedió a prolongar el acuerdo comercial vigente entre Alemania y España —es decir, el que firmara el 6 de marzo de 1936 el gobierno del Frente Popular— hasta el 31 de marzo del año siguiente. De este modo ambas partes dispondrían de un plazo para la celebración de negociaciones que permitiesen la firma de un nuevo tratado.

---

[3] La firma de protocolo secreto y su texto fueron inmediatamente conocidos en Berlín (*Wilhelstrasse*, III, págs. 105-107) y difundidos, aunque no en todos sus detalles. Al parecer, el embajador norteamericano en Alemania comentó con el secretario interino de Asuntos Exteriores, Dieckhoff, que, con este pacto, España quedaba reducida a un papel subordinado semejante al de Albania. Pero Roberto Cantalupo, *Embajada de España*. Barcelona, 1951, págs. 96-98, testigo de excepción en este caso, concluye diciendo que en aquel acuerdo Italia lo daba todo y España sólo palabras.

II. El cardenal Gomá, representante de la Santa Sede

FRANCO y la Junta Técnica, que habían conseguido desde el primer momento apoderarse de las dos embajadas españolas en Roma [4], hicieron reiterados esfuerzos, a través de un representante oficioso, el marqués de Magaz, para obtener el reconocimiento oficial de la Santa Sede. Gomá, que era en aquellos momentos cabeza de la jerarquía española y estaba dispuesto a jugar de este modo un papel muy activo, no parecía tener demasiada prisa: un apoyo ostensible del Vaticano podía tener repercusiones muy desfavorables para los católicos que aún vivían sometidos al Frente Popular.

Además el primado estaba tomando contactos con todos los obispos a fin de crear un bloque muy unido para cualquier emergencia: sostenía el criterio de que la Iglesia, que había sufrido muy graves daños durante los cinco años de República, tenía que aprovechar la oportunidad dolorosa de la guerra para un esfuerzo de reconversión, reclamando del nuevo Estado el establecimiento de un sistema de leyes y de una organización educativa, pública y privada, acomodada en todo caso a la doctrina de la fe católica.

El 23 de noviembre, el cardenal Gomá, que preparaba ya su viaje a Roma, anunciado desde el 20 de septiembre en carta a Pacelli, publicó una carta pastoral destinada sobre todo a orientar la opinión católica en el exterior: se titulaba *El caso de España*. Dos eran los argumentos esenciales de los que partía: el comunismo había desencadenado ya una operación de conquista de España, a la que el Alzamiento militar había conseguido anticiparse; la guerra actualmente en curso, aunque no estaba exenta de la dureza y crueldades propias de una contienda civil, significaba, sin embargo, para la Iglesia una esperanza de que iban a concluir las persecuciones. Cuando emprendió el viaje, el cardenal llevaba consigo un paquete voluminoso de documentos.

El cardenal Gomá en Roma

En sus conversaciones preliminares con Eugenio Pacelli, Gomá explicó a éste que los falangistas «tienen considerable fondo de fe cristiana y de sentido de patria», pero que, al mismo tiempo, le preocupaban dos cosas: el efecto que sobre ellos pudiesen ejercer las corrientes del totalitarismo neopagano extendido por Europa y el gran número de socialistas que estaban llegando a las filas del partido. Estaba seguro de que en plazo muy breve las leyes antirreligiosas iban a ser derogadas y que se devolvería a la Iglesia plena libertad de enseñanza. Pero no se mostró conformista, sino más bien crítico: parte de la responsabilidad por lo sucedido correspondía a algunos sectores del clero, que habían puesto su confianza en soluciones y recursos puramente temporales o políticos, descuidando la atención a la profundidad religiosa de la sociedad. De modo que, al término de la guerra, la Iglesia en España debe-

Posiciones republicanas en el puente de los Franceses que protegían los accesos hacia la Moncloa y el parque del Oeste, defendidas heroicamente por el entonces comandante Carlos Romero Jiménez, que resistió con éxito cuantos ataques se lanzaron contra ellas. Inicialmente jefe de uno de los batallones de la IV Brigada Mixta, tomó su mando a la muerte del comandante Arellano, y cuando las fuerzas de defensa de Madrid se transformaron en Cuerpo de Ejército, el de la 6.ª División en sustitución del coronel Mena, designado para mandar una de las agrupaciones que debían lanzarse a la ofensiva por el Jarama. Por su comportamiento fue ascendido a teniente coronel. Frenado en Madrid, Franco traslada la iniciativa a otros frentes.

Cuadro que se conserva en el Museo del Ejército y en el que se representa una escena de los fusilamientos que tuvieron lugar en Paracuellos del Jarama. En aquel mes de noviembre, las mutuas represalias alcanzaron las cotas más altas de toda la guerra. En Madrid, donde ya habían muerto irregularmente más de 6.000 personas durante los meses precedentes, 8.000 más caerían asesinadas en todos los pueblos de sus inmediaciones en aquel mes terrible, sumándose a una larga relación que aún se ampliaría en meses sucesivos. En la zona nacional sucedían cosas semejantes.

ría modificar su conducta otorgando la atención primordial a la formación de los sacerdotes, en seminarios de mejor calidad que los antiguos, y a la organización de los laicos por medio de la Acción Católica.

[4] El embajador español ante la Santa Sede, Luis Zulueta, abandonó su puesto (A. Marquina, *op. cit.*, pág. 50), y su antecesor, Pita Romero, que se hallaba en Roma, facilitó las cosas haciendo entrega a Magaz del edificio de la plaza de España, en donde pudo izarse la bandera bicolor el 12 de octubre. En cambio, el embajador ante el reino de Italia, Ignacio Aguirre de Cárcer, que había llegado a Roma a principios de julio, procedente de Bélgica, mantuvo al principio una actitud vacilante y, presionado por los dos agregados militares, Manuel Villegas Gardoqui y Rafael Estrada, se mostró favorable al Movimiento. Luego aceptó la confirmación que le envió el gobierno Giral. El 29 de julio, Villegas y Estrada, pistola en mano, le obligaron a abandonar la embajada. Informe Villegas 9 diciembre 1940 (A.F.F., leg. 127, fol. 38). Aguirre de Cárcer pasó entonces a París, en donde permaneció hasta el final de la guerra. Sería reincorporado luego al servicio diplomático.

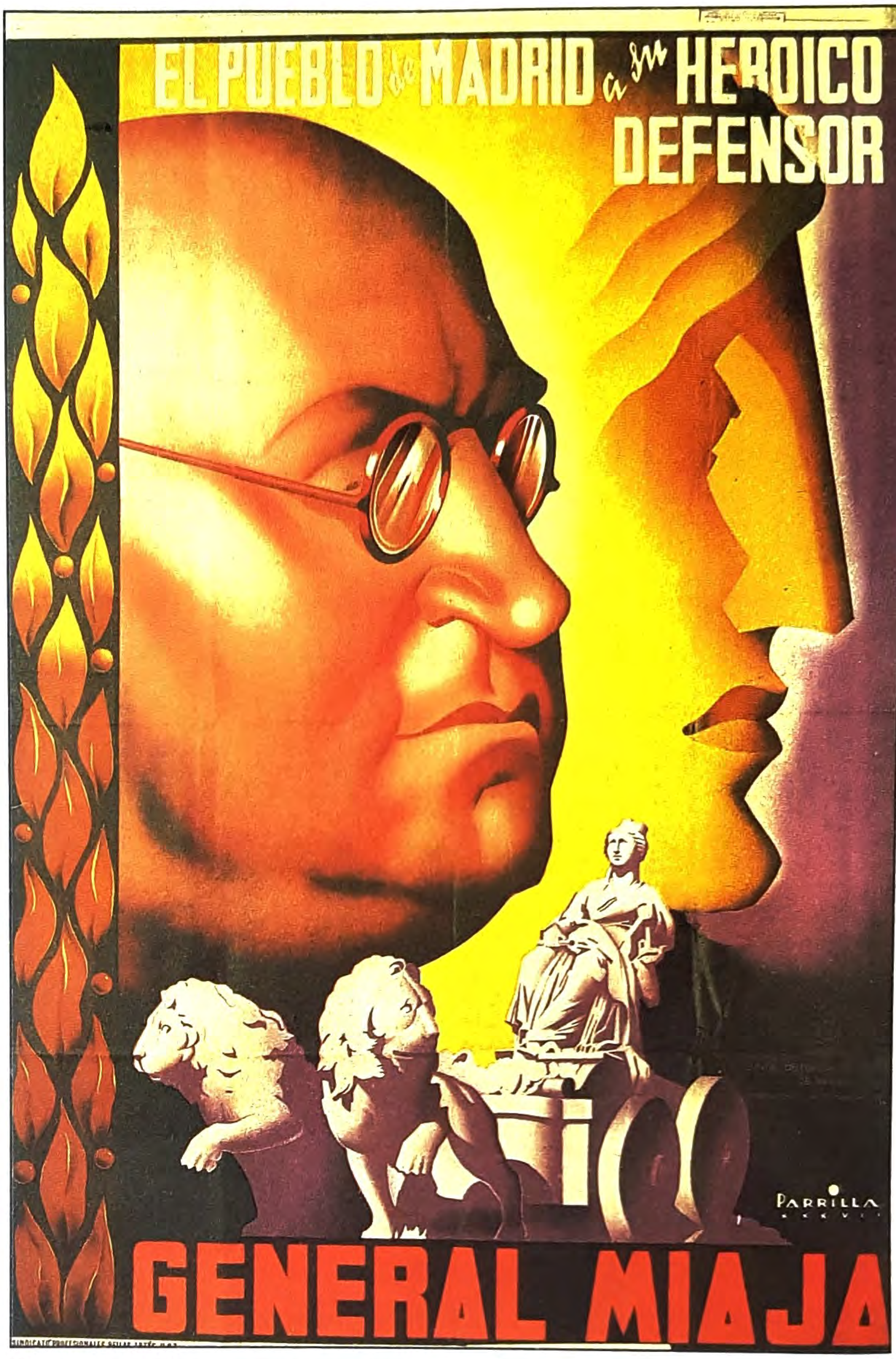
La tripulación del submarino B-6 *saluda alborozada puño en alto a su llegada a puerto. Después de actuar en aguas del Estrecho sería hundido el día 19 de septiembre al norte del cabo Peñas, cuando se dirigía a unirse a las fuerzas navales del Cantábrico. Después de un enfrentamiento con el remolcador* Galicia *sería rematado por el destructor* Velasco. *Su comandante, el alférez de navío Oscar Scharfhausen, facilitó la maniobra de sus enemigos.*

El 12 de diciembre de 1936, el cardenal Gomá fue recibido por Pío XI. Captó inmediatamente la naturaleza de las dificultades que habría de vencer porque «en Roma predominan en este respecto las conveniencias de la diplomacia sobre las exigencias de esta expresión de fe y entusiasmo religioso que ha acompañado al estallido de la guerra». Eran varios los sectores que presionaban en forma distinta. Múgica apoyaba ahora a los nacionalistas vascos. El cardenal Vidal y Barraquer seguía esperando un entendimiento con la Generalitat a pesar del peligro personal que él corriera y de los numerosos asesinatos de sacerdotes en su archidiócesis. A ambos apoyaban la embajada de Francia y los sectores «maritainianos» empeñados en presentar al gobierno de Madrid como respresentante de la legitimidad y al de Burgos como un tercer fascismo. La entrevista con el pontífice resultó sumamente difícil.

Al regresar a su residencia, el cardenal se sentó a escribir con paciencia —confiaba mucho en su pluma— un largo informe que entregó al secretario de Estado el 15 de diciembre. Con él ganó la batalla. La Iglesia, argumentó, no puede perderse en los pasillos de la diplomacia porque no se está tratando de cuestiones políticas internacionales indiferentes: si no se hubiese producido el Alzamiento militar, España sería hoy comunista y los católicos se hallarían en la cárcel o en las catacumbas. ¿Alguien puede considerar esto deseable para la Iglesia? Pacelli consultó con el papa y se produjo entonces una importante decisión.

Pío XI dispuso que, por medio de Gomá, debía transmitirse a Franco un mensaje indirecto de aliento: aunque la Santa Sede apoyase sin reservas su obra, pues la Iglesia «ha de estar al lado de la autoridad contra la anarquía, de la religión contra el ateísmo», se le pedía que tuviese por ahora paciencia, pues un reconocimiento público de su régimen, en estos momentos, podía causar graves daños a los católicos que aún vivían sometidos al gobierno del Frente Popular. Le enviaba, ello no obstante, su bendición.

El 19 de diciembre de 1936 el cardenal Pacelli entregó a Gomá un documento importante: era la credencial que le acreditaba como representante oficioso de la Santa Sede cerca de Franco [5]. Acompañaba un pliego de instrucciones para guiarle en su misión. Tal fue el resultado final del viaje. La autoridad del arzobispo de Toledo, primado de España, se proyectaba a un plano superior. Hasta el fin de su vida, incluso después del restablecimiento de la nunciatura, Gomá iba a actuar como jefe efectivo de la jerarquía católica en España, galvanizando las reuniones de metropolitanos. Siendo un hombre de paz —de vigorosa paz y no de pacifismo— y un obispo de plena vocación pastoral, su obra dejó profunda huella.



▲ ***El general Miaja, jefe de las fuerzas de defensa de Madrid y héroe popular. El 27 de octubre había sido nombrado jefe de la Primera División (Madrid), y al trasladarse el gobierno a Valencia le encargó la defensa de la capital, dándole la presidencia de la Junta de Defensa y el mando de sus fuerzas militares. Sus acertadas medidas tuvieron decisiva influencia en la victoria de sus tropas y fue premiado con la Placa Laureada de Madrid.***

La causa de la iglesia

Esta Iglesia en España, envuelta contra su voluntad en un proceso revolucionario que la perseguía y, ahora, en una guerra civil, comenzaba a desprenderse de vacilaciones para adoptar una postura más definida y, sobre todo, más resuelta a penetrar en sectores de acción.

Pío XI, que había hecho extensiva su bendición «a Franco, lo mismo que a cuantos contribuyen a la obra de salvación del honor de Dios», aludió en su mensaje de Navidad a la situación española y culpó de la guerra a quienes habían querido imponer por la fuerza el extremismo de la revolución.

Cuando el 19 de marzo de 1937 —es un punto sobre el que tendremos que retornar— se publica la encíclica *Divini Redemptoris* contra el comunismo, la situación española será presentada como advertencia de la persecución implacable que aguarda a los católicos allí en donde el marxismo impone su voluntad. Hay un error en muchos escritores, incluso ecle-

siásticos, de nuestros días: la Iglesia, y de modo especial la española, estaba entonces con Gomá y no con Vidal Barraquer, que había visto desplomarse —con peligro para su propia vida— todos los proyectos de entendimiento.

Companys no pudo hacer por él otra cosa que enviarlo a Roma en un barco el 30 de julio. ¿No era esto un decreto de exilio, aunque obedeciese a la mejor de las intenciones?

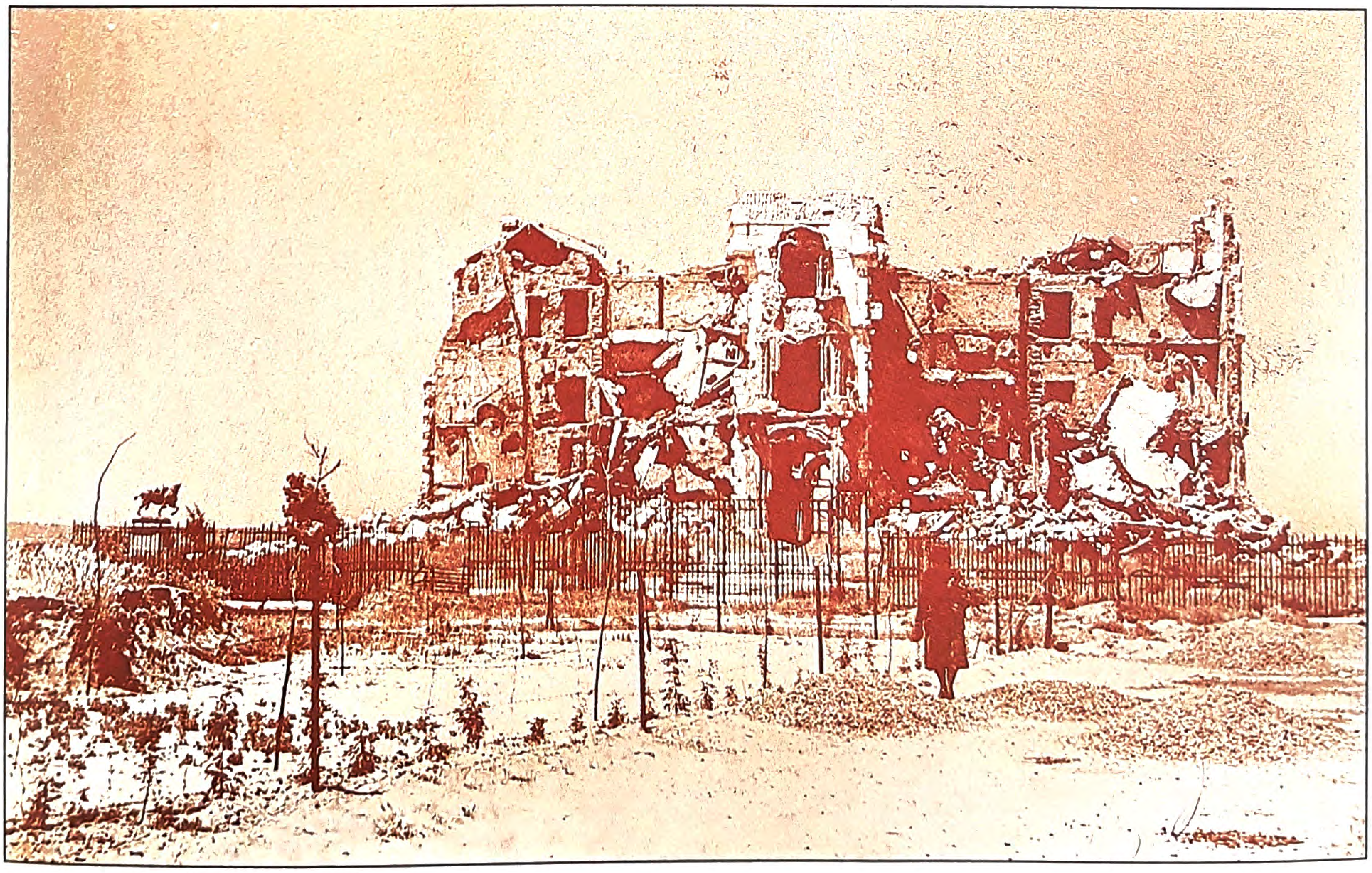
Apenas regresado a España, y en su calidad de representante de la Santa Sede, Gomá pidió al Caudillo una entrevista que se celebró el 29 de diciembre de 1936. Trataba sin duda de obtener algunas garantías para el futuro. Franco le prometió que respetaría todas las libertades y prerrogativas de la Iglesia en España y que en cuantas decisiones pudieran afectarla se haría consulta previa y negociación con sus autoridades. Respecto a Antonio Pildain, antiguo diputado nacionalista vasco y ahora obispo preconizado de Las Palmas de Gran Canaria, dijo que «habida cuenta de que no aparecen contra él cargos probados de carácter político y haberse hecho el nombramiento con anterioridad al actual Movimiento Nacional», no se estorbaría que tomara posesión de su diócesis. Recomendó en cambio que Múgica no regresase a Vitoria: los ánimos estaban muy exaltados y no existían condiciones que permitiesen garantizar el respeto que a un prelado se debía.

La existencia en Madrid de un fuerte número de partidarios de los rebeldes hizo posible la aparición de una «Quinta Columna», en la que, al parecer, fiaba Mola, al que se atribuye la paternidad de esa expresión, hoy internacionalizada. Ese peligro produjo miedo y, de rechazo, terror. Junto a la prevención que reclama el cartel, la represión, a veces terrible.

Franco rechazó la noticia que le ofrecía Gomá sobre el gobernador civil de Guipúzcoa, que estaba disponiendo unilateralmente el traslado a otras diócesis de los clérigos considerados nacionalistas; prometió, sin embargo, abrir una investigación. En cualquier caso, aseguró, en adelante serán el propio cardenal Gomá, junto con el ordinario de la diócesis de Vitoria, los que tendrán que resolver la cuestión de las nuevas incardinaciones de sacerdotes culpables de actividades políticas. Franco adquirió en esta conversación otros dos compromisos más importantes: el de que todas

[5] La credencial, pub. por M. L. Rodríguez Aisa, *op. cit.*, págs. 398-400, que resume también las conversaciones, págs. 87-91. Ver A. Marquina, *op. cit.*, págs. 51-53.

Estado en que quedó la Casa de Velázquez, fundación cultural francesa situada en la ciudad universitaria de Madrid y cuya posesión fue tenazmente disputada por los contendientes. Conquistada por la columna Asensio el 16 de noviembre, fue duramente contraatacada por el coronel Alzugaray, que recibió orden de reconquistarla. Al caer éste herido el día 19 sin haber logrado su objetivo, fue el general húngaro-ruso Emile Kleber quien se encargó de recuperar la posición, que dijo haber ocupado a mediodía del día 21 y a la caída de la tarde de la misma jornada, sin que en ninguna de las dos ocasiones lo hubiera conseguido.



▲ *La muerte de Durruti y las extrañas circunstancias en que se produjo le hicieron entrar en la historia y en la leyenda con unos perfiles míticos. El gobierno le concedió a título póstumo el grado de teniente coronel.*

◀ *El día 19 de noviembre, y en las proximidades del Hospital Clínico, cayó mortalmente herido Buenaventura Durruti, que fallecería a las pocas horas en el hospital de las milicias catalanas establecido en el hotel Ritz. Su cadáver fue trasladado a Barcelona, donde su entierro dio ocasión, según un biógrafo suyo, a «la manifestación obrera más importante de la historia del proletariado».*

las leyes contrarias a la Iglesia serían revocadas o modificadas, y el de solicitar orientación eclesiástica en todos los problemas políticos que, de alguna manera, se relacionasen con la vida espiritual.

En una carta que envió a todos los obispos que estaban en la zona nacional o fuera de España, el primado expresó la satisfacción que la entrevista le había producido. Pero advirtió que se encontraban tan sólo en un punto de partida: la tarea de restablecer el papel de la Iglesia se anunciaba larga y difícil. Todos contestaron felicitándose por aquella perspectiva, incluso el cardenal Vidal Barraquer, que, desde su refugio de Italia, le rogó «se digne expresar verbal y reservadamente, sólo a la persona cerca de la cual ejerce su misión altísima —es decir, a Franco— mis salutaciones y homenajes de simpatía y afecto y mis sinceros votos de que se logre, cuanto antes, alcanzar y establecer en nuestra España una paz sincera y perdurable». Y concluía: «ruego a Dios por el triunfo de la causa de la Iglesia».

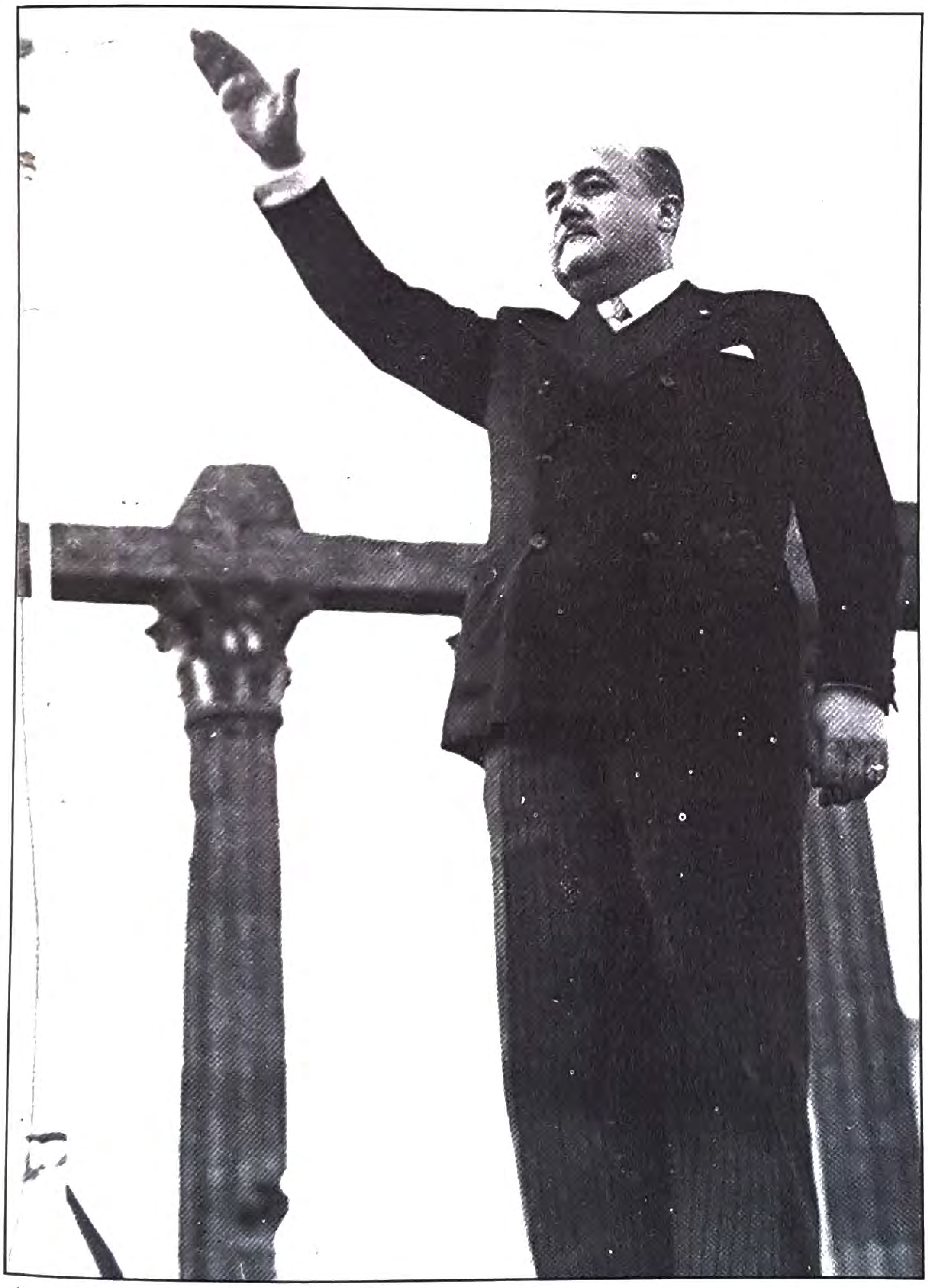
José Antonio Primo de Rivera, para sus adeptos simplemente José Antonio, otro mito al que la muerte hizo entrar en la leyenda. Su verbo, su acusado lirismo ocasional, su gallardía y la entereza con que aceptó su prisión y su muerte acrecentaron su figura, aunque frustraron un futuro político imprevisible y privaron a España, como escribió Gonzalo Torrente Ballester, «de un cerebro y de un brazo de primera magnitud». El mismo insigne historiador y literato afirma «su última obra, su testamento, es un conmovedor documento personal, una manifestación, por última más emocionante, de su elevada grandeza». Julián Zugazagoitia, socialista y, por consiguiente, enemigo político, también alabó el testamento.

El dibujo de Carlos Sáenz de Tejada quiere ser la expresión gráfica del estilo falangista que José Antonio buscó inculcar a sus seguidores: Un escuadrista al aire libre dispuesto a luchar hasta la muerte para hacer posible que un día regresen las banderas victoriosas al paso alegre de la paz para dar a los españoles una patria grande, el pan y la justicia. La utópica aspiración joseantoniana de superar el antagonismo de derechas e izquierdas que desgarraba a España, buscó una solución superadora en la llamada «revolución nacionalsindicalista», que, según sus partidarios, quedó frustrada con la muerte violenta de su fundador y de Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo, los jonsistas que con él formaron el primer triunvirato de FE de las JONS. La unificación impuesta por Franco en abril de 1937 terminaría por hacer inviables aquellas aspiraciones y Falange se integró, con los carlistas, en el partido único.

III. Las presiones monárquicas

Ciertos sectores españoles identificaban el catolicismo, al ser llevado al pensamiento político y a la legislación, con el tradicionalismo político. En el alzamiento militar del 18 de julio, los carlistas —tan radicalmente hostiles a la República que llegaron a encontrarse en conflicto con Mola, según hemos explicado— desempeñaron un papel decisivo: el número y valor de sus batallones de voluntarios supera toda ponderación. Sin embargo, razones dinásticas y de estrategia política habían producido, precisamente en los umbrales del alzamiento, una divergencia profunda entre sus dirigentes: los tradicionalistas del conde de Rodezno sostenían que la defensa de los principios debía colocarse, absolutamente, por encima de las personas; en cambio, los carlistas radicales de Fal Conde —hay una curiosa semejanza en las fotografías de la época entre este dirigente tradicionalista y el general Franco— querían imponer a toda costa la restauración de un rey de su dinastía, dejando los principios para después [6].

Desde el 20 de diciembre de 1934, Fal Conde ostentaba, por designación de don Alfonso Carlos, la jefatura del partido. El convencimiento de que se iba hacia una nueva guerra —la cuarta— le hacía parecer como persona más idónea, por su energía.



Nicolás Franco Bahamonde, tan poco fascista él, saluda brazo en alto. Oficial del Cuerpo de Ingenieros Navales de la Armada, se retiró del servicio activo al llegar la República, y ocupó sucesivamente la dirección de la Escuela Superior de Ingenieros Navales y la Dirección General de la Marina Mercante. Estrecho colaborador de su hermano menor Francisco, hay quien le atribuye influencia decisiva en su nombramiento de jefe del gobierno del Estado español. Al constituirse la Junta Técnica del Estado fue nombrado secretario general, y cuando se disolvió pasó a Lisboa, primero como representante oficioso y más tarde como embajador, puesto que desempeñó durante largos años.

Largo Caballero, al remodelar su gobierno el día 4 de noviembre, creó el Ministerio de Propaganda, a cuya actividad se debe la difusión de este cartel que desde entonces viene reproduciéndose como acertada síntesis de lo que para los frentepopulistas eran y representaban los «nacionales»: Iglesia, Ejército y grandes finanzas.

---

[6] Franco testimonia su propia ruptura con Fal Conde antes del 18 de julio, dato hasta ahora no conocido y de radical importancia para entender los sucesos que vienen a continuación. «Esta decisión... fue llevada a cabo cerca del jefe de los tradicionalistas por intermedio de un correligionario suyo, don Alfonso Jaraiz, hermano político del general Franco (se trata del marido de Pilar Franco). Esta gestión fue rechazada por el jefe carlista diciendo que él no prometía la asistencia de su gente si no sabía si se iba por un rey y por qué rey se iba. Ante esta repulsa y condicionamiento de aquel señor en momentos tan graves y difíciles para la patria se prescindió de él, en la seguridad de la asistencia de sus juventudes». A.F.F., leg. R.2, núm. 21.

▲ *Dos escenas de la historia de las Brigadas Internacionales. Arriba, un grupo de norteamericanos desfila marcialmente antes de incorporarse al batallón Abraham Lincoln, base de la XV Brigada Internacional, que llevaría su nombre. A la derecha, un grupo de combatientes de la misma en el frente de combate. La brigada estuvo inicialmente formada por los batalllones «Lincoln», «6 de febrero», «Dimitrov» y «Británico», y entró por primera vez en combate en la batalla del Jarama al mando del general José Ivanovich Galics (Gal). Al pasar éste a la jefatura de la División «B» (15), le relevó Vladimir Copic, y a éste, Robert H. Merriman, hasta que a su muerte regresó Copic. Su último jefe fue el asturiano José Antonio Valledor, aunque en los últimos días de Cataluña se rehízo bajo la jefatura sucesiva de los brasileños Agostinho y Da Cunha.*

◀ *Por las calles de Barcelona desfila una nutrida columna de voluntarios internacionales que acudían a España para enrolarse en las filas frentepopulistas. La presencia de extranjeros en las columnas gubernamentales se detectó desde las primeras horas de la guerra, pero la afluencia no se hizo masiva hasta el mes de octubre, en que se crearon las primeras Brigadas Internacionales, hechura de la Internacional Comunista.*

Una familia británica residente en Madrid acampa en los jardines de su embajada en espera del momento de la repatriación. Miles de súbditos extranjeros abandonaron España bajo la protección de sus representaciones diplomáticas. Otros millares de españoles encontrarían asilo en los edificios de embajadas y legaciones para gozar de sus derechos de extraterritorialidad. Sólo tres naciones, Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética, se negaron a admitir refugiados; las restantes lo hicieron, aunque no todas abrieran sus puertas con igual generosidad. El gobierno rechazó el principio jurídico del derecho de asilo, pero actuó con espíritu tolerante y aceptó la situación de hecho, aunque a lo largo del tiempo no dejaran de producirse graves incidentes, como los que tuvieron por escenario la embajada alemana y las legaciones de Finlancia, Perú, Austria y Hungría, en todas las cuales se produjo un final traumático de los asilos, y el asalto del 28 de enero de 1938 de la legación de Turquía con la detención del par de centenares de personas que en ella se refugiaban.

La película Fermín Galán, cuya reposición en plena guerra se anuncia en este cartel de 1937, fue filmada en 1931, apenas proclamada la República. Se estrenó con escaso éxito el 12 de diciembre de ese año en el cine Palacio de la Prensa de la Gran Vía madrileña. Dedicada a la exaltación de los capitanes Galán y García Hernández, representados por los actores José Baviera y Carlos Llamazares, la dirigió Fernando Roldán.

Para comprender mejor el orden de los sucesos es necesario volver a referirnos a ciertos aspectos que ya han sido tratados en esta obra. Don Alfonso Carlos había dedicado los pocos años que permaneció en la cabeza de la rama dinástica a inculcar a sus seguidores un espíritu de radical fidelidad a los principios que dieran vida a la Tradición. Por otra parte, como sabemos, los esfuerzos de reconciliación entre las dos ramas de la dinastía que patrocinara Alfonso XIII no habían culminado en el acuerdo que se buscaba. En un importante documento de 29 de junio de 1934, don Alfonso Carlos recordó a sus seguidores que la persona llamada a sucederle —y no hacía mención de ningún nombre— debería jurar fidelidad a los principios de la Tradición y reconocer la legitimidad de los monarcas de la línea carlista. Por último, el 23 de enero de 1936 había erigido en regente de la Comunión —para el caso en que se produjera su muerte, como sucedió el 28 de septiembre del mismo año— a Javier de Borbón Parma, descendiente de los antiguos reyes de Nápoles y de un hijo de Felipe V de España, que presentaba ciertas aspiraciones al trono de Francia. Pero la misión de don Javier no era otra que asegurar la unidad en las filas del carlismo, a fin de que se cumpliera, con el príncipe de mejor derecho, la condición impuesta el 29 de junio de 1934.

Fal Conde asistió a los funerales de don Alfonso Carlos en Viena y cambió impresiones con don Javier de Borbón Parma, que es posible abrigara ya algún propósito de presentarse a sí mismo como el príncipe idóneo de la Comunión. El hecho es que el 3 de diciembre de 1936, *El Pensamiento Navarro*, órgano del tradicionalismo en Pamplona, publicaba un gran retrato en su primera plana del Regente, anunciando además que había ofrecido a Franco su adhesión. De este modo se borraban las vacilaciones de julio. Pero en realidad no era sino el comienzo de una maniobra de mayor alcance, destinada a garantizar a los carlistas un núcleo de independencia dentro del Movimiento. Cinco días más tarde, en el mismo periódico se publicaba un decreto creando la Academia Militar tradicionalista, bajo la advocación de San Javier, y se anunciaban las pruebas de ingreso para fecha inmediata. Falange poseía en aquellos momentos funcionando la escuela de mandos en Pedro Llen, cerca de Salamanca.

El avance nacional hizo refluir sobre Madrid, y luego sobre Valencia y Barcelona, a gentes de Extremadura, La Mancha, Andalucía y la propia capital, que huían de la guerra. El cartel estimula una solidaridad que surgía espontánea y generosa, pero que, a veces, se quebraba por quienes culpaban a los evacuados de ser los causantes de la escasez que cada vez se hacía sentir de manera más aguda.

Puente sobre el río Guadarrama, volado, como tantos otros, durante las semanas en que se luchó intensamente por la posesión de los puertos de montaña que llevan a Madrid. Después de casi dos meses de constantes y violentos forcejeos, el frente serrano se estabilizó, y a partir de entonces reinó en las cumbres una calma que duraría el resto de la guerra, sin más interrupción que el breve paréntesis de la batalla que por Segovia se libró en Navacerrada en los últimos días del mes de mayo y primeros de junio de 1937.

MARIO ROATTA

(Módena, 1887-Roma, 1968)

EL nombre del general Mario Roatta, que en España se hizo llamar Mancini, va unido a dos episodios de la guerra civil española totalmente opuestos en sus resultados: la conquista de Málaga, donde la actuación de las tropas a su mando le valió un ascenso, y la batalla de Guadalajara, el fracaso más estrepitoso de estas mismas fuerzas.

Como jefe de información del Estado Mayor italiano, su intervención en el conflicto español se inició en las conexiones diplomáticas previas a la intervención italiana. A continuación, pasó a dirigir la misión militar de su país en España hasta que fue nombrado jefe del Cuerpo de Tropas Voluntarias (CTV) y luego jefe de la división «Flechas» (1937-1938). En 1939 fue destinado a Berlín como agregado militar. Durante la segunda guerra mundial mandó el II Ejército italiano en Croacia. En junio de 1943 fue nombrado jefe de Estado Mayor, puesto que ocupaba cuando Roma firmó el armisticio con los aliados. A pesar de que fue uno de los principales colaboradores de Badoglio y del rey Víctor Manuel en la firma de los acuerdos, fue arrestado en 1944 bajo la acusación de continuar apoyando al fascismo. El gobierno yugoslavo pidió su extradición para juzgarlo como criminal de guerra. En marzo de 1945, escapó del hospital militar italiano donde esperaba el juicio y se refugió en España. Mientras tanto, fue declarado culpable de sostener al fascismo y condenado en rebeldía a cadena perpetua. Aunque un tribunal de apelación le absolvió de todas las acusaciones en 1948, continuó residiendo en España hasta que en 1965, encontrándose enfermo, volvió a Roma, donde falleció el 6 de enero de 1968. Es autor de un libro de memorias que apareció bajo el título Ocho millones de bayonetas.

Escenas de la vida cotidiana en los frentes del centro de España. En el ángulo inferior izquierdo, dos milicianos al servicio de un rudimentario lanzagranadas emplazado en el sector del barrio de Usera de Madrid; en el centro, una patrulla de soldados republicanos se lanza al asalto de las posiciones enemigas durante la batalla de Guadalajara, en la que humillaron a las orgullosas tropas del CTV.

Artilleros del Regimiento de Logroño aprovechan un momento de reposo para jugar una partida de cartas usando como mesa y asientos sendas cajas de proyectiles, y como tapete, un ejemplar de La Rioja, el periódico de su localidad de origen.

WILHELM VON FAUPEL

(1873-Berlín, 1945)

MILITAR de carrera, tomó parte, en 1901, en la expedición alemana contra la insurrección china de los boxers. De 1904 a 1907 estuvo destinado en el protectorado alemán del sudoeste africano. En 1910 y 1914 asistió como instructor a las fuerzas argentinas. Durante la primera guerra mundial fue oficial de estado mayor en el frente occidental y terminó con el grado de teniente coronel en el I y en el IX Ejército. A continuación sirvió en los cuerpos francos y solicitó la excedencia con el grado de coronel. Volvió a Argentina, y de 1921 a 1926 actuó como consejero militar del ejército de esta nación. En Perú, fue inspector general del ejército de 1927 a 1930.

En 1931 regresó a Alemania y en 1934 Hitler le nombró director del Instituto Iberoamericano de Berlín. Faupel convirtió este centro, que hasta entonces había sido prácticamente un seminario de estudios hispánicos, en un órgano de propaganda y penetración nazi.

En octubre de 1936 llegó a España como «encargado de negocios» del Reich ante el gobierno de Burgos. Su nombramiento provocó problemas en Alemania, ya que la Wilhelmstrasse, que tenía su propio candidato, lo interpretó como una imposición de la jerarquía del partido. Desde su llegada a España, Faupel se ganó la antipatía de gran parte de los dirigentes españoles. Mantuvo, sin embargo, buenas relaciones con Franco. Aunque había recibido instrucciones concretas de no mezclarse en los asuntos militares, no siempre las siguió, y sus choques con el general Sperrle fueron frecuentes.

A pesar de sus simpatías por Falange, parece que no jugó un papel importante en la crisis de Hedilla. Sin embargo, las dificultades creadas por su actuación determinaron que fuera sustituido, en agosto de 1937, a petición de Franco. De vuelta a Alemania fue reintegrado en la dirección del Instituto Iberoamericano. Se suicidó cuando los rusos entraron en Berlín.

◀ ***Franco, en compañía de Mola, sale de la catedral de Burgos después de asistir al solemne* Te Deum*, que se celebró con motivo de su primera visita a la ciudad después del Alzamiento y antes de su exaltación a la jefatura del gobierno del Estado español. Entre el gentío se distinguen los generales Kindelán y Cavalcanti.***

▲ ***El cardenal Isidoro Gomá (izquierda), arzobispo de Toledo y primado de la Iglesia española, junto a Marcelino Olaechea, obispo de Pamplona. Dos figuras importantes que, en cierto modo, condicionaron y orientaron la postura que, sin apenas excepciones, tomó el episcopado español en aquella coyuntura. Gomá, anterior obispo de Tarazona, se vio sorprendido por la guerra en esa localidad y fijó su residencia en Navarra hasta que pudo regresar a su diócesis. A él se debe la redacción de la pastoral que el 6 de agosto de 1936 dirigieron a sus fieles los obispos de Pamplona y Vitoria exhortándoles a poner fin a la desunión de los católicos vasco-navarros. Más tarde sería el promotor de la carta colectiva que los obispos españoles dirigieron al episcopado universal.***

Los problemas con Fal Conde

Estas iniciativas fueron, sin duda, conocidas por el infante don Juan, tercer hijo de Alfonso XIII y candidato para una reconciliación entre las dos ramas de la dinastía. El 7 de diciembre de 1936 decidió por segunda vez tomar parte en el Movimiento, atrayendo la atención hacia su persona: escribió directamente a Franco para pedir que se le permitiera combatir en la que, cada vez más, tenía el «aspecto de una guerra contra los enemigos exteriores». Alegando su experiencia como oficial de la Marina británica, adquirida en servicios prestados con efectividad en los buques *Enterprise, Iron Desk* y *Winchester,* grandes unidades de superficie, pedía ser destinado al *Baleares,* recientemente terminado y que se preparaba para salir a la mar. Prometía no realizar actividades políticas e incluso permanecer en el navío sin descender a tierra durante todo el tiempo de la guerra [7].

Franco reaccionó con decisión, aunque hubo significativas diferencias entre uno y otro caso. Ordenó al general Dávila que advirtiera al conde de Rodezno que consideraría la creación de la academia como un proyecto de golpe de estado. Cuando, a pesar de las advertencias recibidas, Manuel Fal Conde hizo publicar en Zaragoza el decreto no refrendado por las autoridades nacionales, Fidel Dávila le dio a escoger: abandonar España en un plazo de cuarenta y ocho horas o enfrentarse con un consejo de guerra.

Fal Conde prefirió el exilio y fijó su residencia en Lisboa [8], en donde ya se encontraba el jefe de la CEDA, Jose María Gil Robles.

En cambio, el Generalísimo esperó hasta el 12 de enero de 1937, más de un mes, antes de dar respuesta a la carta de don Juan de Borbón. «Es verdad» —dijo— que en esta guerra «se debate la suerte de España..., la de la civilización occidental y la de la Iglesia católica», pero «el lugar que (vuestra alteza) ocupa en el orden dinástico, y las obligaciones que de él se derivan, impiden que se le admita en puesto de peligro». Por primera vez, el cauteloso general levantaba una esquina del velo con que ocultaba sus pensamientos: el infante don Juan no era sólo un distinguido miembro de la familia real española, sino una pieza importante para la restauración de la Monarquía, y debía ser conservada en la reserva. Por segunda vez, en plazo de tres meses, Francisco Franco apuntaba, como una meta lejana, ese restablecimiento de la Corona; y descubría también que estaba pensando en los descendientes de don Alfonso XIII. Para quienes gustan de lucubrar con futuribles, se puede ofrecer esta reflexión: mucho habría cambiado el destino de España si el infante se hubiera hallado entre los tripulantes del *Baleares* cuando fue hundido por las fuerzas del Frente Popular.

---

[7] La carta ha sido publicada por L. López Rodó, *op. cit.* págs. 659-660, y P. Sainz Rodríguez, *Un reinado en la sombra.* Barcelona, 1981, pág. 347.

[8] Von Faupel escribió meses más tarde (14 de abril de 1937, *Wilhelmstrasse,* III, págs. 209-210) que Franco le había confesado que había sentido deseos de fusilarle por alta traición. Es un modo tópico de conversación a la española que carece de sentido literal y que estaba dirigida a un embajador alemán en el momento de la Unificación, cuando temía las presiones nazis por otro cauce y le convenía demostrar que no le faltaban dotes de energía. Pero Franco nunca se deshizo así de sus enemigos políticos, ni siquiera de quienes, como Fal Conde, hicieran peligrar el Alzamiento. Al constituirse el Consejo Nacional fue ofrecido un puesto a Fal Conde.

Capítulo V

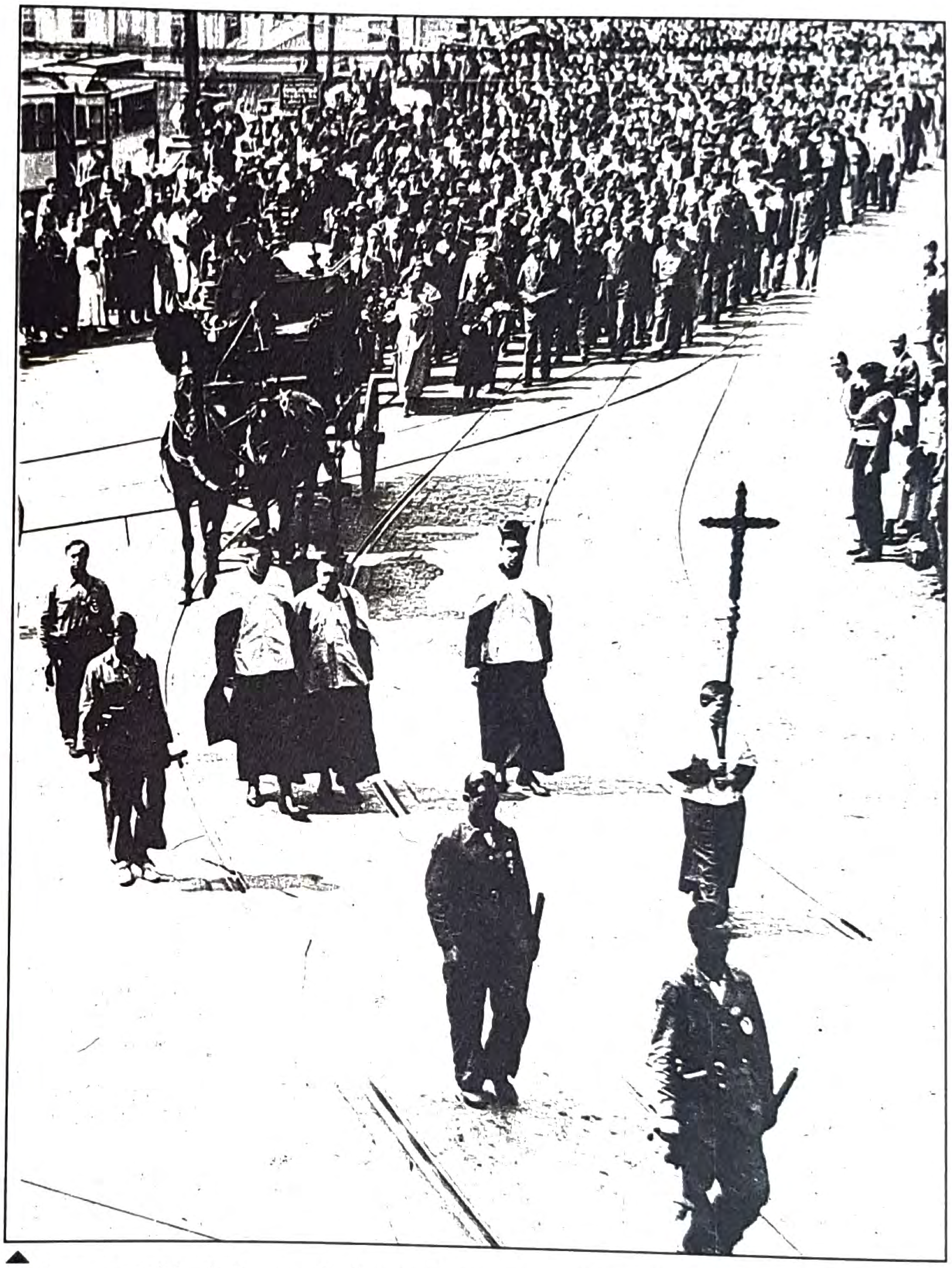
LOS VOLUNTARIOS ITALIANOS: DE MALAGA A GUADALAJARA

I. El Cuerpo de Tropas Voluntarias

DICIEMBRE de 1936 y enero de 1937 fueron meses especialmente difíciles para Franco. A la euforia de las primeras semanas, en donde el parte oficial, leído cada noche, señalaba ganancias significativas, sucedía ahora una depresión. Los combates en torno a Madrid se cerraban con ganancias mínimas o con fracasos: se estaba entrando en una guerra de posiciones que podía presagiar un empate. En el extranjero comenzaban a formularse proyectos de negociación. Mientras tanto, en la retaguardia, el miedo a los enemigos que aún subsistían y las noticias que traían los fugitivos de la otra zona y que hablaban de espeluznantes crímenes, eran estímulo para brotes de violencia, a menudo para sórdidas venganzas personales o ajustes de cuentas lejanas [1]. Ni Franco ni la Junta Técnica estaban en condiciones —como tampoco el gobierno de la República en su territorio— de impedir de raíz los desmanes.

Este es un tema, el de las represalias, que llena de amargura y es verdaderamente difícil de abordar con serenidad. No se trata aquí de defender o vituperar, sino de exponer hechos. Desde que se hizo cargo del poder, Franco trató de canalizar todos los hechos a través de tribunales militares, que procedían con gran dureza, pero significaban un cauce mínimo de responsabilidad. Intervino, como hemos visto, en el caso de los sacerdotes vascos, cortando la acción, pero esto más constituye excepción que regla. No era suficiente, aunque lo fuese mucho, someter a inspección militar a los grupos de voluntarios civiles armados; necesitaba demostrar que su auto-

▲ ***Un grupo de milicianos se mofa de las imágenes que han sustraído de un templo expoliado y seguramente derruido. «Gamberradas» como éstas, que fueron muy frecuentes, desacreditaron al gobierno en el interior y el exterior.***



▲ *El clero, precedido de la cruz alzada y escoltado por un piquete de* gudaris *armados, preside el entierro en Bilbao de un oficial caído en el frente. La escena, normal en Vizcaya, únicamente se repetiría en el resto de la zona republicana el 17 de octubre de 1938 cuando en Barcelona se celebró el sepelio católico del capitán Eguía, procedente de las milicias vascas.*

ridad era efectiva. El 2 de enero de 1937 tomó simultáneamente dos decisiones, más relacionadas entre sí de lo que parece. Un decreto-ley ordenaba a todos los gobernadores de provincia que proporcionasen trabajo a todos los parados para impedir que hubiese obreros sin empleo. En un solo acto conmutó setenta penas de muerte. Pretendía establecer el principio de que no era competencia de los tribunales ni de autoridades inferiores la ejecución de las sentencias.

◀ ***Estado en que quedó una iglesia catalana, de las muchas que en toda España fueron destruidas en la ola de furor antirreligioso que desde la temprana fecha de mayo de 1931 desencadenó la izquierda española y que alcanzó grados de paroxismo a partir del comienzo de la guerra civil. En aquel aberrante caos, España perdió una parte importante de su patrimonio histórico y artístico.***

Un regalo incómodo

Resultaba urgente la recuperación del prestigio militar, decaído en el campo de batalla: más que las cifras de carros rusos destruidos —que eliminaban la superioridad inicial— o que la seguridad de que las posiciones en torno a Madrid se conservaban, había que ofrecer a la retaguardia nacional un nombre que pudiera ser esgrimido como tangible bandera de victoria.

[1] En Pamplona, el general Mola, el gobernador civil y el obispo de la diócesis, Marcelino Olaechea, se quejaron amargamente de los asesinatos cometidos sin figura de juicio, pero no consiguieron impedirlos. J. M. García Escudero, *op. cit.*, III, págs. 1467-1468.

En la zona nacional circuló un aire de cruzada, y la expresión se extendió muy pronto después de que fuera lanzada por algunos obispos. El primero en emplearla fue el de Pamplona el 23 de agosto de 1936, y luego su uso resultó habitual y reiterativo, unido a la idea de una España reserva espiritual del mundo.

Y esto fue Málaga. El 14 de diciembre de 1936 el agregado militar italiano, coronel Faldella, anunció a Franco que un cuerpo de tropas voluntarias estaba en marcha hacia la península. El Generalísimo se indignó: él no había pedido hombres, sino armas, y la ingerencia de Mussolini resultaba, cuando menos, humillante. Pero reaccionó enseguida, como era su norma, disponiendo la creación de dos brigadas mixtas: de este modo las unidades italianas estarían encuadradas siempre en otras españolas sin que pudiesen operar, como el Duce proyectara, en forma de Ejército independiente. A estas brigadas, fuerza de choque disponible de inmediato, se asignaría la misión de obtener una victoria.

Los agentes alemanes en Salamanca advirtieron a sus jefes del peligro: un éxito italiano en aquellos momentos, si se producía del modo espectacular que anunciaban, haría disminuir la influencia que el III Reich había llegado a cobrar, poniendo en peligro los objetivos económicos que se perseguían. Las autoridades nacionales habían prohibido toda clase de exportaciones mientras no generasen divisas, pero la HISMA-ROWAK, en manos del Partido Nacional-Socialista, disponía de un vehículo adecuado y, desde septiembre, canalizaba hacia Alemania una parte de la pirita de hierro. Los alemanes aspiraban probablemente a imponer a Franco una condición semejante a la que la URSS había logrado en relación con el Frente Popular, de pleno monopolio financiero [2]. No debemos descartar que, pasado el primer momento de irritación, Franco, que estaba contactando ya con los mercados británicos, aplicando la que él mismo definió como «política de ganar tiempo y acabar la guerra, contestar preguntando y pidiendo aclaraciones» [3], haya pensado precisamente en servirse de los entrometidos voluntarios italianos contra los alemanes que podían mostrarse demasiado exigentes.

Málaga

Franco señaló un objetivo en apariencia de carácter limitado, Málaga, que, sin embargo, permitía consolidar el dominio andaluz, acortando las líneas, disminuyendo el número de unidades amortizadas en el despliegue y evitando sorpresas. En los primeros contactos con el enemigo, por parte de las fuerzas del Campo de Gibraltar, que mandaba el coronel Francisco de Borbón, duque de Sevilla —primo de Alfonso XIII y dotado de un gran parecido físico con el monarca— se apreció el escaso valor combativo de los republicanos, que comenzaron a desbandarse. Franco estuvo en el frente el día 5. La ciudad sucumbió el 8 de febrero a un doble ataque de la columna del duque de Sevilla por la costa y de las unidades mixtas hispano-italianas, desde el interior. El mando rojo tuvo la sensación de haber sufrido un gran desastre: sus soldados desobedecían las órdenes, abandonaron la ciudad prácticamente sin lucha y se agolparon en el camino hacia Motril, convirtiéndose en presa fácil para los aviones de los nacionales. Asensio Torrado, subsecretario del Ministerio de la Guerra, fue destituido. Se hizo un considerable número de prisioneros, muchos de los cuales serían luego reincorporados a las fuerzas nacionales. Entre los prisioneros se encontraba Arthur Koestler, el famoso novelista, que figuraba como corresponsal del *News Chronicle*, aunque en realidad era un agente comunista enviado por la Komintern [4].

---

[2] En enero de 1937, Bernhardt, director de HISMA, propuso a Franco esta condición: como las autoridades nacionales no disponían de oro que pudiesen entregar en depósito, deberían bloquear todas sus cuentas de divisas, dentro y fuera del país, poniéndolas a disposición de los alemanes. De este modo se hubiera impedido el comercio con Inglaterra —posibilitado gracias al aval bancario de Juan March— y con los Estados Unidos, que proporcionaban abundantes cantidades de carbón y gasolina a crédito. Los alemanes estaban informados de este comercio porque había sido objeto de conversación entre Sangróniz y von Faupel el 2 de enero. El Generalísimo recibió la propuesta con frialdad. Despachó inmediatamente a Augusto Miranda para que informase en Berlín al almirante Canaris. No estaba dispuesto en modo alguno a aceptar la propuesta: aquellas divisiones procedían de donativos y avales de amigos del Movimiento y de patriotas desprendidos y no iba a entregarlas a Alemania. Bernhardt reveló entonces su pensamiento: Franco no necesitaba hacer compras en ninguna parte salvo Alemania. Importante informe de 26 de enero de 1937. *Wilhelmstrasse*, III, págs. 182-184.

[3] AFF., leg. 30, núm. 49.

[4] Gracias a la intervención del gobierno británico, Koestler fue canjeado por la esposa del capitán Haya, piloto nacional. L. Bolín, *op. cit.*, pág. 248.

[5] R. Cantalupo, *op. cit.*, págs. 131-137, dice que, por encargo de Mussolini, presentó una nota de protesta por las represalias. Franco contestó que, por desgracia, él no estaba en condiciones de controlar las represalias locales, especialmente en una ciudad como Málaga, en donde los rojos habían cometido tantos asesinatos. Pero envió a Málaga la auditoría de guerra preparada para Madrid a fin de poner freno a la violencia. El libro de Cantalupo se publicó en 1948, cuando existía interés en justificar el comportamiento italiano acentuando las negras tintas sobre Franco.

Mussolini recibió con alborozo la noticia de la fácil y brillante victoria que, en la prensa italiana, dirigida desde el gobierno, fue presentada como éxito exclusivo del nuevo Ejército imperial. Es indudable que en Málaga, donde los rojos cometieran asesinatos muy numerosos y espeluznantes, las represalias, en especial en los primeros momentos, fueron muy duras. La guerra civil no rebajaba su precio de sangre [5]. Entre las piezas religiosas rescatadas figuraba una reliquia de Santa Teresa de Jesús, robada por los milicianos a las carmelitas de Ronda; Franco la conservaría en su poder.

El principal efecto de la conquista de Málaga fue, sin duda, el restablecimiento de la confianza en la retaguardia de los nacionales: su Ejército conservaba la capacidad de vencer. También para la «quinta columna» madrileña, forzada a largos meses de pasividad, Málaga fue un nombre para la recuperación de los ánimos.

Si algo tuvo de positivo la revolución, fue su obra de redistribución de la propiedad agraria. Más de cuatro millones de hectáreas pasaron a manos de los agricultores o de sus colectividades, pero, lamentablemente, la obra se saldó con un fracaso, y a la postre tan sólo se repartió la miseria. ▶

En Málaga, feudo de la izquierda, el partido comunista tenía una implantación superior que en el resto de España, lo que le permitió contar con un diputado: Cayetano Bolívar, que durante la guerra ocupó el puesto de comisario político del sector. El clima anarquizante en el que la revolución sumió a la provincia se extendió incluso al monolítico partido, que tuvo no poca responsabilidad en su pérdida. Sin embargo, sus dirigentes la aprovecharían para una amplia campaña que tenía la finalidad de desplazar a Largo Caballero. ▼

◀ *Un grupo de milicianos malagueños que, con su atavío, resultan bastante indicativos de lo que fue el ambiente de histerismo revolucionario que se vivió en aquella provincia. En la comandancia militar del sector se sucedieron el teniente coronel Heras, los coroneles Asensio y Sánchez Paredes, los tenientes coroneles Romero Bassart y Hernández Arteaga y, por último, el coronel Villalba, al que le tocó hacer frente a la ofensiva ítalo-española. Ninguno de ellos tuvo autoridad suficiente como para detener la demagogia desbordante del Comité de Salud Pública que gobernaba la provincia, y que se dedicó casi exclusivamente a desahogos turbulentos y perturbadores. El teniente coronel Romero Bassart participó muy activamente en ese desenfreno, extendiendo su clima a la organización militar. Azaña dice de él en* La velada de Benicarló: *«Allí tuvimos hasta hace poco un comandante militar extraordinario: yo no hago fortificaciones —decía—. Yo siembro revolución. Si entran los facciosos la revolución se los tragará».*

▲
El general Miaja arenga a una unidad militar dispuesta para salir hacia el frente. Aglutinador de la defensa de Madrid y héroe para el pueblo, galvanizaba con su presencia a los combatientes, elevándoles la moral. Jefe sucesivamente de las fuerzas de defensa de Madrid; del Cuerpo de Ejército de Madrid; del Ejército del Centro; del Grupo de Ejércitos de la Región Central y, por último, de las fuerzas de tierra, mar y aire con mando delegado del ministro de Defensa Nacional, puso siempre de manifiesto un gran sentido común, un notable acierto en la elección de colaboradores y una gran capacidad de organización.

II. El proyecto de no intervención

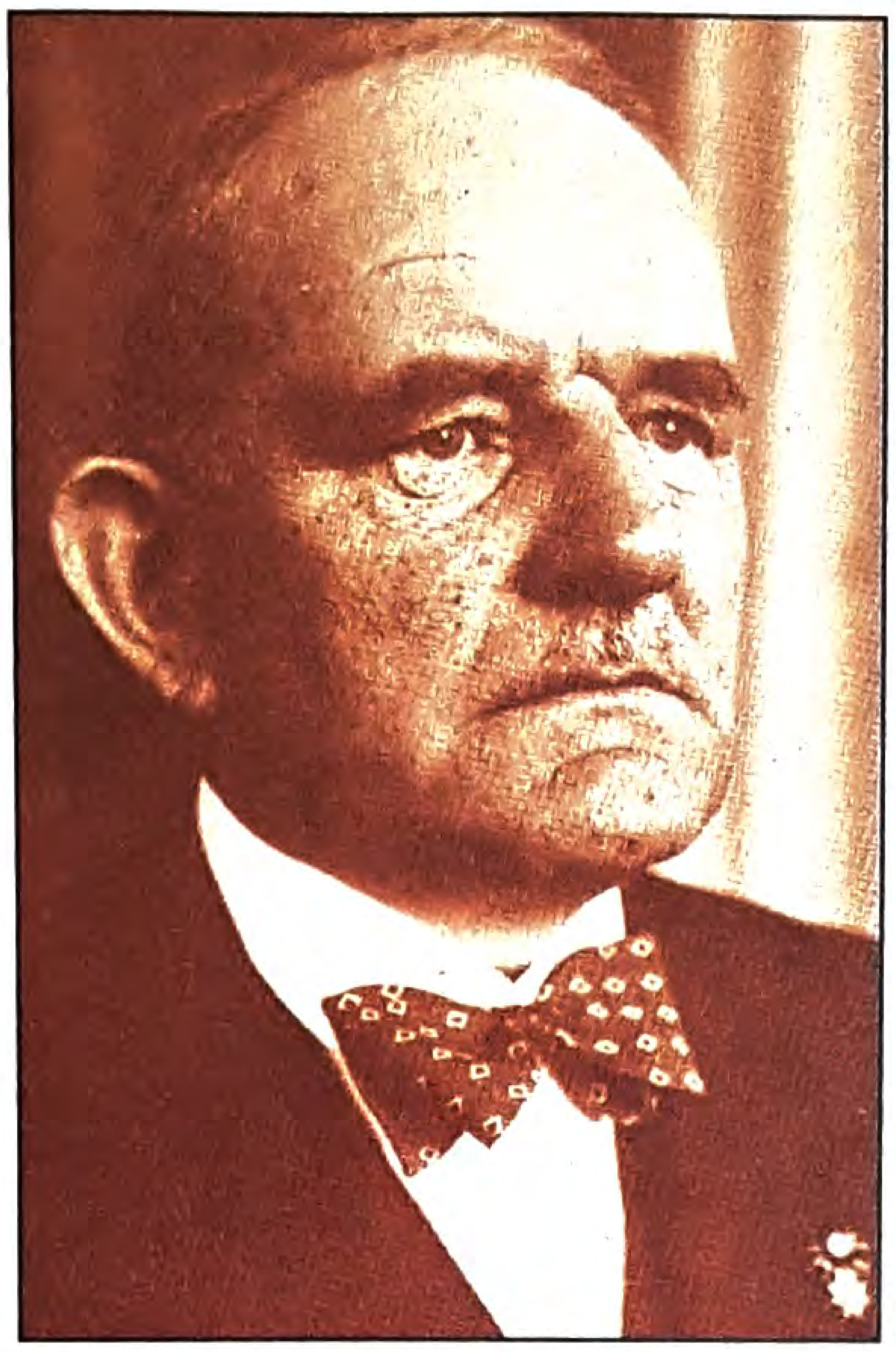
CON la aparición de las Brigadas Internacionales, a las que, erróneamente sin duda, pero con unanimidad, se estaba atribuyendo la victoriosa defensa de Madrid, y del CTV italiano, que proclamaba a todos los vientos de Europa que era suyo el éxito de Málaga, la guerra civil española se deslizaba por una peligrosa pendiente: ambos contendientes parecían estar de acuerdo en la imposibilidad en que se encontraban de resolver la contienda y aun de sostenerla en las proporciones que había adquirido sin una copiosa y creciente ayuda exterior. La intervención de tropas en la contienda española entrañaba para los gobiernos europeos el innegable riesgo de que, en cualquier, momento, la hoguera se extendiese a todo el continente, iniciándose la que sería segunda guerra mundial. Algunos países —la Unión Soviética, Francia, Alemania, Italia y Portugal— definieron muy pronto sus preferencias. Pero en otros la opinión pública se dividía. Las atrocidades cometidas en la zona roja, mucho mayores, pese a la propaganda, que las de la nacional, alentaban las simpatía de ciertos sectores que comenzaban a descubrir que Franco estaba luchando en favor de la religión católica y contra el comunismo. Los grandes empresarios del Reino Unido y de Norteamérica —esto a pesar de la declarada actitud de ciertos sectores del partido demócrata que rodeaban a la esposa del presidente, Eleanor Roosevelt— no podían desear que se produjese en España una victoria del Frente Popular.

A principios de agosto de 1936, cuando se habían producido importantes envíos de armas por la frontera francesa, el gobierno de Francia propuso en Londres, Roma, Berlín, Moscú y otras capitales europeas la firma de un pacto conjunto comprometiéndose a no intervenir en la guerra española. Todos los consultados aceptaron, pero casi nadie tenía la menor intención de cumplirlo. También los Estados Unidos se sumaron a la idea de la no intervención, mientras que la embajada argentina lanzaba por vez primera una tímida propuesta de mediación entre los contendientes. El 23 de agosto de 1936 la URSS comunicó oficialmente su adhesión al pacto de no intervención sin alterar en lo más mínimo, sus proyectos sobre España.

▲ *El general Roatta, designado el 7 de diciembre de 1936 jefe de las fuerzas terrestres y aéreas italianas en España, cae levemente herido el 6 de febrero de 1937 en Ventas de Zafarraya. Coronel jefe del Servicio de Información al comenzar la guerra civil, fue enviado en septiembre de 1936 a nuestra patria para apreciar sobre el terreno las necesidades de Franco, y luego, ya general, intervino en la conquista de Málaga, siendo ascendido a general de división. Como tal condujo al CTV en la batalla de Guadalajara, y, como consecuencia de su fracaso en ella, fue destituido, aunque permaneció en España, donde en septiembre tomó el mando de la división «Flechas», que retuvo hasta que se desglosó justamente un año después.*

El gobierno italiano reconoció al de Franco el 18 de noviembre de 1936 y estableció con él relaciones oficiales a nivel de encargados de negocios. Mediado enero, se elevó la representación a embajada, para la que fue designado Roberto Cantalupo, que se incorporó inmediatamente a su destino, aunque el acto de presentación de sus cartas credenciales, al que corresponde la fotografía, se demoró hasta el día 1 de marzo de 1937, en que se celebró en el Ayuntamiento de Salamanca. Su estancia en España fue breve, y el día 3 de abril regresó a Roma, llamado por Mussolini.

Prohibir la venta de armas era inútil, a menos que se tomasen medidas de vigilancia para asegurar su cumplimiento. Por esta razón, y siguiendo la iniciativa británica, se constituyó en Londres un Comité de No Intervención que celebró sesiones los días 9 y 14 de septiembre de 1936. Desde el primer momento se advirtió que ninguno de los gobiernos presentes estaban dispuestos a tomar en serio el compromiso. Como un año antes, lo que a los diplomáticos británicos preocupaba era la ruptura del equilibrio mediterráneo en favor de Italia. Pero su propia Marina no podía admitir como legítimo un gobierno que había dispuesto el asesinato de los oficiales en los barcos. Y en ese momento llegaban a España barcos soviéticos atiborrados de material de guerra. El 7 de octubre, el encargado de negocios Kagan presentó a lord Plymouth un ultimátum, y el 23 de este mes el embajador Maisky anunció que la Unión Soviética se retiraba del Comité de No Intervención.



El general Wilhelm von Faupel, que fue nombrado encargado de negocios de Alemania cuando Hitler reconoció al gobierno de Franco. Llegó a Salamanca el 28 de noviembre de 1936, y en enero se elevó la representación de su país al rango de embajada.

Inglaterra no cesó en sus esfuerzos para utilizar el Comité de No Intervención como instrumento para la solución del conflicto español. En el momento de producirse el empate en Madrid, el ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, lanzó el proyecto de que las «seis potencias más directamente interesadas» exigieran de los dos contendientes la firma de un armisticio para que pudiera constituirse un gobierno provisional

Entierro de las víctimas de uno de los bombardeos que sufrió Salamanca durante la guerra. A partir de la llegada a zona republicana de los bimotores soviéticos Katiuskas *fueron frecuentes los ataques a las ciudades de la retaguardia nacional, que se iniciaron el día 28 de octubre de 1936, y causaron numerosas víctimas en Sevilla, la primera ciudad agredida, Cádiz, Cáceres, Ceuta, Badajoz, Burgos, Pamplona, Valladolid, Zaragoza y otras localidades de mayor o menor importancia. Sin embargo, su actuación en la guerra no resultó eficaz.*

JULIO ALVAREZ DEL VAYO

(Villaviciosa de Odón, Madrid, 1891-Ginebra, Suiza, 1975)

MILITÓ desde su juventud en las filas del PSOE. Como periodista, viajó por Europa, conociendo a líderes revolucionarios del relieve de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

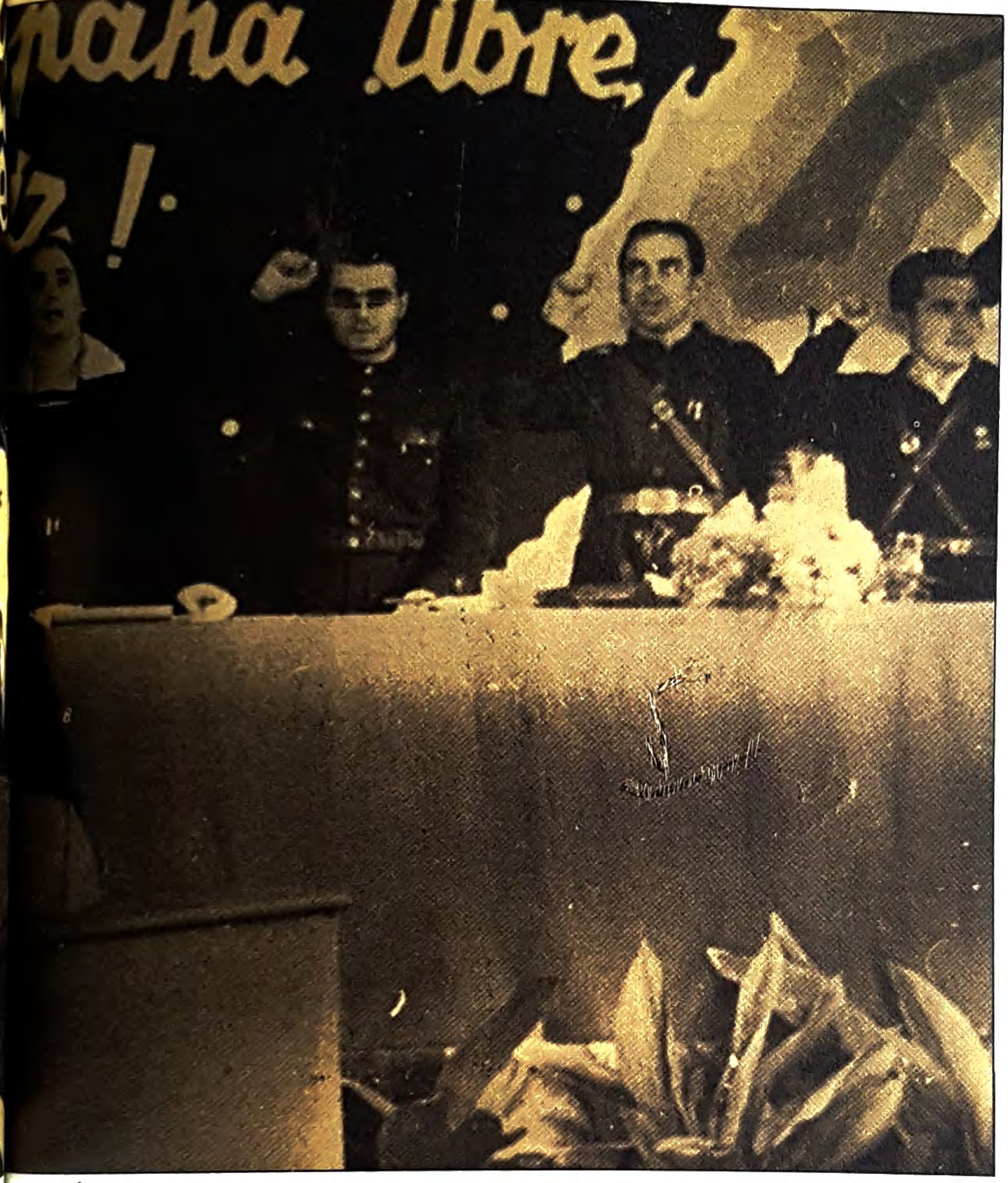
En 1933 fue embajador de España en México. Con su concuñado Araquistain, fue uno de los más asiduos consejeros de Largo Caballero, director de El Socialista *y negociador de la fusión de las Juventudes Socialistas con las Comunistas que dio lugar a las JSU (Juventudes Socialistas Unificadas), de claro predominio comunista.*

En los meses inmediatamente anteriores a la guerra se mostró partidario de la creación de milicias populares. Tras el estallido de la guerra civil, Alvarez del Vayo fue ministro de Estado en los gobiernos presididos por Largo Caballero (5-IX al 5-XI de 1936 y 5-XI-1936 al 18-V-1937), durante los que hubo de seguir de cerca las peripecias de las potencias europeas en torno al Comité de No Intervención.

Nombrado comisario general del Ejército el 17 de octubre de 1936, formó parte del Consejo Superior de Guerra, creado al mes siguiente, lo cual le permitió, a través del comisariado, mantener el control del trabajo ideológico en el seno del ejército republicano. Parece ser que, a principios de 1937, Largo Caballero trató con el presidente de la República, don Manuel Azaña, de la sustitución de Alvarez del Vayo por su inclinación pro soviética,

con personas neutrales eventualmente presidido por el antiguo representante español en la Sociedad de Naciones, Salvador de Madariaga. Esta propuesta es una de las claves de la política británica y obedecía seguramente a los muchos intereses que se estaban jugando y que de ninguna manera podían resultar favorecidos por el triunfo de cualquiera de los dos bandos. Entre estos intereses se encuentran el Mediterráneo, la fuerte participación británica en la economía española y la masonería. La persecución desatada desde el primer momento en la zona nacional contra la masonería, en sus diversas ramas, sería desde luego y durante muchos años uno de los obstáculos más importantes para un entendimiento entre el Régimen de Franco y los anglosajones.

Escenas como la que recoge *The Sphere* ***en su número de 17 de octubre de 1936, fueron lamentablemente frecuentes en los hogares españoles a uno y otro lado de los frentes. En ésta, un falangista expresa su condolencia a una familia que ha perdido en el frente posiblemente al marido de la señora que sostiene a una niña en brazos.***



José Díaz, secretario general del Partido Comunista, en la tribuna de oradores después de dar lectura a su informe al pleno ampliado del Comité Central del partido, celebrado en Valencia entre los días 5 y 8 de marzo de 1937. Para la presidencia de honor fueron elegidos Stalin y Vorochilov, y para la efectiva, Pasionaria, *Comorera, Larrañaga, Antón, Scrich, Valenzuela y Santiago Alvarez, representantes de las agrupaciones regionales o partidos de las comunidades autónomas. En el pleno se rechazó la idea de formar un gobierno de tipo sindical, se urgió la necesidad de dar cima a la militarización y se abogó por una República democrática y parlamentaria de nuevo tipo, con contenido social profundo. Los comunistas estaban en contra de cualquier exceso revolucionario y persiguieron con saña a quienes los predicaron.*

Fue, a pesar de todo, un gran éxito de la diplomacia británica que los antiguos signatarios del acuerdo de no intervención admitiesen, el 8 de marzo de 1937, un plan de vigilancia para hacer efectivo el bloqueo de los puertos y fronteras de España. Alemanes e italianos se encargarían de vigilar las costas dominadas por el Frente Popular, británicos y franceses las de los nacionales. El 26 de junio, el acorazado *Deutschland* fue bombardeado en Ibiza por aviones tripulados por rusos y murieron treinta y un tripulantes. El *Admiral Scheer* bombardeó, en represalia, el puerto de Almería, y alemanes e italianos anunciaron su retirada del comité al no ofrecerse las garantías mínimas necesarias. En el verano de 1937 se multiplicaron los incidentes y la prensa republicana denunció que eran submarinos italianos los que torpedeaban sus mercantes.

Visto desde España, el Comité de No Intervención aparecía como un esfuerzo orientado a crear en torno a la península un riguroso cordón sanitario que obligase a los españoles a dirimir a solas sus querellas. Por esta razón, ambos bandos buscaron el modo de burlar el bloqueo acumulando armas y material lo más de prisa posible. Venía siempre unido a otra idea, la de que la guerra, inmovilizada, podría terminar por medio de una negociación. Este era, sin duda, el resultado que más hubiera complacido al gobierno británico: de Franco le molestaba la amistad con el Eje y la nueva política económica; pero una victoria de la extrema izquierda tampoco le favorecía.

sustitución que Azaña autorizó, aunque Largo Caballero no la llevara nunca a efecto. En la crisis abierta en el tormentoso consejo de ministros del 15 de mayo de 1937, Alvarez del Vayo, junto con Negrín y Prieto, se solidarizó con los ministros comunistas.

Al formar Negrín su primer gobierno, cesó en el Ministerio de Estado, pero siguió al frente del Comisariado General, puesto en el que entró en conflicto con el ministro de Defensa Nacional Indalecio Prieto, por sus diferentes puntos de vista en cuanto a la dirección del organismo. Las divergencias llegaron a la ruptura el 17 de noviembre de 1937 cuando el Consejo Superior de Guerra, a propuesta del EMC, unificó los servicios de propaganda en la Subsecretaría de Propaganda del Ministerio de Estado y suprimió todas las actividades que en ese campo desarrollaba el Comisariado, lo que incluía la suspensión de las publicaciones que editaba. En ese momento dimitió de su cargo y le sustituyó interinamente el socialista prietista Crescenciano Bilbao.

Volvió al Ministerio de Estado en el segundo gobierno de Negrín (5-V-1938, al final de la guerra), siempre dentro del sector más radical del socialismo español. Hasta el final de la contienda sostuvo la postura negrinista de resistencia a ultranza ante la inminencia del estallido de la segunda guerra mundial. Tras la caída de Cataluña volvió (9-II-1939) con Negrín a Alicante desde Francia, en un desesperado intento de articular una resistencia en la que casi nadie creía y menos que nadie los militares republicanos. Tras el golpe del coronel Casado, abandonó España, desde Monóvar, el 6 de marzo de 1939, junto con Negrín y destacados dirigentes del PCE.

Sus actividades políticas en los últimos años de su vida fueron derivando hacia posiciones cada vez más radicalizadas, al extremo de que, en enero de 1974, el FRAP (Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico) designó al anciano Alvarez del Vayo su primer presidente. Su último acto político, dado que murió al mes siguiente, fue la presidencia de una reunión ampliada del organismo dirigente del FRAP, que tuvo lugar en abril de 1975.

III. Aparece Serrano Súñer

En el orden interno, Francisco Franco había comenzado a definir las coordenadas políticas fundamentales para la construcción del nuevo Estado. Eran, de momento, únicamente negaciones; se declaraba radicalmente contrario a la democracia liberal parlamentaria, a los partidos políticos, al comunismo, al socialismo y a la masonería. Quedaban, sin embargo, sin formular las afirmaciones, mientras el Movimiento se enriquecía con nuevas adhesiones —los nacionalistas de Albiñana se incorporaron al tradicionalismo— y con la confirmación de otras antiguas, como la de Santiago Alba y José María Gil Robles. Al paso del tiempo aumentaba el peligro de las divisiones y rencillas entre los distintos sectores.

De todos éstos, era Falange Española la opción política que demostraba mayor capacidad de crecimiento. Aumentaban sus afiliados por millares, casi a diario. Corría el riesgo grave de desvirtuarse, pues muchos de los camisas «nuevas» poseían en muy escasa dosis el ideario falangista, abundaban los que buscaban en el color azul un escudo protector para su pasado anarquista o socialista, y los camisas «viejas» no parecían en condiciones de ejercer la dirección. El fenómeno más importante, en relación con su futuro, era, probablemente, el refuerzo de los grupos de intelectuales.

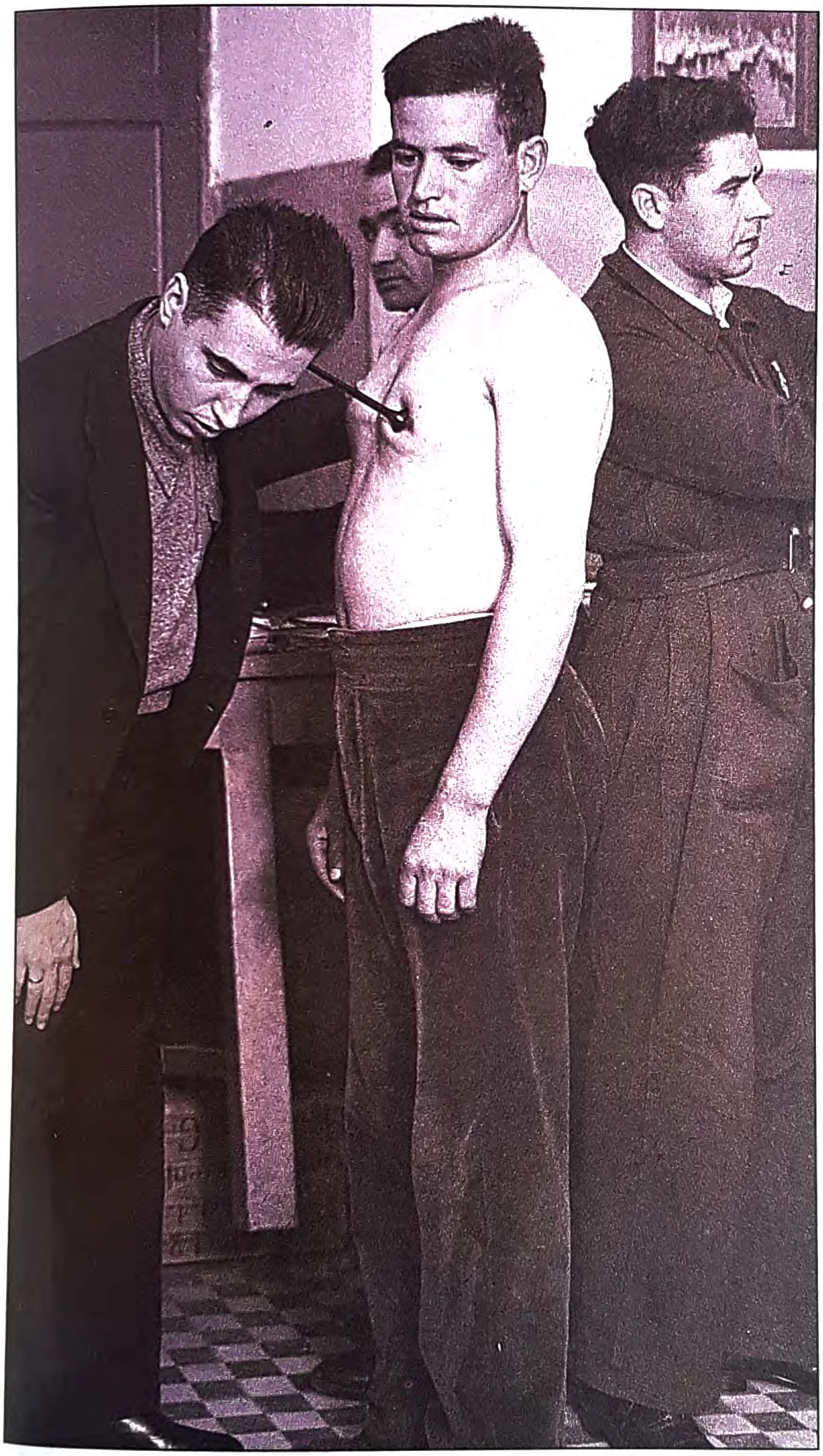
Por su parte, Manuel Hedilla insistía en destacar los rasgos revolucionarios y antiburgueses de Falange Española. Al concluir el año 1936 dirigió a sus correligionarios un mensaje en el que había, como ya hemos indicado, dos motivos fundamentales: la llamada a la reconciliación entre los dos bandos de españoles y la demanda de reforma social inmediata. El 2 de febrero de 1937 ordenó imprimir y difundir entre los militantes, el discurso de José Antonio Primo de Rivera en el Cine Europa de Cuatro Caminos, que se hiciera famoso por la acerba crítica a la derecha española y a su espíritu reaccionario. Estos gestos disgustaban desde luego a todos los demás grupos del Movimiento, derechistas, tradicionalistas, monárquicos, y también a algunos sectores del falangismo.

Franco parecía contemplar estos síntomas de ebullición política, que a veces se traducían en injurias y pequeñas reyertas, con tranquila indiferencia. Sensación seguramente engañosa. Su conducta en relación con otros acontecimientos posteriores nos demuestra que no debe tomarse su silencio por desconocimiento del peligro que las divisiones entrañaban, sino como cautela y prudencia. Siendo un militar convencido de que la unidad de mando resultaba imprescindible para obtener la victoria, es imposible que no tratase de transferir este mismo convencimiento al campo de la política. Cuando repasamos los discursos que pronunció por estos días, piezas meramente circunstanciales y escasamente preparadas, llama sin embargo la atención la constancia de un tópico: es la división de los partidos políticos, desgarro y enfrentamiento de opiniones, la causa de la ruina de España; sólo la unidad puede devolver a ésta su grandeza y su paz. Con absoluta lógica en relación con tal pensamiento aparece el esfuerzo sostenido para superar las divisiones que se apuntaban en la plataforma para la edificación del nuevo Estado Nacional.

Las corrientes unitarias

Instalado en Lisboa, Manuel Fal Conde seguía siendo jefe del carlismo porque el regente de la Comunión, Javier de Borbón-Parma, le confirmó en su nombramiento. En enero de 1937 un grupo de falangistas, disidentes en la práctica de la línea seguida por Hedilla, le invitó a celebrar conversaciones sobre la base de una restauración de la Monarquía; sin esta condición no cabe duda de que Fal Conde no hubiera

En los últimos meses de 1936 y en los primeros de 1937 fueron frecuentes y reiterativos los llamamientos a la militarización de las micilias. En este conseguido cartel, la Junta de Defensa de Madrid estimula a todas —tanto las de partido como las de las comunidades autónomas— para que se fundan e integren en el Ejército Popular, dejando atrás los particularismos que dificultaban y retrasaban el cumplimiento de los decretos del gobierno. Desde el de militarización —29-IX-36— hasta la definitiva disolución de la Comandancia Militar de Milicias —21-IV-37— pasó más de medio año.



▲
A partir de la militarización, la movilización entró en un proceso acelerado. En el primer trimestre de la guerra se llamaron a filas a los mozos de 1935, 1934, 1933 y 1932, y al comenzar 1937, a los de 1936, pero las órdenes no fueron siempre cumplidas, y hubo regiones, como Aragón y Cataluña, donde la resistencia a obedecerlas las dejó inoperantes. Luego, los obstáculos se vencieron, y los reservistas, nuevamente requeridos, se fueron presentando en las cajas y centros de reclutamiento para las operaciones de alistamiento. Las incorporaciones permitieron organizar en el primer trimestre de 1937, 23 nuevas brigadas mixtas que inicialmente se numeraron del 101 al 123, y finalmente, reducidas a 22, del 94 al 115.

aceptado. Se habló, pues, de unificar las dos principales fuerzas del Movimiento, aceptando los tradicionalistas los principios del nacionalsindicalismo y los falangistas la Monarquía tradicional y el repudio del liberalismo [6]. Aunque estas conversaciones, llevadas por José Luis Escario, Sancho Dávila y Pedro Gamero del Castillo, fracasaron, lo mismo que otras con José María Pemán y José Pemartín, de los sectores alfonsinos, quedaba muy claramente establecido que había un deseo de arbitrar medios de unión y que había también sectores de Falange dispuestos a aceptar la Monarquía como forma de Estado. No puede decirse, en modo alguno, que la idea de la unificación fuese un invento gratuito de Franco: recogida del ambiente y también del anhelo de la mayor parte de sus seguidores, él se dedicó a darle forma.

Hedilla no había impedido la negociación de Gamero y sus colegas, pero reveló claramente que no le gustaba. Hizo una declaración ambigua e imprudente: explicó que de ninguna manera estaba dispuesto a consentir intervención de terceros en las conversaciones de falangistas y monárquicos. ¿A quién se refería? ¿Al Ejército? ¿Directamente a Franco? Este último recibía los primeros informes de esta agitación política en momentos en que la guerra atravesaba de nuevo una fase difícil, la terrible batalla del Jarama (febrero de 1937), en un intento de los nacionales de cortar la carretera de Madrid a Valencia, mientras que Belarmino Tomás lanzaba sobre Oviedo, en un intento desesperado de apoderarse de la capital asturiana, que también fracasó, los setenta batallones de que disponía con ochenta piezas de artillería.

En medio del fragor terrible de la lucha, Franco ofreció unas declaraciones a los periodistas extranjeros acreditados en Salamanca. Se publicaron también en *El Adelanto* [7], lo que les proporciona cierto carácter de oficialidad. En ellas tomaba el testimonio de Primo de Rivera para decir que Falange Española no se consideraba, ni lo había sido, fascista, si bien esto no excluía que hubiese corrientes fascistas dentro del Movimiento. Es un paso adelante: fascismo, falangismo, en todo caso como partes que deben ponerse a contribución de algo superior, el Movimiento. El 20 de febrero convocó a von Faupel para comunicarle, con alborozo, una importante noticia: las autoridades francesas estaban tratando de restablecer las relaciones comerciales con España, signo, sin duda, de que su Estado Mayor consideraba que la causa del Frente Popular estaba definitivamente perdida.

Ignoro si existía verdadero fundamento a esta noticia, pero es muy fácil imaginar el

---

[6] Stanley G. Payne, *op. cit.*, págs. 126-128; H. Thomas, *op. cit.*, págs. 684-685.

[7] R. La Cierva, *Francisco Franco* (2), III, pág. 109.

UHP
NO TIRAR HERMANO
UHP
5

disgusto que habrá sentido el embajador alemán [8].

La llegada de un político

Salamanca era una ciudad llena de rumores y de proyectos para unir fuerzas desde todos los ángulos políticos en el momento en que llegó a ella Ramón Serrano Súñer, en compañía de su esposa Zita, hermana, como sabemos, de Carmen Polo. Con grandes dificultades había conseguido salvar su vida, pasando desde la cárcel a una clínica y atravesando luego las líneas del frente de Córdoba. Dos de sus hermanos fueron fusilados por no haber podido hallar asilo en la embajada británica.

Ahora acudía a ponerse a las órdenes y a colocarse bajo la protección del poderoso pariente. En su calidad de antiguo vicepresidente del grupo parlamentario de la CEDA, constituía, ausente Gil Robles, un posible enlace entre el Movimiento, en fase de formación, y la política del pasado. No había sido falangista, pero era amigo de José Antonio Primo de Rivera, cuya muerte conocía por los periódicos de la zona roja. Franco ofreció alojamiento provisional a sus cuñados en el mismo palacio que el obispo de Salamanca pusiera a su disposición. Las relaciones cotidianas con el Generalísimo permitirían a Serrano Súñer ejercer una influencia política que, lentamente, desplazaría a Nicolás Franco, más extrovertido, pero también menos constante.

En Salamanca, Serrano Súñer se mostró decididamente inclinado hacia Falange. Aparte de las relaciones políticas anteriores con Primo de Rivera para una colaboración entre fuerzas afines, le empujaban a ello la decepción profunda de todo el sistema liberal parlamentario y sus propias ideas, muy alejadas de lo que significaban entonces tradicionalismo y Monarquía. Podía referirse al fascismo italiano con da-

Acuarela de Carlos Sáenz de Tejada inspirada, al parecer, en la fotografía de ese blindado de las milicias vascas inmovilizado en una cuneta. A medida que avanzaba la guerra, la transformación de camiones en vehículos acorazados mejoró notablemente, y el aspecto del que sirvió de modelo al artista es mucho mejor que el de los que se improvisaron en los primeros días de la guerra. Tenía ya torreta superior y mirillas laterales y frontales, pero su movilidad y maniobrabilidad seguía siendo pequeña, y la protección, escasa. Aun así, prestaban un buen servicio como transportes de infantería, a la que permitían atravesar zonas batidas por el fuego enemigo relativamente a cubierto del peligro.

La Misión Militar Italiana incrementó ampliamente sus efectivos de Málaga, y en los primeros días de marzo dio paso al CTV, compuesto por tres divisiones de la Milicia Fascista y una del Ejército, la Littorio, a la que pertenecen los soldados de la fotografía, que parecen escuchar, en posturas muy poco marciales, la arenga de su jefe. Constaba de dos regimientos de infantería, uno de artillería y un batallón de ametralladoras, con unos efectivos totales en Guadalajara de 7.689 hombres, poco más de la mitad de la plantilla de las unidades similares del Ejército Popular y menos de la mitad que las divisiones orgánicas de anteguerra. Por contra, estaba perfectamente equipada y dotada.

[8] Informe von Faupel a von Neurath 21 febrero 1937. *Wilhemstrasse*, III, pág. 190. No tenemos noticia de que haya habido negociaciones. En diciembre de 1936 se produjeron de hecho los primeros contactos entre el gobierno de Burgos e Inglaterra, si bien no cristalizó el acuerdo hasta después de la conquista de Bilbao. A. Viñas, *Guerra*..., pág. 161. También había un acuerdo con Suiza.

tos y observaciones directas y profesaba a Mussolini una admiración que no desmintió ni siquiera mucho tiempo después de la muerte del Duce. No trataba de presentarse como camisa vieja, pero Falange estaba poblada ya mayoritariamente por nuevos militantes.

En sus recuerdos posteriores aporta un testimonio que, sin duda, es válido: una tarde, paseando por el jardín de la residencia de Salamanca, como Franco tenía por norma después del almuerzo, explicó a éste los términos precisos en que, a su juicio, debía efectuarse la reestructuración política de España, cosa que todos parecían desear. El tradicionalismo podía servir como recubrimiento por sus normas morales, pero no como plataforma para la edificación de un régimen nuevo: sólo Falange Española de las JONS, debidamente ampliada, estaba en condiciones de proporcionar el carácter social y progresivo que España requería [9]. Es muy cierto que estas dos ideas informaron después la política constitucional del Régimen instaurado por Franco.

Comenzaba en marzo de 1937 la sorprendente carrera política de Ramón Serrano Súñer, a quien muy pronto el espíritu cáustico de los españoles brindaría el calificativo irónico de «cuñadísimo», como si su encumbramiento obedeciese a la protección de Franco y no a los méritos propios del futuro ministro, que eran importantes. Siendo uno de los principales dirigentes de la CEDA, podía afirmar que no hacía sino cumplir al pie de la letra las recomendaciones de José María Gil Robles, que, en declaraciones a *The Universe* (22 de enero de 1937), había dicho que «desde el primer momento del Movimiento militar, Acción Popular se ha unido a él con toda su alma». Fue, sin embargo, Dionisio Ridruejo, el poeta que encontraremos luego muy vinculado a Serrano Súñer, quien se encargó de presentarle en los círculos falangistas como un camisa nueva de gran importancia.

---

[9] R. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*. Madrid, 1947, págs. 29-32.

Al ataque italiano sobre Guadalajara respondió Miaja con el envío de importantes reservas que al tercer día de la batalla se articularon, al mando del teniente coronel Jurado, en el IV Cuerpo de Ejército, que quedó integrado por las divisiones 11 (Líster), 12 (inicialmente, coronel Lacalle, y luego, el italiano Nino Nanetti) y 14 (Mera). En la foto, parte de esas tropas marchan hacia el frente por un suelo en el que la nieve se va embarrando. Fueron estos soldados los que detuvieron y rechazaron a las divisiones italianas de Roatta, humillando el orgullo fascista. El prestigio de las tropas de Miaja alcanzó su más alto nivel, y en el combate se distinguieron por igual los soldados españoles y extranjeros que mandaron los internacionales Hans, Nanetti, Zanoni, Paulov, Steimer y Lukacs; los comunistas Líster, Pando y el Campesino; los sindicalistas Mera, González y Sanz y los militares profesionales Macorra, Rubio Funes, Valdés, Fernández Recio y Mulet.

▲
El general Moscardó, en su puesto de mando durante la batalla de Guadalajara. Al ser liberado del Alcázar, ascendió y fue nombrado jefe de la división Soria, con la que apoyó a las tropas del CTV con sus tres brigadas: la I cubrió el frente de Somosierra; la II, que guarnecía el frente de ataque, formó una agrupación de maniobra que protegió su flanco derecho, y la III fue la que estableció un frente de contención cuando las divisiones italianas se replegaron. Bajo su protección se rehicieron y abandonaron el sector para reorganización y descanso. En la fotografía inferior, una pieza italiana de acompañamiento de infantería hace fuego contra las posiciones republicanas que cubrían Trijueque, una de las zonas de la línea Trijueque-Brihuega, que, con puntos de apoyo en los palacios de Don Luis y de Ibarra, ordenó establecer Miaja para detener a las divisiones italianas. Estuvieron defendidas por la XI Brigada Internacional que mandaba el alemán Hans. ▼

▲ ***Un soldado en actitud de cerrar los ojos a uno de los muchos combatientes que murieron en la batalla de Guadalajara. La propaganda incrementó notablemente su número, situándole en el orden de los millares, y las fuentes oficiales italianas le reducen a 415 muertos, 1.979 heridos y 163 desaparecidos, cifras que, sin ser exactas, están mucho más próximas a la realidad. Siendo muy sensibles estas pérdidas, fue mayor la resonancia de los acontecimientos que su importancia militar. Los que hasta entonces venían negando valor y capacidad a los españoles, culpándoles de ineptitud y cobardía, en muy pocas jornadas habían quedado en un completo y universal ridículo.***

Franco trataba probablemente de estimular la incorporación de nuevos porque no deseaba que Falange se convirtiese en una oligarquía de camisas viejas. En cierta ocasión dijo a Hedilla que también él se había encargado una camisa azul: lo cual no podía significar otra cosa que haber llegado ya a la decisión de que también Falange tenía que incorporarse al Movimiento de fuerzas políticas nacionales, entre las que no había distinción posible. A esta decisión —que tendríamos probablemente que fechar en marzo o abril de 1937, en todo caso después de la llegada de Serrano Súñer a Salamanca— es a la que Brian Crozier proyectó denominar «segundo golpe de estado» [10]. Hay en el término, grato a los enemigos de Franco, un error, pues no se trataba de arrebatar a Falange una posición política que poseyera, sino, al contrario, de convertirla en columna vertebral de un Movimiento que naciera, pura y simplemente, de un alzamiento militar. La declaración postrera de José Antonio ante el tribunal popular, antes mencionada, lo explica meridianamente: él no había dado orden a la Falange de sumarse al Movimiento porque, según alegó, ignoraba su gestación.

Franco, colocado en la Jefatura del Estado por delegación de los generales, no era falangista, ni podía serlo: tuvo, sin embargo, el valor y la decisión de convocar a Falange para que desempeñase el protagonismo del Movimiento Nacional, asumiendo además su Jefatura. La mayor parte de los generales, en el fondo, le reprocharon esta medida.

La maniobra política era muy delicada y entrañaba el riesgo de enfrentamiento con los aliados alemanes que deseaban mantener la identidad política independiente para Falange, única vía posible para una nazificación de la península, y también con los italianos, que, después de Málaga, tenían proyectos propios sobre España. Cautelosamente, Franco se adelantó a ofrecer al III Reich una concesión que podía ser calificada de importante: el acuerdo secreto de 20 de marzo de 1937 [11]. Esto del secreto puede considerarse como una de las más solemnes ironías galaicas que cabe imaginar, ya que el tratado, en sí mismo, no contenía otra cosa que buenas palabras sin ningún compromiso: España y Alemania prometían recíprocamente consultarse en todas las cuestiones de importancia, y en especial en aquellas que se referían a la defensa de Europa frente al comunismo; también se obligaban a no prestar ayuda a terceros países cuando de ella redundase algún mal para el amigo; serían reforzadas las recíprocas relaciones económicas. En este último punto residía la verdadera promesa que atendía uno de los más vehementes deseos germanos.

---

[10] B. Crozier, *op. cit.* I, pág. 351. Naturalmente la historiografía socialista se ha apoderado del concepto (H. Thomas, II, pág. 692; Sh. Ben Ami, *op. cit.*, pág. 42). Pero tenemos que insistir: Falange no estaba en el poder, ni en modo alguno tenía que ser desprovista de él. La Unificación permitiría precisamente a los falangistas penetrar en las esferas de gobierno, hasta entonces reservadas a militares.

[11] Texto del mismo en *Wilhelmstrasse*, III, págs. 198-199.

IV. Guadalajara

El coronel Emilio Faldella y el teniente coronel Giacomo Zanussi, con poderes del general en jefe del cuerpo expedicionario, Emilio Roata, discutieron en Salamanca, el 13 de febrero de 1937, el nuevo teatro de operaciones que debería asignarse a los vencedores de Málaga. Tomaron parte en la discusión el general Francisco Martín Moreno, el coronel Antonio Barroso y el propio Franco. De entrada, el Generalísimo elevó su protesta de que los italianos estuviesen constituyendo un Ejército propio, en lugar de encuadrarse en unidades mixtas con los españoles, como se había ordenado. Pero los italianos no hicieron caso. El CTV —muy pronto el humorismo español daría una curiosa versión de estas siglas: «¿cuándo te vas?»— estaba compuesto por cuatro divisiones regulares, exclusivamente italianas, y organizaba sus equipos propios para la guerra psicológica. La más importante, usada como punta de ataque, era la división Littorio, que, entre otras cosas, proporcionó los extras del film *Scipione l'Africano,* premiado en la bienal de Venecia. La mandaba el general Anibale Bergonzoli, a quien sus subordinados conocían bajo el sobrenombre de Barba Elettrica [12]. No cabe duda de que la independencia de que hacían gala los italianos molestaba profundamente a Franco. Pero en aquel momento Mussolini se sentía fuerte en sus previsiones que parecían confirmadas con la fácil victoria obtenida en Málaga.

Grupo de prisioneros italianos capturados en la batalla de Guadalajara. Su total ha sido muy exagerado, pero los partes gubernamentales no permiten situar su cifra por encima del medio millar. En ellos se contabilizan 284, y luego, tras cuatro jornadas en blanco, se habla de «más de ciento». En las fotografías que entonces se difundieron nunca aparecen más de 50 juntos.

El Cuartel General —es importante la puntualización— propuso a los generales italianos dos operaciones que consideraba más importantes que el forcejeo sangriento en torno a Madrid: penetración desde Córdoba hacia el norte, para asegurarse las minas de mercurio de Almadén, o la conquista de Bilbao, que permitiría ahogar el separatismo vasco e incorporarse la zona industrial de la ría. Desde la perspectiva española se les ofrecían escenarios para la guerra de movimientos como había sido el de Málaga. Pero el Duce había dado instrucciones precisas: nada de tomar parte en las operaciones limitadas y marginales propias del extraño modo que Franco tenía de conducir la guerra; tenían que buscar la gran batalla directa, que liquidase de un solo golpe el conflicto presentando a Italia como la potencia vencedora. Por eso Faldella propuso una ruptura del frente desde Teruel para alcanzar el Mediterráneo y apoderarse de Sagunto y Valencia. La presencia de italianos en los grandes puertos mediterráneos complacía menos a los mandos españoles.

De mala gana, Franco accedió el 14 de febrero a confiar a los italianos el sector de Guadalajara: si la operación se estancaba, como todas las anteriores, en una batalla de posiciones y desgaste, se podía al menos lograr el objetivo mínimo señalado en el plan elaborado por Moscardó, abriendo la carretera hasta Torija; si los italianos tenían razón y lograban romper el frente, esa misma carretera podía llevarles a Madrid. Franco hizo algo más: el 15 de febrero, después de admitir para el CTV independencia completa en la operación, advirtió a Mario Roatta de las dificultades que encerraba el sector, a fin de que tomara las necesarias precauciones [13] para evitar descalabros.

---

[12] De esta época data la primera disensión con Hedilla, pues se había previsto que los falangistas formasen con los italianos esas brigadas mixtas. A pesar de las órdenes de Franco, se negaron. J. F. Coverdale, *op. cit.*, pág. 169-173.

[13] El 1 de marzo de 1937 Franco prometió a Roatta que, pese al agotamiento de sus tropas sobre el Jarama, tras las terribles jornadas del Pingarrón, atacarían al mismo tiempo que los italianos, para sujetar al enemigo al terreno. Pero el 5 de marzo le advirtió que no debía confiar en ellas: no tenían la menor capacidad de penetración en estos momentos; los italianos no iban a contar con otro apoyo que la división Soria mandada por Moscardó y situada en su flanco derecho. J. F. Coverdale, *op. cit.*, págs. 206-208.

▲
El escritor Hemingway con un grupo de combatientes en una de las pocas ocasiones en que se acercó donde sonaban los tiros. El futuro premio Nobel llegó a España el 16 de marzo de 1937 y recorrió el escenario de la batalla de Guadalajara, de la que dijo que había sido una de las «más decisivas del mundo», exageración claramente inmoderada. De su experiencia española nació la novela *Por quién doblan las campanas,* ***que contribuyó a su fama, bien ganada, de literato, pero muy poco a la verdad histórica. De su paso por nuestra patria le quedó un fuerte amor por sus tierras y sus hombres, que le obligó a volver periódicamente hasta poco antes de su muerte.***

POR LAS ARMAS
DEPARTAMENTO DE PLASTICA
SERVICIO NACIONAL DE PROPAGANDA
La Patria
el Pan y la Justicia

Ramón Serrano Súñer, en compañía de Dionisio Ridruejo, cuando desempeñaba el cargo de ministro del Interior, y éste, a sus órdenes, la Dirección General de Propaganda, en la que tuvo como inmediatos colaboradores a Antonio Tovar en la Jefatura de Radio Difusión, a Pedro Laín Entralgo en Ediciones; a Manuel Augusto García Viñolas en Cinematografía; a Luis Escobar en Teatro y a Juan Cabanas en Artes Plásticas; en otros puestos trabajaban Gonzalo Torrente Ballester, José Caballero y Javier de Salas: un gran plantel que en su casi totalidad evolucionaría hacia posiciones democráticas.

La misión de Farinacci

La primera idea, al efectuarse el reconocimiento de Franco, había sido designar embajador en España al secretario general del partido, Roberto Farinacci. Luego temió el Duce que esta designación revelase demasiado abiertamente sus propósitos y designó a un diplomático de carrera, Roberto Cantalupo. Farinacci fue, ello no obstante, enviado a España el 1 de marzo en una misión especial. En relación con este viaje, mantenido bajo fuertes reservas, circularon rumores en la zona nacional de que los italianos proyectaban una operación semejante a la de 1868, con Franco en lugar de Prim, catolicismo en vez de masonería, pero con la candidatura del duque de Aosta, primer virrey de Abisinia. Alertado, el duque de Alba, que se mostraría constante defensor de los derechos de la familia de Alfonso XIII, hizo indiscretas confidencias a un redactor del *Times* de Londres: «es prematuro hablar de Monarquía».

Farinacci fue recibido por Franco el 4 de marzo de 1937 y prodigó, en nombre del Duce, algunos consejos políticos: era conveniente, para el futuro de España, la creación de un partido nacional único, del que el Generalísimo fuese jefe, y asumir, desde él, un programa revolucionario de reforma agraria, mejoras sociales y económicas a los trabajadores, seguros de paro, vejez y enfermedad, y creación de sindicatos nacionales únicos. Franco hizo, al parecer, extrañas y peculiares consideraciones al enviado especial del Duce. No creía que Falange o el carlismo estuvieran en condiciones de ayudarle demasiado en sus futuros trabajos de reconstrucción nacional, porque ambos grupos políticos carecían, en aquel momento, de dirigentes de verdadera categoría. Tampoco se sentía acuciado por el problema de la Monarquía: «primero tengo que crear la nación; luego decidiremos si es buena idea nombrar un rey» [14]. Cuando Farinacci protestó de las represalias que manchaban el resplandor de la victoria de Málaga, el Generalísimo dio la misma respuesta que antes a Cantalupo: no siempre estaba en condiciones de controlar la situación, aunque se había apresurado a tomar las medidas correctoras.

La misión de Farinacci se cerró con un informe al Duce fechado el 8 de marzo de 1937 en términos bastante pesimistas. No cabe duda de que Franco había ocultado cuidadosamente su juego, pero de esta actitud el gran funcionario fascista extraía la conclusión de que no era, en modo alguno, el jefe idóneo que al fascismo convenía y que su posición política resultaba confusa e inestable. Mussolini tenía abundantes razones para aceptar este juicio, en el que coincidían tanto el embajador Cantalupo como los principales jefes militares. Aunque seguía pensando que en Falange se hallaba el único sector político afín, estaba convencido de que Manuel Hedilla no era, tampoco, el dirigente que las circunstancias requerían.

Cartel nacional en el que se llama a los jóvenes para que acudan a las armas en defensa de «la patria, el pan y la justicia», lema falangista que hizo suyo el partido unificado. La propaganda, con la finalidad de influir en las opiniones, las emociones, las actitudes y el comportamiento de la población, fue relativamente poco empleada en la zona nacional. Al decretarse la unificación, los respectivos aparatos existentes en los distintos grupos políticos que se integraron en FET y de las JONS se fundieron en el Servicio Nacional de Propaganda, del que se hizo cargo el canónigo navarro Fermín Izurdiaga Lorca, que permaneció a su frente hasta que se constituyó el primer gobierno civil de Franco. El cartel, uno de los más expresivos del bando nacional, es obra de Cabanas.

Los italianos atacan

El mismo día 8 de marzo los italianos se lanzaban al ataque rompiendo el frente republicano. El mal tiempo —sucedieron a la lluvia la cellisca, la nieve y la niebla—

[14] Las noticias del proyecto italiano de instauración monárquica proceden de Cantalupo y no son confirmadas por otras fuentes. J. F. Coverdale, *op. cit.*, págs. 181-182.

JOSE MIAJA MENANT

(Oviedo, 1878-México, 1958)

PERTENECIENTE al grupo de los militares que empezaron su carrera en Marruecos, Miaja alcanzó el generalato en 1932. En 1935, el ministro Gil Robles le trasladó a Lérida.

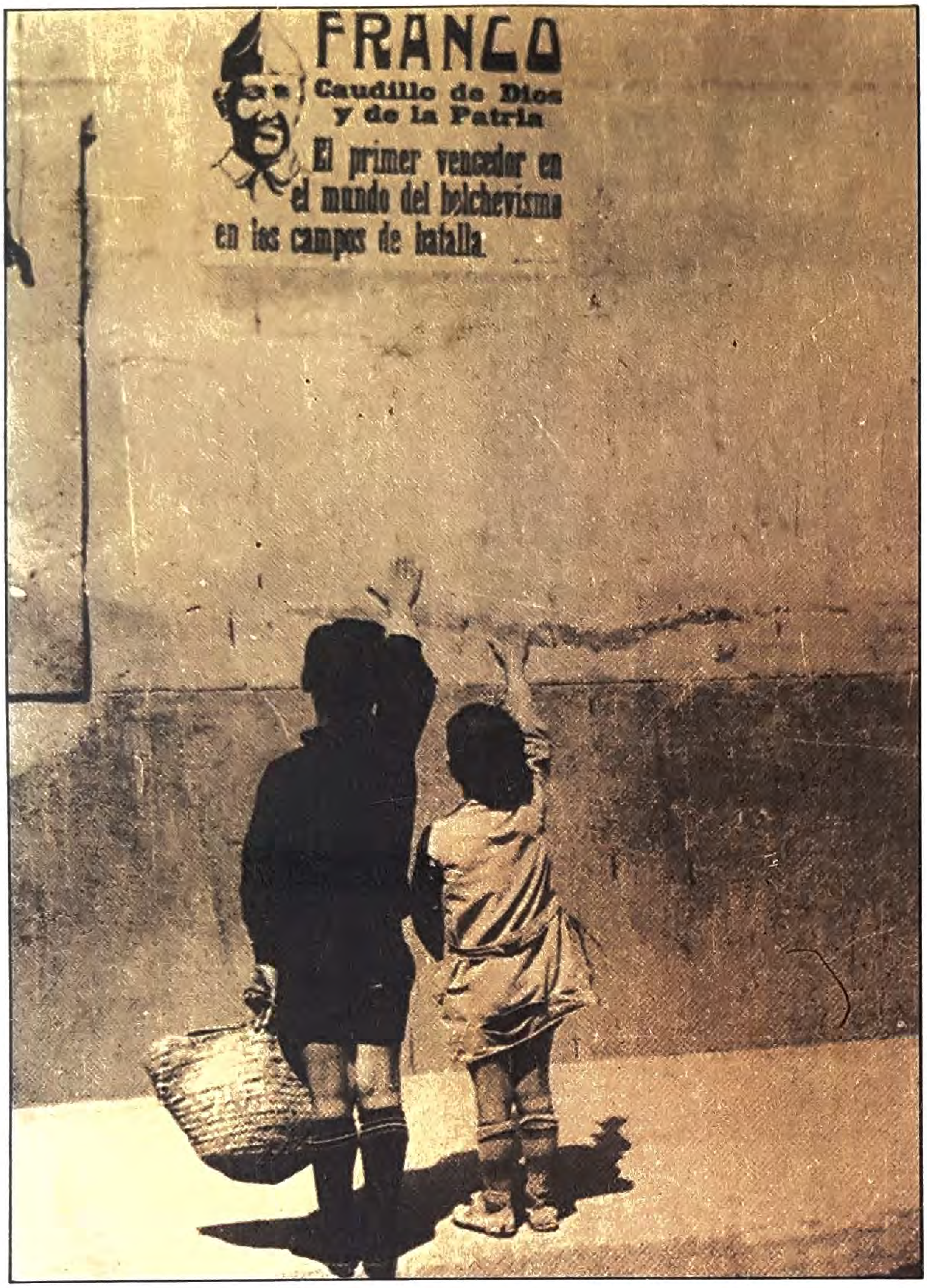
Al estallar el 18 de julio, Miaja es jefe de la 1.ª Brigada de Infantería, de guarnición en Madrid. El 25 de julio es nombrado jefe de operaciones en el sur, y el 28 toma el mando de una heterogénea columna de unos cinco mil hombres que, partiendo de Albacete y sin mayores dificultades, llega a las puertas de Córdoba el 5 de agosto. Pero Miaja vacila y pierde un tiempo precioso; la aviación hace el resto, y la expedición termina sin éxito. Miaja es trasladado a Valencia y, en octubre, de nuevo a Madrid.

Y allí, en la defensa del Madrid precipitadamente abandonado por el gobierno el 6 de noviembre de 1936, conoció Miaja el punto culminante de su carrera a los cincuenta y ocho años.

Jefe de la Junta de Defensa de Madrid, la propaganda, especialmente la comunista, se encargó de convertirlo en un mito. Halagado, mimado por su popularidad entre el pueblo madrileño, que estaba conteniendo al enemigo en situación casi heroica, Miaja supo representar el papel que se esperaba de él, dejando hacer a un equipo de militares profesionales, entre los que destacó el comandante Vicente Rojo.

A lo largo de la guerra concentró más poder militar que ningún otro general republicano. Miaja no dudó en secundar la sublevación del coronel Casado contra el gobierno negrinista, figurando como presidente del Consejo Nacional de Defensa que intentó, sin éxito, negociar una paz con Franco. Miaja tomó posesión de la presidencia del Consejo el 6 de marzo de 1939, al día siguiente salió para Valencia, volvió a Madrid el 9 y el 26 voló otra vez a Valencia. En Gandía embarcó en un buque inglés que le llevó al exilio; primero, a Argelia y Francia, y después, a México, donde murió en 1958.

Franco y su esposa comparten sonrientes la compañía de gentes del pueblo que les saludan brazo en alto, con aire más resignado que convencido. El Generalísimo luce ya los emblemas de capitán general, dignidad que le fue concedida el 18 de julio de 1938, meses después de que lo solicitaran las corporaciones locales y provinciales.



Un par de niños saludan brazo en alto a la efigie de Franco, que, junto a esta u otra leyenda, cubrió las fachadas de muchos de los edificios de todos los pueblos y ciudades de España, dando comienzo a un culto a la personalidad que era normal en los países totalitarios. Franco no recibiría un tratamiento diferente al que se daba a Stalin en la Unión Soviética, a Mussolini en Italia o a Hitler en Alemania, aunque aquí las cosas no llegaron tan lejos.

puso en evidencia algunas dificultades estructurales, como la escasez de suministros, que obligaban a detenerse a los tanques, o la ligereza de los uniformes coloniales de los italianos. Ello no obstante, cuando al amanecer del día 10 la división Littorio entró en Brihuega la situación pareció tan desesperada para los rojos, que éstos enviaron todos los refuerzos que pudieron reunir y cambiaron los mandos para encomendar la defensa a Vicente Rojo. Entre las unidades que acudieron a detener al CTV figuraba el batallón Garibaldi, en donde militaban Vittorio Vidali, Luigi Longo y Pietro Nenni. Los italianos intercambiaron palabras y disparos en la que empezaba a ser una guerra civil privada. El día 11, con un tiempo ya infernal, mala preparación y desconocimiento del terreno, los fascistas fueron detenidos por los batallones de la República y la 12 brigada internacional, que contaba con excelente material soviético y consejeros militares rusos. La división de «llamas negras» del CTV quedó pulverizada.

Los mandos de Salamanca comprendieron en el acto que aquello era una derrota: el periodista Fernando de Ors fue detenido por que ese mismo día publicaba en el *Heraldo de Aragón* una crónica explicando la marcha impetuosa sobre Madrid; fue acusado de proporcionar información falsa. El 18 de marzo, con mejor tiempo, Enrique Líster y el Campesino, lanzaron a los suyos a la conquista de Brihuega: muchos italianos huyeron y la derrota estuvo a punto de convertirse en catástrofe; pero la intervención de la división Littorio, mandada por Bergonzoli, permitió cerrar la brecha y fijar el frente. Con los documentos tomados a los prisioneros pudo el gobierno del Frente Popular demostrar, el 13 de marzo, que se estaba produciendo una intervención italiana, aunque ocultando desde luego la que tenía lugar desde sus filas.

El efecto psicológico de la derrota de Guadalajara fue muy considerable en ambas zonas. El famoso novelista Ernest Hemingway, que llegó a España por estos días, recogiendo experiencias que plasmaría en *¿Por quién doblan las campanas?*, escribió que era una de las batallas más decisivas de la historia del mundo. Las crónicas de Herbert Mattiews cambiaron la mentalidad de los lectores del *New York Times:* parecía que los rojos estaban a punto de ganar la guerra. Curiosamente, los nacionales recibieron la noticia como si no fuese para ellos un suceso adverso: la burla hacia los italianos, que fueron injustamente calificados de cobardes y malos soldados, entrañaba una reacción subconsciente de alivio por la situación anteriormente creada de jactanciosa superioridad. Con música de la canción militar fascista *Fazeta nera,* circulaba una letra injuriosa, pero muy significativa, como si se les dijese: ¿qué os creíais, italianos? «Guadalajara no es Abisinia, ni Addis Abeba es el sector de Brihuega». Quien, efectivamente, había sufrido una derrota moral, era Mussolini.

En la reunión del Comité de No Intervención, el 23 de marzo de 1937, el enfrentamiento verbal entre Grandi, representante italiano, y el soviético Maisky, fue muy violento. Sin embargo, el comité no desapareció, y esta superación de la crisis devolvió a los ingleses parte de sus esperanzas. De hecho, con la batalla de Guadalajara se cierra el ciclo de los grandes ataques a Madrid, y el frente en torno a la capital, sinuoso y largo, quedó estabilizado. Franco aprovechó cumplidamente esta ocasión para tomar de nuevo la dirección exclusiva de la guerra y desencadenar la ofensiva en el norte, que era la que venía preparando cuidadosamente.

Las brigadas internacionales tuvieron por primera vez un momento de reposo, entrando en una nueva fase de organización: muchos de los voluntarios, acusados de deserción o de cobardía, fueron fusilados. Es imposible saber de cuantas muertes es responsable André Marty: era aquella otra clase de guerra, porque el Partido Comunista estaba adueñándose del control militar. En Guadalajara, el papel de los comunistas, españoles y rusos, fue muy notable.